

VIAJE A AMÉRICA CENTRAL,  
ISLA DE CUBA Y YUCATÁN

# VIAJEROS

COLECCIÓN OSA MENOR

4

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES  
Y EN CIENCIAS SOCIALES

Arthur Morelet

# VIAJE A AMÉRICA CENTRAL, ISLA DE CUBA Y YUCATÁN

EDICIÓN DE CAROLINA DEPETRIS

ESTUDIOS INTRODUCTORIOS DE ARTURO TARACENA  
ARRIOLA Y MARIO HUMBERTO RUZ

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Mérida, 2015

*Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan*, París, 1857

Primera edición en español: 2015

Fecha de término de edición: 22 de octubre de 2015

D. R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,  
C. P. 04510, México, D. F.

Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales  
Ex Sanatorio Rendón Peniche  
Calle 43 s. n., col. Industrial  
Mérida, Yucatán. C. P. 97150  
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48  
Fax: ext. 109  
<http://www.cephcis.unam.mx>

Traducción: Antonio Casas

Fotografía de portada: colección de Arturo Taracena Arriola

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio  
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-02-7251-6

Impreso y hecho en México

## Índice

Acerca de esta edición	
CAROLINA DEPETRIS . . . . .	7
El mundo americano de Arthur Morelet	
ARTURO TARACENA ARRIOLA . . . . .	11
Los mayas de México en la mirada de un naturalista francés	
MARIO HUMBERTO RUZ . . . . .	35
Viaje a América central, isla de Cuba y Yucatán. Tomo Primero	
Prólogo . . . . .	61
Capítulo I. El océano Atlántico. . . . .	63
Capítulo II. La tierra . . . . .	75
Capítulo III. Primera excursión bajo los trópicos . . . . .	87
Capítulo IV. Mirada sobre la Habana . . . . .	101
Capítulo V. La isla de los Pinos . . . . .	121
Capítulo VI. Cuba . . . . .	141
Capítulo VII. El continente americano . . . . .	173
Capítulo VIII. Los indios . . . . .	211
Capítulo IX. Las lagunas . . . . .	243
Capítulo X. Las ruinas de Palenque . . . . .	269
Capítulo XI. El palo de Campeche . . . . .	305
Capítulo XII. El río Usumacinta . . . . .	317

Notas

A	. . . . .	341
B.	. . . . .	343
C	. . . . .	345
D	. . . . .	348
E.	. . . . .	350
F.	. . . . .	351

## Acerca de esta edición

Carolina Depetris

En 1857, los libreros y editores Gide y J. Baudry publicaron en París *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan*, de Arthur Morelet, en dos tomos. Es la única edición en el idioma original existente a la fecha. La primera traducción de este maravilloso testimonio de viaje se hace al inglés, el título y la estructura originales fueron modificados: *Travels in Central America, including accounts of some regions unexplored since the conquest, from the French of the Chevalier Arthur Morelet* (London: Trübner, 1871). El texto en inglés incluye una introducción y notas de Ephraim George Squier, la traducción fue realizada por Miriam Florence Folline Squier, esposa del primero hasta 1874, poco antes de ser declarado enfermo mental. Interesado en la exploración y el conocimiento de América central, Squier destacó del libro de Morelet aquello que evidentemente empataba con su propio trabajo y respondía, según sus propias palabras, a los “blancos” en los mapas de la zona en donde hay poco más que algunos señalamientos de montañas, lagos y ríos: Chiapas, Tabasco, Yucatán y Guatemala. Esta región, sostiene Squier, “es casi tan desconocida como el interior de África”. Squier se lamenta, en el prólogo, de la escasa difusión de la obra de Morelet atribuida a su natural modestia, la cual se redujo a la distribución hecha por el propio autor entre sus amigos y conocidos en Francia. El mismo Squier confió en que la edición inglesa repararía esta limitación. Un año más tarde aparece una edición traducida al alemán por el doctor H. Herk, *Reisen in Central-Amerika* (Jena: Hermann Costenoble, 1872); esta edición incluye el prefacio de Squier sin firma traducido al alemán. La primera

y única versión del texto de Morelet en español existente es la publicada en 1990 por la Academia de Geografía e Historia de Guatemala, cuyo título es *Viaje a América central (Yucatán y Guatemala)*, con prólogo del académico Jorge Luis Arriola; en esta edición no se da crédito al traductor. Desconocemos alguna otra traducción de la obra de Morelet a otro idioma, tampoco existen reediciones del original.

El tomo primero de *Voyage dans l'Amérique Centrale* consta de 12 capítulos, el segundo de 10. A la estructura de 22 capítulos, sigue una memoria leída por Morelet en la Academia de Ciencias (“Mémoire lu par M. Morelet à l'Académie des Sciences”), un reporte presentado a la Academia (“Rapport fait à l'Académie des Sciences sur les Travaux de M. Morelet”), una nota sobre el mapa de su viaje (“Note sur la Carte du voyage”), las transcripciones musicales de algunas canciones escuchadas en la zona (“Airs nationaux de l'Amérique Centrale”) y un mapa de Yucatán y Guatemala (“Carte du Yucatan et du Guatémala”). Cada capítulo abre con una ilustración. La edición inglesa es la primera en alterar la estructura capitular del original: en el primer tomo se eliminan los capítulos referentes al cruce del Atlántico y la estancia de Morelet en Cuba (del capítulo I al VIII en la edición original), en el segundo tomo el capítulo titulado “La tierra templada” se coloca antes de los capítulos “La Cordillère” y “Guatemala”, y se eliminan los dos últimos referentes al retorno de Morelet a Francia (capítulos XXI y XXII). Por lo cual *Travels in Central America* comienza en el capítulo IX del original, “Les Lagunes” (“The lagoons”), y cierra con el capítulo XX del original, “Guatemala”. Squier justifica este corte por considerar que el viaje en barco desde Francia y la estancia de Morelet en Cuba están subordinados en interés e importancia al viaje a través del cual, partiendo de Campeche, se interna en tierras cada vez más desconocidas y comienza “la serie de exploraciones originales”. Idéntica modificación sufre la edición alemana, ésta incluye la alteración de los títulos de los capítulos “La forêt” (“Wanderung durch den Wald”) y “La Caverne” (“Cahabon und Lanquin”). Así, en las ediciones inglesa y alemana, el texto de Morelet consta de 12 capítulos, algunos de ellos, según hemos constatado, no están completos. La edición de Guatemala repara sólo en parte estas omisiones: del primer tomo incluye los capítulos I, “L'Océan Atlantique”, y VII, “Le Continent américain” (de 12 originales elimina 6,

los del viaje a Cuba y la disquisición sobre los indios de la zona); no excluye capítulos del tomo II, aunque elimina fragmentos y ofrece el mismo orden modificado de las ediciones inglesa y alemana, colocando el capítulo XVIII, “La Tierra templada”, antes de “La cordillera” y “Guatemala”. La edición en español incorpora 4 capítulos suprimidos en las otras traducciones (22 en el original, 12 en las ediciones inglesa y alemana y 16 en la guatemalteca), siendo, hasta la fecha, la edición más completa sin contar la original. No es disparatado sospechar que en realidad, las versiones en alemán y en español de *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et la Yucatan* tengan como punto de partida la traducción de Miriam Florence Folline Squier. Índice importante para ello es, a nuestro juicio, la decisión de eliminar las mismas partes del relato y, sobre todo, la alteración capitular del tomo II, referente al capítulo “La Tierra templada”. No obstante, para verificar esta sospecha sería necesario realizar un trabajo filológico comparativo minucioso, labor descartada en la presente edición. Nuestra intención ha sido enmendar las ausencias de las traducciones conocidas a la fecha y ofrecer la primera versión completa en español de este relato de viaje excepcional.

Este primer volumen está acompañado de dos estudios introductorios de Arturo Taracena Arriola y de Mario Humberto Ruz Sosa, investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México. Quiero expresarles mi agradecimiento por su interés en colaborar en esta edición. La traducción ha estado a cargo de Abdiel Macías y de Antonio Casas Aragón, quienes además de realizar un minucioso trabajo en la unificación de estilo, agregaron algunas notas explicativas a pie de página. Quiero agradecer también el trabajo de los becarios Antonio Mengual, Romina España Paredes, Aura Loza y Karla Morales, quienes de alguna u otra manera han colaborado en distintas actividades realizadas durante este proceso. Por último, expreso mi agradecimiento al proyecto CONACYT Ciencia Básica 101623, el título *Viaje a América central, isla de Cuba y Yucatán* es su producto directo.



# El mundo americano de Arthur Morelet

Arturo Taracena Arriola

## Sus primeros años<sup>1</sup>

Pierre Marie Arthur Morelet nació el 26 de agosto de 1809 en el Château de Lays sur le Doubs, Saône et Loire. Fue el tercer hijo de Pierre Morelet, alcalde de la ciudad de Dijon de 1818 a 1821, y de Ursule de Truchis de Lays; y miembro de la nobleza de Chalons sur Saône. Su hermano mayor, Raoul, optó por la carrera naval y falleció en las costas de África el 30 de octubre de 1846 como alférez de navío. Su hermana, Marie Agnés Valerie, contrajo matrimonio con el barón de Tremblay de Saint Yon. Arthur Morelet se casó con Némie de Folin, con quien tuvo dos hijas, éstas se casaron, a su vez, con dos hermanos, los condes de Coligny. Su esposa era hermana del oceanógrafo Léopold de Folin, autor del estudio clásico *Fonds de la mer, étude internationale sur les particularités nouvelles des régions sou-marines* (1880), además de gran coleccionista de especies marinas, contribuyó, en 1871, con el desarrollo del museo oceanográfico de Biarritz.

---

<sup>1</sup> La biografía más completa sobre nuestro personaje es la siguiente: Henri Drouet “Notice sur Arthur Morelet. Président honoraire de l’Académie de Dijon”. En *Mémoires de l’Académie des Sciences, Arts et Belles Lettres de Dijon. Années 1893-1894*. Serie 4, tomo IV. Dijon: Imprimerie Darantier, 1894: 11-36. Se recomienda consultar también José Luis Arriola. “Prólogo”. En Arturo Morelet. *Viaje a América central (Yucatán y Guatemala)*. I-XVIII. Guatemala: Academia de Geografía e Historia de Guatemala, 1990.

La vida de Morelet estuvo dedicada al estudio; luego de finalizar el colegio en Dijon, importante capital comercial de la Borgoña francesa, Morelet cursó la carrera de derecho. Sin embargo, en 1834, cuando decidió recorrer Italia a pie, una moda muy propagada en pleno desarrollo del romanticismo europeo, dio inicio, contra la voluntad de sus padres, a su pasión por los viajes y por el estudio de la naturaleza. Durante este viaje que lo llevó hasta Calabria luego de haber atravesado Suiza, aprendió a dominar la disciplina del dibujo, práctica útil cinco años más tarde en su ingreso a la Comisión Científica de Argelia.<sup>2</sup> En 1836 realizó un segundo viaje exploratorio por Italia, en el cual recorrió las provincias del Norte y el Tirol italiano, y su primer viaje a Argelia, donde comenzó su colección de conchas, cuyos ejemplares llegarían a sumar casi treinta mil. En 1838 Morelet exploró las islas de Córcega y Cerdeña en donde se dedicó al dibujo de conchas.

En 1839 partió nuevamente hacia Argelia en calidad de dibujante de la Comisión Científica bajo las órdenes del naturalista Gerard Paul Deshayes, donde permaneció dos años, durante la conquista de Constantine y la planicie de Blida. Debió ser repatriado por caer gravemente enfermo de disentería. Entre sus cartones de trabajo se incluyen dibujos tanto de las ciudades de Orán, Constantine y del sitio arqueológico romano de Milah, actualmente Djamilia, ubicado en el vilayato de Setif, así como de las costumbres, armas, cerámica y utensilios argelinos.

El primer viaje consagrado al estudio de la macología lo realizó a Portugal y España, durante el año 1844. En Southampton, Inglaterra, Morelet se embarcó hacia tierras lusitanas, donde recorrió desde las montañas de Braganza, en el extremo noreste lusitano, hasta la sureña región del Algarve. En este último sitio fue capturado por una banda de asaltantes, escena descrita en su novela *Une aventure au Portugal*, publicada en París por C. Levy en 1887. Producto de ese viaje es el libro *Description des mollusques terrestres et fluviatiles du Portugal* (París: j-B Baillièrre, 1845), con el cual afianzó su pasión por esta rama de la zoología.

---

<sup>2</sup> La colonización francesa de la costa norte de África inició en 1830.

## Su viaje por Cuba y Yucatán

El viaje más importante realizado por Arthur Morelet a lo largo de su amplia vida inició en el puerto de Le Havre a finales de 1846 y tenía como destino la isla de Cuba. Para poderlo llevar a cabo escribió a la Academia de Ciencias de Francia. Dicho organismo nombró una Comisión, a través de la cual se le encomendó el abastecimiento del Museo de Ciencias Naturales de París de ejemplares vegetales, animales y minerales propios de esta región tropical. Así, el 23 de diciembre llegó a Cuba y en La Habana visitó el malecón, la vasta extensión de la ensenada habanera con su cinturón de colinas y el poblado de *Regla*, arsenal de la marina mercante. Sobre la sociedad de la isla destacó la fácil distinción de los criollos: gente de baja estatura y de temperamento seco. Buena parte de ellos eran robustos catalanes que desembarcaban pobres y, a fuerza de ahorro, unión y perseverancia, llegaban a enriquecerse y a estar al frente de los comercios de comestibles. Al lado de esta población blanca, elegantemente vestida, Morelet vio un pueblo negro, desnudo hasta la cintura y que trabajaba animándose con un canto lastimero a la hora de descargar navíos con cargas de harina, arroz y mantequilla procedentes de Estados Unidos, vinos de España y tasajo de Buenos Aires. En el centro de la ciudad visitó la plaza de armas, la ópera y la biblioteca fundada por la Sociedad Económica de Amigos del País. Cuenta que condujo hasta el Cerro, uno de los suburbios más importantes de la ciudad, donde una población de todos los colores se entremezclaba: caballeros pasaban al galope; monteros caminaban en pequeñas caravanas; las mulas transitaban cargadas de productos diversos, sobre todo de tallos verdes de maíz destinados a la alimentación de los caballos de carruaje. En las afueras, varias villas se hacían notar por su planta caprichosa o por su elegancia, a través de sus amplios vanos protegidos por masivos barrotes y guarnecidos con vidrios de color para atemperar el resplandor del día. Singulares vegetales daban sombra al camino: casuarinas, álamos bananos, hileras de opuncias, macizos de agaves y un plantío de cafetos.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Fueron los emigrantes de Santo Domingo, a causa de la revolución haitiana, quienes propagaron el cultivo del café en la isla de Cuba. Desde ahí la planta se extendió a los alrededores del golfo de México y penetró en América central, con la que haría fortuna el pequeño país de Costa Rica.

Lo que más sorprendió a nuestro viajero fue ver una civilización “diferente a nosotros en cuanto a su aspecto exterior y que incluso no carece de cierto refinamiento” la realidad de la esclavitud. En vano había considerado estar preparado para ello y había admitido este fenómeno social como un orden de cosas consagrado de algún modo por el tiempo y la costumbre. Morelet no dejó de impresionarse al leer por primera vez en un periódico de La Habana los anuncios referentes a la venta de esclavos: “Se venden al precio de 600 piastras una negra y su hija de cuatro años. Sana, sin defectos, buena planchadora, ágil y muy sumisa. Diríjase a, etcétera”.

En una oportunicad visitó la ciudad de Matanzas y recorrió gran parte de la isla de Pinos en busca de nuevas coníferas. Producto de ello fue su clasificación científica y la variedad de pino actualmente denominada *Pinus caribaea morelet*, propia de esta isla y de la península de Yucatán.<sup>4</sup> La Sociedad Económica de Amigos del País publicó ese mismo año, en sus memorias anuales, el ensayo de Morelet titulado “La conservación de arbolados en la isla de Cuba”.

De regreso en La Habana contrató los servicios de un marinero francés de apellido Morin, quien siendo miembro de la tripulación de la goleta Sílfi de conocía las costas y el interior de la región de los Ríos. El 19 de febrero de 1847, ambos tomaron un paquebote para trasladarse al puerto de Sisal, en Yucatán. Este fue el inicio del viaje por tierras mesoamericanas.

A Mérida la describió como una ciudad en la cual reinaba la tristeza y un aire monástico debido a sus calles estrechas y solitarias. La uniformidad de las casas de piedra ennegrecidas por el tiempo, la hierba creciendo en las plazas, el aspecto sombrío de las tiendas, la multitud de iglesias y el perpetuo sonido de las campanas llamó su atención. Lo que dotaba de cierta alegría al entorno era la catedral y el palacio de Montejo. Otra cosa impactante para nuestro viajero fue el predominio de población maya en todos los lugares públicos, especialmente en los mercados.

Posteriormente se trasladó hasta Campeche a través del camino real. En esta ciudad se interesó por el gabinete de curiosidades arqueológicas y naturales propiedad de los hermanos Leonardo y José María Camacho,

---

<sup>4</sup> Citado en Paul C. Stanley. *Flora de Yucatán*. Publicación 279, Botanical Series III, 3. Chicago: Field Museum of Natural History. 1930: 198.

ambos religiosos de oficio.<sup>5</sup> Después continuó hacia la isla de El Carmen, pues su verdadero propósito científico era convertirse en el descubridor moderno de El Petén, en Guatemala, pese a que en La Habana los más ilustrados ignoraban hasta el nombre de este lugar y sostenían burlonamente que lo descubriría. Para entonces, Morelet era consciente de su retraso en cuanto al recorrido por tierras yucatecas en comparación con personajes como Waldeck, Stephens, Friedrihchstal y Norman.

El naturalista francés quedó fascinado por lo esplendoroso de la región de los Ríos, ubicada entre Campeche y Tabasco, además se percató de las relaciones intermitentes entre Petén y Tabasco, a pesar de la existencia de caravanas que surcaban el tránsito del Usumacinta, cuyo destino se encontraba rara vez más allá de Tenosique.

La relación entre civilización y naturaleza en un espacio tropical como era esta región lacustre, caracterizada económicamente por ser zona de palo de tinte, sería descrita magistralmente por Morelet en la obra dedicada años más tarde a este viaje: *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et l'Yucatan*. En ella muestra la alternancia existente entre las áreas domesticadas y las salvajes más allá de la isla del Carmen, punto de exportación del palo de tinte hacia Europa luego de que los troncos talados recorrieran las aguas de las riberas más recónditas de donde se les extraía, a lo largo del río Usumacinta y sus afluentes. Así, los almacenes de ciudad del Carmen marcaban el punto de llegada de la materia bruta y el de partida de un comercio floreciente de trozas de *haematoxylon* hacia puertos europeos y estadounidenses. El Usumacinta, a su vez, marcaba la frontera con aquel Petén codiciado por Morelet cual El Dorado. Todo esto conformaba para un europeo la idea de la magnificencia de los bosques que costean las riberas de los ríos mesoamericanos, pues recibían de sus aguas una eterna juventud.

En su testimonio, Morelet se detuvo en la descripción de la disposición pintoresca de los troncos, la diversidad de las plantas, los promontorios de origen prehispánico, las caletas llenas de aves y reptiles, las islas que se sucedían y desaparecían una tras otra, los árboles caídos aún vivientes y los millares de animales que los poblaban, a los cuales él observaba embarcado en una panga cuyo rumbo era la villa de Palizada. Esta villa era entonces

---

<sup>5</sup> Véase Adam T. Sellen. "Los padres Camacho y su museo: dos puntos de luz en el Campeche del siglo XIX". *Península* V, 1 (2010): 53-73.

un pueblo en auge, marcado por un enjambre de brazos disponibles para cortar y embalsar el palo de tinte, compuesto por una población étnicamente diversa y de múltiples oficios (“sastres, barberos y comerciantes atraídos por la esperanza de participar en los beneficios de aquella pequeña sociedad naciente”). Algunos, incluso, eran franceses ex combatientes de la efímera guerra declarada por Francia a México en 1838, conocida como Guerra de los pasteles.

A partir de Palizada los bosques empezaban a aclararse, permitiendo errar la vista libremente por la extensión ondulada de las sabanas, producto de la domesticación del hombre. Allí el río perdía nuevamente su carácter primitivo gracias a los cultivos y a la diseminación de casas de una población pluriétnica dedicada a la extracción. Esa era una vida en comunidad encaminada por el ritmo de las crecidas, obligando a sus habitantes a vivir bajo palafitos en un territorio de tala prolongado cada vez más río arriba.<sup>6</sup>

### **Su verdadero objetivo: el desconocido Petén**

Conforme Morelet remontaba el Usumacinta hacia la frontera petenera, tuvo ante sus ojos el cuadro indómito de la naturaleza abriéndose paso majestuosamente en territorio de Tabasco para entrar luego en los límites de Chiapas y Guatemala. El viajero se sentía en medio de “soledades en las cuales el reino vegetal despliega libremente su exuberancia”, al punto de sentir su alma embargada de “una tristeza y un vacío indefinibles” y pensar que “el hombre es sólo un accidente”. Este tipo de reflexiones marcan su fuerte inclinación hacia el misticismo: ante la grandeza de la naturaleza el papel del hombre “es tan insignificante, que apenas parece necesario a la armonía general del mundo”.

Este recorrido llevó a Morelet y a Morin a la obligada visita de los ya célebres monumentos de Palenque, de los cuales el primero escribiría: “un sentimiento de sorpresa y admiración nos mantuvo inmóviles [...] estaba allí, en pie en medio de la soledad, con la majestuosidad de las cosas que han vivido mucho tiempo”. Al mismo tiempo y con carácter de

---

<sup>6</sup> Véase Rosa Torras Conangla. *La tierra firme de enfrente. La colonización campechana sobre la Región de Los Ríos (siglo XIX)*. Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2012.

denuncia, no dejó de señalar cómo setenta años después de haber sido “descubiertos” los monumentos mayas estaban siendo deteriorados por las constantes excursiones de los habitantes de Santo Domingo de Palenque durante la primavera: los monumentos tenían la marca irreparable de su presencia manifiesta a través de inscripciones y señales de depredación.

Seguido a esa visita, Morelet y Morin se internaron a pie en El Petén para lograr llegar a la isla de Flores (Itzá), donde el primero recolectó una serie de especies, de las cuales las más célebres son el cocodrilo *Cocodylus moreletii* y la rana *Agalychnis moreletii*. Morelet recuerda haber llevado un ejemplar disecado del cocodrilo a Francia, el cual pasó a formar parte de la colección del Museo de Ciencias Naturales de París y, al ser reconocido por sus pares como una nueva especie, “los sabios profesores de ese establecimiento [le hicieron] el honor de darle [su] nombre”. Asimismo, describe su encuentro con los tábanos, los monos, el jaguar, los búhos y los reptiles de la selva.

Con su cultura enciclopédica característica, Morelet recogió durante sus recorridos las siguientes piezas musicales: *Aire de Yucatán*, *Aire indio*, *Aire de Tabasco*, *Aire de Petén*, *Aire de Honduras*. Estas piezas musicales eran propias de los garífunas, habitantes en la actualidad del municipio guatemalteco de Livingston y el distrito de Toledo, en Belice, llamado en esa época Honduras británica. También describe el canto de las mujeres indígenas como melancólico y soñoliento: “¡Qué bonito es el mundo! / ¡Lástima es que yo me muera!”. Asimismo, en varias páginas narra la sorpresa causada por el descubrimiento de la marimba: “pocos días se pasan en Flores sin que el sonido de las marimbas convide a los habitantes a algún nuevo regocijo”. También en Flores vio a los indígenas lacandones tocar un instrumento de cuerdas parecido a un bandolín de doble manga, en forma de cono truncado, cuya única cuerda pasaba cuatro veces sobre el puente.

Siempre a pie, Morelet y Morin, apoyados por un equipo de cargadores indígenas, descendieron hacia la región guatemalteca de las Verapaces, vía Dolores-Poptún-San Luis atravesando el río La Pasión, para luego entrar en la región k'eqhí por el pueblo de Cahabon y penetrar a una zona cuya vegetación varía desde la planicie calcárea petenera hasta una zona montañosa de bosque tropical húmedo. Era un trayecto cubierto de majestuosos árboles de zapote, guayaba, mamey, anonas, aguacates y

de plantas como la flor de la calentura, la yerbabuena, los pimientos, el achiote, las calabazas, etcétera. Un trayecto por dos regiones descritas en los siglos xvii y xviii sucesivamente por Martín Alfonso de la Tovilla en su *Relación histórica descriptiva de las Provincias de la Verapaz y de la del Manché* (1635), y por Juan de Villagutierre y Soto-Mayor en *Historia de la conquista de la provincia de el Itzá, reducción y progresos de la de el Lacandon, y otras naciones de indios bárbaros, de las mediaciones del Reyno de Guatemala, a las provincias de Yucatán, en la América Septentrional* (1701).

Podemos suponer que Morelet conocía desde París los escritos del irlandés Juan Galindo, jefe departamental de El Petén, enviados a la Sociéte de Géographie luego de visitar los sitios de Palenque y Topoxté, en el lago Yaxhé, durante 1831.<sup>7</sup>

En su travesía por El Petén, Morelet fue testigo del trabajo de los médicos tradicionales mayas, en su testimonio apuntó el recurrente rechazo de los indígenas por acudir a consulta con los médicos blancos, ellos preferían recurrir a las recetas transmitidas de generación en generación por sus antepasados. Asimismo, encontró rastros de los lacandones cuya vida montaraz se extendía a lo largo de la región de Chisec. Cuando llegó al pueblo de Cahabón, habitado por los kecqchis rebeldes sobre los cuales ya había sido prevenido en el Petén por ser considerados “bárbaros ingobernables” a raíz del asesinato del cura de turno algunos años atrás, escribió que estos pertenecían a “una raza distinta a la de los mayas”, posiblemente de origen k'iché, pero “de un color más oscuro [...], con formas más pesadas y facciones más irregulares [...] la infancia tiene un aspecto salvaje; la ancianidad carece de dignidad; entre los hombres lleva las señales de la degradación; entre las mujeres, verdaderamente nauseabundas”. La cita anterior ejemplifica la concepción racista del “otro”, una visión eurocentrista escondida esta vez bajo el manto científico del positivismo en boga y útil como información para el expansionismo imperial europeo.<sup>8</sup>

Más tarde, Morelet llegó a San Pedro Carchá, ya en el altiplano verapacense, después de recorrer un camino cubierto por liquidámbares,

<sup>7</sup> Debido a que su “Informe sobre las ruinas de Palenque” había sido publicado por entregas en la *Literary Gazette* de Londres del 26 de abril y del 15 y 22 de octubre de ese mismo año.

<sup>8</sup> Véase Mary-Luise Pratt. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1992: 127-56.

anotó que este pueblo era el primero, desde su salida de Yucatán, en donde observaba cierta actividad y, sobre todo, donde encontraba indicios del funcionamiento de la administración pública. En la ciudad de Cobán, habitada por 12 000 personas —2000 mestizos y 10 000 indígenas—, encontró una población kecqchí dedicada a la agricultura y a otros oficios, sirviendo, parte de ella, a los ladinos, pero sobre todo dedicada al comercio. Eran viajeros infatigables que iban a Sacapulas, en el departamento de Quiché, a buscar sombreros hechos de hoja de palma; a Quetzaltenango por telas de lana; a Izabal por cerámica importada y, aún más, comerciaban con Nicaragua las hamacas de agave teñidas de ricos colores fabricadas por ellos. Sus mujeres tejían el algodón, bordaban y servían en los hogares. Además, se peinaban de una forma que no había visto en ninguna otra parte del país, pues llevaban los cabellos trenzados con un listón de lana, teñido de amaranto, de diez metros de largo y colgado hasta sus talones, adornado con pompas de color amarillo en los extremos. Todas ellas vestían un *corte*<sup>9</sup> azul a cuadros y una blusa de lana cuando salían de la casa. Cobán era especialmente importante para los ornitólogos, pues era una zona endémica del quetzal, pájaro del cual tenía noticias desde las fronteras de Tabasco.

## La sociedad guatemalteca

Antes de llegar a la capital guatemalteca, Morelet le solicitó al cónsul francés en Cádiz, August Huet, pedirle a su homólogo de turno en esa tierra recibirlo oficialmente. Así, el 26 de octubre, Jean-Marie Baradère reportó en el registro de la correspondencia consular haber respondido a la solicitud de su colega destacado en Cádiz, asentando oficialmente que el naturalista tuvo “el recibimiento más agradable posible”.<sup>10</sup> De 1839 a 1843, Huet fungió como cónsul francés en Guatemala y Baradère como su subalterno y luego sustituto.

---

<sup>9</sup> Prenda en forma de paño enrollado en la cintura a manera de falda y sostenido con una faja.

<sup>10</sup> Archives Nationales de Nantes. *Legation de Guatemala. Article 7. Minutier de la correspondance général au départ (novembre 1844-août 1849)*, “Mon cher collègue... Guatemala, 1er. Février 1848”. 1848. f. 193-193v

Morelet encontró en la ciudad de Guatemala una urbe de treinta mil habitantes, desprovista de encanto, triste y con poca circulación de carrozas, máxime porque sus alrededores tenían pocos jardines, fincas, casas de campo o industrias, lo cual acentuaba la sensación de desnudez en el valle que la albergaba, el de la Ermita; aunque estaba flanqueada por la majestuosidad de tres volcanes: Agua, Fuego y Pacaya. Una característica adicional era la ubicación de la ciudad en un valle desprovisto de agua como resultado de su constitución geológica, por lo cual fue necesario la construcción de dos acueductos con el fin de traer agua de las alturas inmediatas, Mixco y el Pinol.

Tal como lo habían hecho Jacob Hafkens en *Viaje a Guatemala y Centroamérica* y John L. Stephens en *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, Morelet dedicó una gran cantidad de páginas a la descripción de los principales monumentos civiles y religiosos de la ciudad, así como a la de las obras de arte que albergaba. De hecho, las ceremonias religiosas (procesiones, fiestas religiosas y de cofradía) eran las únicas capaces de sacar a la ciudad de la somnolencia en la cual estaba hundida, esto cuando las discordias civiles no las alteraban. En sus recorridos por los alrededores se interesó por la riqueza de la flora, en una ocasión llamó su atención la ceremonia del entierro de un niño, acompañada por cantos y música, muy similar a la presenciada años antes en el pueblo de Villa Real, en el Algarve portugués.

La principal atracción del centro de la ciudad era su parque, donde confluían, provenientes de todos los puntos cardinales, indígenas que abastecían el mercado. Del norte llegaba el carbón de madera de pino; las frutas venían del vecino pueblo de Jocotenango; la cerámica de Chinautla; del sur llegaban los vendedores de leche y las hortalizas; del este los productos de la zona tropical como los pescados del lago de Amatitlán, el azúcar y el algodón de la costa del Pacífico; finalmente, del oeste llegaban los indígenas comerciantes del Altiplano —a su juicio “la raza más aguerrida de América central”—, gente de cara ovalada, barba más evidente, fisonomía inteligente, mostrando gran independencia y el orgullo que los mantiene como “los hombres más útiles y los más industriosos del Estado de Guatemala”. A su criterio, los indígenas de la Costa Sur eran más bien zambos, producto de la mezcla entre los indígenas y los esclavos africanos de las plantaciones cañeras.

Los trajes también ayudaban a distinguir a la población nativa de las diversas localidades alrededor de la ciudad, por ejemplo la de Palín y Jocotenango, caracterizadas por los calzones de algodón blanco hasta la rodilla usados por los hombres. También estaban los ladinos, algunos de ellos trabajaban por las madrugadas en el mercado, verdaderos “lazzaroni”, para luego deambular por las calles. Sobre todo resultaban ser los artesanos de la ciudad, muy desprovistos de utensilios y modestos, los desconocedores del beneficio de las leyes del trabajo. De hecho habían heredado ese talento manual particular de la “raza americana” aunque no buscaban perfeccionarlo. Los verdaderos ciudadanos eran los dueños de las tiendas, un comercio nutrido del intercambio interno, sobre todo del externo, y en constante crecimiento gracias a la riqueza producida por la cochinilla y la exportación de su producto, la grana, a través del puerto de Santo Tomás bajo el control de la Compañía Belga de Colonización.

La mayor parte de la población masculina no indígena se vestía con pantalones de tela de algodón y una chaqueta color azul, mientras las mujeres portaban mantilla española. Los hombres indígenas llevaban una chaqueta de lana, un sombrero de paja cubierto por una tela encerrada, un pantalón de tela ligera y un poncho de colores vivos, diferente al zarape mexicano. Las mujeres vestían una cotona azul ceñida a la cintura y una blusa corta algunas veces ornada con bordados. Los cabellos los llevaban trenzados con un cordón rojo y los enrollaban alrededor de la cabeza a manera de corona.

Desde la perspectiva de Morelet, la clase rica se componía de parsimoniosos negociantes, circunspectos y poco curiosos de las cosas nuevas. Éstos pasaban gran parte del día al frente de su mostrador calculando sus ganancias. Tenían como máximo placer el crecimiento de su capital y temían a todo aquello capaz de perturbar el régimen social al cual estaban acostumbrados. Y no es que carecieran de sentimientos nacionales o fueran insensibles a los honores pero su ambición estaba moderada por la prudencia, la cual les aconsejaba que en tiempos difíciles era preferible pasar desapercibidos. En cuanto a las damas, resignadas de buena gana a una completa subordinación, reducían por sí mismas el círculo de su dominio. Por lo demás, los oficiales de aduana y los jueces guatemaltecos se caracterizaban por despreciar la ley.

Aunque el orden de las comidas era igual al del resto de la América española, en materia culinaria llamaban la atención del viajero los platos como el pulique, la olla o cocido de legumbres, la calidad de las tortillas de maíz y el tiste, una bebida compuesta de harina de este grano combinada con chocolate, jengibre, azúcar, agua y achiote. Por otra parte, los alimentos se cocinaban con manteca de cerdo, el frijol (la comida del pobre) siempre era cocinado con cebolla. Tanto los animales de caza como los pescados resultaban raros en los alimentos. A diferencia de México, en Guatemala no había plantaciones importantes de agave para hacer pulque a pesar de que en la época colonial había sido producido por los habitantes de los pueblos de Almolonga y San Gaspar, tributarios de la Antigua Guatemala; por razones de control laboral y social las autoridades habían decidido prohibir esta bebida para evitar la embriaguez de los indígenas.

Durante el trayecto de Belice a Cuba, Morelet perdió algunas de sus notas de viaje, motivo que lo excusa de no abordar con profundidad el tema de las instituciones del Estado guatemalteco. No obstante, su mirada social del país resulta en general bastante negativa. De sus dirigentes nos dejó esta opinión sobre Rafael Carrera como caudillo hispanoamericano:

Carrera no es un hombre ordinario; su fortuna, evidentemente lo prueba. Sin ninguna experiencia política, sin instrucción, sin otro guía que el instinto, ha sabido mantenerse en el puesto conquistado por su espada. Los ciudadanos más importantes de cada partido [conservador y liberal] se han inclinado cada vez ante él; esperan hacerlo un instrumento dócil, pero a todos les juega la vuelta aprovechándose de su antagonismo. Su papel es difícil, puesto solamente cuenta con el apoyo de hombres tímidos, allegados a él por necesidad, o de fanáticos sin consideración y valor. Por mucho tiempo rechazó la presidencia, alegando su falta de instrucción y la incompatibilidad de sus costumbres con la dignidad con la cual querían investirlo; sin embargo, la zalamería supo aplanar esos obstáculos, aunque sus concesiones en los modales se limitaron, cuando tomó posesión de la dictadura, a la reforma de su chaqueta redonda y su sombrero de paja.

Para Morelet, la historia de Carrera tenía similitudes con la de Juan Manuel de Rosas en Argentina: Carrera a la cabeza de sus indígenas y Rosas a la de sus gauchos. Con la diferencia de que el primero se limitó a neutralizar a sus enemigos liberales y separatistas altenses, mientras

el segundo aplastó a los suyos, los unitarios. Rosas había sido un hábil diplomático, su labor impactó en el imaginario europeo, en tanto Carrera no lo logró.

En definitiva, Morelet lamentaba la conquista del Estado guatemalteco “por las bandas indias de Carrera”, pues desde su perspectiva el objetivo del modelo de buen gobierno era el de buscar la “regeneración de la raza indígena, prepararla para que desempeñe un papel en una sociedad civilizada”. Toda la línea eugenésica sustentada en el triunfo del pensamiento liberal positivista, si bien estaba en contra del esclavismo, consideraba la mixigenación de los pueblos originarios como la clave para sacarlos de la barbarie e insertarlos en el mercado interno de cada país en vías de desarrollo.

### **El deseo de conocer el océano Pacífico**

En el altiplano central guatemalteco Morelet comprendió que el océano Pacífico despertaba un sentimiento de aprensión a sus moradores, por lo cual consideró no abandonar el istmo centroamericano sin haber visto el “gran océano”. Por ello, el 12 de octubre de 1847 él y Cecilio, su guía guatemalteco, dejaron atrás la ciudad de Guatemala y partieron rumbo a Amatitlán, un pueblo próspero en aquella época gracias a que era el vivero de la cochinilla, cuyo cultivo en gran escala había empezado en 1825. Diez años después este poblado había sido elevado al rango de ciudad y contaba ya con siete mil almas, independientes de la masa flotante de trabajadores en tiempos de cosecha. El lago homónimo atrajo su atención, sobre todo por la diversidad de sus peces: pepescas, mojarras, ciriques, etcétera. Más adelante quedó impresionado con el cambio de paisaje cuando inició el descenso hacia la Bocacosta, y con los barrancos en donde nacían los ríos tributarios del Pacífico de corto pero caudaloso trayecto.

En la villa Escuintla, donde se producía el mejor cacao centroamericano después del Soconusco, observó en su entorno grandes cantidades de cocos, ceibas y papayos, los cuales daban paso a los campos cultivados de maíz y de caña de azúcar. Tan sólo tres meses bastaban en estas tierras para lograr la madurez de la milpa. Siguiendo el camino hacia la hacienda El Naranjo, los poblados de Masagua y el Overo, se llegaba a las salinas Santa Rosalía, en este trayecto Morelet descubrió la existencia de la caza

y el tráfico de iguanas para su venta en la capital e incluso en los poblados de la región de Los Altos como plato cotizado en cuaresma. Al final de este camino estaba el miserable puerto de Iztapa, cuya costa resultaba ser rasa y abierta, sin abrigo de cala alguna, batida constantemente por el oleaje desde el golfo de Tehuantepec hasta el puerto de Punta Arenas en Costa Rica. Los raros barcos de cabotaje que anclaban delante de él debían hacerlo a milla y media de la costa y luego transbordar su carga por medio de chalupas de cuatro o cinco toneladas, las cuales eran jaladas desde tierra por medio de un cable fijo a una de sus extremidades. Para entonces, este era el único puerto que el estado de Guatemala, ya convertido en República, tenía en el gran océano.

De regreso al Altiplano, en el pueblo Pokomam de Palín, Morelet decidió regresar a la Antigua Guatemala, pasó por el pueblo de Santa María de Jesús, en las faldas del volcán de Agua, lo cual representaba una distancia de dos leguas. Sin embargo, afectado por la altura (“mal de montaña” lo llaman en Guatemala), el viajero francés no pudo llegar al cráter: un desvanecimiento, que causó murmullos entre sus dos guías indígenas, le ocasionó un mal rato al ver perdida su autoridad. Como era el mes de noviembre, los habitantes de este pueblo se dedicaban a recoger la escarcha y el hielo acumulado en las grietas del volcán para luego venderlo en las dos capitales del país, la Antigua y la Nueva Guatemala.

Su paso por Antigua Guatemala estuvo marcado por el impacto causado por los destrozos producidos por el gran terremoto de 1773: iglesias, conventos y casas derruidas en esa ciudad coronada por tres volcanes de más de 3500 metros. De las 38 iglesias con las que contaba la otrora Santiago de Guatemala, tan sólo quedaban 5 en pie, la ciudad estaba habitada solamente por 12 000 personas después de haber tenido más de 30 000.

Pronto llegó el momento de tomar el camino hacia el mar Caribe con el fin de volver a Cuba, entonces contrató a Cecilio, un indígena pokoman originario de Mixco, arriero de profesión, su guía durante tres semanas en su traslado a buen puerto en el lago de Izabal. De él nos deja la siguiente semblanza:

Cecilio me parece ser el tipo perfecto del indígena civilizado; grande, robusto, valiente, sin que la pena o la fatiga lo desanimen, pero una vez terminada la tarea, nada funcionaba más en él. Se sentaba delante de mi puerta y se mantenía inmóvil, cualquier cantidad de tiempo. Con su chaqueta redonda,

sus pantalones largos y blancos, que había arreglado para la ciudad, sus pies desnudos, su sombrero de paja negra y ancho arriba, su boca habitualmente abierta y sus grandes orejas, se le tomaría más por un campesino analfabeto del Mediodía francés que por un descendiente de los k'akchiqueles.

## La ruta del Golfo Dulce

En esta última parte de su relato, Morelet se anima a expresar por primera vez al lector los sentimientos amorosos experimentados durante el viaje. Antes de partir hacia el lago de Izabal, Morelet recibió la visita de Juana, una joven k'ecqchí a quien había conocido en Cobán y por quien se había sentido atraído a pesar de la evidente distancia cultural y social. Morelet no podía explicarse cómo ella había podido ceder a esa diferencia y buscarlo, máxime cuando estaba a punto de contraer oficialmente matrimonio. Decidió entonces enfrentarla en la posada donde ella y su hermano se albergaban, allí la encontró engalanada, actuando con la gracia sencilla y cautivadora, provocando que “las ya debilitadas impresiones del pasado, provocadas por la agitación de mi vida nómada, volviesen a revivir: dudas, combates, escrúpulos, todo se disolvería ante una risa y una tierna mirada”. Pero no fue así, gracias a que los ojos de ella “se cubrieron extrañamente con un velo. Sólo así tuvo ánimos [de] partir”.

Sus planes consistían en seguir hacia El Salvador, visitar el Golfo de Conchagua, seguir hacia Nicaragua y embarcarse sobre el famoso lago hasta llegar al pueblo de San Juan del Norte, para tomar un paquebote hacia las Antillas. Sin embargo, deberes superiores lo reclamaron al enterarse de la muerte en altamar de su hermano Raoul, a la cual se refiere de forma indirecta: “pero hay deberes superiores a las obligaciones que un viajero se impone a la hora de trazar su itinerario: recibí noticias de Europa que no me permitieron diferir mi regreso ni, aún, vacilar sobre la elección de mi ruta”. A la par de ello, su constitución física estaba, para entonces, profundamente alterada. Así fue como el 7 de noviembre salió de la ciudad de Guatemala por el camino del Golfo.

A partir de ese momento, y una vez dejado atrás el pueblo pokoman de Chinautla, los indígenas empezaron a hacerse cada vez más escasos, en el camino iban apareciendo trabajadores, al parecer ladinos. Durmieron

en Casas Viejas, pasaron por los poblados de Chiquimula y Zacapa, en medio de un suelo cada vez más seco, poblado de cactus llamados organotes, finalmente alcanzaron el lecho del río Motagua. En esta última ciudad los arrieros eran numerosos y ricos, llegaban a poseer entre mil quinientas y dos mil bestias de carga para satisfacer el comercio con Europa y los Estados Unidos a través del puerto de Izabal. No se debe olvidar que el comercio también se hacía con cargadores indígenas, quienes subían sobre sus espaldas fardos de 75 kilogramos, mientras tanto, las mulas solían llevar dos fardos, uno en cada costado.

La humedad de la costa caribeña empezó a sentirse a partir de Gualán. Faltaba cruzar las montañas del Mico, cuya vegetación es más diversa debido al clima tropical húmedo que la cubre. Así, en un espacio reducido, el viajero pasaba de los pinos a las palmeras, los bambús, las mirtáceas y las parásitas. Llegar al puerto lacustre de Izabal, donde estaba la oficina del Consulado de Comercio, significaba no sólo el término del camino del Golfo, sino la posibilidad de viajar a Belice, desde donde se podía partir a La Habana aprovechando el viaje realizado por alguna goleta una vez por mes. Lo más impactante para Morelet en este trayecto era el encanto de la selva virgen extendida a lo largo de un lago de mediano tamaño y, sobre todo, del Río Dulce o Angostura, el cual desemboca en el mar Caribe.

Fue así como Morelet y Morin se embarcaron en La Aurora, goleta capitaneada por un viejo inglés, aunque indígena por los hábitos y turco por las costumbres, pues tenía una mujer en cada punto de la costa. La goleta lo transportó hasta la colonia inglesa de Belice, cuya capital estaba construida con casas de madera de arquitectura originalmente china y adaptada por los ingleses en Jamaica debido a los temblores de la tierra, tal y como sucedía en el sur de Estados Unidos. Allí habitaban personas provenientes de África y Europa, y algunos caribes. Para 1844 su población era de 10 809 habitantes, tan sólo se podían contar 399 europeos. Desde allí se realizaban labores de comercio con Yucatán a través del puerto de Bacalar; con Estados Unidos por el de New Orleans; con Jamaica y sobre todo con La Habana. Morelet infirió que poco a poco Centroamérica iría adquiriendo una importancia geoestratégica en el contexto de las disputas imperiales, sobre todo con el descubrimiento de oro en California y las posibilidades tecnológicas de construir un

canal interoceánico en el lago de Nicaragua. El 1 de febrero de 1848, una fuerza naval británica había tomado San Juan del Norte, mientras otra intentaba, por el Pacífico, apoderarse de la isla del Tigre, en el golfo de Fonseca, región que divide El Salvador, Honduras y Nicaragua. Mientras tanto, el gobierno norteamericano se mantenía como espectador, en busca de poder firmar un tratado que no permitiera a los europeos “ocupar, fortificar ni colonizar ningún punto de la América central”. Para Morelet todo resultaba cuestión de tiempo, éste finalmente le daría la razón. En 1850 se celebró el Tratado Clayton-Bullwer entre los Estados Unidos e Inglaterra, por medio del cual ambas potencias aceptaban la coexistencia imperialista en América, con este hecho la Doctrina Monroe se reafirmó.

A mediados de enero de 1848, nuestros viajeros dejaron Belice luego de permanecer en suelo americano un año y tres meses. Al año siguiente, Morin, tentado por hacer fortuna, partió a California. Morelet pensaba en las amplias posibilidades de éxito de su ex compañero gracias a su experiencia viajera, su constitución robusta y buen ánimo, pero nunca más volvió a saber de él, cualquier recurso utilizado hasta 1857 para saber de su paradero resultó infructuoso.

### **El regreso a Francia y la continuación de su trabajo americanista**

Morelet regresó a Francia el 22 de febrero de 1848. Sus cajones con las colecciones de animales y vegetales reunidas en Cuba, la península de Yucatán y Guatemala fueron depositadas en el Museo de Historia Natural de París, con el propósito de ser examinadas por una comisión de profesores-administradores. Ahí mismo depositó la colección completa de sus pinturas sobre los peces del lago de Flores, Petén, pues el mismo museo le ofreció la publicación de una gran obra sobre México nunca realizada. La colección tampoco le fue devuelta; la razón de esto fue que los dibujos de Morelet estaban pintados con colores muy similares a los de los modelos reales, esta última característica se perdió cuando los naturalistas guardaron los ejemplares animales en frascos de formol para transportarlos hasta el viejo continente.

A pesar de ello, Morelet presentó en 1849 los primeros resultados de sus estudios naturalistas sobre América en el Instituto de Francia.

La memoria lleva por título *Mémoires lus. Voyage scientifique. Exploration du Guatemala, par M. Arthur Morelet*, publicada por la Academia de Dijon. Asimismo, el 15 de febrero de 1849, Morelet concluyó el manuscrito de su primer reporte científico dedicado a la macología, titulado *Testacea novissima insulte cubanae et Americae Centralis*. El relato de su viaje, *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan, par Arthur Morelet*, apareció en 1857.

Durante su estancia y luego de su regreso a Francia, Morelet jugó un importante papel como informante político para el gobierno francés en su disputa por la hegemonía mundial con Inglaterra y en el contexto de la preparación bonapartista del Segundo Imperio en México. Por ejemplo, en junio de 1851, desde Dijon, Morelet escribió un reporte a François Buloz, director de la *Revue des Deux Mondes*, analizando la Constitución vigente en Guatemala, los sucesos ocurridos entre 1847 y 1848 que produjeron la caída del presidente Rafael Carrera, la situación de la Mosquitia y la penetración de los ingleses en Nicaragua.<sup>11</sup>

Paralelamente, los trabajos de la Comisión científica francesa en México, iniciados en 1862 y finalizados en 1893, utilizaron repetidas veces las notas de Morelet remitidas a la Academia de Dijon y las referencias de su libro de viaje a suelo americano para ilustrar los conocimientos en materia de cultivo de caña de azúcar, producción de palo de tinte y de vainilla, preparación culinaria del maíz; así como la información en torno a la zoología en general, a la ornitología en particular, y a la botánica en la península de Yucatán y del Petén guatemalteco.<sup>12</sup> Sin embargo, con la publicación, entre 1879 y 1915, de la magna obra *Biología Centrali-Americana*, editada en 63 volúmenes por Frederick Ducane Godman y Osbert Salvin del Museo Británico de Londres, quedó plasmada la relevancia del aporte de Morelet a la historia natural de México, Centroamérica y Cuba.

En materia cartográfica, el libro *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan* ofreció un mapa general del recorrido de Morelet. Sin embargo, en 1859, se publicó "Map to Illustrate the travels of

<sup>11</sup> Ministère des Affaires Étrangères. *Série: Acquisitions Extraordinaires. Acquisitions réalisées en 2002 et 2003*. Vol. 173 Documents divers 1, 1851-1960, 713: 450-456, 2003: f. 3-4v.

<sup>12</sup> Archives Nationales (Site de Paris). *Commission de l'exploration scientifique du Mexique (1862-1893). F/17/2909 à 2014/3*. Répertoire méthodique et semi analytique établi par Armelle Le Goff et Nadia Prevost Urkidi, 2009.

Mr. Arthur Morelet in the Unexplored Regions of Central America”, enfocado en la región de Los Ríos y, sobre todo en el territorio de la república de Guatemala.<sup>13</sup> Este mismo mapa lo reproduciría en 1871 Ephraim George Squier, en su traducción inglesa del libro de Morelet. Asimismo, en el tomo XVII —dedicado a las Indias Occidentales— de la *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les Hommes*,<sup>14</sup> Élisée Reclus utilizó este mapa de Morelet para ilustrar los referentes al Delta del Grijalva y a la laguna de Términos en los estados mexicanos de Tabasco y Campeche.

Entre 1850 y 1890, Morelet colaboró con artículos sobre conquilología, botánica y geografía en las revistas francesas y suizas más prestigiosas de la época como *Magasin pittoresque*, *Naturaliste*, *Revue de zoologie*, *Annales du musée civique de Gènes*, *Bulletin de la Société Botanique de France*, *Archives du Muséum*, etcétera.

### Otros viajes y ocaso

Con la tranquilidad de haber dado a luz su principal obra, Arthur Morelet dejó nuevamente suelo francés y partió rumbo a las Azores, acompañado de su amigo Henri Drouet, con el objeto de continuar sus estudios en botánica y zoología. Partieron del puerto de Nantes rumbo a Lisboa el 25 de marzo de 1857 y luego hacia la isla de San Miguel, donde arribaron el 25 de abril. Permanecieron en ese archipiélago cinco meses y regresaron a tierras francesas el 18 de octubre. Morelet se dedicó de inmediato a preparar la memoria titulada *Notice sur l'histoire naturelle des Açores*. Esta sería su última peregrinación en tierras lejanas con el fin de encontrar nuevos ejemplares de conchas, moluscos y plantas. El 29 de junio de 1861 fue aceptado como miembro de la Academia de Dijon (de la cual llegó a ser presidente honorario en 1892), en 1864 tradujo al francés el *Diario de viaje* de Vasco da Gama. En 1860 Portugal le había concedido el grado de caballero de la Orden de Cristo, en 1867 el gobierno francés lo honró con la Legión de Honor.

Durante los años siguientes se dedicó a recorrer los Alpes y las montañas de la costa de Oro francesa en busca de nuevas plantas con cuyos

---

<sup>13</sup> “Map to Illustrate the travels of Mr. Arthur Morelet in the Unexplored Regions of Central America”. New York: Thelfajor & Knapp Eng.

<sup>14</sup> Paris: Librairie Hachette et Cie., 1891.

ejemplares formó un nuevo herbario particular de estas regiones montañosas. Sin embargo, el reconocimiento principal como científico otorgado a Morelet fue gracias al estudio de los moluscos, por el cual fue considerado entre los principales exponentes de la escuela naturalista francesa junto a Lamarck, Deshayes, Moquin-Tandon, Dupuy, Férrus-sac y Draparnaud. Su colección de conchas era —según Drouet— de aproximadamente 28 000 ejemplares de 9000 especies diferentes, con 26 400 univalvas (gasterópodos) y 1600 bívulas (pelecípodos). Tras su fallecimiento, la colección fue adquirida por Hugh Fulton, conquiliólogo de Londres, quien más tarde cedió parte de la misma al British Museum.

Durante los últimos años de su vida, Morelet se instaló en la comuna de Velars, en el departamento de Côte d'Or, en donde llegó a ser su alcalde. Durante esta etapa redactó innumerables artículos científicos, sobre todo, escribió sus dos novelas, la ya citada *Une aventure en Portugal*<sup>15</sup> y *Les incobérences de la vie*.<sup>16</sup> Esta última transcurre en Cuba y su trama gira en torno a la búsqueda de la verdadera identidad de Cristóbal Colón, curso de nacimiento según la novela. Durante su visita a la catedral de La Habana en 1847, Morelet vio un medallón de mármol blanco empotrado en la pared a la izquierda del altar mayor, en el cual se leía la siguiente inscripción:

¡O restos é imagen del grande Colón!  
Mil siglos durad guardados en la orna  
Y en la remembranza de nuestra canción

Su emoción fue profunda ante la presencia del ilustre sepulcro, pues Colón había amado sobre todo a Cuba y no pudo dejar de “pensar en las cadenas con las cuales España le había recompensado por el legado del Nuevo Mundo”. Aunque subraya los errores del almirante español, no deja de sentir una gran admiración por él y su empresa. De acuerdo con la construcción de héroes propia de su época, Morelet considera que la figura de Colón fomenta valores universales y, por lo tanto, merece tener un monumento más adecuado.

El 9 de octubre de 1892, Arthur Morelet falleció en el Château de Velars sur Oche, a tan sólo cuatro días de la conmemoración del IV centenario del

<sup>15</sup> Paris: C. Levy, 1887.

<sup>16</sup> Dijon: Lamarche, 1890.

descubrimiento europeo de América. Poco después, su amigo Drouet publicó su necrología, gesto imitado por su colega el conquiólogo Hippolyte Crosse,<sup>17</sup> con el propósito de conservar la memoria de Morelet para las generaciones futuras. El tiempo les dio la razón. Que esta nueva semblanza sirva también de homenaje a tan ilustre americanista.

## Referencias

### ARCHIVES NATIONALES DE NANTES

1848 *Legation de Guatemala. Article 7. Minutier de la correspondance général au départ (novembre 1844-août 1849), "Mon cher collègue..., Guatemala, 1er. Février 1848".* f. 193-193v.

### ARCHIVES NATIONALES (SITE DE PARIS)

2009 *Commission de l'exploration scientifique du Mexique (1862-1893).* F/17/2909 à 2014/3.

### ARRIOLA, JORGE LUIS

1990 "Prólogo". Morelet, Arturo. En *Viaje a América central (Yucatán y Guatemala)*. I-XVIII. Guatemala: Academia de Geografía e Historia de Guatemala.

### CROSSE, HIPPOLYTE

1893 "Nécrologie". *Journal de Conchyliologie*, 41: 75-77.

### DROUET, HENRI

1892 "Necrologie- Arthur Morelet". *Nachrichtsblatt der Deutschen Malakozoologischen Gesellschaft*, 24: 204-206.

1894 "Notice sur Arthur Morelet. Président honoraire de l'Académie de Dijon". En *Mémoires de l'Académie des Sciences, Arts et Belles Lettres de Dijón. Années 1893-1894*. Serie 4, tomo IV. Dijon: Imprimerie Darantiere: 11-36.

---

<sup>17</sup> Henri Drouet, "Necrologie-Arthur Morelet", *Nachrichtsblatt der Deutschen Malakozoologischen Gesellschaft*, 11-12, 1892: 204-06. También Hippolyte Crosse, "Nécrologie". *Journal de Conchyliologie*, 41, 1893: 75-7.

HAFKENS, JACOB

- 1969 *Viaje a Guatemala y Centroamérica*. Guatemala: Editorial Universitaria.  
 1859 “Map to Illustrate the travels of Mr. Arthur Morelet in the unexplored regions of Central America”. New York: Thelfajor & Knapp Eng.

MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGÈRES

- 1851-1960 *Série: Acquisitions Extraordinaires. Acquisitions réalisées en 2002 et 2003*. Vol. 173, documents divers 1, 713: 450 a 456, 2003: f.3-4v.

MORELET, ARTHUR

- 1850 *Mémoires lus. Voyage scientifique. Exploration du Guatemala, par M. Arthur Morelet*. Dijon: Imp. de Loireau-Feuchot.  
 1851 *Testacea novissima insulte cubanae et Americae Centralis*. Paris: J. B. Ballière.  
 1857 *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan*. Paris: Gide et J. Baudry.  
 1871 *Travels in Central America, Including Accounts of Some Regions Unexplored since the Conquest*. London: Leypoldt, Holt and Williams.  
 1887 *Une aventure en Portugal*. Paris: C. Levy.  
 1890 *Les incohérences de la vie*. Dijon: Lamarche.  
 1990 *Viaje a América central (Yucatán y Guatemala)*. Guatemala: Academia de Geografía e Historia de Guatemala.

PRATT, MARY-LUISE

- 1992 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.

RECLUS, ÉLISÉE

- 1891 *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les Hommes*. Tomo XVII. Paris: Libraire Hachette et Cie.

SELLEN, ADAM T.

- 2010 “Los padres Camacho y su museo: dos puntos de luz en el Campeche del siglo XIX”. *Península V*, 1.

STEPHENS, JOHN L.

1971 *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. 2 vols. San José de Costa Rica: EDUCA.

STANLEY, PAUL C.

1930 *Flora de Yucatán*. Publicación 279, Botanical Series III, 3. Chicago: Field Museum of Natural History.

TORRAS CONANGLA, ROSA

2012 *La tierra firme de enfrente. La colonización campechana sobre la Región de Los Ríos (siglo XIX)*. Mérida: CEPHCIS-UNAM.



## Los mayas de México en la mirada de un naturalista francés

Mario Humberto Ruz

Tras dos meses de recorrer Cuba y 54 días de navegación “laboriosa” entre el puerto de El Havre y La Habana a finales de 1846, el naturalista francés Arthur Morelet arribó a la península yucateca. Viajaba provisto de indicaciones más bien magras, pues los habaneros a quienes pidió referencias, apenas si conocían tierra firme más allá de los puntos donde practicaban el cabotaje. Ciertamente no se había aventurado a depender de las informaciones locales; hombre ilustrado y lector asiduo, se había preparado para el viaje. De ello dan cuenta las alusiones hechas a lo largo de *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan*, a algunas obras de corte histórico y arqueológico sobre las antiguas civilizaciones de México, Perú, Estados Unidos y Canadá. De esta manera, de su texto se desprende que su encuentro con América le ofreció sorpresas y novedades inimaginables.

Como viajero culto no se limitó a consignar datos sobre la peculiar naturaleza americana ni tampoco para su clasificación; nos legó un acucioso testimonio de todo aquello considerado relevante para él: la geografía, el clima, la flora, la fauna y los hombres y sus creaciones culturales; desde apuntes arquitectónicos hasta las gastronómicos y musicales, sin desdeñar referencias a la piedad popular o a las pasiones políticas convulsas en aquella época, particularmente en México y América central. Ciertamente alguien podría esgrimir que tal variedad de intereses era frecuente en los científicos de su tiempo, pero no era igualmente común, en cambio, hallar una conjunción de tan acusada precisión científica y la agudeza de

una mirada crítica desde una perspectiva denominada antropológica en la actualidad y, además, esgrimidas por una buena pluma. En ello comparte méritos, considerando sus líneas de estudio, con el botánico austriaco Carl Bartholomaeus Heller, quien llegó a México en 1847, casi al mismo tiempo que él. Éste último se internó en Tabasco en plena invasión estadounidense y nos dejó espléndidas descripciones no sólo de la vegetación de la sierra tabasqueña, sino también de la situación bélica en la zona (a la cual comparó con Yucatán) y las terribles condiciones laborales de los zoques serranos, de quienes consideró: “[no disfrutaban] de mayor libertad que los esclavos de Luisiana o Las Antillas”. De manera similar a Morelet, no ahorró críticas al desempeño de funcionarios civiles y eclesiásticos, mucho menos al de los hacendados sobre quienes apunta: “son tanto más ricos entre más pobres se hacen los indios a su servicio”.<sup>1</sup>

Analizar con detalle el amplio abanico de intereses y registros incluidos en la obra de Morelet supera con mucho los objetivos de esta breve reflexión, por lo cual me limitaré a destacar algunas de sus apreciaciones sobre los pueblos mayas que conoció durante su travesía por el sur del territorio mexicano: Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, y las consideraciones suscitadas a partir de las relaciones interétnicas y la actitud de los grupos gobernantes hacia los mayas, a menudo explicadas desde una perspectiva diacrónica.

Su recorrido por la península de Yucatán, concertado finalmente a mediados de febrero de 1847, inició en el puerto de Sisal, desde donde pensaba dirigirse a Mérida, Uxmal y Chichén Itzá. Lo sorprendieron la población india “de tez cobriza, miradas benévolas, muy animada y de buen humor”, tan distinta “al espectáculo de la esclavitud en la isla de Cuba”; y las viviendas hechas de estacas y cubiertas con la sombra de las palmeras y las blancas ropas de las mujeres. Llamó también su atención el movimiento en el pequeño puerto limitado a una veintena de indios que vigilaban y guardaban las costas, pues el resto de nativos y los escasos españoles residentes trabajaban apenas lo necesario para la subsistencia, pasando el resto de sus días haciendo cigarrillos, entretenidos con un bandolín y meciéndose indolentemente en sus hamacas.<sup>2</sup> La aldea apenas

---

<sup>1</sup> Cabrera Bernat, Ciprián Aurelio. 1987 *Viajeros en Tabasco. Textos*. Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco, 1987: 510-36.

<sup>2</sup> Morelet achacó parte de ello a la latitud, que “adormecía” las facultades mentales.

si salía de su adormecimiento cuando aparecían en el mar las velas de algún barco con noticias de Campeche o de Cuba o, por tierra, algún coche tirado por mulas donde viajaban los jóvenes hidalgos que iban a continuar sus estudios en La Habana, “centro de la civilización en aquella comarca”. Después, retornaba al hamaqueo.

Mérida mereció pocos comentarios favorables, pues la encontró “melancólica” y “triste” pese a contar con cerca de 25 mil habitantes. Exceptuando la catedral y aquello que denominó “el palacio de Montejo”, todo eran casas uniformes ennegrecidas por el tiempo, plazas cubiertas de hierba, calles estrechas y solitarias y tiendas de aspecto mezquino, lo cual parece vincular con su pobre comercio exterior.<sup>3</sup> Hombres cobrizos, casi desnudos, arrastrando la leña cortada en el bosque, mujeres vestidas de blanco acarreado al mercado el fruto de su trabajo y de vez en cuando alguna volanta, le parecieron los sonidos de vida cotidiana más remarcables. En consecuencia, se detuvo en la descripción de la población maya que, como a tantos otros viajeros, llamó su atención por su número, su fisonomía, su vestimenta y su carácter.

Su aspecto físico de “frente deprimida y nariz alargada”, recordada al ver las imágenes en boga de Uxmal y Chichén y más tarde apreciarlas personalmente en Palenque, le parecía una prueba de la filiación directa de los vecinos del área con los constructores de aquellos espléndidos asentamientos. No obstante, en su opinión, los artistas nacionales habían exagerado “ciertos caracteres entonces constituyentes del ideal de belleza”, pues las mujeres mayas de las cercanías de Mérida a su parecer rara vez podían considerarse bonitas, eran de estatura mediana, miembros gruesos tendientes a la obesidad, caras anchas, bocas algo grandes, narices ligeramente deprimidas y pliegues epicánticos.<sup>4</sup> Se le antojaron,

---

<sup>3</sup> En algún pasaje se refiere a las dificultades que, pese a su buena situación en el Golfo, enfrenta Yucatán para el comercio marino dadas las características de un mar poco profundo y poblado de arrecifes, y la ausencia de puertos, exceptuando la laguna de Términos y el río Usumacinta. En otro apunta que las labores comerciales yucatecas se encontraban principalmente en manos de los españoles nacidos en Europa, junto a los cuales “languidecen los criollos sobre los restos de su antigua opulencia”.

<sup>4</sup> Una buena muestra de las variaciones temporales de las apreciaciones estéticas es el siguiente ejemplo: tres siglos antes fray Diego de Landa calificó a las mayas de Yucatán como “en general de mejor disposición que las españolas, y más grandes y bien hechas”. Diego de Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*. México: CNCA, 2003: 114.

en varios rasgos, semejantes a las tribus de origen mongol. Las facciones de las mestizas le parecieron “mucho más agradables; su fisonomía carece quizá de expresión y de viveza, pero se desprende de ellas esa dejadez meridional atribuida más a la voluptuosidad que a la debilidad”.

Coincidió con la opinión de buena parte de los viajeros de la época y de los escritores de la Colonia<sup>5</sup> en lo admirable que resultaba “la extremada pulcritud de sus vestidos y de su persona, así como la costumbre que ellas comparten con los hombres, en un país donde el agua no es abundante, de lavarse escrupulosamente todos los días”, y dedicó algunas líneas a la descripción de su atuendo sencillo, apropiado al clima e idéntico por todas partes; aunque en el campo se despojaban, hombres y mujeres, de las prendas superiores, quedando ellos con su pantalón y ellas con su falda como única vestimenta.

La descripción del atavío maya, coincidente con la hecha pocos años más tarde por la emperatriz Carlota,<sup>6</sup> continúa con alguna reflexión sobre el carácter indígena, su laboriosidad y su viveza intelectual, opinión también compartida por la soberana. Acota Morelet: “No he notado en los indios de Yucatán un carácter tétrico o taciturno, como nos pintan a los de la América del Norte; al contrario, me maravillaba su humor alegre”; y agrega: “Desde el punto de vista intelectual, la raza indígena me ha parecido más adelantada en Yucatán a las radicadas en otros puntos del continente americano en donde he estado en contacto con ellas”. Otra reflexión similar a la hecha por Carlota al compararlos con otros indígenas mexicanos.

---

<sup>5</sup> Comenzando por el propio Landa, quien apuntó que las mujeres eran particularmente limpias “por cuanto se lavan como los armiños”. Agregó se untaban de ungüentos colorados y, las más pudientes, cubrían pechos, brazos y espalda con una goma como liquidámbar, *iztah-te*, “y quedaban galanas y olorosas, según les parecía”. Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*: 115ss.

<sup>6</sup> “Los trajes de los indios son en verdad particulares. Pensaría uno vivir en la época de Moctezuma. Las mujeres, parecidas a vestales, serían perfectas para la pintura al fresco. Como vestido llevan una falda de tela blanca, llamada fustán, con la orla adornada por bordados multicolores, y por encima una blusa con escote rectangular, igualmente bordado, que cae recta sobre el cuerpo. En la cabeza portan un velo blanco, como los usados por las monjas. Los hombres llevan bellos sombreros de paja, redondos, muy finamente tejidos, con diseños negros tipo mosaico, una camisola blanca, y una especie de pantalones”. Baron Camille Buffin. *La tragédie mexicaine: les impératrices Charlotte et Eugénie*. Bruxelles: A. de Wit, 1925: 198 (Traducción del autor).

Poco atraído por Mérida, Morelet se apresuró por continuar hacia Uxmal, cuyas ruinas habían despertado su curiosidad tras conocer los textos de Waldeck y Stephens, y los grabados de Catherwood. Pero sus planes se vieron estorbados por un levantamiento armado, lo motivó la escritura de algunos párrafos en torno a las luchas intestinas y a los enfrentamientos con las fuerzas del centro del país; la añeja rivalidad entre Mérida y Campeche, expresada en continuos enfrentamientos, y la explosión de lo que denomina el “odio hereditario” alimentado por los indios contra los españoles, el cual culminó con el levantamiento de los mayas vecinos de la región de Valladolid (la famosa Guerra de Castas) y las amenazas de revueltas indígenas en el sur.

Más tarde volvería sobre el mismo tema al toparse con la vanguardia de las tropas campechanas (en su paso por Maxcanú y Halachó), compuesta por cerca de mil soldados, ante las cuales terminaría capitulando Mérida en medio del desánimo general. No ocurrió lo mismo con el alzamiento indígena, pues buena parte de la “raza indígena, armada y aguerrida por los bandos enfrentados, emprendió rápidamente y por su propia cuenta una cruzada nacional que abrasó toda la península y cuyo fuego sólo ahora está apagándose”. Con esas consideraciones en mente, el naturalista ingresó en territorio ahora campechano, llegando al puerto el 5 de marzo de 1847, después de 60 horas de agitado y tenso viaje desde Mérida.

Pese a considerar la ubicación de Campeche como “una de las más privilegiadas en América” y encontrar “por todas partes un espíritu de orden y un cuidado favorablemente contrastantes con la negligencia fastuosa de La Habana”, el naturalista no descubrió en la arquitectura del puerto nada singular a excepción de sus murallas, despachándola de un solo escopetazo en tres frases lapidarias: “la plaza mayor es bastante fea, la catedral mezquina <sup>7</sup> y ningún monumento llama la atención del viajero”. Por si fuera poco, el puerto padecía de un clima extremadamente caliente, húmedo e insalubre y se veía asolado por plagas de alacranes, mosquitos y garrapatas. Los comentarios favorables los reservó para el

---

<sup>7</sup> En realidad, para entonces no era catedral sino apenas parroquia. La diócesis de Campeche fue creada por bula de León XIII casi medio siglo después, el 18 de mayo de 1895. Su primer prelado, Francisco Plancarte y Navarrete, tomó posesión de ella hasta el 26 de noviembre de 1896. Mario Humberto Ruz. *Crescencio Carrillo y Ancona. Correspondencia. Tomo I. Libro copiadador de cartas, 1889-1895*. México: UNAM-CEPHCIS, 2012: 40-4.

mercado, rebosante de vegetales, frutas y productos del mar, en especial de distintas variedades de cazón.

En su primera oportunidad decidió abandonar la ciudad en un pequeño buque con dirección hacia El Carmen, pues ardía en deseos de estar en contacto con la naturaleza en sus formas más “salvajes”. En la Isla se sorprendió por la masacre forestal practicada contra el palo de tinte (*Hematoxylum campechianum*), perpetrada por los carmelitas, a quienes consideró sumidos en la indolencia en un sitio donde la exuberancia de la naturaleza disfrazaba la pobreza:

Es necesario ir a la América española para encontrar a aquellas personas que su pobreza hace tan ricas, colocándolas por encima de todas las necesidades; ningún incentivo las estimula en cuanto tienen lo estrictamente necesario; para ellas el bienestar consiste en el reposo; su ambición se limita al alimento cotidiano, en cuanto a su familia encomiendan a la Providencia el cuidado de velar por su porvenir. Así se prolonga en ellos la indiferencia por el mañana, sin mejora, sin progreso, desde la cuna hasta el sepulcro.<sup>8</sup>

La rutinaria vida del lugar parece haberlo fatigado pronto. La tarde del 24 de marzo se embarcó hacia el Usumacinta, entrando por Palizada. Pese a mostrar un mayor interés por la naturaleza que por las creaciones humanas, no pudo sustraerse al placer de visitar el asentamiento prehispánico de Palenque, tan ponderado por sus predecesores viajeros, a quienes con tanta atención había leído.

Las notas dedicadas a la población local o a los ocasionales visitantes son escasas y poco elaboradas, sobre todo si se las compara con las inspiradas por la exuberancia de la naturaleza, algo inesperado cuando confiesa: “Todo lo que había leído acerca de aquel rincón del mundo me había dejado sin opinión acerca de su verdadero carácter”; pues sus predecesores eruditos, preocupados por el enigma histórico planteado por la magnificencia de las ruinas: “han tratado como un accesorio sin valor el cuadro que rodeaba al objeto de sus especulaciones; quedé pues tan

---

<sup>8</sup> Ello explicaba, en su opinión, que el salario de un peso diario ofrecido a los trabajadores pudiese calificarse de elevado, pero ni eso permitía a los patrones triunfar sobre “la apatía de los más necesitados”, quienes si consentían “en proseguir su tarea durante la semana, es únicamente para adquirir el derecho de no hacer nada en un mes”.

sorprendido como maravillado del aspecto pintoresco y de la belleza del paisaje”. Tras recordar el viaje de Cortés a Las Hibueras, cuyo tránsito consideró lo había aproximado al mismo sitio, se permitió comparar los asentamientos yucatecos con el palencano, lo cual le permitió conjeturar la posible intervención de los toltecas en todos ellos, pues los monumentos, en su opinión, “tenían un mismo carácter arquitectónico: estaban ordenados según los mismos principios y construidos según las mismas reglas de arte”. Entre estas conjeturas y la hipótesis de que Mayapán había sido construida por gente emigrada de Chiapas, había sólo un paso. Y lo dio.

Curiosamente, cerró sus consideraciones sobre el sitio cuestionando su valor arquitectónico, y pese a dedicar más tarde algunos párrafos completos a la capacidad mostrada por los mayas en el arte de plasmar sus ideas a través de “jeroglíficos” y “verdaderos libros”, y su encomiable empeño por transmitir los conocimientos científicos y artísticos a través de escuelas, pidió a sus lectores guardarse “de un entusiasmo exagerado”, pues le parecía demasiada credulidad suponer “que un pueblo ignorante del arte de descomponer los sonidos y reproducirlos por medio de la escritura, desconocedor del uso del hierro, y carente de rebaños y bestias de carga, haya podido llegar jamás a un grado de cultura comparable al de las sociedades modernas”. Asimismo, sostiene: “Admiro los bajorrelieves de Palenque sobre la fachada de sus viejos palacios; me interesan, me conmueven, y nutren mi imaginación; pero si se transportan al Louvre, resultan sólo esbozos informes capaces de dejarme frío e indiferente”.

Tras emitir una consideración juzgada en nuestra época como etnocéntrica, el naturalista narra su tránsito hacia el Petén guatemalteco, cuyo trayecto atravesó la región de Los Ríos, en su mayoría bajo la jurisdicción de Tabasco. Nada parece haber escapado a su atención, desde los erizos de mar hasta la fiesta de San Isidro en Tenosique, pasando por las plagas animales, las enfermedades, las peripecias de los muleros, las creencias y supersticiones locales, las pugnas políticas, la música, la dura vida de los peones, impactante tanto para sus predecesores como para él<sup>9</sup> y, por

---

<sup>9</sup> Entre ellos su compatriota Desiré Charnay, quien durante sus viajes a México (1857, 1880, 1882 y 1886) visitó buena parte del estado, legándonos no sólo detalladas descripciones sino también espléndidas imágenes (véase bibliografía) y al ya mencionado Carl Bartholomaeus Heller.

supuesto, los paisajes descritos con detalle, enlazando de forma afortunada sus conocimientos científicos con su envidiable pluma.

Sirva, como botón de muestra, lo consignado sobre las márgenes del Ozomantli, el río de Monos, cuyo trayecto lo realizó a bordo de un cayuco: “Exceptuando la primera impresión producida en mí por el Nuevo Mundo, debo confesar que las escenas del Usumacinta, por su melancólica grandeza y su poesía primitiva, me han dejado recuerdos más profundos”. Subyugado, el viajero se internó en la selva para dejarnos la descripción de una belleza hoy en día desaparecida en su mayoría:

Desde los primeros pasos, creí hallarme en un mundo encantado: era aquello una profusión de palmeras, de vegetales extraños y monstruosos, de lianas retorcidas en un desorden inexplicable, de ramas seculares cargadas de plantas bulbosas, como jardines aéreos. En una palabra, un esplendor, una riqueza, una diversidad capaz de confundir a la imaginación más exagerada. Toda aquella magnificencia se me apareció en un rayo de luz filtrado a través del follaje: más allá reinaba un crepúsculo no disipado por el sol. Ante aquel escenario extraordinario y perteneciente en apariencia a la primera edad del mundo, me detuve confundido, admirado como quien, en una noche oscura, es deslumbrado repentinamente por un meteoro.

Si el desorden en la naturaleza se antojaba inexplicable, el imperante en aquel entonces en el aspecto sociopolítico en Tabasco era hartó más que explicable. Zarandeado por las pugnas entre centralistas y federalistas, el estado había sufrido en 1830 la invasión de fuerzas militares campechanas, enviadas por Yucatán, que se pronunció por el centralismo y se sustrajo a la Federación.<sup>10</sup> Para colmo de males, a estos hechos siguieron una hambruna y, a finales de 1833, una epidemia de cólera *morbis*, la cual arrastró a la tumba a miles de tabasqueños. La tragedia se vistió de colores: banderitas blancas en las casas de quienes aún no sucumbían al contagio, amarillas donde había enfermos y negras donde se velaba a los muertos...

Nada nos dice Morelet de las poblaciones del centro del estado una década después, pues sólo visitó los asentamientos tabasqueños ubicados

---

<sup>10</sup> Tomado San Juan Bautista de Villahermosa, los federalistas trasladaron los poderes a Teapa. A partir de 1831 los gobiernos locales oscilaron en sus simpatías. Al año siguiente hubo una nueva invasión campechana repelida por los tabasqueños en una memorable batalla librada en Achachapan el 25 de julio.

en las riberas del Usumacinta. Así, nos dejó apenas muy breves notas sobre Balancán y Tenosique. De la primera, una aldea compuesta por apenas 24 familias, señala la explotación ejercida por los españoles residentes sobre los indios; por su parte, Tenosique estaba “compuesto por un centenar de cabañas y rodeado de inmensos bosques”, y no difería de las otras aldeas visitadas exceptuando, si acaso, en cuanto a que conforme se avanzaba tierra adentro desaparecían los pobladores hispanos quedando sólo los indios.

Sometidos a los vaivenes políticos y a las duras condiciones cotidianas, no es de extrañar que los vecinos aprovecharan las escasas ocasiones festivas para dar rienda suelta a su alegría. Como lo pudo observar nuestro viajero con motivo de la celebración de san Isidro,<sup>11</sup> patrono de los labradores, festejado por los mayas de Tenosique a lo largo de tres días y tres noches, aunque el oído de Morelet conservaría más tiempo el sonido de las campanas, del pífano y del tambor, víctima del celo de los naturales por mantener esa práctica transmitida por los españoles, cuyos descendientes intentaban en vano moderar, persuadiéndoles de abreviar el “piadoso ejercicio”. Más astuto que sus feligreses mestizos, el cura halló un pretexto para huir lo más lejos posible del festejo dejando a un viejo indio en su lugar.<sup>12</sup> A la barahúnda sonora se sumó el consumo de alcohol, con “libaciones tan copiosas que las tiendas de vinos espirituosos se agotaron bien pronto”.

En el curso de un viaje río arriba, en las cercanías de Boca del Cerro (garganta donde el Usumacinta se vierte a la planicie) Morelet hizo atrapar al bogador de un cayuco, gracias al cual se enteró de la existencia, en las cordilleras cercanas a Tenosique, de los remanentes de una nación

<sup>11</sup> La iglesia lo celebra el 15 de mayo.

<sup>12</sup> Una tortura parecida había experimentado otro viajero que le precedió en su periplo por Tabasco, el barón de Waldeck, quien el 9 de febrero de 1834 fue testigo de la procesión en San Juan Bautista de la imagen del venerado señor de Esquipulas (al cual califica de “monstruoso ídolo”); procesión encabezada por las autoridades eclesiásticas y civiles, a las cuales seguían una compañía de soldados y el grueso del pueblo, en especial “mujeres vestidas de blanco que llevaban en la mano una vela encendida y acompañaban la infernal música con los roncros acentos de su voz gangosa”, haciendo un escándalo tal que el poco reverente barón desearía una audición semejante “por castigo a mis más crueles enemigos”. Jean Frédéric de Waldeck. “Viaje a Yucatán y a las ruinas de Itzalana”. En Ciprián Cabrera Bernat, edición. *Viajeros en Tabasco. Textos*. Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco, 1987: 301-22.

india: los lacandones o caribes, a quienes dibuja como politeístas, polígamos, recelosos del contacto con los blancos, los más atrevidos eran quienes se aventuraban a aparecer algunas veces en los poblados para obtener ciertos bienes. Por lo demás, asegura, “viven como vivían sus padres”, “armados de arcos y flechas como en los tiempos primitivos, todavía les llena de espanto la detonación de un arma de fuego”.

No es de dudar que, como declaró el forzado informante, sus congéneres usasen aún arcos y flechas, pero se antoja difícil creer el temor a la detonación de un arma de fuego, tenían conocimiento de éstas desde hacía siglos, pues no eran descendientes de los lacandones de habla choltí (como parece haber creído Morelet), sino de mayas prófugos de Yucatán y Campeche quienes, entrando por San José de Gracia, habían hecho de la selva su refugio años después del exterminio de sus habitantes originarios a manos de los españoles. Pasada la expectación producida por el encuentro con el “pobre salvaje indefenso” (quien, por cierto, huyó durante la noche sin que lo notasen), nuestro viajero retornó a lo suyo: la descripción de la naturaleza.

### **De los indios, la historia y el mal gobierno**

Comenté en un inicio que el encuentro con América ofreció a Morelet sorpresas y novedades impensables. Observador crítico e ilustrado, no se limitó a consignarlas, también se permitió exponer algunas consideraciones sobre ellas. Destacan las relativas a la naturaleza, pero también aquellas reflexiones sobre las peculiaridades exponentes de la difícil cotidianidad de los descendientes de los pueblos originarios; reflexiones vinculadas a menudo con los antecedentes históricos planteados en las obras impresas que había consultado.

Así, su paso por la Península le alentó a dedicar largos párrafos al pasado y al presente de los habitantes de la región, incluidos de forma alternada en el texto e incluso en un capítulo entero con el fin de trazar un bosquejo de “los principales hechos de la conquista de Yucatán generalmente poco conocidos”. Cumplió lo ofrecido aunque ciertamente no se trataba, como apunta, de hechos desconocidos para la historia. ¿Cómo podrían serlo si para recrearlos se basó en textos

impresos de autores como Herrera, Bernal Díaz, Cortés, Villagutierre, López Cogolludo y Clavijero?

Independientemente de su inexacta apreciación acerca de lo novedoso de sus datos, su relato muestra rigor cronológico y capacidad de síntesis, aunque en ocasiones confunda algún personaje y en otras el estilo novelesco prime sobre el dato histórico.

De esta manera, abordó la discusión acerca del poblamiento del Continente y si bien destacó un “carácter de individualidad indiscutible” de las creaciones americanas, no logró prescindir de la mirada prejuiciada de su tiempo, asentando, entre otras cosas, que mientras los pueblos del viejo continente se extinguieron “legando a sus sucesores una herencia de conocimientos útiles”, los del otro lado del Atlántico “sólo nos han legado sus sabanas incultas, sus selvas vírgenes, sus abruptas cordilleras y algunas ruinas dispersas con las cuales el viajero se topa por casualidad y cuyo enigma preocupa en vano a los eruditos”. No obstante, considera que a pesar de no destacar “con un brillo similar al de México o el Perú, la cultura de los antiguos habitantes, su resistencia, los desastres, la perseverancia invencible de los españoles y, por último, el carácter novelesco de la conquista le asignan de todos modos un lugar considerable en los anales del Nuevo Mundo”.

Más tarde, pasa a historiar el descubrimiento peninsular, el asombro producido en los hispanos por el desarrollo cultural conocido gracias a las expediciones de Córdova y Grijalva, y el enfrentamiento entre Velásquez y Cortés; aborda el papel de Francisco de Montejo en la conquista de Yucatán tras obtener el adelantamiento (alentado por una falsa idea de la riqueza en metales) y la manera en la cual empleó a su favor las rivalidades existentes entre los señoríos mayas; la parafernalia y las estrategias bélicas de los nativos; el desenlace de tal o cual batalla (aunque confundiendo en ocasiones las acciones de Montejo el Mozo con las de su padre); y las diversas expediciones punitivas a cargo de Dávila o los Montejo.

Tras reprochar al franciscano López Cogolludo no haber “profundizado de manera más completa en el origen y la historia de la población indígena, cuando la antorcha de la tradición resplandecía todavía en torno a él” —asunto que no pocos lamentamos, aunque cabe recordar el objetivo del fraile: escribir una crónica de su Orden, no recrear la historia

de los mayas—, acota que las informaciones y los testimonios materiales mostraban el origen común de las civilizaciones de Anáhuac y de Yucatán y descartaba una aparente superioridad de la primera sobre la segunda.

Alude también al “arte de transmitir y de perpetuar los hechos por medio de jeroglíficos pintados y de caracteres simbólicos consagrados a la expresión de las ideas” compartido por México y Yucatán; a la existencia entre los mayas de “verdaderos libros, donde se representaba el curso de las estaciones, los animales, las plantas útiles y la topografía de la región”; y al papel de las escuelas donde con base en ejercicios de memoria se aseguraba la transmisión de las ciencias y las artes. Particular atención y reconocimiento merece el empleo de calendarios tan diversos como precisos, vinculados de nuevo con los usados en el Altiplano, de donde deduce un origen común, pues si bien son previsibles los rasgos de semejanza entre instituciones y las costumbres de naciones diferentes en su origen pero con necesidades e influencias análogas, “un calendario es una obra realizada por eruditos, fundada en cálculos, símbolos y signos convencionales; en este caso la concordancia no podría haber sido efecto del azar, sobre todo cuando las mismas ideas, a veces arbitrarias, se corresponden con los mismos fenómenos”; lo cual lo motiva a cuestionar si se trataba de un legado de los toltecas o el producto de una civilización más antigua.

Los vestigios arquitectónicos “dispersos sobre el suelo de Yucatán, desde las planicies de Petén hasta las playas desiertas de Bacalar y hasta la isla abandonada de Cozumel”, le parecen otra fuente clara “para convencerse de que la región alimentaba a una numerosa población, cuya vida se desempeñaba bajo condiciones bien alejadas del estado primitivo y hasta tenía, además del gusto por el lujo, el instinto de lo bello y de lo grandioso”, una civilización a la cual califica de “extinta” y unas ruinas cuyas ciudades,<sup>13</sup> en ocasiones comunicadas por anchas calzadas, “yacían en la selva, ignoradas por la población actual”. Y no sólo por ella, sino hasta hacía poco incluso por eruditos como Robertson, quien en su *The History of America* negó a los nativos capacidad para la arquitectura. En su opinión hubo que esperar a la obra de Stephens (en quien basa muchas de sus apreciaciones sobre asentamientos prehispánicos que él nunca visitó) para recuperar al menos la memoria del esplendor de sitios como

---

<sup>13</sup> Según el autor, para entonces se habían descubierto “cuarenta y cuatro [...] casi todas interesantes”.

Uxmal, Kabah, Labná, Aké, Tulum o Mayapán, esta última ciudad fue la encargada, apunta, de encabezar una famosa confederación.

La referencia a Mayapán le da pie para abordar la cuestión del régimen político entre los mayas prehispánicos y la fragmentación en señoríos tal y como la encontraron los españoles a su llegada. Todo ello —conjetura en unos párrafos en donde explica la inferioridad de sus conocimientos sobre organización social en comparación con sus dotes como naturalista—, había sido producto de la pérdida de una antigua unidad yucateca de índole monárquica, sustentada por un gobierno de tipo feudal preservado mediante tributos anuales de cacao, miel, maíz, resinas, vestiduras de algodón, polvo de oro, plumas y pieles de jaguar.

Mucho más interesante que el amasijo ofrecido acerca de los sistemas monárquicos, feudales y otros rasgos vecinos al denominado despotismo oriental, es sin duda su postura frente a la vieja polémica acerca de los aborígenes locales como constructores de tan espléndidos asentamientos, al plantear que desde la fisonomía misma se podía observar una clara continuidad entre los individuos representados en bajorrelieves y esculturas, a quienes encontraba en sus paseos por pueblos y ciudades. “Un solo paseo por los mercados de Mérida me enseñó más acerca del origen de las ruinas que cubren la península, en comparación con las sabias disertaciones que habían ilustrado mi mente”, apuntó, en franca discrepancia con la opinión de estudiosos nacionales y extranjeros de su tiempo

Basta recordar al respecto, aparte de las barrocas disquisiciones de la época colonial sobre el origen de los indios, la interpretación realizada apenas 50 años atrás por un grupo de ilustrados chipanecos, encabezados por Ramón Ordóñez y Aguiar, en torno a los dibujos de los estucos palenquinos realizados por el capitán Antonio del Río, cuyo resultado sirvió para probar una supuesta filiación grecorromana. En estas obras aseguraron ver representadas las figuras de Plutón, Ceres, Proserpina, el Etna y el Hades, así como elementos hebreos, egipcios y algunas otras referencias a culturas universales antiguas.<sup>14</sup> Antes de acabar ese siglo, incluso algunos especialistas reconocidos como Brasseur de Bourbourg postularon nexos

<sup>14</sup> Véase al respecto Manuel Ballesteros Gaibrois. *Nuevas noticias sobre Palenque en un manuscrito del siglo XVIII*. México: UNAM, 1960. 33ss; Mercedes de la Garza. “Palenque ante los siglos XVIII y XIX”. *Estudios de Cultura Maya* XIII (1981): 45-66; y Dolores Aramoni Calderón. “Los indios constructores de Palenque y Toniná en un documento del siglo XVIII”. *Estudios de Cultura Maya* XVIII (1991): 417-24.

entre las culturas maya y egipcia, asimismo, August Le Plongeon y Alice Dixon ubicaron el origen de la cultura maya en la Atlántida.

El reconocimiento de una línea de descendencia directa entre los mayas prehispánicos y los contemporáneos de Morelet, motivaron algunas reflexiones del autor para explicar las obvias diferencias entre unos y otros, entre las cuales consideró la condición de la explotación y sojuzgamiento a la cual se vieron sometidos los pueblos americanos tras la conquista española, una situación prolongada en los regímenes independientes:

La continuación de esta historia se conoce bien; hay pocas diferencias, desde un lado de América hasta el otro, entre los diversos pueblos primitivos que durante tres siglos y medio vivieron bajo el yugo del despotismo militar y del fanatismo religioso. ¿Pero para qué consultar los escritos? Lo podemos leer en la frente de los indios, inclinados por la humildad; en sus miradas temerosas, en su inteligencia oscurecida: obligados desde la conquista de su país a una disciplina casi uniforme, ya no llevan el cabello largo, los pendientes en las orejas, el tocado de plumas y sus capas de algodón fino distintivas de las clases superiores. La danza y la música, indicios de una vida libre y fácil, son distracciones desconocidas, y si casualmente tocan algunas melodías con sus groseros instrumentos, son cantos lastimeros, pues parecen llorar por los días de una felicidad remota y perdida.

A todo ello se agregaba el problema del alcoholismo en la población indígena de toda América, “calamidad que afecta gravemente los intereses del cuerpo social”, como advirtió en Yucatán, donde a diferencia de lo ocurrido en Tabasco (donde estaba prohibida la venta de alcohol), los sucesivos gobiernos no habían “hecho hasta ahora nada para extirpar el mal o por lo menos atenuarlo”.

Como ocurría, asegura el autor, en casi toda la América española, en Yucatán también eran claras las oposiciones entre los diversos componentes del cuerpo social, perceptibles no sólo entre mayas y no indios, sino incluso entre españoles peninsulares y criollos. De particular interés resulta que de las 546 350 personas contabilizadas por el censo oficial publicado en 1846, los españoles no constituyesen sino sólo una duodécima parte, mientras el resto era indígena. Este hecho dio pie para retomar sus consideraciones sobre la situación de los nativos, cuyas “facultades intelectuales”, pese a los logros de sus antepasados, eran consideradas en Yucatán “inferiores a

las de los negros”. Además de encontrar tales signos de decadencia en los herederos de otras civilizaciones brillantes como la egipcia o la árabe, le parece claro que la supuesta ineptitud de los indígenas fue producto del interés hispano, pues al proclamar al indio como “nacido para la servidumbre [...] como si estuviesen por debajo de la humanidad”, se “hacía más fácil la opresión y parecía casi justificarla”. Sin embargo, reconoce el esfuerzo de la monarquía española por poner freno a los excesos, aunque las leyes no se cumplían. Admite, no obstante, el trato humano de España a los naturales de sus colonias en comparación con los ingleses y los franceses, pues estos últimos no se preocuparon ni de protegerlos ni de gobernarlos.

De cualquier modo, le parece evidente que los territorios independizados de España, requeridos de ciudadanos, encontraron en la población nativa únicamente esclavos. Pese a la supresión del estigma de las castas y a la pretensión de abolir privilegios, cuyos fundamentos se encontraban en los derechos del hombre proclamados por la Revolución francesa, la independencia consideró a los indios “ignorantes, embrutecidos y degradados por una larga servidumbre”.<sup>15</sup> ¿Cómo no sorprenderse ante el hecho de que a pesar de haber sido “honrados con el título de ciudadanos” fueran incapaces de aprovechar su libertad?

De acuerdo con Morelet, al no estar preparados para la emancipación, los indígenas vieron en los nuevos regímenes sólo:

La relajación inmediata de sus lazos y [...] la exoneración de cualquier tipo de prestación y de tributo; ningún sentimiento generoso, ningún germen de emulación, ambición o progreso se reveló en ellos; librados de una tutela necesaria para ellos, se dejaron arrastrar sin medida a la pereza, a la ebriedad y cuando fueron intimados a cumplir con sus obligaciones, rompieron el contrato resistiéndose abiertamente o regresando a la vida de la selva.

Dicha consideración, tan discutible en no pocos aspectos, le sirve para explicarse la guerra civil de la cual fue testigo en Yucatán.

---

<sup>15</sup> Cabe recordar que la situación de los mayas en aquella época era motivo de reflexión y apreciaciones no siempre coincidentes entre los mismos intelectuales yucatecos. Véase Arturo Taracena Arriola. *De la nostalgia por la memoria a la memoria nostálgica. El Museo Yucateco y el Registro Yucateco en la construcción del regionalismo peninsular (1841-1906)*. Mérida: UNAM-CEPHCS, 2010.

Cierto, apunta, no toda la culpa residía en la actitud española o en la de los criollos y mestizos del XIX. Parte de ella habría de atribuirse al aislamiento en el cual vivía una buena parte de la población indígena, llevando una vida relativamente independiente que le garantizaba la autosubsistencia, pues del entorno obtenía materiales para construir sus casas, fabricar sus vestidos y su mobiliario, alimentarse, cuidar incluso su salud gracias a la trasmisión de conocimientos aprendidos y atesorados durante generaciones. Aseveración extraña viniendo de un científico bien familiarizado con la adquisición de dichos conocimientos a partir de la experimentación continua, sin embargo, acota: “esos conocimientos le bastan, y de ningún modo aspira a ampliarlos”. Acaso tuviese en mente lo que, al menos para ese entonces, parece primar en el habitante promedio a nivel de cierta intuición, su escasa ambición, el fatalismo y la resignación, heredadas de su religión antigua, pues su conversión al cristianismo se le antoja insustancial. “Paganismo exteriormente cristianizado”, asentaría en otra parte.

Todo ello, aunque no emplee el término, le parece anclado en la pervivencia de la tradición, transmitida en el ámbito doméstico, motivo para explayarse en una descripción valiosa —no obstante teñida de consideraciones psicologistas más bien superficiales—, de las costumbres y actitudes mayas de esa primera mitad del siglo XIX. Veamos algunos ejemplos.

La madre, nos dice, arrulla al niño con “mil supersticiones pueriles con las cuales ella misma fue amamantada e imprime a su joven inteligencia el sello de su propia credulidad” en seres invisibles y poderosos, moradores de las selvas y las ruinas, [espíritus] “encantadores, vagando por el campo bajo el aspecto de bestias salvajes”. Le enseña a confiar en los amuletos y a desconfiar de los blancos, y “le comunica, al mismo tiempo, esta sumisión pasiva cuya fuente es la conciencia de su superioridad”. El padre, por su parte, le instruye sobre cómo orientarse en la selva y a reconocer su camino a través de los más pequeños indicios, a prevenir con un ojo vigilante el ataque de reptiles venenosos, a recolectar la miel de las abejas salvajes, a manejar un remo si el río está cerca; le muestra las lianas con la propiedad de adormecer a los peces, las más útiles por su flexibilidad o aquellas que ofrecen agua al viajero sediento; el leche María, bálsamo precioso para la cura de las heridas; el guaco con hojas de un verde purpúreo, capaz de neutralizar la mordedura de las serpientes;

lo conduce a los lugares apartados donde crece el cacao, etcétera. Es así como el niño se acostumbra a encontrar sus recursos por sí mismo y se habitúa a esta vida de independencia y de aventura, la cual ejercerá más tarde un encanto irresistible sobre él.

Con tales antecedentes no se le antoja extraño que a los 17 o 18 años un joven indio fuese capaz de satisfacer “todas las necesidades de su existencia; con la ayuda del fuego y el machete, se abre un espacio libre en el bosque, desbroza el suelo, siembra un maizal, construye una choza cerca de allí y se busca pronto a una compañera, si todavía no está comprometido desde su primera infancia”. Pero, aclara, la elección de una pareja no le es indiferente al varón como se ha difundido, le preocupan la edad, los rasgos y las cualidades de su futura compañera de vida. Acaso la pasión amorosa no incluya el sentido moral atribuido por los europeos, “pero la atracción cuyo germen es universal no deja de producir sus efectos también aquí, cuando el varón se deshace en atenciones inusuales y la jovencita despliega sus inocentes coqueterías”. Estos indicios están ausentes sólo “en los pueblos demasiado primitivos, donde se honra exclusivamente la fuerza física y donde la mujer ocupa un lugar ínfimo y menospreciado en la sociedad”, y ni los antiguos peninsulares ni los habitantes del altiplano mexicano caían en esa categoría; “el retrato legado por Herrera de las mujeres de Yucatán nos hace suponer que los mayas no rechazaban completamente la debilidad, la delicadeza y la influencia moral del otro sexo”.

Acaso, postula, pueda alegarse en ellos una ausencia de sentimientos patrios y de virtudes cívicas, aunque fueron sustituidos por un fuerte sentimiento familiar, gracias al cual se explicaba el profundo apego por sus hogares, donde los hombres se sentían seguros al saberse poseedores de “una autoridad indiscutible, compensatoria del desprecio y la superioridad de los blancos”, y hasta podían permitirse continuas muestras de afecto para sus hijos: “él mismo les da cariño, sobre todo en su temprana edad, cuida de ellos y los atiende hasta la época en la que los lazos mutuos se debilitan por la emancipación”.

Aludió también a la frugalidad de los indígenas, pues su alimentación habitual se componía de frijoles, tortillas de maíz, plátanos, chiles crudos y agua, dieta común a la cual en ocasiones se agregaban huevos, chocolate, palmitos, frutas o raíces. Para las grandes ocasiones quedaban las carnes

secas de puerco o de res. Pero, aclara, tal frugalidad “no es sino una virtud negativa, nacida de la necesidad y dispuesta a sucumbir en cuanto lo permitan las circunstancias”.

Aún más negativo le parece el hábito maya del ahorro, una costumbre cercana a la avaricia: “ninguna privación le parece demasiado pesada para conservar su economía, ninguna seducción lo hace titubear; vive miserablemente al lado de su tesoro y muchas veces se lleva a la tumba el secreto de un depósito desconocido por sus hijos”, su avaricia le hace preferir desempeñar un trabajo pesado a pagar un impuesto ligero; pero, no deja de reconocerle su probidad y el cumplimiento de sus compromisos establecidos con su amo, “Al respecto difícilmente se le tomará en falta, a menos que permanezca en ayuno”.

En su opinión, de la servidumbre experimentada sucesivamente primero bajo el mando de los caciques prehispánicos luego durante el yugo español, se desprendían otras características como la taciturnidad, cierta mansedumbre y hasta el mutismo frente a los blancos; nacidas de la desconfianza producida por el trato con los otros, vigentes incluso “hoy, cuando la constitución del país se basa en la igualdad”.<sup>16</sup>

Lo anterior no deja de parecer contradictorio a la luz de su comentario previo sobre los naturales de Yucatán, en quienes descartó, recordemos, un carácter sombrío y taciturno, “como nos pintan a los de la América del norte”, por el contrario, se maravilló por su “humor alegre”, es decir, nuestro viajero emite en ocasiones planteamientos inconsistentes. Así, a lo anteriormente señalado en cuanto a la contradicción de sus juicios, se suman los elogios emitidos por el desarrollo de la escritura maya y, en contraparte, lo mencionado sobre Palenque como “un pueblo ignorante del arte de descomponer los sonidos y reproducirlos por medio de la escritura”; asimismo vemos primero como destaca la probidad y el respeto mostrados por los nativos en el cumplimiento de sus compromisos laborales, y el empeño y dedicación con que cultivaban sus milpas, para mencionar de inmediato su “holgazanería y la imprevisión”, con lo cual obligaron al Gobierno yucateco a exigirles sembrar anualmente 60 mecatres de maíz, los encargados de vigilar

---

<sup>16</sup> Aunque su relación con otros indígenas era muy distinta. Así, apunta: “se les ve, ociosos y silenciosos, soportar el peso de las horas con una increíble facilidad, pero si aparece de improviso un compañero, se animarán y desplegarán una locuacidad singular”.

el cumplimiento de estas órdenes eran los alcaldes.<sup>17</sup> Pero la exposición se antoja en realidad un preámbulo para retomar un tema que parece haberle impactado en forma particular: las estrategias empleadas para explotar el trabajo maya, heredadas, en su opinión, de la época colonial.<sup>18</sup>

Así, detalla cómo el deudor se convertía en esclavo de su acreedor hasta no saldar su deuda, mientras el segundo tenía el derecho de venderlo o alquilarlo, cómo la única posibilidad de liberarse de su amo era pasar a manos de otro que pudiera saldar su deuda, éste sumaba al primer adeudo nuevas obligaciones, tornando imposible la liberación del deudor.

Mecanismos como éste, agrega, provocaban en localidades como Palizada y otras del bajo Tabasco, la vida miserable de cuatro quintas partes de la población indígena, mientras las cuantiosas utilidades iban a parar, sobre todo, a los bolsillos de los industriales que explotaban la selva campechana. “Los anticipos y las caricias” prodigados por éstos a los indios, eran sólo “un incentivo insidioso para arrastrarlos a una trampa cuyo peligro no alcanzan a ver”. Con ello, además, destruían “El valor de familia, principal virtud de esta raza”, pues los jóvenes enganchados para trabajar en las monterías solían renunciar al matrimonio para no arrastrar a una compañera a tan “triste destino”, de esta manera, “Libres de cualquier vínculo o afecto, continúan escamoteando su porvenir y terminan aficionándose a una existencia vagabunda que favorece el trastorno de sus costumbres”.<sup>19</sup>

Desde su perspectiva, se presentan dos vías para solucionar la problemática subyacente al deseado tránsito de siervos a ciudadanos (y, de paso, eliminar el riesgo de más revoluciones como la experimentada en Yucatán): “el de llevar de nuevo a los indios a la condición subalterna impuesta en la antigua administración colonial, o el de esforzarse en instruirlos, en incorporarlos a la política, en otras palabras, en hacer

---

<sup>17</sup> Quienes se negaran a cumplir con dicha orden, acota, debían pagar una multa en especie, trabajando en los caminos públicos o laborando con un patrón.

<sup>18</sup> La opinión de Morelet no estaba alejada de la realidad. Basta con revisar el espléndido texto de Gabriela Solís Robleda *Bajo el signo de la compulsión. El trabajo forzoso indígena en el sistema colonial yucateco* (2003), para darse cuenta de los niveles de explotación a que se vieron sometidos los mayas peninsulares a lo largo del dominio colonial.

<sup>19</sup> Esta situación, advierte, se observa en especial en las tierras cálidas de América central, mientras en Los Altos guatemaltecos se aprecia otra, en especial entre los industriosos kakchiqueles, “raza activa y valiente”.

coincidir sus sentimientos y sus intereses con los de la raza española”. Lo primero, considera, se avala impracticable (“ya no pertenece a nuestra época ni a nuestras costumbres”), mientras lo segundo “encierra dificultades”, tanto de orden moral (“obstáculo [...] cuyas raíces se encuentran en los prejuicios nacionales”) y cuestiona tajantemente: “¿Está el gobierno dotado de una voluntad suficientemente perseverante y posee la estabilidad necesaria como para emprender la tarea de borrar todas las desigualdades sociales, haciendo entrar en las costumbres las disposiciones liberales del Código?”

Esta situación, señala Morelet, alentaba en Guatemala la repetición de situaciones como la guerra de exterminio ocurrida en Yucatán, pues “si los españoles dominan por su inteligencia y por la variedad de sus recursos, los indios los superan infinitamente por su población y ya ha pasado la época en la cual la detonación de un arcabuz ponía en desbandada a sus ejércitos”. Igualmente riesgosa le parece la situación en Tabasco y Chiapas: “los dos estados de la confederación mexicana que con más dificultades avanzan en el camino hacia el progreso”, entre otras cosas por estar sometidos a un clero “ávido y disoluto”, y por lo improbable de una “educación liberal” para los jóvenes.<sup>20</sup>

Si las críticas a los gobiernos locales son acerbas, sus juicios sobre las autoridades residentes en el centro del país son incluso más severos. Allí, asegura, las violaciones a la Constitución son el pan de cada día, las disputas entre las facciones políticas por los empleos, los honores y las dignidades, la venta del ejército “al mejor postor”, y un pueblo arruinado que, “cuando la miseria alcanza un grado insostenible”, no duda en recurrir al latrocinio como indemnización.

Todos tratan de tomar el mando del poder, por fraude o violentamente, para usarlo desvergonzadamente en provecho de sus intereses; las pasiones rivales libran una lucha constante, se suceden las revoluciones, el vínculo social siempre está a punto de romperse sin producir la indignación ni el asombro siquiera de una población, pervertida desde hace ya mucho tiempo, frente a

---

<sup>20</sup> A diferencia de Yucatán, donde las familias secundan los deseos de los jóvenes por aprender, “aun pagando el precio de su expatriación”. La sentencia sin duda alude a los hijos de europeos y sus descendientes, quienes a menudo viajaban a La Habana para proseguir sus estudios. Imposible pensar que las clases medias y mucho menos los mayas pudiesen pagar por ello.

tan deplorables excesos. En una palabra, los ciudadanos honrados pierden toda esperanza, en silencio, acerca del futuro de su país, pues el espíritu de desorden y la improbidad pública se encuentran tan arraigados que el mal les parece irremediable.

Este párrafo, con el cual Morelet remata sus consideraciones sobre el gobierno mexicano (oscilante entre liberales y conservadores, federalistas y centralistas), evidencia la dificultad por modificar vicios inveterados. Si tomamos en cuenta lo ocurrido en décadas posteriores, y en diversos aspectos de nuestra actualidad, no deja de llamar la atención que un ilustre y crítico viajero uniese el de la profecía a sus dotes.

## Referencias

ARAMONI CALDERÓN, DOLORES

1991 “Los indios constructores de Palenque y Toniná en un documentos del siglo XVIII”. *Estudios de Cultura Maya XVIII*: 417-24.

BALLESTEROS GAIBROIS, MANUEL

1960 *Nuevas noticias sobre Palenque en un manuscrito del siglo XVIII*. México: UNAM.

BUFFIN, BARON CAMILE

1925 *La tragédie mexicaine: les impératrices Charlotte et Eugénie*. Bruxelles: A. De Wit.

CABRERA BERNAT, CIPRIÁN AURELIO

1987 *Viajeros en Tabasco. Textos*. Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco.

CHARNAY, DÉsirÉ

1863 *Cités et ruines américaines. Mitla, Palenque, Izamal Chichen-Itza, Uxmal*. Paris: Gidé Editeur, A. Morel et Cie.

1886 *Ma dernière expedition au Yucatan*. Paris: L. Hachette et Cie.

DE LA GARZA, MERCEDES

1981 “Palenque ante los siglos XVIII y XIX”. *Estudios de Cultura Maya XIII*: 45-66.

HELLER, CARL BARTHOLOMAEUS

1987 “Carl Bartholomaeus Heller (1824-1880)”. En Ciprián Cabrera Bernat, edición. *Viajeros en Tabasco. Textos*. Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco: 495-554.

LANDA, DIEGO DE

2003 *Relación de las cosas de Yucatán*. México: CNCA.

RUZ, MARIO HUMBERTO

2012 *Crescencio Carrillo y Ancona. Correspondencia. Tomo I. Libro copiadador de cartas, 1889-1895*. México: UNAM-CEPHCIS.

SOLÍS ROBLEDA, GABRIELA

2003 *Bajo el signo de la compulsión. El trabajo forzado indígena en el sistema colonial yucateco*. México: CIESAS-Porrúa-INAH-Instituto de Cultura de Yucatán.

TARACENA ARRIOLA, ARTURO

2010 *De la nostalgia por la memoria a la memoria nostálgica. El Museo Yucateco y el Registro Yucateco en la construcción del regionalismo peninsular (1841-1906)*. Mérida: UNAM-CEPHCIS.

WALDECK, JEAN FRÉDÉRIC DE

1987 “Viaje a Yucatán y a las ruinas de Itzalana”. En Ciprián Cabrera Bernat, edición. *Viajeros en Tabasco. Textos*. Villahermosa: Gobierno del Estado de Tabasco: 301-22.

Arthur Morelet

Viaje a la América Central,  
isla de Cuba y Yucatán

Tomo primero



Sentir y conocer son las aspiraciones  
más vivas de nuestra naturaleza.

*En memoria de mi hermano Raoul  
Morelet, alférez de navío, muerto en  
la costa de África el 30 de octubre  
de 1846.*



## Prólogo

Hacia finales del año 1846, en una época en la cual la paz general dejaba libre curso a todas las empresas, efectué el viaje cuya narración va a leerse; partí solo, guiado por el amor de las ciencias naturales y por un sentimiento de emulación nacional albergado desde hacía mucho en mi mente.

Tuve la dicha de realizar mi proyecto en los términos concebidos y de recabar, en una región inexplorada, colecciones preciosas ofrecidas más tarde al Muséum de París;<sup>1</sup> mi cesión fue absoluta, es decir, renuncié no sólo a los objetos sino a mi derecho a describirlos y a publicarlos.

Debía esta breve explicación al lector, pues podría asombrarse con razón de que mis trabajos se hubiesen limitado a un simple diario de viaje y mi entusiasmo mostrado por la historia natural no hubiese producido resultados más importantes; todo esfuerzo tiene sus límites: reducido a mis propios recursos debí renunciar, pero no sin lamentarlo, a una cosecha preparada con trabajo. Sin embargo, la ciencia no habrá salido perjudicada; si no he podido reunir en una sola obra los elementos recopilados ni desarrollarlos con toda la amplitud deseada, se podrán encontrar diseminados en las publicaciones científicas de la época en la cual, más modestamente, formaron parte de los hechos.

Las páginas siguientes se escribieron in situ; habría podido publicarlas hace mucho tiempo, si no me lo hubiese impedido un sentimiento de desconfianza finalmente superado. Al volver a leerlas suprimí muchas cosas, pero no agregué ni cambié nada, ni siquiera la distribución adoptada desde el principio y concordante con las fases de mi viaje.

---

<sup>1</sup> Museo Nacional de Historia Natural de París [N. del E.].



## Capítulo I

### El océano Atlántico

En una mañana fría y nebulosa del mes de noviembre de 1846, la Sylphide, después de varios días de estar esperando viento favorable, salió por fin de las dársenas de Le Havre desplegando sucesivamente sus velas. Aunque la temperatura distaba mucho de ser agradable, los muelles y el malecón estaban cubiertos de espectadores atentos a aquella escena cuyos detalles observaban. Cuando el buque, rasando el extremo del rompeolas, volvió la proa hacia el océano, se agitaron pañuelos y sombreros entre los grupos que seguían la maniobra con la mirada: era el último adiós y el último deseo; era también un homenaje de las poblaciones marítimas al buque que emprende un largo viaje: la Sylphide era fletada para La Habana.

En el momento supremo cuando se rompen al mismo tiempo todos los lazos que forman aquello que llamamos patria, al corazón más aguerrido lo embarga una invencible tristeza y la sensibilidad menos expansiva se traiciona; entonces, los sueños dorados, seductores de la imaginación se disipan y sólo dejan tras de sí un sentimiento de vacío y de pesar; los recuerdos del pasado reviven, se amontonan como sombras mudas; todas las facultades del alma se concentran en ellos: aquella era al menos la situación de mi espíritu, mientras me apoyaba en la borda y dedicaba una mirada melancólica a la tierra de la cual nos alejábamos rápidamente; absorto en la contemplación íntima de todo lo amado, de todo lo abandonado, experimenté esa emoción grave sucesiva a las grandes resoluciones y a las largas despedidas.

Entre tanto, la agitación y el movimiento de la partida habían cesado; sólo se oía el ruido sordo de las aguas en medio del silencio universal; la ciudad, el puerto, el muelle atestado de espectadores, todo estaba lejos,

todo había desaparecido; no obstante, se distinguían todavía las costas de Normandía recortadas como una pálida silueta sobre el tono gris del horizonte. Llegó la tarde: estrías de un rojo ardiente rasgaron los vapores circundantes, y el orbe del sol completamente despejado descendió con majestad sobre el océano. Cuando los últimos rayos del día se desvanecieron, vimos brillar en la dirección opuesta el fanal de Barfleur, último vestigio de la tierra natal a la cual dejaríamos de contemplar.

Durante una semana entera navegamos por un mar agitado, arrastrados hacia el norte muy lejos de nuestra ruta, sufriendo mareas y entristecidos por la rudeza del clima. Las embarcaciones que surcaban el canal de la Mancha, cuyo frecuente paso nos había procurado algunas distracciones, se hacían cada vez más escasas una vez rebasado el estrecho; poco después, navegamos en medio de la soledad y experimentamos al mismo tiempo el sentimiento de la inmensidad y el de nuestro aislamiento.

El octavo día sopló una fuerte brisa del sur y refrescó entrando la noche; el cielo y el agua cambiaron de aspecto; recogimos todas las velas y nos encomendamos a la Providencia para guiarnos. Nada hay tan triste como el espectáculo de un buque que renuncia a avanzar para pensar únicamente en su conservación y, rodando de ola en ola, se vuelve literalmente un juguete de los elementos. Al oír el crujido de los mamparos sacudidos por el balanceo y el ruido terrible de las olas batiendo la cubierta, el pasajero novicio se persuade de que la débil barrera encargada de separarlo del abismo va a abrirse y las fuertes emociones advertidas hacen sonreír al marino más experimentado.

Por la mañana aflojó el viento, pero el mar estaba profundamente revuelto; montañas líquidas de un color gris levantaban el buque y lo volteaban a un costado alternativamente; el cielo tenía el mismo color plomizo de las aguas. A pocos pies de nosotros vimos pasar restos arrastrados por el oleaje; aquellos signos irrecusables de un naufragio despiertan siempre pensamientos melancólicos en el alma del navegante pero su impresión pasajera se desvanece en cuanto regresa el buen tiempo.

Después de tres semanas de calmas, borrascas, brisas contrarias o favorables, incidentes diarios que dan a la navegación en buques de vela cierto aire de aventura y cuyas vicisitudes no carecen de cierto encanto, pasamos el paralelo de las Azores y entramos en una región nueva. El océano, a pesar de su aparente uniformidad, varía de aspecto con la longitud y el

clima; detrás de nosotros dejábamos soledades nebulosas donde reinaban los fríos vientos del norte para acercarnos al trópico y penetrar, si puedo expresarme así, en el imperio mismo de la luz. Ya empezaba a hacerse sentir la dulce influencia del calor; el cielo estaba radiante, el mar azulado: nada igualaba la serenidad de la mañana cuando el sol se desprendía de las nubes rosas y moradas que ceñían el horizonte. La fosforescencia de las aguas se hacía más visible; los peces atravesaban sus capas diáfanas; en la superficie flotaban medusas y verellas; por fin, el desierto se animaba, la extensión perdía su monotonía, la tripulación había recuperado la alegría.

Un día, cuando inclinado sobre los galones de alcázar seguía involuntariamente con la vista la estela del buque, observé a unos cuantos pies de profundidad unas manchas de un color azul intenso y luminoso cuya naturaleza me pareció incierta al principio, aunque no tardé en distinguir que se trataba de peces. Viajaban en una gran bandada con nosotros, tal vez desde hacía mucho tiempo. La noticia de aquel descubrimiento se había difundido rápidamente y produjo un gran ajeteo entre los pasajeros; se prepararon hilos, se armaron anzuelos y diez cebos flotaron al mismo tiempo sobre las olas. El éxito no ofrecía la menor duda y como se acercaba la hora del almuerzo todos se congratulaban de tan feliz circunstancia. ¡Pero cuán vana esperanza y vana emulación! Un pez se separaba de la bandada, venía a reconocer el cebo, lo olfateaba un instante y proseguía su camino con indiferencia. Aquel juego duró mucho tiempo; los espectadores habían perdido la paciencia y los mismos pescadores estaban desanimados cuando el capitán, blandiendo un arpón con mano experta, enganchó una dorada de unas diez libras de peso y la arrojó ensangrentada sobre la cubierta. Aquel pez, al salir del agua, era plateado y salpicado de azul; durante su corta agonía se le vio revestir sucesivamente los matices metálicos más hermosos, hasta confundirse en un tinte de oro resplandeciente.

Comenzamos a pescar doradas con el sedal, sobre todo en la cercanía del trópico; particularmente voraces, aquellos peces se unían al buque y lo seguían con perseverancia para aprovechar los desperdicios que caían al mar. Cuando el cebo era de su gusto, cuando, por ejemplo, era un pedazo de dorada, de la dorada palpitante apenas recogida, atrapaban ávidamente el anzuelo de un bocado al momento de tocar la ola. No hay nada más

divertido que esa pesca al observar cada incidencia a través de la transparencia de la onda: el pez se precipita, forcejea, centellea, resiste y cede finalmente al sedal arrastrándolo y brincando sobre la cubierta, golpeándola violentamente con la cola. No siempre se consigue subirlo a bordo, ya sea porque devuelve el anzuelo, según afirman los marineros, como consecuencia de una contracción del estómago, o porque el peso y los movimientos del cuerpo producen una rotura en los músculos de la faringe. Cuando las dimensiones de la dorada hacen temer semejante fracaso, se le asfixia manteniendo su cabeza fuera del agua por algunos minutos. Remolcada así detrás del buque, cambia rápidamente de color; el plateado de sus escamas toma el matiz brillante del oro, mientras la aleta dorsal conserva su bello tinte azul. Así es como justifica plenamente su nombre atribuido por los griegos y que hemos tomado prestado de los latinos.<sup>2</sup> La carne de la dorada es firme, blanca, algo seca, más delicada, sin embargo, en comparación con la del atún o la del bonito. Es un pez muy inferior a las buenas especies frecuentes en las costas del océano.

La aparición de las doradas era un buen augurio; anunciaba la proximidad de la zona de los vientos alisios, los cuales nos esforzábamos desde hacía tiempo en alcanzar. Ya flotaban en grupos solitarios aquellas plantas marinas que estorbaban a las naves de Colón y causaron gran consternación entre la tripulación; los primeros tallos conseguidos aguijonearon nuestra curiosidad, al ser el producto de un paraje nuevo; a veces un cangrejo viajero pasaba entre los fragmentos arrancados por el viento de los bancos espesos que crecen bajo las latitudes tropicales.<sup>3</sup> Una multitud de pequeños crustáceos, de anélidos y de moluscos se quedan, viven y mueren sobre aquellas praderas flotantes, atrayendo a su alrededor otros seres a los cuales les sirve de alimento. El naturalista asombrado ante el prodigioso conjunto, parecido a islas de vegetales, se pregunta si la planta de la cual

<sup>2</sup> Χρύστροπος, *Aurata* de los latinos [N. del A.].

<sup>3</sup> “Sobre una especie de pradera móvil, había un cangrejo vivo que Colón conservó con cuidado.” Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*. L. III, cap. III. Varias veces citaré los viajes de Colón; que el lector tenga a bien perdonarme esta fácil erudición; a uno le gusta seguir la Odisea del gran navegante en los parajes del Nuevo Mundo tanto como recorrer el mundo antiguo con Homero o Herodoto en la mano. Colón es el primero de nuestros clásicos, pues se trata de una nueva tierra sin historia anterior a él [N. del A.].

está formado vegeta en la superficie de las aguas o se desprende accidentalmente de las profundidades.<sup>4</sup>

“Viaje de peces, viaje largo”, dicen los marineros en su lenguaje figurado; el axioma estaba plenamente confirmado: a las borrascas aprovechadas por nosotros para llegar a aquellas latitudes, siguieron brisas muy suaves y después, una calma desesperante. El mar estaba sin ondas y el cielo sin el más ligero vapor; cuando llegaba la noche con su séquito de estrellas, la fina niebla que subía desde las aguas envolvía el espacio en un velo sembrado de chispas de oro; aquel espectáculo era prestigioso, sobre todo cuando la capa diáfana se dejaba penetrar por algunos rayos aislados, reflejados en rastros luminosos alrededor de nosotros. A veces brillaban en el horizonte largos relámpagos, pero el viento guardaba silencio; las velas adormecidas se alzaban perezosamente y volvían a caer a lo largo de los mástiles; finalmente, el buque, inmóvil, parecía haber echado raíces en el océano.

El día transcurría lentamente según los pasajeros, y ya suspiraban pensando en la tierra sin atreverse a expresarlo. Por mi parte, gracias al plan de vida regular adoptado desde un principio me conformé tomando las cosas con cierta filosofía; los instantes hurtados a la lectura y el trabajo adquirirían un valor relativo: ¡cuántas horas pasé, apoyado en la cubierta, contemplando el azul de las aguas y las espirales de nieve trazadas por la carena en la profundidad! Medía la velocidad de nuestra marcha y calculaba el recorrido diario; la imagen de la tierra natal, de donde nos alejaba cada sople de viento, me deleitaba como una dulce y melancólica visión; mi alma ya no se encontraba oprimida, como el día de la partida, entre los recuerdos del pasado y los temores del porvenir; me sentía lleno de confianza, de ardor y de valor, aunque mi corazón todavía no se hubiese librado por completo de cierta aflicción.

Llegó la noche; el sol se extinguía entre las brumas violáceas del horizonte; termina la cena, todos suben a cubierta para disfrutar de los resplandores del crepúsculo y del espectáculo ofrecido por la noche; brillan los cigarros, hablan, se ríen, pasean; circunscritos en los estrechos límites de un buque, los elementos sociales se reúnen pronto: una comunidad pasajera de intereses y de peligros da a aquel acercamiento las apariencias

---

<sup>4</sup> Esos singulares *fucus* deben el nombre de “uvas del trópico” a las pequeñas vesículas esféricas desarrolladas a lo largo de sus tallos [N. del A.].

de la intimidad; vivimos juntos como si nos conociésemos desde hace mucho tiempo pues podemos intercambiar cierta cantidad de ideas, de votos y de esperanzas.

Mientras sirven el café, arde el ponche y la conversación se anima, las almas tiernas y poéticas se aíslan para buscar una estrella centelleante en dirección a la patria o para prestar oídos a las armonías del océano. El océano tiene sus conciertos como los bosques: en aquella hora misteriosa que ya no pertenece al día, pero tampoco es de la noche, uno cree a veces escuchar, en medio del estremecimiento de las olas, sonidos indescriptibles subiendo de las profundidades. Mientras la imaginación se pierde buscando aquellas voces desconocidas, un canto verdadero y mejor articulado resuena en la proa del buque; menos armonioso que el de las sirenas, tiene carácter y también hace soñar: es un aire del país natal, el canto favorito de algún marinero. A los cantares suceden los relatos: escuchen la historia lastimosa de un novicio devorado por los tiburones; la pobre madre sigue esperando a su hijo y susurra su nombre en una oración, sin sospechar que ha perdido a la esperanza de los días de su vejez. Otros cuentan el naufragio de la Magicienne, la pesca de ballenas en el Mar del Japón, las arriesgadas expediciones del Astrolabe y de la Zélée. Algunos hombres han visto cosas terribles, abrasados por el sol del ecuador y congelados en la zona polar, luchando veinte veces con la muerte, quizá sean héroes; pobres diablos cuya oscura existencia ni siquiera atrae una mirada de curiosidad.

He aquí la luna llena, sube a los cielos: la cubierta se ve inundada de luz; se distinguen hasta los aparejos más pequeños, hasta las agujas de los mástiles. Sólo la proa se sumerge en la sombra proyectada por el velamen. ¡Qué espectáculo el de una nave en medio de una noche serena y radiante, siguiendo su camino por el vasto océano! Allí se hallan y se manifiestan al mismo tiempo toda nuestra grandeza y toda nuestra debilidad. Al contemplar tan bello triunfo experimentamos un legítimo sentimiento de orgullo, pero también percibimos nuestra insignificancia cuando, aislados en aquellos espacios inmensos en los cuales la voluntad que nos guía también puede abandonarnos, contamos cada hora que pasa como una victoria lograda sobre el abismo.

Así se sucedían las veladas y parte de las noches al sur de las Azores; hacía un mes habíamos salido de Le Havre y aún faltaba por recorrer más

de mil leguas. Por fin pasamos el paralelo 30, que limita a cada lado del ecuador con la zona de los vientos alisios; favorecidos por una brisa de noroeste, nos encontramos muy pronto a 3 grados del trópico. Allí debimos aguantar repetidas granizadas. Es conocida la violencia de aquellas repentinas y efímeras tempestades; no se parecen a las frías tormentas del norte, las cuales confieren a la naturaleza un carácter duradero de tristeza; la mitad del cielo siempre se ve clara y hermosa mientras el huracán se desata en el lado opuesto. Se ven subir lentamente los vapores hacia aquella dirección, condensándose en nubes tempestuosas; el sol palidece, el aire se vuelve sofocante, las velas golpean pesadamente sus mástiles y de repente ruge el viento, el mar cambia de color, la lluvia azota las jarcias, los elementos se confunden en un fogoso torbellino abalanzado sobre el buque y arrastra con todo en la cubierta. Afortunadamente, la Sylphide ha replegado velas: el huracán se hace más violento: el capitán ordena cargar, cuando de repente una de las gavias pequeñas se desprende con un ruido tremendo y desaparece como un ligero vapor. Mientras tanto, flotan hermosas nubes doradas en el azul del cielo, en la parte opuesta al horizonte.

Esos cataclismos, por fortuna, nunca son duraderos; la tranquilidad renace a bordo; nos dirigimos por fin hacia los vientos alisios. Un calor suave penetra la atmósfera; se cambia la ropa de invierno por la de verano; una carpa instalada en la chopa nos resguarda contra el ardor nuevo del clima. Los fenómenos que nos habían llamado la atención en la proximidad de las islas Azores se acentúan, con más variedad; la puesta del sol es de una magnificencia imposible de describir; el mar ofrece reflejos violáceos; el *fucus* no flota en masas pequeñas aisladas, sino en bancos continuos. Unos pocos peces voladores saltan desde las olas; semejantes a la golondrina, rozan la superficie de las aguas humedeciendo de vez en cuando sus aletas pectorales. Puede ocurrir que, espantadas por la proa del buque, sus bandadas asciendan como un enjambre. Al ver su vuelo rápido, su vientre plateado y sus alas engañosas, se las podría confundir con aves. Aquellos peces, en su irreflexiva impetuosidad, se lanzan a veces sobre las cubiertas de las embarcaciones o vienen a estrellarse por la noche contra la borda.<sup>5</sup> También vimos enormes cetáceos por un instante

---

<sup>5</sup> Los marineros agarraron uno que no había franqueado menos de cinco metros para alcanzar la borda. Esos peces, por su sabor, se parecen al salmonete. Su impulso

en nuestras aguas. Finalmente, un ave llamada rabo de junco, que vive en las regiones tórridas, estuvo volando sobre los mástiles; nos hallábamos a cuatrocientas leguas de las islas Azores.

Estábamos mal preparados para una travesía tan larga y el aburrimiento empezaba a apoderarse de nosotros. El mar no era ya para nosotros un motivo de distracción ni tampoco de ilusión; sabíamos demasiado bien cuál era la distancia a recorrer para arribar al puerto. El tiempo se consumía consultando el viento, observando la corredera, interrogando el compás y calculando las probabilidades del porvenir. No avanzábamos sino a favor de algunos chubascos entrecortados por periodos de mar quieto. Semejante existencia, al cabo de mes y medio, se vuelve insoportable; la primera parte del viaje se divide entre la añoranza y la esperanza; insensiblemente se debilita el primer sentimiento y el segundo prevalece. Cuando se llega al límite señalado por los cálculos con mayor fundamento al tiempo y la meta sigue pareciendo alejada, entonces empiezan el disgusto y el desaliento: la energía disminuye; el cerebro concentra todas sus facultades en un solo orden de ideas; la susceptibilidad nerviosa alcanza un nivel enfermizo; se personifican los elementos hasta convertirse en enemigos y el ánimo, abatido pero sin resignación, pasa del estado de irritación al de postración completa. He observado estos síntomas nostálgicos en más de un pasajero; a mil leguas de Le Havre, la isla de Cuba les parecía más distante que nunca; pedían a gritos una tempestad para salir a cualquier precio de la quietud opresora.

Se cumplieron aquellos deseos: el 14 de diciembre, una fuerte brisa sopló del norte; el mar se cubrió de una nieve deslumbrante dispersada en polvo por el viento; en aquel momento vimos una tromba cuya cima adelgazada se perdía en las nubes; el océano borboteaba bajo la aspiración del meteoro llevado por la tempestad hacia el sur.

Mientras tanto, el sol se ponía detrás de una gran masa de vapores; algunos tristes resplandores de su luz penetraron un momento aquella cortina y después se apagaron en la sombra crecida. La brisa había cesado y el silencio mohíno de los elementos nos dejaba a todos en un estado

---

es extremadamente impetuoso: recorren distancias bastante importantes pero rozando siempre la superficie de las aguas. Jamás observé sobrepasar su vuelo 3 o 4 pies de alto, tal vez sólo alcanzan la cubierta favorecidos por el viento que los levanta. He notado que, en efecto, embarcan siempre por la borda expuesta al viento, aunque se trate de la más elevada [N. del A.].

de ansiedad. Pronto, los ecos del trueno vinieron a turbar aquella calma inquietante; parecía emerger un fuego desde todos los puntos del horizonte; con la luz de los relámpagos distinguíamos las monstruosas olas saltando alrededor nuestro, y después el océano volvía a quedar sepultado bajo una extensa y espantosa oscuridad; era un espectáculo conmovedor y sublime difícil de apreciar dignamente debido al instinto de conservación. En momentos así se percibe con claridad que la vida y todas sus esperanzas dependen de la solidez de una tabla o de la resistencia de un clavo. La noche entreveró las ráfagas violentas y una quietud sutil; diríase que las olas que cruzaban la cubierta querían aplastarla bajo su peso: con cada nuevo asalto, el buque se hundía gimiendo como una antigua fortaleza quebrantada por una máquina de guerra: así fue como nos adentramos en el borrascoso mar de las Antillas.

Tres rutas se presentan ante el navegante de Europa cuando se dirige a La Habana y se acerca al término de su viaje: dos al sur y una al norte. La primera se introduce inmediatamente en el Archipiélago, descubre los cabos avanzados de Haití y deja Jamaica al sur para doblar la punta occidental de Cuba; ésa es la de los buques de gran porte; no está exenta de peligro, pues se navega cerca de la costa sobre una distancia de quinientas leguas. La segunda, la del canal viejo de Bahamas, está casi abandonada debido a las dificultades que presenta. La tercera, finalmente, se dirige hacia la isla de Gran Ábaco, la más septentrional de las Lucayas, se adentra en el canal de la Providencia y corta oblicuamente el gran Banco de Bahamas. Es la vía preferida por los buques pequeños cuyo calado no supera los 13 pies, la más corta de las 3 y ofrece también mayor seguridad, pues el peligro se presenta en una distancia de poco más de 50 leguas, pero la lejanía de la tierra produce un recorrido monótono. Aquella fue nuestra ruta. A los peligros sembrados por la naturaleza libremente en aquellos parajes se sumaba, hace veinticinco años, el de los piratas españoles; retirados en las ensenadas inaccesibles que recortan el litoral de Cuba, engañaban a los navegantes con señales pérfidas o sorprendían los navíos detenidos por la calma. Pero la armada americana, de común acuerdo con las de Francia e Inglaterra, puso fin a un bandolerismo que a España le tenía sin cuidado, ejerciendo una rigurosa vigilancia sobre aquellos mares.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Los Jardines de la Reina, al sur de Cuba, y toda la costa, desde Maisí hasta Matanzas,

El 21 de diciembre, a las 10:30 de la noche, el sueño empezaba a cerrarme los ojos cuando oí un ruido insólito en la cubierta. A juzgar por el ruido y el ajeteo, debía de tratarse de algún suceso importante, entonces me vestí apresuradamente, salí de mi camarote y subí la escalera. El cielo estaba cubierto, el aire fresco, el mar tranquilo; la Sylphide iba a toda vela con buena brisa del este en medio de una espuma fosforescente; los pasajeros, reunidos en la chopa, dirigían las miradas hacia la proa del buque; inmóviles y callados, parecían absortos en la contemplación de un objeto invisible. Al acercarme a ellos para recabar información, apareció una luz en occidente, creció, despidió un fuerte resplandor y disminuyendo gradualmente se perdió en la oscuridad de la noche. Aquel fue un momento solemne: América estaba delante de nosotros; el faro giratorio de Ábaco brillaba a seis leguas de distancia. Nuestro error de apreciación era de dos días.

Entre las diferentes emociones que me embargaron, me acordé del fanal de Barfleur, el cual había visto brillar también una noche ya muy remota; ¡qué intervalo entre esas dos centinelas del Nuevo y el Viejo Mundo! La alegría más extravagante se había apoderado de mis compañeros; no podían separar la vista de aquella luz tan intensa como moribunda, señalando el primer escollo en la tierra lejana que habíamos venido a buscar. La imagen de la embarcación llegando al puerto después de una travesía laboriosa ya no era una ficción sino un hecho real y sobrecogedor. Quienes saludaban por primera vez América experimentaban además una fuerte curiosidad; aquel sentimiento, en cuanto a mí concierne, terminó imponiéndose a todos los demás, pero escudriñaba inútilmente la oscuridad: la tierra y el océano permanecían confundidos en las mismas tinieblas. Mientras tanto, imperaba a bordo una gran actividad; se aparejaba para atracar; se colocaba a un vigía en la gavia pequeña; se preparaban anclas y sondas; el capitán no debía dejar su puesto de día ni de noche. El peligro le confería a su cargo una autoridad solemne e incuestionable. Un mapa del canal extendido sobre la mesa representaba fielmente todos los accidentes del camino, y permitía a cada uno seguir las evoluciones que iba a necesitar la seguridad del buque.

---

servían de guarida a los piratas; equipaban sus embarcaciones en el golfo de Regla, al costado de los arsenales del rey, y vendían descaradamente los productos de sus andanzas en el mercado de La Habana [N. del A.].

El tiempo se presentaba favorable; a las 12:30 de la noche llegamos a la embocadura del paso; el faro de Ábaco estaba a sólo dos millas de distancia pero su luz radiaba en el vacío y no se veía reflejada en ningún objeto; sin embargo, nos pareció distinguir una sombra más oscura a través de la dudosa transparencia de la noche. Aquel fanal y aquella misteriosa sombra ejercieron cierta influencia en nuestra imaginación; estábamos, por decirlo así, en el umbral de un mundo desconocido y de un momento a otro iba a manifestarse ante nosotros.

Mi sueño veinte veces interrumpido fue poblado con ilusiones fantásticas; en cuanto despuntaba la aurora, me encontraba ya sobre la cubierta; pero la tierra había desaparecido; habíamos pasado el canal y vagábamos tranquilamente por encima del banco de Bahamas; el aire era fresco, el cielo se veía jaspeado de blanco y azul; en la tranquilidad de las aguas se notaba que una barrera invisible nos separaba del océano. La silueta gris de varios buques ubicados en diferentes puntos del horizonte atrajo muy pronto nuestra atención como un espectáculo nuevo. Poco a poco, el sol se liberó de las nubes y el mar tomó ese matiz de ópalo observado generalmente en las profundidades. Todo el día avanzamos sondando con infinitas precauciones, la transparencia de las aguas era extraordinaria; se distinguían claramente las esponjas y los hidrófilos tapizando su lecho que una ilusión óptica acercaba más aún a nuestra vista; aparentemente la quilla del buque rozaba el fondo aunque distaba más de un metro; en cada interrupción del banco, el océano recobraba su color oscuro. Resulta sencillo apreciar los riesgos de semejante navegación cuando se emprende con un clima difícil.

Los peces abundan en aquellos parajes; en cuanto nos adentramos en ellos agarramos una especie del género *Clupea* llamada tassard por los marineros, la mejor de aquellos mares según dicen. Al mismo tiempo, una barracuda, semejante a un lucio grandísimo, mordía otro anzuelo. Una cabeza alargada y unas mandíbulas muy fuertes de las cuales la inferior está armada en su extremidad con un diente cónico y solitario, dan a aquel habitante de las ondas tropicales una fisonomía extraña y amenazadora. La barracuda es un pez sospechoso según la opinión de los marineros; le atribuyen virtudes maléficas adquiridas, dicen, por vivir a la sombra de los manglares, cuyas raíces le sirven de refugio; pero no dimos crédito a ese prejuicio; nuestra abstinencia nos persuadió de que era infundado.

Continuando nuestra navegación vimos flotar trozos de palmera y naranjas pequeñas arrastradas sin duda por el mar desde las islas vecinas; después, parecidos a bolitas de ópalo, vimos aquellos animales vesiculosos llamados fisalias por los naturalistas y a los cuales los navegantes dan el pintoresco nombre de galeras portuguesas. Aunque aún no se veía la tierra, todo la anunciaba: todos estaban atentos a los indicios que revelaban su proximidad; se intercambiaban mil suposiciones, mil observaciones, se hablaba con efusión, estábamos como embriagados; por mi parte creía estar soñando.

A eso de las 3 de la tarde del 23 de diciembre cortamos el trópico. Ya el Pan de Matanzas, de 1400 pies de altitud, aparecía como un ligero vapor detenido sobre las aguas; después, las altas tierras de Jaruco surgieron en varios puntos a la vez; los contornos se hicieron más nítidos, las masas separadas se unieron y rápidamente el lejano perfil de la costa formó sólo una línea inmensa y continua. Era demasiado tarde para aventurarnos a seguir más adelante, entonces nos pusimos a la capa a tres leguas del litoral. A las nueve, subí a la chopá; un cinturón de nubes blancas reposaba en el horizonte; la bóveda del firmamento, de un color azul intenso, resplandecía con las estrellas; en el cenit brillaba el cuarto de luna; al suroeste, finalmente, un resplandor rojizo señalaba la entrada del puerto. La pureza del cielo, el fulgor de las constelaciones, la tibieza de la temperatura, todo concurría al encanto de aquella noche, la primera que pasamos al otro lado del trópico. Pero la calma que disfrutábamos fue de corta duración; el viento se levantó, el mar creció y el espantoso balanceo del buque, que ya no estaba sostenido por su velamen, vino a moderar el exceso de nuestra satisfacción. Una hora antes del amanecer me dormí profundamente, cuando abrí los ojos la Sylphide se hallaba anclada frente a La Habana, después de 54 días de navegación laboriosa.

## Capítulo II

### La tierra

Antes de proseguir con este relato, debo informar brevemente acerca del propósito y el plan de mi viaje. La isla de Cuba, a la que acabábamos de llegar, era para mí sólo una escala donde debía recuperar fuerzas y recabar algunas informaciones indispensables; mi objetivo principal era la exploración de Guatemala, un país poco visitado y que, por su aislamiento, su difícil acceso y su situación intermedia entre las dos grandes zonas del continente americano, despertó mi curiosidad sobremanera. Me había propuesto entrar a aquel país por Yucatán y estudiar su historia natural y su geografía con el fin de completar, dentro de mis posibilidades, los conocimientos previos sobre la constitución física, las producciones y el estado social de la región. Era una gran tarea, quizá algo ambiciosa; limitado por mis propios recursos, coartado además por la enfermedad casi desde el principio de mi viaje, la cumplí imperfectamente; pero no me desvié de mi itinerario y traté de luchar hasta el final contra las dificultades producidas por mi aislamiento.

Mi proyecto quedaba claramente establecido, aunque las vías de ejecución fuesen aún imprecisas en mi mente cuando desembarqué en La Habana, donde resolví permanecer un tiempo para iniciarme en las maravillas de la vegetación tropical, dar libre curso a mi capacidad de admiración y finalmente orientarme antes de comprometerme en una empresa cuyas incertidumbres no ignoraba.

La última transcurrida a bordo del Sylphide había parecido muy difícil a todos los pasajeros; es cómodo adivinar lo que puede esperarse de un buque puesto a la capa, es decir, condenado a la inmovilidad por un fuerte oleaje; el balanceo y el gemido de un mástil encima de la sala

común nos habían mantenido a todos en vilo hasta que el cansancio consiguió cerrarnos los ojos.

Cuando despertamos, la agitación del mar había cesado; la calma más profunda sucedía al tumulto de las olas y al silbido del viento en los aparejos; nos vestimos de prisa y corrimos hacia la cubierta: la tierra nos rodeaba por todas partes; habíamos anclado al borde de una inmensa dársena, formada por un cinturón de colinas cuya curva abarcaba las tres cuartas partes de nuestro horizonte. Aquellas alturas aparecían coronadas con palmeras y fortalezas rojizas; en el lado opuesto, se descubría la ciudad a través de una selva oscilante de mástiles y jarcias. Los edificios pintados con colores intensos y rematados con caprichosos ornamentos parecían ostentar el sello de la fantasía más que el del buen gusto. Una población abigarrada se apiñaba en los muelles, con las vestimentas ligeras de los países cálidos; las aguas y la ribera resonaban por el choque de los remos, por el chirrido de las poleas, por el canto de los trabajadores y, finalmente, por todos los ruidos que acompañan al movimiento marítimo y que anuncian la vida de un pueblo trabajador. El único elemento faltante en el cuadro era el sol del trópico; el cielo estaba cubierto y la lluvia caía a intervalos.

Mientras disfrutábamos de tan magnífico panorama, cuyos detalles se presentaban sucesivamente ante nuestros ojos, percibimos repentinamente un objeto indefinible flotando a unas brazas de nuestra borda; era una fragata francesa de sesenta cañones, despojada de sus aparejos y horriblemente mutilada; un poco más lejos se veía otra nave, también perteneciente a nuestra escuadra, cuyos mástiles estaban cortados a la altura de la cubierta; luego, aquí y allá, unos restos y ruinas que nuestros ojos comenzaban a distinguir confirmaban una larga serie de desastres. Nos enteramos que un huracán había devastado la isla pocos días antes de nuestra llegada y muchas embarcaciones se habían hundido en el propio recinto del puerto. Las circunstancias de aquel relato, más perturbadoras gracias a los rastros flagrantes del siniestro, nos impresionaron fuertemente; parecía reinar tanta seguridad en nuestro alrededor, por lo cual nos hicimos una idea extraordinaria de un país donde todo podía desvanecerse en un instante.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> El huracán del 10 y del 11 de octubre de 1846, uno de los más violentos hasta entonces, destruyó 1872 casas, tanto en la ciudad como en el campo; 19 barcos de guerra,

Mientras tanto, el Sylphide había recibido la triple visita de los representantes de la policía, de la aduana y de la sanidad; la tez enfermiza de esos agentes, sus ojos vidriosos y su rostro decaído contrastaban tan ridículamente con su ministerio, por lo cual nos preguntamos si no nos encontrábamos ante portadores de alguna temible epidemia. Según nos informaron, la administración de las aduanas se disponía a celebrar las fiestas de la Navidad con periodos de ocio más o menos prolongados; como nos quedaba poco tiempo para ponernos en regla con ella, cada uno hizo sus preparativos con la intención de poder abandonar la nave. Entonces estreché la mano del capitán Drinot, quien nos había conducido tan felizmente a puerto, un hombre como hay pocos, de aquellos que saben combinar la fría energía del marinero con las cualidades más amables del corazón; después de conseguir una embarcación, me dirigí sin demora hacia la ciudad. Pasamos entre las cofas de un barco americano que se había ido a pique y tocamos tierra casi en seguida. Fue entonces que pude apreciar toda la violencia del huracán: el muelle, construido con maderos robustos, se había partido y destrozado en gran parte de su extensión. Sin detenerme mucho para considerar ese desastre, me precipité fuera del barco y por fin pisé el suelo del Nuevo Mundo. En menos de hora y media, gracias a la actividad de un intermediario servicial, satisfice las pueriles minucias que en todo país echan a perder la alegría de la llegada y pude encaminarme para buscar un domicilio, acompañado de mi equipaje; pagué seis piastras para disfrutar libremente de todas mis pertenencias.<sup>8</sup>

Me habían advertido del costo elevado de la vida en La Habana; por ello me consideré afortunado al encontrar en una casa particular la alimentación y el alojamiento al precio de dos piastras por día. El aspecto de mi nueva residencia me habría demostrado, de haberlo ignorado, que vivía bajo un clima nuevo. Las habitaciones amplias y un poco sombrías daban a un patio interior, muros gruesos, puertas y ventanas de un

---

195 buques mercantes, 111 de cabotaje, en total 235 navíos fueron aniquilados o considerablemente averiados; además, 114 individuos perdieron la vida. El mes de octubre parece atraer más frecuentemente esas grandes perturbaciones atmosféricas; de 24 huracanes observados en la isla durante un periodo de 134 años, 14 han surgido en octubre. El más antiguo se remonta a 1498, época del tercer viaje de Colón; el de 1527 destruyó la expedición de Pánfilo de Narváez en el puerto de Trinidad [N. del A.].

<sup>8</sup> El valor intrínseco de la piastra es de 5 francos y 43 centavos [N. del A.].

tamaño desmesurado, celosías por todas partes, revestimientos de azulejo a la altura de los antepechos, nada de tapices ni colgaduras, pocos muebles, algunas sillas de madera o de mimbre, una cama cuidadosamente cerrada con un mosquitero, tales signos exteriores me impresionaron desde el principio. El termómetro centígrado indicaba dieciocho grados; estábamos en invierno y el sol se inclinaba del otro lado del ecuador.

En cuanto terminé con los arreglos imprescindibles, salí a echar un vistazo a la ciudad. Anhelaba ver e impregnarme, por así decirlo, de las cosas tropicales, algo que no había sentido con tanta intensidad en mis viajes anteriores. Primero me dirigí al malecón sin preocuparme por la lluvia que caía en pequeños chubascos, con la intención de contemplar bajo una nueva perspectiva el magnífico cuadro entrevisto por la mañana, la gran extensión de la rada perdida tierra adentro, el cinturón de colinas ondulantes hasta el horizonte y el poblado de Regla, arsenal de la marina mercante cuyas casitas blancas se reflejan en el agua. En cuanto a los muelles construidos sobre pilotes, no respondieron a mi expectativa, quizá porque me los habían descrito de forma demasiado favorable: al oír nombrar las maderas valiosas empleadas en su construcción, no había pensado realmente en que debía de haber mucho parecido entre una viga de madera bruta de caoba y otra de roble. Entonces me decepcioné un poco a la vista de un ensamblaje de maderos groseramente escuadrados, desiguales, desajustados por el huracán y manchados con el lègamo dejado por el oleaje; era fácil apreciar que, aun antes de la tempestad, el mérito de aquella construcción no era precisamente la elegancia. Más lejos vi unos pequeños almacenes formados por un techo de cinc elevado sobre pequeños pilares de hierro colado que resguardaban las mercancías sometidas a la inspección de la aduana. La Bolsa está en los alrededores; no se encuentra en ningún edificio especial; es al aire libre, con un clima tan agradable, donde se reúnen a ciertas horas los negociantes, los corredores y los desocupados para tratar de negocios o para enterarse de las noticias. Se distingue fácilmente a los criollos, gente de baja estatura y con temperamento seco, unos robustos catalanes, algo así como los auverneses de la isla, pues desembarcan con una moneda y a fuerza de ahorro, de unión y de perseverancia consiguen atraer sobre ellos los favores de la fortuna. Al lado de aquella población blanca, vestida con elegancia, vi un pueblo negro, desnudo hasta la cintura, que trabajaba

animándose con un canto quejumbroso; descargaba los buques amarrados contra el armazón desigual de los muelles. Ahí se apilaban las harinas de los Estados Unidos, los vinos de España, el arroz de Carolina, la mantequilla de Nueva York y el *tasajo* de Buenos Aires,<sup>9</sup> mientras unas pequeñas carretas arrastradas por mulas llevaban a cambio los tres productos de la isla: azúcar, tabaco y café. La actividad reinante en esos lugares anunciaba un gran movimiento comercial; el olfato captaba en ese lugar emanaciones extrañas y el oído ensordecía con mil ruidos y mil rumores confusos. Después de aquel rápido examen, abandoné los muelles cuyos mezquinos y ruinosos edificios y cuya mediocridad no despertaron mi interés y me adentré en la ciudad, al azar y sin propósito, en un viaje de descubrimiento con el cual esperaba disfrutar muchísimo. Dos horas de lluvia habían bastado para hacer las calles impracticables; arroyos y charcos, siguiendo la inclinación del suelo, invadían la vía pública y no dejaban subsistir sino sólo una vereda exigua, resbaladiza y estropeada por donde se arrastraba la clase más baja de la población; era necesario pegarse contra la muralla para evitar el choque de los carruajes que salpicaban lodo. El forastero ciertamente corre algún peligro cuando en la noche oscura se arriesga por ese dédalo fangoso, guiado sólo por la incierta claridad de una farola; pero tales obstáculos no iban a detenerme, sobre todo a plena luz del día.

Los seres humanos que caminaban en condiciones tan incómodas eran casi todos negros o de tez cobriza e iban vestidos con ese descuido propio de los países cálidos o de la indolencia de los esclavos. Pocos blancos salían caminando; negritos desnudos hincaban sus dientes blancos en pedazos de caña de azúcar mientras sus madres, con su repugnante gordura, fumaban descaradamente en la cara de los transeúntes. Yo buscaba en vano en aquellos rostros de ébano algún rastro de las facultades divinas, el patrimonio de nuestra raza, hecha a la imagen del Creador; vi en ellos sólo el embrutecimiento, imbecilidad y abyección. Los mulatos, por el contrario, me miraban con ojos brillantes y llenos de audacia bajo su sombrero inclinado. A eso limité mis observaciones; se había hecho de noche, había escampado y un agradable frescor se propagaba en la atmósfera; las amplias ventanas que dan al mismo nivel de la calle se poblaban

---

<sup>9</sup> Carne de res cortada en tiras y secada al sol, destinada principalmente a la alimentación de los esclavos [N. del A.].

de encantadoras apariciones, mientras las *volantes*<sup>10</sup> transportaban deslumbrantes atuendos hacia el teatro o la Alameda. Era suficiente para una primera excursión; prudentemente volví a mi domicilio con el propósito de ordenar mis ideas algo perturbadas por el conflicto de tantas sensaciones nuevas.

Antes de meterme en la cama, inspeccioné minuciosamente todos los rincones de mi apartamento sin descubrir nada sospechoso; no fue sino más tarde, fuera del resguardo de las ciudades, cuando trabé conocimiento con los horribles insectos que pululan entre los trópicos. Sin embargo, todas las casas de La Habana están infestadas de cucarachas; en varias ocasiones pude constatar a expensas de mis provisiones la existencia de esos enemigos invisibles.<sup>11</sup>

Aunque los preliminares de mi instalación reclamaron todos mis cuidados y tuviese la necesidad de hacer algunas visitas apremiantes, mi impaciencia era muy fuerte como para acomodarse con la menor demora; entonces resolví explorar el campo desde la mañana siguiente y subir a una *volante* en cuanto me despertase.

No hay nada más bonito y original que los ligeros cabriolés llamados con toda justicia *volantes*. Se ven unos similares en Lisboa, pero la longitud de los varales y la altura de las ruedas dan a la *volante* habanera una fisonomía completamente local. La posición que en ella se toma sin esfuerzo armoniza perfectamente con la languidez del clima: con el cuerpo medio reclinado hacia atrás, los pies ligeramente alzados, las piernas con toda la extensión deseable, uno siente enseguida ir en volandas, mientras el coche, suspendido entre el eje y el tirante, adquiere el movimiento de un palanquín. Los negros tienen el privilegio exclusivo de manejar aquel tipo de carruajes capaces de reflejar algo acerca de la existencia criolla en su capricho y en su fastuosa dejadez; ellos conducen un caballo, calzados con unas botas enormes cuya forma y cuyos adornos anticuados pertenecen a otra época. Al bajar de su montura, los escuderos grotescos reproducen con bastante exactitud la imagen del gato con botas.

Descendí primero en la puerta de la catedral, un edificio sin gran mérito construido en 1724 con materiales algo bastos. El interior, aunque

---

<sup>10</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>11</sup> *Blatta americana* l. Se encuentra en las Canarias y en Egipto; pero no soporta, felizmente, la temperatura de nuestro clima [N. del A.].

embaldosado con mármol, me pareció mezquino y descuidado; ninguna obra de mucho valor, ningún ornamento notable logró atraer mi atención mientras buscaba la tumba de Colón, cuyos restos fueron transferidos en 1796 desde Santo Domingo hasta La Habana. Pasaba el tiempo y mi pesquisa no daba resultado; la nave estaba desierta y sin monumentos; examiné con cuidado las capillas laterales, y ya no sabía a dónde dirigirme cuando descubrí, cerca del coro, un medallón de mármol blanco empotrado en el muro a la izquierda del altar mayor: di algunos pasos hacia delante y leí la inscripción siguiente:

O restos é imagen del grande Colón!  
 Mil siglos durad guardados en la orna  
 Y en la remembranza de nuestra nación.<sup>12</sup>

Mi emoción era profunda ante la presencia del ilustre sepulcro; repasé en mi memoria una vida donde se mezclaban la grandeza y la miseria: la isla de Cuba era el lugar amado por Colón sobre todos los demás; ¡con cuanto entusiasmo evocaba él en sus cartas la maravillosa belleza de sus orillas, el imponente aspecto de sus selvas, los perfumes, las aves, la pureza del aire que por entonces no engendraba ninguna epidemia, y a aquel pueblo hospitalario y afable que lo había acogido sin desconfianza! Colón ahora no reconocería los lugares donde descansa; la industria los ha coronado con una diadema, pero también los ha despojado de su gracia virginal de la cual se había prendado. Al contemplar aquel pobre monumento, erigido después de tres siglos en memoria del gran navegante, yo no podía dejar de pensar en las cadenas con las cuales España le había recompensado por el legado del Nuevo Mundo.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>13</sup> No hay nada más pobre que esa obra y nada menos digno, desde cualquier punto de vista, de la munificencia y del patriotismo de los habaneros. La figura de Colón, esculpida en medio relieve, con las facciones de un adolescente, es contraria al sentido común y también a la tradición. No es fácil adivinar que el héroe pone el índice sobre un globo terráqueo y señala América; completamente acorazado, el globo parece más bien un escudo. La plaza de armas habría sido el lugar idóneo para levantar un monumento en honor a Cristóbal Colón; su gran imagen produciría un efecto magnífico, en lugar de la estatua allí ubicada, la cual ni siquiera contribuye a adornarla [N. del A.].

Después de realizar mi peregrinación, subí a mi *volante* para ir al *Cerro*,<sup>14</sup> uno de los arrabales más importantes de la ciudad. La vía pública, más allá de la muralla, era ruidosa y animada; una población multicolor se cruzaba sobre la polvorienta avenida; hombres a caballo pasaban a galope; unos *monteros*<sup>15</sup> caminaban en pequeñas caravanas; eran seguidos por mulas cargadas con diversos productos, entre ellos unos tallos verdes de maíz destinados a la alimentación de los caballos a los cuales entusiasmado confundí con la preciosa caña que nos da el azúcar. ¿Cómo imaginar que un objeto tan ordinario tuviese algún valor en La Habana? Cuando recorrimos cierta distancia y reconocí por unos indicios evidentes la cercanía del campo, despedí mi carruaje para observar las cosas más a mi gusto, siguiendo a pie. En aquella extremidad del *Cerro* el movimiento había disminuido; el ruido era sólo un eco; a los almacenes y tenderetes sucedieron bonitas viviendas, separadas por amplios espacios, rodeadas de miradores cubiertos que proyectaban su sombra sobre las orillas del camino. Varias de aquellas *villas*<sup>16</sup> se hacían notar por su extravagancia o por su elegancia; a través de sus amplios ventanales protegidos por gruesos barrotes y guarnecidos con cristales de colores para atenuar el resplandor del día, se podían ver habitaciones con pisos de mármol que daban sobre jardines floridos; también entreví, pese a mi preocupación, ojos negros y hombros blancos con los cuales se acrecentaba el encanto misterioso de aquellas moradas. Los singulares vegetales que daban sombra al camino llamaron también mi atención: eran casuarinas parecidas a grandes cipreses; *álamos*<sup>17</sup> con corteza lisa y blancuzca, ataviados de un verdor tierno y tupido;<sup>18</sup> plátanos con hojas laceradas por el viento; hileras de nopales o colinas de agaves; y hasta la majestuosa palma, sobresaliente con su penacho real sobre las yucas, las cactáceas y una multitud de plantas más humildes y desconocidas para mí. Ante el aspecto de aquella naturaleza con un carácter tan definido, sentí con emoción estar viviendo en un mundo nuevo; hasta la hierba que pisaba era distinta de todas las gramíneas de Europa.

---

<sup>14</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>15</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>16</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>17</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>18</sup> El árbol conocido como *álamo* en la isla de Cuba es el *ficus populiifolia* Desf., cuyo follaje sirve para alimentar el ganado. Lo plantan en los paseos públicos de La Habana porque crece rápido y da sombra muy pronto [N. del A.].

Por fin dejé atrás la última casa y descubrí el campo; pero así como sucede cuando la imaginación vuela demasiado alto, me decepcioné un poco. El paisaje no era placentero ni pintoresco, ni variado; vi una llanura montuosa, de un color verde grisáceo y un aspecto monótono, cultivada aquí y allá, descuidada en otras partes y cubierta de plantas marchitas; unas cuantas casitas blancas se veían a lo lejos y palmeras por todas partes. Me pareció que aquel árbol elegante perdía todo su valor cuando no era dominante; la palmera debe reinar sobre el paisaje; corona admirablemente las alturas; pero en la llanura, donde su tronco grisáceo desaparece, donde su gracioso penacho es sólo una mancha indecisa, realmente produce poco efecto. No tardé en advertir que los alrededores de La Habana carecían de un encanto muy apreciable bajo los trópicos, me refiero a la sombra. El español, como el árabe, no planta de buen grado; pero al menos éste protege con un cuidado exquisito la higuera, la acacia y el sicomoro, sembrado por la mano previsora de la naturaleza en su país abrasado por el sol; aquí, a pesar del ardor del cielo, no hay ni un árbol, ni ningún refugio. El instinto me dirigió hacia una charca de agua dulce, estancada en una excavación cercana; juncos y ciperáceas vegetaban al borde de la ciénaga; me senté a la sombra de los peñascos que limitaban la vista en forma circular sin alcanzar a ver el campo, excepto la cima extraviada de algunos cocoteros. En aquella hora agobiante del día en que el sol llegaba a su cenit, todo estaba en silencio, todo parecía adormecido; sin embargo, un soplo de aire imperceptible me traía el lejano ruido de la ciudad: escuchaba aquellos rumores con una tristeza indefinible; la melancolía del paisaje había logrado vencerme, o más bien experimentaba por primera vez el sentimiento de mi aislamiento. Mientras me dejaba llevar por la fantasía, muchos lagartos, envalentonados por mi inmovilidad, corrían familiarmente a mi alrededor; unos eran verdes con el vientre blanco y otros de color azul claro con manchitas pardas; todos tenían la cabeza alargada y la papada de los anolis.<sup>19</sup> Al observar las evoluciones de aquellos saurios tan bonitos, noté la presencia de una gran cantidad de ranitas agazapadas en las cavidades del peñasco; casi no se podían distinguir de la piedra sus dorsos blancuzcos

---

<sup>19</sup> Los anolis de América son lagartos, presentan una particularidad fisiológica parecida a la de las iguanas; su garganta, bajo el efecto de una emoción intensa, tiene la facultad de abultarse como una papada y de colorearse con un lindo matiz rojo [N. del A.].

jaspeados de gris.<sup>20</sup> Esos animales dormían perezosamente en la sombra o contemplaban levantando los párpados, con una expresión de felicidad absoluta, el agua verde que bañaba su territorio. Eran los primeros aborígenes que se presentaban ante mis ojos. Los examiné con curiosidad, como a seres pertenecientes a una creación distinta; y mi imaginación, asociándolos con el Nuevo Mundo circundante, hasta llegó a suponer su existencia diferente de la mía. Podrán reírse de mi ingenuidad; gracias a ella he tenido muchas alegrías aunque, lamentablemente, se han visto finalmente mitigadas con motivo de una intimidad más estrecha con la naturaleza americana.

Después de llevar a cabo mis observaciones y de recoger objetos dignos de interés, volví a La Habana por otro camino. En el trayecto observé unos cafetales, inequívocamente abandonados, pues formaban un espeso matorral y los granos estaban desperdigados sobre el suelo sin que nadie se tomase la molestia de recogerlos. Los emigrados de Santo Domingo fueron quienes extendieron el cultivo del cafeto en la isla de Cuba al refugiarse en ella tras los desastres de la época colonial; fue una forma de reconocimiento por la generosa hospitalidad del gobierno español.<sup>21</sup> Desde Cuba, la planta se extendió al golfo de México y se introdujo en América central, donde fue la fortuna del pequeño estado de Costa Rica; insensiblemente franqueó el ecuador y se implantó incluso más allá del trópico; desde entonces, la producción del café, depreciada por la competencia, empezó a declinar en la isla, donde la mano de obra es excesivamente cara, hasta el punto de circunscribirse sólo al radio de acción de La Habana.

¿Pero cómo se naturalizó el precioso arbusto que contribuye a la industria colonial en tantos lugares del continente americano? El cafeto era una planta poco usual y extraña, cultivada en los invernaderos del Muséum de París cuando en 1723 el teniente del rey Declieu consiguió

---

<sup>20</sup> *Trach. marmoratus* Dum. [N. del A.].

<sup>21</sup> El cafeto ya había sido llevado de Puerto Rico a Cuba en 1769; pero el cultivo industrial de esta planta se remonta a la llegada de los refugiados franceses, pues lo prefirieron en detrimento de la caña de azúcar. Ellos fueron quienes enseñaron a los habitantes a usar una máquina para separar la semilla de la pulpa, este procedimiento permite el secado del grano y consigue la calidad buscada en el comercio, llamada *verde fino*. El cafeto se da bien en las hondonadas húmedas y sombreadas; se ha degenerado en las llanuras de La Habana, donde la cosecha vale sólo más una piastra por *arroba* (25 libras); mientras en Santiago, al norte de la isla, ha conservado la calidad y el valor [N. del A.].

un plantón el cual transportó hasta la Martinica; allí el cafeto se multiplicó en selvas enteras de cafetales. Dicen, y cometería un error si lo olvidase, que el teniente filántropo compartió con su arbolito una módica ración de agua a la cual se vio reducida durante una difícil travesía.

Seguí con mis excursiones en los alrededores de La Habana durante varios días consecutivos sin encontrar un punto de vista capaz de responder plenamente a mis expectativas. Mis ojos comenzaban a familiarizarse con la naturaleza tropical; me detenía menos en los detalles y me preocupaba más por el conjunto. Lo pintoresco se desvaneció con los bosques, pues al desaparecer en un radio considerable habían dejado un suelo desnudo, medianamente accidentado, con aspecto descuidado pero con un vigor inagotable; y, sin embargo, hay un toque de grandeza melancólica en el aspecto de aquellas llanuras montuosas, plantadas de innumerables palmeras, a la hora en que el sol comienza a abandonarlas. Para dar con sitios verdaderamente extraordinarios capaces de asombrar y confundir la imaginación, es preciso explorar las riberas deshabitadas o adentrarse en las regiones montañosas de la isla. Aunque he disfrutado de esa buena fortuna a mi regreso de América central, me abstendré de cualquier descripción por el temor de repetirme, pues el continente vecino me ofreció escenas no idénticas sin duda, pero al menos análogas.

Desde las alturas de Casa Blanca, que dominan el puerto, se descubre un admirable mirador y se abarca con la vista la extensión de la ciudad cuyas casas, pintadas con distintos colores, se apretujan y se acumulan frente al espectador. Los fuertes escalonados de colina en colina, las riberas recortadas por bahías o promontorios, el canal de Atarés brillante en el occidente, las flotillas de pescadores resguardadas en las ensenadas lejanas, los grandes buques dormidos sobre sus anclas y finalmente el deslumbrante resplandor de la luz y el reflejo de las aguas, todo contribuye, con la animación, el ruido y el movimiento marítimo, a componer una escena majestuosa y a producir un efecto magnífico. Pero en cuanto se ha perdido de vista aquella cuenca tan destacada, al descender por la vertiente opuesta, el cuadro cambia súbitamente de carácter; el campo adopta un aire de tristeza y de abandono; sólo hay zarzales entrecortados por ciénagas; el silencio reina por todas partes y el paseante despistado, en aquellos lugares solitarios donde busca vanamente una vivienda o un sendero, puede olvidarse de estar a dos pasos de la ciudad, y que esa ciudad es La Habana.



## Capítulo III

### Primera excursión bajo los trópicos

La ciudad de Matanzas, situada a veintidós leguas al este, fue el objetivo de mi primera exploración. Semejante recorrido era casi un viaje hace unos cuantos años; hoy no es sólo un paseo; no se debe a que el camino por tierra haya mejorado, sino a un servicio de barcos de vapor instituido, el cual, partiendo de La Habana y de Batabanó, de cada lado de la isla, abarcan en su recorrido el conjunto del litoral y comunican entre sí los principales puntos marítimos. Como el ancho de Cuba es en promedio de unas dieciséis leguas, es fácil llegar a las poblaciones intermedias desde cualquier puerto. En general, los habaneros no aprovechan demasiado esas facilidades; su curiosidad no es grande con respecto a la de la *terra incognita* que los rodea y hace falta una circunstancia seria para arrancarlos de la dulce monotonía de sus hábitos; pero las poblaciones apartadas de la capital comienzan a apreciar un medio de locomoción que los acerque al núcleo comercial donde se concentran los grandes intereses del país.

El huracán había destruido la mayor parte de los paquebotes. Sin embargo, el de Matanzas todavía podía navegar a pesar de sus averías; ocupé un lugar en él con un joven eclesiástico piemontés, pasajero como yo del *Sylphide*, buscaba la forma de ocupar su tiempo libre mientras esperaba una oportunidad para ir a Veracruz. Cierta coincidencia entre nuestros gustos e intereses nos había acercado durante la travesía; le apasionaba la historia natural y soñaba con las maravillas del Nuevo Mundo. Lejos de las tierras urbanizadas de La Habana, esperábamos conseguir una rica cosecha y hasta nos ilusionábamos con la esperanza de algún descubrimiento. Lo primero que nos sorprendió fue el aspecto singular del paquebote, cuyo puente estaba completamente cubierto con excepción

de un pequeño espacio angular donde venían a respirar los pasajeros de proa cuando se sentían desfallecer en la atmósfera estancada de su cabina; tomaban una ducha de agua salada para reanimarse cada vez que una ola rompía contra la proa de la nave. Una galería exterior dominaba en popa y permitía a los viajeros de primera clase recorrer su prisión; la máquina funcionaba a la altura de los mástiles y el timonel, resguardado bajo una especie de pabellón chino, gobernaba en proa, siguiendo las reglas de la lógica pero en contra del uso habitual. La forma inusitada de la embarcación despertó nuestra alegría y nos dispuso a un viaje placentero; no obstante, cualquier idea irreverente desapareció cuando supimos que ese tipo de construcción naval había imitado a la marina americana.

Los primeros resplandores de la aurora iluminaban los cristales de la ciudad y derramaban un tono bermejo sobre los viejos edificios del malecón cuando nos pusimos en camino. Todo estaba en calma todavía en tierra y en el mar; pasamos rozando la fortaleza del Morro, cuya función es controlar la entrada del puerto, y poniendo rumbo hacia el este empezamos a bordear la orilla septentrional de la isla. Primero vimos pasar ante nosotros una costa de tono verde oscuro, con terrenos incultos y uniformes, salpicados de vez en cuando por una cabaña o por un árbol solitario; aquel paisaje taciturno añadía un nuevo grado de tristeza a las carcasas desmanteladas de varios buques encallados sobre la playa donde habían naufragado, quizá, durante la última tempestad.

Una legua después, cambió el paisaje con una sucesión de colinas doradas por el sol naciente, desprendiéndose de las sombras que cubrían todavía los valles; sus cimas se veían coronadas con palmeras; a sus pies corría un río; una aldea de pescadores, con sus casitas blancas entre los plátanos, se reflejaba en las aguas límpidas de la desembocadura. Aquella pequeña escena venía impregnada de un carácter de frescura y quietud gracias al cual cambió nuestra percepción. Dos leguas más lejos, las colinas se unieron formando una terraza regular, no muy elevada, inclinada levemente hacia el mar, sin asperezas ni peñascos. A través de las cortaduras que daban paso a los ríos del interior, despuntaban unas cimas azuladas y remotas; en la orilla, completamente desierta, se podían observar algunas cactáceas, unos pocos díctamos y otras plantas de singular fisonomía; deseábamos ardientemente explorar aquellas playas deshabitadas que huían detrás de nosotros con mil formas indecisas inútilmente retenidas por nuestra atenta mirada.

Mientras el espejismo ejercía una especie de fascinación sobre nosotros, nos llamaron para el almuerzo; nos separamos de las maravillas de la costa y dejamos el catalejo para tomar el prosaico tenedor. Como el aire fresco y sano había abierto el apetito, nos resignamos a ello sin hacernos de rogar y fuimos a sentarnos a la mesa de a bordo. No tardamos en advertir que no imperaban los modales refinados ni la urbanidad en ese lugar; cada uno de nosotros se apoderaba prestamente de los manjares a su alcance llevándose una notable porción y sin preocuparse por sus vecinos; en un instante los platos quedaron vacíos y el servicio resultó superfluo; nosotros creímos ver a los terribles aventureros, aquellos que en otros tiempos hicieron pasar hambre al sobrio y confiado pueblo de las Antillas. Esos hábitos, me apresuro a decirlo, no son propios de los criollos españoles, pues éstos en general han conservado las formas corteses y hasta un poco ceremoniosas de sus antepasados; es una imitación, sin duda muy desafortunada, pero quizá justificada por la necesidad, de sus vecinos del norte, cuyo rústico egoísmo es conocido en el mundo entero.

Dos horas después del almuerzo, navegábamos apaciblemente en la bahía de Matanzas. La ciudad comenzaba a asomar detrás de una hilera de palmeras; las tierras estaban pobladas de árboles; en el horizonte aparecían algunas cimas azuladas. La llegada del paquebote puso en movimiento rápidamente todos los botes del puerto. Mientras los remeros competían entre sí para llegar primero, nosotros nos ocupábamos en contemplar los pelícanos que pescaban en torno a la nave. Se les veía hundirse impetuosamente en el mar donde el peso de sus cuerpos levantaba una capa de espuma, y luego volvían a la superficie retomando pesadamente su vuelo para precipitarse de nuevo. Un centenar de esas aves se entregaba al mismo ejercicio volando, sumergiéndose y nadando sobre toda la extensión de la bahía.

Encontramos en la ciudad un albergue aceptable; en él había cierto movimiento con motivo de la estancia de unos especuladores americanos; la cena reunía habitualmente entre veinticinco y treinta comensales; los mozos eran negros, pues casi todos los blancos en la isla de Cuba sólo ejercen profesiones independientes: la servidumbre no encajaría con sus aspiraciones de nobleza; pero los hábitos prevalecientes en la mesa nos llenaron de asombro y de asco. Un cuarto de hora antes de la comida todos ya habían ocupado su puesto y hacían preparativos como para

un asalto. ¡Ay de aquel imprudente que llegase tarde! Con la primera campanada se abalanzaron sobre la comida, la acción se desató con una especie de rabia famélica y la mesa, atestada de platillos, muy pronto quedó desolada como un campo de cebada después de la caída de una avalancha. Jamás mi compañero y yo habíamos sido testigos de tamaña voracidad. En suma, se repetían los principios observados en el paquebote; pero aquí, ninguna consideración, ningún respeto humano moderaban su puesta en práctica; el hombre se revelaba, de hecho, con total y primitiva brutalidad. Las cosas no ocurren de otro modo en América del norte, eso afirman.

En cuanto terminamos la funesta cena, en la cual desempeñamos un papel muy secundario, nos apresuramos en buscar una compensación en el campo. Una calle que tomamos al azar nos condujo a orillas del Yumurí, este pequeño río cae en la bahía al oeste de la ciudad después de abrirse una salida entre los peñascos. No hay nada tan singular como aquellas escarpaduras blancuzcas, cavernosas y coronadas de bosques al pie de los cuales se vierte el Yumurí desde la estrecha garganta en donde retiene por un instante sus aguas. Aquel terreno es en gran parte obra de los animalculos del coral. Primero creímos que su formación era reciente; pero pronto reconocimos nuestro error. Observé, en mi segundo viaje, la misma roca caliza en el interior de la isla, donde constituye masas considerables pertenecientes a una época muy remota. La de Matanzas se explota para las necesidades de la ciudad; es tan tierna al salir de la cantera y puede cortarse con un hacha, pero endurece al contacto con el aire y se transforma entonces en un buen material de construcción. La formación se difumina conforme uno se aleja de la costa y desaparece bajo una capa de residuos vegetales eminentemente fértil. Agarrándonos de las lianas y de los arbustos logramos llegar a la cima de las escarpaduras. Lo que vimos entonces nos pareció muy extraño: el peñasco sostenía una selva creciendo literalmente en la piedra; implantadas en las numerosas cavidades de la roca, las raíces tenían por única función mantener el tallo en posición vertical. Al penetrar en el bosque, medianamente tupido y donde se apreciaban árboles de entre quince y veinte metros de alto, encontramos algunos centímetros de una tierra seca y rojiza en los lugares más favorecidos. En otras partes, la nutrición se producía directamente por las superficies, sin la contribución de ningún agente intermediario; y como

si la vitalidad fuese todavía más exuberante, mil plantas parásitas abrazaban las cortezas con sus fibras radicales y sobrecargaban las ramas; en una palabra, el reino vegetal perseguía aquí su existencia en condiciones tan extraordinarias que nos habríamos negado a admitirlas si no lo hubiésemos visto con nuestros propios ojos. Más adelante pasamos por un espacio donde se había talado la selva para hacer lugar a una plantación de plátanos y de piñas; aquellos vegetales crecían también en el peñasco y se desarrollaban con vigor; sólo había sido necesario pensar en colocar a sus pies un poco de tierra recogida en las fisuras vecinas.

Un escritor del tiempo de la conquista, Bernal Díaz del Castillo, nos ha transmitido la etimología del nombre de Matanzas. Su crónica cuenta la historia de una embarcación cuyo trayecto comprendía, Santo Domingo y finalizaba en la islas Lucayas, que fue sorprendida por el mal tiempo y se hundió en la bahía; los naufragos lograron salvarse; mientras vagaban a la buena de Dios, buscando alimentos para calmar el hambre, se encontraron con una cuadrilla de indios en la orilla de un río (probablemente el San Juan). Aquellos salvajes, a quienes les pidieron víveres, señalaron sus casas al otro lado del río y propusieron a los extranjeros conducirlos allá en barca; los viajeros aceptaron el ofrecimiento, pero llegando a la mitad del río, los indios sumergieron a sus pasajeros y los mataron a todos, excepto a una mujer y tres hombres. Así perdieron la vida veintiún personas, y el nombre Puerto de Matanzas, conservado por la población, perpetuó hasta nuestros días el recuerdo de la catástrofe.<sup>22</sup>

La ciudad de Matanzas ocupa en el fondo de la rada una posición escogida con muy buen criterio; las casas siguen el declive de una colina que desciende en suave pendiente hacia el mar; dos pequeños ríos, el Yumurí y el San Juan, la riegan en sus extremos; las calles son amplias aunque sin adoquines; profundamente quebradas en las alturas, se parecen al lecho seco de un torrente. No tan bonitas como en La Habana, las viviendas están construidas con el mismo gusto y según los mismos principios; un gran número de bohíos levantados por la población flotante, atraída por el movimiento marítimo, lastiman la armonía general y dan a los barrios que invaden una apariencia precaria y miserable. Matanzas es la segunda plaza comercial de Cuba, poblada principalmente por extranjeros porque

---

<sup>22</sup> Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Cap. VIII [N. del A.].

los nacionales, cuando han hecho una fortuna, la abandonan para irse a desempeñar un papel en La Habana; reina en ella cierta actividad relativa y cuenta con unas veinte mil almas. Amplios almacenes, abastecidos por los dos hemisferios, sirven de depósito de las mercancías coloniales y de los productos de fuera destinados al consumo de la isla. El comercio aquí está principalmente en manos de los americanos; ellos importan harinas, arroz, maderas para la construcción, etcétera, y reciben a cambio café, azúcar y tabaco, de esta manera, sus relaciones de intercambio se fundan sobre las mejores bases.<sup>23</sup>

Al día siguiente de nuestra llegada resolvimos, mi compañero y yo, explorar el río San Juan, cuyo curso es un poco más considerable comparándolo con el del Yumurí. Nos pusimos de acuerdo con un barquero quien nos recibió a bordo provistos de nuestros fusiles, nuestros instrumentos de pesca y todos los pertrechos necesarios para un viaje de descubrimiento. La ribera del río, hasta cierta distancia de la desembocadura, es plana y está invadida por el mar; un espeso bosque de manglares crece a orillas de aquellas lagunas y oculta la visión por todas partes. Se conoce el modo de propagación de esos vegetales, cuyas ramas producen raíces aéreas que descienden hacia la superficie del agua, se enraízan en el fango y producen a su vez tallos con las mismas evoluciones, de esta manera un solo árbol es capaz de producir un bosque.<sup>24</sup> Después de rebasar la parte cenagosa del río, los manglares dejaron su lugar a cañas gigantesas cuyas panículas plateadas se inclinaban como si se tratase de plumas de sombrero; se veían árboles arrancados de cuajo, éstos formaban a través de la corriente presas y puentes pintorescos sin que la vida pareciese abandonarlos. Observamos también unos cangrejos con patas escarlata, agazapados, parecían centinelas al borde de algunos agujeros excavados en las orillas del río. Al llegar la primavera, una especie de aquellos crustáceos se aparta de las cercanías de las aguas para desperdigarse por el campo; se internan

---

<sup>23</sup> El comercio sostenido entre la isla de Cuba y los Estados Unidos figura en la balanza de los últimos años en más de un millón de piastras, pese a los exorbitantes aranceles diferenciales que golpean a las naciones extranjeras, y parecen ser una reminiscencia del antiguo sistema colonial [N. del A.].

<sup>24</sup> Generalmente se confunden los manglares con árboles de géneros muy distintos, como el *avicennia*, el *conocarpus*, etcétera, pues crecen en las mismas circunstancias y tienen un modo de propagación análogo. Estamos hablando aquí del manglar rojo propiamente dicho, *rhizophora mangle*, L. [N. del A.].

por grupos en el interior e incluso atraviesan la isla, según parece, sin dejarse desconcertar por el obstáculo de las montañas. No es raro, entonces, encontrarse con esos animales que invariablemente siguen su camino, impulsados por no sé qué instinto, sin huir ni desviarse cuando se acercan los caminantes. Durante su migración, los cangrejos demuestran una gran voracidad; se introducen en los corrales de las granjas, devoran los huevos o hasta los pollitos, asedian los techos, penetran por todos los accesos, se meten en las casas donde cavan madrigueras y se vuelven, en suma, extremadamente incómodos; pero en cuanto se acerca el invierno vuelven al borde de los ríos o de las ciénagas y se acurrucan en profundas cavidades cuya abertura taponan cuidadosamente. Esas invisibles madrigueras no dejan de ser un peligro para las bestias y los hombres a caballo.

Conforme se alejaba el barco de la ciudad, el olor hediondo de las ciénagas se atenuaba bajo el perfume de las flores; las campanillas de las convolvuláceas se unían a los corimbos dorados de las banisterias, a los racimos colgantes de las fucsias y a las grandes corolas de un bello color rojo violáceo de la solanácea de América, la rosa del río, como la llaman en su país natal; unas garzas blancas como la nieve se elevaban desde el cañaveral; cardenales amarillos con manchas de un rojo intenso y turpiales con el vientre amarillo y negro daban saltitos de rama en rama y los garrapateros piquilisos de grito quejumbroso recorrían las orilla para atrapar alguna gusarapa en el fango. También vimos unos peces muy extraños, de hocico estrecho y alargado, y con el cuerpo ágil como el de una serpiente.<sup>25</sup> Cada objeto nuevo era un descubrimiento; cada descubrimiento nos encantaba y el estado de felicidad en que nos encontrábamos difundía una magia singular sobre toda la naturaleza. De vez en cuando una palma real solitaria desplegaba su penacho sobre nuestras cabezas o un grupo de cocoteros proyectaba una sombra pasajera sobre el barco; y de repente la orilla se aplanaba y nuestra mirada recorría el campo entre el verdor ondulado de los cañaverales. El San Juan, cuya pendiente es muy suave, fluye durante varias leguas por un valle abrasado por el sol como fuego, sin que la vegetación pareciese perder su frescura ni su resplandor.

A dos millas aproximadamente de la desembocadura, llegamos a un punto donde el río se divide en dos brazos y forma una isla llana cubierta de palmeras. Aquel era el final de nuestra navegación pues el barquero,

---

<sup>25</sup> Tal vez una especie de ofidio [N. del A.].

quien no compartía nuestro entusiasmo, nos hizo saber que sus fuerzas estaban al límite. En ese sitio vimos por primera vez el colibrí, aquella encantadora miniatura de la creación tropical, zumbando como una esfinge en torno a una majagua en flor. En la isla de Cuba sólo hay dos especies: una de plumaje modesto y verdaderamente autóctona incapaz de abandonar nunca la región circunscrita donde ha nacido; la otra especie emigra durante el verano, cruza el estrecho de la Florida, avanza hasta el Canadá, adonde llega en mayo, y vuelve a partir en septiembre para invernar en México y en las Antillas Mayores. Es el gorgirrubí, ésta debe su nombre a la mancha roja resplandeciente de su garganta.<sup>26</sup>

Viramos de bordo con mucho pesar, pero prometiéndonos continuar nuestra excursión al día siguiente. La cuenca del San Juan, hasta el punto donde habíamos llegado, nos había parecido desierta y descuidada; es necesario seguir más adelante en el interior para encontrar los establecimientos agrícolas, los cuales proporcionan muchos alimentos al comercio de Matanzas. De regreso, nos cruzamos con varias barcas cargadas que aprovechaban la marea para navegar río arriba; los remeros iban desnudos y chorreantes de sudor; mientras sus músculos de ébano se tensaban contra los remos, un blanco de piel amarillenta, acodado sobre el timón, con el sombrero inclinado y los ojos medio cerrados, lanzaba al viento con indolencia el humo de su cigarrillo.

El tiempo transcurría muy agradablemente para nosotros en Matanzas; explorando el país en todas las direcciones, regresábamos cada día con nuevas impresiones y conquistas. Una sola nube ensombrecía la serenidad de nuestro horizonte, era la obligación de asistir a las comidas en grupo. Cualquier demora era irreparable: cuando los negros habían recogido las migajas de la mesa, no quedaba nada, pero absolutamente nada en la casa. En vano intentamos protestar contra aquella rigurosa disciplina e insistimos en obtener a cualquier precio otras condiciones; nuestro anfitrión fue inflexible; declaró que el régimen de su casa no permitía ninguna modificación, nos exhortó cortésmente a ser puntuales y terminó sacando su reloj para poner en hora los nuestros y conminarnos a beneficiarnos de sus consejos.

Sin embargo, fue en esa mesa inhospitalaria donde probamos la primera piña, el mejor fruto producido en América y el único, además de la

---

<sup>26</sup> *Orth. ricordi*, Gerv. y *orth. colubris*, L. [N. del A.].

naranja y la guayaba, con cierto sabor. La piña se cultiva en gran escala en los alrededores de La Habana, desde donde se exporta en cantidades considerables a los Estados Unidos. Si se cosecha antes de alcanzar su madurez para que su conservación resulte menos difícil, pierde la mitad de su valor; este fruto aprovecha los rayos del sol hasta el último momento. El conoceptor espera, para separarla de su tallo, que el azúcar escape en gotitas por algunos cortes en su superficie. Hace más de treinta años, los ingleses y los alemanes aprendieron a cultivar la piña mediante procedimientos económicos que les permiten poner en el mercado este fruto a un precio muy módico. Nuestros jardineros no han pensado en emular a la competencia, pues no han hecho ningún progreso en esta rama de la horticultura. Nunca encontré piñas en estado silvestre entre todas las especies de bromeliáceas vegetando en la parte de América donde estuve; la opinión general atribuye a esta planta un origen asiático y se cree que se propagó desde la India hasta el Nuevo Mundo siguiendo la zona tropical.<sup>27</sup> Sin embargo, el testimonio de los historiadores españoles contradice formalmente esta afirmación: los compañeros de Cortés señalaron la presencia de la piña al desembarcar en territorio mexicano;<sup>28</sup> Herrera menciona este fruto entre aquellos que servían de alimentación a los indígenas de Nueva España y de Chile;<sup>29</sup> por último, un ilustre viajero de cuya aseveración no se puede dudar lo recogió a orillas del Orinoco, muy lejos de los lugares habitados.<sup>30</sup>

Los alrededores de Matanzas son muy agradables por la variedad de sus paisajes. La vista sobre la rada es muy bonita; me parece que las aguas abundan en productos marinos; basta con el movimiento de la marea, sin necesidad de las ráfagas de viento, para producir en la playa la acumulación

---

<sup>27</sup> Si creemos al barón de Humboldt, lo contrario sería la verdad. El sabio viajero afirma que, cien años después del descubrimiento de América, la piña se cultivaba en la China, adonde había sido transportada desde el Perú. Alexander von Humboldt. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. L. IV, cap. IX: 478, en nota [N. del A.].

<sup>28</sup> "Tuvieron unas piñas rojas de la tierra muy olorosas y las dieron a Cortéz", Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Cap. XXXIV. Esta descripción sólo puede aplicarse a la piña [N. del A.].

<sup>29</sup> Antonio de Herrera y Tordesillas. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano que llaman Indias occidentales. Década VIII*. L. IV, caps. X y l. V, cap. X. Francisco Antonio de Lorenzana. *Historia de Nueva España*: 122, en nota [N. del A.].

<sup>30</sup> Humboldt. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. L. IV, cap. IX: 478 [N. del A.].

de una infinidad de conchas, radiados y equinodermos. En medio de los restos orgánicos abandonados de este modo por el reflujo, notamos un día una fisalia de colores irisados destacada sobre el verde de las algas. Como sentía curiosidad por examinar un ser cuya oscura organización escapa aún a las clasificaciones, mi compañero se apresuró en atraparlo; en su precipitación, había olvidado una particularidad bien conocida; en cuanto agarró el cuerpo vesiculoso, un dolor agudo como el de una quemadura le arrancó una fuerte exclamación; la sensación se propagó al antebrazo, cuyo entumecimiento permaneció hasta la mañana siguiente. Fue así como una criatura aparentemente inerte y sin defensa dio fe de la particular atención que la Providencia había puesto en su conservación. El océano Atlántico nutre varias especies de fisalias, todas notables por la belleza de sus colores y por la acción vesicante ejercida por sus tentáculos sobre la piel.

En dirección al norte, los contornos de la bahía limitan con una sucesión de rocas madreporicas, éstas forman una larga cadena de arrecifes constantemente azotados por las olas. Unas caletas con hojas grandes y redondas inclinan la copa hacia el mar y aspiran así su humedad salina. Los moluscos pululan en aquellos parajes: caracolillos rayados, neritas y buccinos se arrastran entre las grietas protegiéndose del sol; quitones verdosos y erizos de mar morados, armados con largas espinas, tapizan las cavidades donde permanecen inmóviles, mientras las especies terrestres cuelgan miles y miles de conchas en los tallos carnosos de los nopales.<sup>31</sup>

Entre las rarezas naturales ofrecidas por los alrededores de Matanzas no podía olvidar la famosa araña de las Antillas, la cual alcanza proporciones muy notables en comparación con las de nuestros países.<sup>32</sup> Aunque es muy común en el campo, donde inspira cierto temor, la migala es casi desconocida dentro del recinto de las ciudades. Se encuentra en los linderos de la selva, a la sombra de viejos muros y aun en las poblaciones expuestas y

---

<sup>31</sup> Principalmente el *pupa mumia* Brug. y el *p. mumiola* Pf., una variedad del primero [N. del A.].

<sup>32</sup> Las mig. *Avicularia*, *Cubana* y *Blondii*, igualmente monstruosas, se encuentran las tres en la isla de Cuba. La aquí mencionada, cuyo abdomen es rojizo y brillante, es la *m. Blondii* Latr (araña cangrejo de Haití). El género se extiende por las cinco partes del mundo; pero las migalas europeas son muy pequeñas; entre las 36 especies numeradas por el señor Walckenaër, cuya patria es bien conocida, 18 son autóctonas de América [N. del A.].

áridas donde se agazapan bajo las piedras durante el ardor del día. Al anochecer, sale de su retiro y retorna a su actividad. Es una cazadora determinada cuyas presas son los insectos, en especial las cucarachas, pues le son apetitosas. Durante mi estancia en Matanzas, ningún hecho preciso me demostró cuán peligrosa puede resultar su picadura; pero como he vuelto a encontrarme con ella en el continente vecino, completaré desde ahora la información relacionada con su historia.

A pesar de la fuerza de esa araña y de su temible apariencia, puede convertirse en presa de una mosca y ser pasto de un gusanillo. Una esfexa de gran tamaño puede perseguirla, atacarla y matarla. En vano intentará luchar, su derrota es inevitable; sufrirá la ley de la naturaleza, que destinó sus despojos, por una predilección fatal, a ser alimento de las larvas de ese himenóptero. Cuando aparece la esfexa, la migala comprende instintivamente el peligro y se protege armando una muralla con su telaraña, pegándola rápidamente a los objetos vecinos; pero la mosca inmediatamente entiende la trampa y tras su primer contacto retoma el vuelo; la araña yergue la cabeza, sigue a la esfexa con la mirada, la espera y le hace frente con sus poderosas mandíbulas; de repente, después de revolotear un instante, la esfexa se abalanza sobre ella de improviso, la perfora con su aguijón y redobla sus ataques hasta que, aturdida y expirante, la araña se deja arrastrar sin resistencia. La vencedora busca entonces un lugar adecuado, excava un hoyo, entierra su presa, deposita un huevecillo y sale volando después de haber nivelado el terreno. La larva, que no tardará en eclosionar, se alimentará con el cadáver. Tal es el destino singular de esa monstruosa araña; otras esfexas más débiles se dedican igualmente a cazar especies más pequeñas que sucumben de la misma manera, tal y como lo pude presenciar varias veces paseando por el campo.

Las mandíbulas de la migala cuentan con dos pinzas venenosas y móviles; esas pinzas, cuando penetran la carne, dejan en ella dos huellas blancuzcas; el dolor es agudo; le sigue una inflamación acompañada de una fiebre más o menos prolongada, según la irritabilidad de la parte afectada. Por otra parte, la picadura no supone un riesgo serio para el hombre; la opinión contraria es un prejuicio debido a la repulsiva fisonomía del insecto. No obstante, he oído decir que en México el veneno de una araña análoga a las especies de Cuba era suficientemente activo como para causar la muerte. Lo dudo, aunque no afirmo nada más,

porque las picaduras del alacrán, perteneciente a la misma familia, presentan ejemplos de malignidad muy diversos según la especie y el país. El clima de Matanzas parece favorecer la multiplicación de los arácnidos; observé arañas de color pardo, verde, escarlata, otras negras y brillantes, con el cuerpo oblongo, puntiagudo o acuminado. Mencionaré una especialmente horrible, la vi un día en un café de la ciudad: su abdomen era triangular y tan arrugado, por lo cual me detuve a examinarla de cerca para convencerme de no estar frente a una visión; la había confundido con una mancha extraña pegada a la muralla.

Al cabo de 8 días transcurridos con rapidez, los únicos de mi viaje en los que disfruté de una felicidad completa, decidimos retomar la dirección de La Habana. Durante aquel último periodo del mes de diciembre, como la brisa del norte había soplado con frecuencia, la temperatura era muy agradable; por la mañana el termómetro marcaba entre 16 y 18 grados y rara vez sobrepasaba los 23 grados al mediodía. Sin embargo, en las hondonadas y en las cañadas resguardadas, el calor se hacía insoportable.

Nuestro viaje se desarrolló sin incidente alguno hasta que, llegando a buen puerto, cuando todo parecía estar resuelto, nos ocurrió algo bastante desagradable. Sin saberlo cometimos una infracción porque no nos habíamos provisto de alguna visa en Matanzas. Y cualquier infracción en La Habana es una ganga para la policía; los agentes de esa administración hasta saben provocarlas según su conveniencia con el propósito de cobrar la prima concedida sobre las multas, o algo mejor todavía, quedarse con todo el dinero de la sanción, dado que pueden hacerlo impunemente. Al acercarnos al muelle, observamos a un personaje de aspecto sospechoso, parecía tener un interés particular en nuestro desembarco; tan pronto como atracamos, salió de su inmovilidad y se abalanzó a bordo con la agilidad de un gato. Un alguacil, que había pasado inadvertido hasta entonces, se precipitó detrás de él, sable en mano; se trataba aparentemente de la única insignia de la autoridad pública ostentada por aquellos señores. Ante el requerimiento del agente principal, cada viajero exhibió su pasaporte, examinado con mirada aviesa y con cara de pocos amigos; pero cuando llegó nuestro turno, se iluminó de repente el rostro de nuestro personaje y una sonrisa a medias alegró su siniestra fisonomía; habíamos cometido una infracción; el hecho quedaba perfectamente comprobado. Entre tanto, el tono de benevolencia paternal

adoptado para amonestarnos comenzaba a infundirnos confianza, y ya nos congratulábamos con la posibilidad de sacudirnos el asunto a bajo costo cuando concluyó pidiéndonos el pago de una multa colectiva de ocho piastras. En vano objetamos nuestra calidad de extranjeros y afirmamos nuestro profundo respeto por las leyes de la colonia; no se nos escuchó y el fallo era ejecutorio. Entonces sacamos cada uno de nuestra bolsa veinte francos que fueron a parar a la suya, y a cambio recibimos sus amables palabras, con las cuales lamentaba la situación y expresaba su solidaridad con nuestro sentimiento. Me gusta creer que nuestro dinero acabó en las arcas públicas; pero como no había testigos, no me atrevería a garantizarlo. En esas circunstancias volvimos a La Habana.



## Capítulo IV

### Mirada sobre La Habana

Al día siguiente de aquella aventura, me despertó temprano un alboroto espantoso; se oían a intervalos ruidos extraños y clamores, luego se propagaban por la ciudad, parecía conmovida hasta sus profundidades como si se acercase un huracán. Sorprendido e incluso algo turbado, me vestí de prisa para correr en busca de información. Entonces me enteré, con cierto asombro, que se trataba sólo de un festejo; los negros inauguraban el carnaval en virtud de una vieja usanza concedida a los esclavos: un día de libertad por la fiesta de Reyes. En cuanto terminé de asearme, salí a la calle. De todas las partes de la ciudad subía un rumor sordo y creciente; cien mojigangas grotescas se precipitaban desde los suburbios con un desfile bullicioso y una música estruendosa; cada comparsa pretendía eclipsar a las demás y todas rivalizaban en armar alboroto. Los disfraces que desfilaban ante mis ojos no carecían de carácter y podían ordenarse en tres categorías principales: unos me parecieron sacados de los recuerdos del país natal, evidentemente reflejaban algunas de las extrañas expresiones nacidas de la superstición en las orillas del Níger; otros llevaban el sello de Oriente, como la reminiscencia de una servidumbre más suave; los últimos se relacionaban con las antiguas tradiciones de la comarca. Era pues bajo el triple símbolo de la patria, de la humanidad y de la libertad, como los pobres esclavos se refugiaban, quizá sin saberlo, en aquel día de alegre olvido. En sus manos cualquier objeto capaz de armar ruido soplándolo o golpeándolo se había transformado en un instrumento musical. Con los sonidos de la fulminante armonía, los negros más destacados, aquellos a quienes la manumisión había rehabilitado, hacían increíbles esfuerzos por controlar sus sensaciones; se notaba en su cambiante fisonomía

la lucha sostenida interiormente por contenerse y guardar el decoro impuesto por su condición de hombres libres les imponía. En cuanto a las mujeres y sus hijas, hacían caso omiso de esos escrúpulos y se meneaban al compás de la música sobre los balcones y las terrazas desde los cuales asistían a la fiesta. Más aún, en una esquina vi a un cocinero contonearse frente a sus hornos sin preocuparse por los transeúntes y resolviendo al ritmo de los instrumentos musicales los mínimos detalles de su labor.

En vano trataría de describir lo que se veía en la plaza cuando varias mascaradas irrumpieron al mismo tiempo, llevando en su cortejo una parte de la población negra con vestidos de gala. Todas las variedades de la raza africana estaban allí mezcladas, desde el mandinga con la nariz aplastada y el pelo lanoso hasta el abisinio de larga cabellera y rasgos árabes. Una multitud de negritos se apresuraba detrás de ellos, iban ataviados de forma extravagante y anticuada, al estilo de aquellos monigotes de antaño, propios de la escuela veneciana. Las mujeres ostentaban a su vez un lujo sólo visto en La Habana: mantillas o crespones de la China, medias de seda, zapatos de raso blanco; no habían escatimado esfuerzo alguno para realzar los dones de la naturaleza, y bien es cierto que entre las jóvenes negras, con su cabello trenzado con flores y moviendo el abanico, se veía a alguna, de vez en cuando, no demasiado fea; elegantes petimetres mariposeaban en torno a aquellas beldades con un bastoncillo en la mano, un cigarrillo en los labios, vestidos de dril blanco y llevando ropa fina, contrastante de manera singular con el color de su piel.

Aquel carnaval, por su algarabía y su singularidad, deja atrás todo lo que he visto del mismo género en Nápoles y en Roma. No se dosifican los licores e incluso desempeñan un papel importante en la fiesta. La actitud de los blancos durante esas saturnales es la de espectadores perfectamente indiferentes; pero la autoridad está alerta, y se toman las medidas necesarias para hacer fracasar posibles conjuraciones aprovechando un tumulto tan general.

Al anochecer, todo vuelve a su orden habitual; y como el festejo había alcanzado al cabo de unas horas la importancia de una calamidad pública, todos se alegraron al ver el final. El mismo día, un paquebote procedente de Europa fondeaba precisamente enfrente del muelle; pueden imaginar el asombro de los recién llegados a la ciudad en medio de una crisis tan grotesca.

La Habana, desde un punto de vista material, no ofrece nada sobresaliente; las artes y la industria han agregado pocas cosas notables a las ventajas extraídas a la naturaleza por la ciudad; los monumentos públicos que en las grandes ciudades reflejan en general el pasado histórico y el genio de sus habitantes no tienen aquí nada interesante y llevan todos, con la excepción de las fortificaciones, el sello de la mediocridad; al parecer, la población, doblegada ante la dureza del régimen colonial, nunca se ha alzado hasta las concepciones originales que hallan su inspiración en la libertad. Por lo demás, es muy sencillo encontrar en la ciudad cierta similitud de usos y hábitos a los existentes en el sur de España, aunque la institución de la esclavitud haya introducido grandes modificaciones en las costumbres.

Limitada de un lado por el mar y del otro por la línea de las murallas, hace mucho tiempo el recinto de La Habana ya no está en armonía con la cifra siempre en aumento de la población. Se ha erigido una nueva ciudad más aireada, más abierta y mejor construida en las puertas de la antigua urbe: se llama la *Ciudad extramuros*.<sup>33</sup> No voy a interesarme en ella, mientras crece apaciblemente a la sombra de la ciudad aristocrática y comercial en la cual vamos a entrar.

El lector ya recorrió sus estrechas calles, polvorientas en el verano y cubiertas en invierno de un lodo líquido y permanente; le será fácil imaginar a los transeúntes caminando en fila sobre una vereda de dos pies de ancho, pegándose contra las casas cuyos barrotes les sirven de apoyo de vez en cuando. Cada paso es una victoria; cada encuentro un peligro; los negros descalzos ceden sin titubear el paso a los blancos y se hunden resueltamente en el fango, pero éstos no abandonan una pulgada del terreno; mientras se esfuerzan en equilibrar sus movimientos y se cruzan con toda la circunspección necesaria, varias *volantes* rozan rápidamente la vereda y salpican a todos por igual con el elemento líquido; puede uno considerarse afortunado si evita una contusión al precipitarse bajo el porche vecino o al abalanzarse hacia la puerta de algún negocio. Sin embargo, es preciso señalar dos cosas buenas en las calles de La Habana: la ausencia de mendigos y la de aquellos viandantes parados en una esquina dedicándose, a la vista de todos (así de singular es esa práctica), a hacer algo que se esfuerzan por realizar en la

---

<sup>33</sup> En español en el texto original [N. del T.].

intimidad cuando están en sus casas. El clima, es verdad, favorece las costumbres de decencia y de aseo.

Lo antes mencionado permite comprender fácilmente el importante papel desempeñado por los carruajes en la vida habanera. No es decoroso mostrarse caminando por las calles, al menos cuando hace mal tiempo; para las mujeres de cierta condición, hasta sería un despropósito chocante; por otra parte, ninguna de ellas piensa en quejarse, pues el paseo en las *volantes* es una costumbre que halaga la vanidad y se corresponde maravillosamente bien con la indolencia; si acaso se dignan detenerse, con un refinamiento de buen tono aristocrático, en la puerta de los almacenes donde dejan libre curso a sus caprichos; los empleados llevan las telas y las presentan ante los ojos de las altivas y hermosas mujeres, quienes discuten el matiz de un raso, la fineza de un encaje y escogen, compran y pagan sin salir de su *volante*.

Después de oscurecer, cuando disminuyen el movimiento y los ruidos del día, cuando la oscuridad termina apoderándose de las calles, se ven relucir de tramo en tramo las farolas de los *serenos*.<sup>34</sup> Envueltos en sus gabanes oscuros, apoyados en sus picas, cuidan como sombras silenciosas del descanso de la ciudad. La institución de esa guardia nocturna, que contribuye eficazmente a la seguridad pública, se debe al general Tacón. Antes de la administración de aquel gobernador, las calles de La Habana, hoy recorridas libremente a cualquier hora del día y de la noche, encerraban grandes riesgos y eran tristemente famosas.

Las casas de la ciudad se componen en general de una planta baja y un piso superior. Cuando la planta baja no ha sido adecuada para el comercio ni está distribuida en almacenes y tiendas, tiene amplias ventanas tan juntas entre sí que los muros intermedios resultan ser sólo simples pilastras. Mientras hace calor todo está cerrado con cuidado, nada transpira desde el interior hacia el exterior, podría decirse que la ciudad está enclaustrada; pero cuando el sol comienza a declinar, las ventanas se abren de par en par y cada habitación con acceso al exterior se convierte en objeto de distracción para los transeúntes. Las pequeñas escenas del interior se suceden, ofreciendo, sobre todo al forastero, un objeto de observación y de entretenimiento: aquí la mesa está puesta y la familia come tranquilamente; uno puede apreciar, al pasar, el apetito

---

<sup>34</sup> En español en el texto original [N. del T.].

y el gusto de los comensales; más allá hay un salón donde el placer de la conversación ha reunido a algunas personas, la pieza está iluminada con velas encerradas en cilindros de cristal que las protegen contra las oscilaciones de la atmósfera. El atuendo de las mujeres siempre es elegante; el de los varones es irreprochable. Se platica, se ríe o se conversa sobre temas pocas veces serios, sometiéndose al balanceo de una mecedora, de la cual los extranjeros se burlan al principio, pero acaban por apreciarla. Reina en aquellos círculos íntimos un espíritu de sociabilidad encantador capaz de inspirar en cada persona la necesidad de agradar y valorar las zonceras más insignificantes. En otra parte, un baile o un concierto llaman especialmente la atención del público, quienes disfrutan gratis del espectáculo. Entonces, a las ventanas vecinas se asoman las cabezas morenas de unas jovencitas; vienen, vestidas con un deshabillé, a respirar el frescor de la noche y a prestar oídos a la música de la orquesta, la cual sin duda hace palpitar sus corazones. ¿Es la mosca fosforescente de las Antillas lo que parece revolotear en torno a sus bocas?... No, es un cigarrillo cuyo vapor embriagador aspiran para vencer el tedio. Más tarde, con excepción de los *serenos*, nadie sabría decir qué pasa a la sombra de los grandes ventanales envueltos bajo el manto de la noche.

Las casas de La Habana tienen sólo un piso adornado con balcones y, en ocasiones, una galería cubierta que domina lo largo de la fachada. Cuando sólo cuentan con una planta baja, las ventanas llegan hasta la techumbre y se abren desde el nivel de la calle hasta la línea del techo. El porche sirve generalmente de cochera, disposición muy incómoda para la circulación; en algunos casos el carruaje, como un mueble de valor, está instalado en un rincón del salón.

Aquellas viviendas no podrían rivalizar con las nuestras en comodidad, en elegancia y en buena disposición interior. Las habitaciones, generalmente desprovistas de cielo raso, muestran al desnudo el ensamblaje irregular de su armadura de madera; en ellas las tapicerías, por lo demás, están proscritas pues favorecerían la multiplicación de los insectos: los muros simplemente se revisten con una pintura de cal, realzada con una cenefa o con arabescos de una ejecución menos que mediocre. El suelo es de cemento, compuesto de arena y cal, y se apisona fuertemente hasta quedar firme y liso. La disposición varía poco de una casa a la otra; el salón deja entrar la luz de la calle; ahí quedan expuestas a la admiración

de los transeúntes las rarezas y maravillas transmitidas por herencia o recién llegadas de Europa; sigue el comedor, una especie de peristilo abierto sobre un patio interior ocupando el centro del edificio. Adosado a la cocina, y a menudo en la misma cocina, se encuentra un retrete, en un lugar donde nadie lo buscaría, sólo ocurre en La Habana y en Nápoles, donde la excentricidad de tal costumbre también escandaliza a los extranjeros.

En el plano de las casas y en su distribución se nota una especie de reminiscencia de las tradiciones árabes, y no debe sorprenderse uno de ello pues la arquitectura mudéjar no solamente prevalecía en España en la época de la fundación de las colonias americanas, sino que se ha perpetuado hasta nuestros días en el sur de la Península. En efecto, se ven en Andalucía muchas casas construidas según los mismos principios de las de Argelia y Marruecos; sólo la diferencia de costumbres ha introducido en la isla algunas modificaciones accesorias. Las aberturas se han multiplicado y agrandado, las escaleras se han perfeccionado, las habitaciones ya no están relegadas y todo lo demás, hasta los ornamentos, conserva aún la huella de la civilización oriental. No he pretendido, en la descripción anterior, incluir todas las casas de La Habana en la misma categoría; Algunas sin duda podrán ser más bonitas, más amplias y más ricamente decoradas; pero son la excepción que confirma la regla.

Lo único que se echa de menos en los paseos de la ciudad son los árboles y, por consiguiente, la sombra. No es precisamente la culpa de los habitantes, sino más bien de los huracanes. No obstante, en la *plaza de Armas*,<sup>35</sup> dentro del recinto de la muralla, se han plantado soberbias palmeras protegidas por la altura de los edificios, hasta ahora, contra la violencia del viento. Su aspecto es realmente maravilloso. Es un lugar frecuentado por la sociedad elegante en donde se escucha todas las noches una música excelente. El *paseo de la Reina*,<sup>36</sup> avenida grande, irregular y polvorienta, se extiende en el exterior de la ciudad, separando La Habana antigua de la nueva. El paseo me pareció desnudo y monótono pero no carecía, según me contaron, de verdor antes del último huracán; cuando lo vi, quedaba sólo el recuerdo, con la esperanza puesta en las nuevas plantaciones. Quizá se obtendrían mejores resultados si se eligiesen, para el ornamento de los sitios públicos, árboles con raíces pivotantes y

---

<sup>35</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>36</sup> En español en el texto original [N. del T.].

se dejasen de lado las palmeras, cuyo aspecto es muy pintoresco pero su resistencia casi nula.

La Ópera da sobre el *paseo de la Reina*. El edificio, podría decirse, es un modelo de conveniencia, de ligereza y de buen gusto en su ordenación y en su decoración de interiores. Cinco filas de galerías, sostenidas en unas columnitas delgadas, se dividen en palcos mediante unos compartimentos a la altura del antepecho; las paredes consisten en una simple persiana para dejar entrar el aire y la luz de los pasillos; la barandilla es calada, formada con una balaustrada dorada que domina el contorno de la sala. Esta feliz disposición permite a las bellas habaneras mostrarse en todo su esplendor con buen criterio, desde las cintas de su negra cabellera hasta los lindos pies de los cuales pueden presumir. No hay nada más deslumbrante que el conjunto de los adornos destacados, sin mezcla extranjera, sobre un fondo gris y dorado bajo la luz de los candiles y de cien candelabros. Un turco (si los turcos viajasen hasta La Habana) compararía galantemente aquel rico y gracioso entorno con un semillero de tulipanes en sus canastos de oro. La platea, donde se junta la mayor parte de los hombres, quizá para no romper la armonía de los vestidos femeninos, se divide en compartimentos numerados, revestidos de un tafilete rojo y perfectamente distribuidos para facilitar el movimiento del público. El teatro, construido bajo la administración del general Tacón, puede contener alrededor de 1800 espectadores, su costo fue de casi un millón.

Al lado de la Ópera se encuentra el café más bonito de la ciudad; es una construcción amplia, de dos pisos, comunicados entre sí por una escalera de mármol blanco. El principal lujo del establecimiento estriba en la extensión de las salas, donde el aire circula libremente. Allí se disfruta de todo el frescor posible, dentro de lo que permite un clima cuya temperatura media es de 25 grados. La hospitalidad, en los cafés de La Habana, es más amplia en comparación con la de Europa; uno entra, se sienta, se pasea o sale sin necesidad de aguantar la impertinencia de los mozos quienes, bajo el pretexto de satisfacer los deseos de los clientes, los hostigan y los siguen hasta conseguir su tributo; también es cierto que, a modo de compensación, el servicio es muy deficiente. En esos cafés hay jarabes, limonadas, helados, chocolate y repostería dulce; un doble grifo en la barra sirve, en función del pedido de los consumidores, cerveza o agua gaseosa; la bebida sale espumosa, colma el vaso y corre a raudales.

Si le sorprende tanta prodigalidad, deje de preocuparse, pues no hay ningún desperdicio; el excedente vuelve al depósito por una salida secreta, de esta manera el néctar deleitante ya ha enjuagado veinte veces la mano que lo dispensa cuando lo lleva a sus labios. La mayor parte de los cafés de La Habana cuenta con mesas de billar pocas veces desocupadas pese al calor. En cuanto a los periódicos, su lectura no se considera un recreo; lo que en ellos se busca ante todo es la cotización del azúcar y de otros productos coloniales en los mercados extranjeros. En la ciudad no hay ningún salón literario y han fracasado los esfuerzos de algunos hombres serios para fundar uno ante la indiferencia general.

En cambio, en todos los lugares públicos se fomenta la lotería; está arraigada en las costumbres habaneras, ofrece un atractivo irresistible a una población fogosa y siempre en busca de nuevas satisfacciones, ávida de gastar sin contar riquezas fácilmente adquiridas: cada 20 días, se distribuyen entre 20 000 y 25 000 boletos que aportan al Tesoro más de 100 000 francos. Sería necesario carecer de cualquier tipo de recursos para no poder encontrar en ese intervalo el dinero suficiente para seguir jugando. Durante mi estancia, un relojero francés, cuyo comercio no prosperaba en absoluto, ganó 250 000 francos, tras lo cual tuvo la sensatez de despedirse de la colonia. Algún tiempo después, uno de los principales premios fue a parar a una asociación de esclavos que habían reunido una suma para comprar un boleto. Esos caprichos de la fortuna, divulgados por las trompetas de la fama, enardecen la imaginación y despiertan quiméricas esperanzas, de esta manera, los hombres más cabales prevén en su presupuesto un gasto corriente para la lotería y persiguen un número o una serie con una perseverancia imposible de desalentar. Por supuesto, el gobierno no deja de alimentar un fuego que arde en su provecho y produce no una vana humareda, sino un resultado claro y apreciable.

Las iglesias de La Habana no justifican una larga descripción; como en España, los fieles se arrodillan sobre la piedra sin distinción de casta ni de rango; pero ese espectáculo es mucho más sobrecogedor todavía en un país donde la constitución social abre un abismo entre los habitantes. Por lo demás, tanta humildad pasajera no excluye, entre las clases elevadas, cierto boato aristocrático; se ven negritos en librea seguir paso a paso a su ama, cubriendo las baldosas con un tapete o esperando respetuosamente una orden mientras la bella dama en cuclillas, a la moda de Oriente, se

abanica con gracia y salero, recitando sus oraciones. Este tema me lleva a preguntarme con pesar: ¿qué ha sucedido con la ceiba, testigo del primer homenaje rendido por los españoles al Creador al abordar la isla de Cuba? Aquel venerable árbol, al pie del cual Colón se puso de hinojos, merecía el respeto debido a un monumento de un valor inestimable; pertenecía a la historia, despertaba grandes y religiosos recuerdos, mientras la mezquina capilla que le ha sucedido sólo produce frialdad e indiferencia en el transeúnte.

Para concluir con los monumentos públicos y las curiosidades de La Habana, mencionaré la cárcel, un gran edificio construido en la orilla del mar, el gabinete de historia natural, cuya importancia es secundaria, y, por último, la biblioteca, pequeña pero perfectamente cuidada. Fundada en 1838 por la Sociedad Económica, posee alrededor de siete u ocho mil volúmenes; los insectos, sobre todo los dermestos y un pequeño coleóptero del género *anobium*,<sup>37</sup> causan allí notables daños.

Aunque la isla de Cuba no produce trigo ni vino, ni aceite, ni mantequilla, ni queso, se vive muy bien allí, sobre todo en La Habana. España la abastece con sus vinos, sus aceites y sus harinas; el arroz, las patatas, las salazones, el hielo, llegan en los navíos de la Unión, aquellos infatigables proveedores de los dos mundos; Francia suministra también vinos y comestibles de lujo; todas esas mercancías se intercambian por azúcar, tabaco o piastras; la dependencia de la isla es tan absoluta que no podría prescindir de los mercados extranjeros sin encontrarse en una situación de extrema necesidad.

La Habana consume anualmente 40 000 cabezas de ganado mayor, el mismo número de cerdos y una cuarta parte de ganado ovino; a esta cantidad de carne se agregan las salazones importadas por los buques mercantes. Una cantidad tan elevada tomando en cuenta la población, que no rebasa el número de 119 000 personas libres, pone de manifiesto el bienestar de sus habitantes.<sup>38</sup> Sin embargo, la crianza de ganado ha permanecido estable en la isla; no se ha logrado ninguna mejoría en esa rama de la industria agrícola, que representaba prácticamente la totalidad

<sup>37</sup> *A. bibliothecarum* Poey [N. del A.].

<sup>38</sup> Se ha calculado que la cantidad de carne fresca consumida al año en La Habana equivale a 74 kg por persona. En Europa está estimada en: 71 ½ kg en Londres, 43 en París y tan sólo 11 en España. Véase el excelente estudio titulado *Informe fiscal sobre fomento de la población blanca en la isla de Cuba*. Queipo: Madrid, 1845 [N. del A.].

de su actividad al principio; aún hoy, sólo existe el pasto que la tierra da espontáneamente; los pastizales, abundantes en la temporada de lluvias, se marchitan con el sol durante el verano. Es común entonces ver morir por inanición a la mitad del ganado, mientras el propietario no aprovecha la lección, ni busca la forma de prevenir una nueva catástrofe, ya sea recogiendo forraje o sembrando praderas artificiales como se hace con éxito en Jamaica. Mientras los productores administren sus intereses con tan arriesgada imprevisión, rasgo sobresaliente del carácter nacional, los progresos de la agricultura serán inexistentes en la isla de Cuba.

El ganado, al vivir en tan precarias condiciones y cuya existencia se puede asimilar hasta cierto punto a la de los animales salvajes, no ofrece a la carnicería sino una carne magra, correosa, inferior en calidad a la de nuestros rebaños y manadas; puede decirse otro tanto de las aves de corral y los animales de caza, cuya fibra es generalmente seca y resistente; Argelia no contaba con tanta riqueza animal en los primeros años de nuestra ocupación, sin embargo se ha logrado engordar correctamente las aves de corral mediante la industria; hasta las piezas de caza han mejorado desde que los cultivos se extendieron y se diversificaron.

La isla de Cuba alimenta venados, cerdos salvajes y gallinetas, animales multiplicados considerablemente desde su introducción. El pescado es abundante y variado, y si su consumo general no es mayor en la isla es porque el monopolio ha elevado el precio. En efecto, el mercado donde se vende lo construyó un especulador con derecho a arrendar las plazas e incluso a cobrar una contribución sobre el pescado fresco vendido en otras partes. Es así como una ciudad cuyos ingresos son considerables compra, mediante concesiones exorbitantes, las fundaciones más necesarias para su bienestar, cuando no las obtiene con la generosidad de los particulares.<sup>39</sup> Visité con frecuencia el mercado en cuestión, es una galería fresca, bien ventilada, cuyas arcadas dominan el mar; un mostrador cubierto con losas de mármol blanco, ligeramente inclinadas para el desagüe, se impone de un extremo a otro. No dejaban de admirarme la belleza de los pescados allí expuestos y la variedad de sus colores; los había negros, azules, verdes y jaspeados; otros, rosados o lila con tonos dorados; algunos de un amarillo intenso resaltado de carmesí, o de un rojo escarlata salpicado de azul; en una palabra, todos los matices del

---

<sup>39</sup> Mencionaré todos los mercados nuevos, la ópera, la biblioteca, etcétera [N. del A.].

prisma, todo el brillo de los metales relumbraban sobre el atuendo de aquellos habitantes del océano tropical. En el mismo lugar también venden cangrejos, langostas, camarones, así como unos mariscos entre los cuales noté una especie muy bonita de folado.<sup>40</sup>

Junto a los peñascos que sostienen la construcción, una pequeña ensenada cavada por la naturaleza alberga la flotilla de los pescadores; éstos, al bajarse de sus barcas, sólo deben subir por una escalera para encontrarse en el centro de su negocio. Enfrente, del otro lado del puerto, se acondicionaron en el mar unos estanques para la conservación del pescado. El huracán los había estropeado mucho cuando los visité; por lo demás no tenían nada reseñable. Sólo vi media docena de tortugas obstinadas en buscar una salida a través de los estrechos barrotes de su prisión. Mientras observaba sus movimientos, escuché una voz detrás de mí y advertí, al girar la cabeza, a un hombre de estatura elevada, de compleción huesuda y con una fisonomía muy acentuada: avanzaba acompañado de dos pescadores, conversando con ellos acerca de las virtudes de un nuevo anfibio al cual éstos llevaban al estanque. Por la ropa negra y gastada del personaje, por su porte y por los conocimientos prácticos anunciados en su conversación, lo tomé por un maestresala de una buena casa, después de haberlo saludado con el título de *caballero*,<sup>41</sup> le pregunté si las tortugas eran comunes en aquellos parajes. “Deben de serlo al menos por ahora —respondió echando sobre el agua una mirada melancólica—; en este recinto, *señor*,<sup>42</sup> había más de trescientas de ellas; pero el huracán lo destrozó todo, todo lo hizo añicos, todo lo dispersó. ¡Y encima —añadió con una expresión de pesar—, encima, en vísperas de la cuaresma! ¡Pero paciencia, al menos aquí hemos recuperado una!”

Por aquellas palabras reconocí al rico concesionario de los mercados de la ciudad, el arrendatario de la pesca, del teatro, etcétera, uno de esos hombres de aspecto equívoco cuya vida encierra más de un misterio contado en voz baja, pero que en voz alta fingen ignorar. Es una situación bastante común en La Habana, donde la gente no se preocupa por averiguar el origen de la riqueza y donde las posesiones parecen ser un título suficiente.

<sup>40</sup> *Pb. costata*, L. [N. del A.].

<sup>41</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>42</sup> En español en el texto original [N. del T.].

A dos pasos de mi domicilio había un mercado de otro género, provisto sobre todo de hortalizas. Fue allí donde conocí las plantas alimenticias de la isla. Me sorprendió primero la cantidad de hierbas y raíces parecidas a las de nuestros climas como lechugas, zanahorias, verdolagas, rábanos, espárragos, tomates, pimientos y berenjenas, productos realmente indígenas cuya naturalización, ya antigua en Europa, nos ha hecho perder de vista su origen. Las cápsulas del *hibiscus esculentus*, poco buscadas por los extranjeros a causa de su viscosidad, se encontraban junto a los ejotes y los chícharos apreciados en La Habana cuando llegan a su madurez; las batatas, los ñames y las cucurbitáceas con formas singulares representaban más especialmente, con algunas raíces desconocidas, la vegetación de las Antillas. Con excepción de los plátanos, cuyos racimos llenaban el mercado, se veían pocas frutas; todavía estábamos fuera de temporada; sin embargo, vi naranjas, limones, cocos, zapotes y papayas voluminosas.

Nadie ignora que el fruto del cocotero es un coco cuya almendra, en forma de esferoide hueco, contiene en su interior un agua lechosa, algo dulce. La sustancia carnosa del coco tiene un sabor parecido al de nuestras almendras; al madurar se espesa y acaba por volverse correosa. Sólo a los niños les gusta esa pulpa, pero con ella se preparan deliciosas confituras, las cuales lamentablemente se agrian demasiado deprisa como para poder ser exportadas. Lo mejor del coco es el líquido en su interior; es una bebida saludable, agradable y refrescante; guardo un grato recuerdo de aquel fruto benéfico. Encontrarse con un cocotero es, en efecto, un golpe de buena suerte para el viajero alterado; el aspecto de aquel follaje amigo regocija el corazón y hace olvidar los pesares... la única excepción impuesta por la naturaleza al lado de sus virtudes ha sido suspender a tan gran altura unos frutos que hubiese sido más agradable poder recolectar sin esfuerzo.

Todo lo concerniente al plátano ya se ha dicho y repetido desde hace mucho tiempo. Es una fruta pastosa y algo dulce, con un sabor análogo al de la manzana reineta. Los recursos proporcionados a la alimentación lo ubican en el primer lugar entre los productos de la isla; Lo recogen cuando todavía está verde; el plátano frito reemplaza al pan en el campo, así se come generalmente, con la excepción del plátano de Guinea, especie pequeña y famosa por su buen sabor.

El zapote es una baya redonda, del tamaño de una manzana, con una piel gris y tierna; es rojizo por dentro, demasiado dulce, sin ningún sabor

definido. El árbol que lo produce alcanza unos sesenta pies y se redondea en masas vigorosas de un bello efecto en el paisaje. Los zapotillos más hermosos los he visto en las playas de Yucatán, en particular en los alrededores de Campeche y de la Laguna.

Las naranjas de Cuba, cuya calidad es inferior a las de Portugal y de las Azores, son costosas y por supuesto muy apetecidas bajo un clima ardiente gracias al cual se producen muy pocas frutas aciduladas. Espaciados convenientemente en un cafetal, los naranjos aportan un beneficio óptimo y además no requieren mucho cuidado ni trabajo. ¿Por qué, entonces, no se le da prioridad a este tipo de cultivo? La mejor explicación posible es que aquí la inversión de capital difícilmente especula si no cuenta con beneficios inmediatos y si los resultados, al contrario, son progresivos y a largo plazo.

El extranjero acostumbrado al buen vivir y al confort debe resignarse a algunos sacrificios al desembarcar en La Habana. Hay muy pocos albergues en la ciudad; se trata además de establecimientos generalmente precarios, pues no destacan por los buenos modales ni por la limpieza. Es sorprendente que una capital poblada por 119 mil almas (sin contar a los esclavos), abierta a un inmenso comercio y con riquezas tan prodigiosas no disponga de todos los recursos materiales esperados en función de la fortuna y de la civilización de sus habitantes. Los habaneros explican esta carencia por el precio elevado de los alquileres, la calidad de los extranjeros y el estancamiento del movimiento comercial durante varios meses del año. Con excepción de un pequeño número de norteamericanos que vienen a calentarse bajo el sol del trópico cuando los vientos fríos del norte pasan sobre la Luisiana, se ven pocos turistas en las calles de La Habana; los capitanes de la marina mercante ahorran y se alojan en sus buques; por último, el resto de los extranjeros se compone de aventureros cuya bolsa es ligera y no pueden permitirse el lujo de ser demasiado exigentes. Tampoco se puede negar que la actividad comercial declina mucho durante el periodo del *vómito*:<sup>43</sup> entre junio y septiembre se evita tanto como sea posible el peligroso paraje de La Habana; las familias ricas se retiran al campo; el movimiento del puerto se reduce; son pocas las tripulaciones que descienden a tierra; la ciudad se vuelve silenciosa y los hoteles se ven totalmente desiertos. Sin embargo, estas razones no me parecen concluyentes, desde mi perspectiva se deben buscar otras mejores en

---

<sup>43</sup> En español en el texto original [N. del A.].

el carácter y en los hábitos de la población. En efecto, la Nueva Orleans, situada al otro lado del golfo en condiciones análogas, ofrece al viajero todos los recursos de una gran capital gracias al espíritu activo e industrial de sus habitantes.

En los hoteles de La Habana los precios varían de 2 a 4 piastras por día; se desayuna a las 9 y se come regularmente a las 3; la comida es abundante y sustanciosa; el aceite de oliva y la manteca de cerdo constituyen la base de la sazón; en cuanto a los platos, no difieren de los del sur de España, salvo por las modificaciones resultado de un régimen vegetal más diversificado. Pocas veces se sirven frutas de postre, en cambio, se ofrece una profusión de confituras siempre excesivamente dulces. Las mejores se preparan con la pulpa del coco; la pasta y la jalea de guayaba también son muy apreciadas, así como la conserva agridulce obtenida de las frutas del tamarindo. A ningún pueblo le gusta tanto esas golosinas como al español; las come a toda hora sin hartarse nunca, justificando así la sentencia de Boileau:

De cuántos platos dulces, secos, en pasta o líquidos  
Los estómagos devotos siempre fueron ávidos.

Con frecuencia sucede que los extranjeros, cuando desembarcan por primera vez en La Habana, se observan durante varios días y se persuaden, ante la menor alteración de sus funciones, de padecer los síntomas precursores del *vómito negro*.<sup>44</sup> La palidez biliosa de los habitantes, las emanaciones tóxicas, la alta temperatura, todo ejerce una influencia sobre su imaginación, condicionada de antemano por los relatos de la travesía. Olvidan lo saludable de la estación y el nulo desarrollo de los gérmenes pestíferos, sólo recuerdan una cosa: La Habana es uno de los lugares más expuestos a esa enfermedad. Sería superfluo tratar de prevenir a las personas impresionables contra semejante tendencia; es preferible inculcarles fortaleza, explicándoles cuál es la verdadera medida del peligro.

En Cuba se piensa que a partir de 1699, época en la cual se observó por primera vez la fiebre amarilla en la isla, el tifus ha perdido fuerza y hasta tiende a desaparecer, como otras enfermedades epidémicas, las cuales han ido desapareciendo de la faz de la tierra. Los médicos simpatizantes de dicha

---

<sup>44</sup> En español en el texto original [N. del T.].

opinión se ven obligados a admitir que la plaga, en su curso decreciente, tiene también periodos de recrudescencia, por motivos imposibles explicar.

En 1846, durante mi primera estancia en aquellas tierras, la tasa de mortalidad no excedía el 2%; al año siguiente el resultado también fue favorable; pero en la Nueva Orleans la enfermedad estalló con tanta violencia que el promedio de muertes durante el mes de agosto llegó a 36 1/3 por día. En aquella circunstancia ni siquiera los nacionales se habían salvado y se perdía el beneficio de la aclimatación después de una estadía prolongada bajo una latitud más templada. Desde entonces, hemos visto cómo la fiebre amarilla extendía sus estragos hasta las Antillas Menores y la Guyana, donde sembró desolación cada año con deplorable intensidad. Así, la opinión de los médicos habaneros parece sustentarse sólo en la observación de fenómenos locales, cuya generalización de cara al futuro es lamentablemente imposible.

Los síntomas precursores del *vómito* se reducen esencialmente a tres: dolor de cabeza, una sensación dolorosa en la región lumbar e invasión de la fiebre. Las señales de confirmación son: coloración amarilla de la conjuntiva, náuseas y vómitos biliosos. Tan pronto como se manifiestan estos indicios, se debe actuar enérgicamente; el éxito depende de la prontitud. El uso oportuno de laxantes y diuréticos constituye, en los casos ordinarios, la base esencial del tratamiento; pero la enfermedad, concentrada en las vísceras abdominales, a menudo se complica afectando el cerebro y trastornando las funciones digestivas, además de otras alteraciones concomitantes. Por lo tanto, resulta esencial requerir la presencia de un práctico facultativo con experiencia y con la capacidad de evaluar los desórdenes con una observación rápida y acertada; con base en su diagnóstico se podrá recetar el tratamiento adecuado. Antes no se procedía con este espíritu de análisis; los médicos estaban acostumbrados a una rutina sistemática cuya impotencia reconocían ingenuamente al presentarse acompañados por el notario y el confesor ante el lecho de sus enfermos.

Los habaneros no se libran del *vómito* sino para correr a su vez un peligro que asusta mucho menos a los extranjeros; me refiero a las neumonías agudas prevalecientes durante el invierno, atribuidas a los cambios súbitos de temperatura. Las mujeres son quienes más se exponen a ese riesgo cuando al salir de un baile o de una fiesta después de haber transpirado

vistiendo ropa ligera, se suben a una carroza abierta a los cuatro vientos. Así pues, cada clima tiene un germen particular de destrucción y los hombres se acostumbran a desafiarlo por un feliz olvido de su fragilidad. Pero volvamos a las condiciones normales de vida.

Entre las necesidades de la existencia, la de la vestimenta debería poder solventarse sin costo excesivo, de no ser por el lujo desenfadado de las clases altas, el cual ejerce una influencia hasta en las categorías más modestas de la sociedad, cultivando en ellas una vanidad ruinosa y paralizando así los beneficios del comercio y las ventajas económicas del clima. Los hábitos de La Habana casi no toleran los tejidos de algodón; cualquier hombre que se precie de serlo viste con lino; si goza de cierta posición social, su ropa es de lino fino de Escocia: un zurcido sería una mezquindad; si una prenda necesitase un remiendo, sería descartada enseguida. Esas costumbres fastuosas sólo favorecen a los extranjeros, pues en la isla no hay ninguna manufactura; no se trabaja la lana ni el algodón, ni la seda; todos los artículos de vestir provienen del exterior. De Inglaterra se importan las telas y los driles; de Francia, las sedas y sus paños; de Alemania, medias y algunas cotonadas; de manera que si por un acontecimiento cualquiera, Cuba se viese privada de sus proveedores habituales, uno se pregunta cómo se las ingeniaría la población para vestirse en una situación tan extrema.

El comercio francés languidece en La Habana, a pesar de las circunstancias tan favorables; como consiste exclusivamente en objetos de lujo de poco peso y de pequeño volumen, es insuficiente para mantener entre ambos países cierto movimiento marítimo. Independientemente de los paños y las sederías, los artículos de mercería, de papelería, de marquería, las modas, la perfumería y la joyería son los elementos principales, aunque cada uno en una reducida proporción; los vinos aparecen en la relación de exportaciones de manera insignificante. Los pagos se efectúan en metálico. Mientras tanto Inglaterra, desde hace algunos años, ha visto crecer de manera notable la importancia de sus operaciones. El espíritu emprendedor de los fabricantes de aquella nación es digno de admiración, pues averiguan las necesidades de un país, estudian sus modas, las menores fantasías y saben adecuar el surtido de sus mercancías a los gustos y a los caprichos de todos los consumidores extranjeros. Si encuentran la forma de vencernos en nuestros propios mercados, no

es gracias a la calidad superior de sus productos, ni tampoco por su bajo precio, sino por su inteligente actitud.

El monopolio de los comestibles en La Habana está en manos de los catalanes, una raza ahorradora, trabajadora y dotada de un carácter decidido. Por lo general, ellos desembarcan en la isla como verdaderos aventureros, con algunos reales o una escasa pacotilla; luego, al cabo de unos pocos años, se les ve en una posición desahogada, algunos hasta poseen una gran fortuna. El espíritu corporativo que los anima contribuye a sus éxitos tanto como sus cualidades personales. Su poderosa asociación administra los cafés, los restaurantes, los negocios de pastelería, repostería, comestibles, etcétera. Cuando los buques asoman frente a la costa, son los primeros en enterarse; sus representantes son los primeros a bordo; se informan acerca del cargamento y si las mercancías son de su agrado, se ponen de acuerdo y determinan un precio; concluida la transacción, los asociados se reparten la mercancía en función de la inversión realizada por cada uno. Rechazar sus condiciones es exponerse al riesgo de la cancelación de la venta; controlan los precios del mercado y proceden siempre de común acuerdo, apartando o aplastando así a toda la competencia extranjera. Así es como se aprovechan de la indolencia y de la ligereza de los criollos para explotar su propio sector de actividad, por medios variados aunque legítimos. Pero no se debe pensar que uno puede enriquecerse en La Habana con pocos méritos, poco dinero y poca ciencia: los tiempos en los cuales eso era posible han pasado y no volverán; creer lo contrario produciría grandes desilusiones. A partir de la apertura de los puertos de la colonia al comercio universal y desde que la navegación a vapor ha estrechado los lazos entre los dos mundos, en la isla ha surgido el deseo de aprender y conocer; sus habitantes, naturalmente listos, han desarrollado su inteligencia y aunque el saber en los nuevos territorios sea en general poco profundo, no basta con ser audaz hoy día para lograr el éxito.

En medio de una civilización diferente a nosotros en cuanto a su aspecto exterior y que incluso no carece de cierto refinamiento, al viajero europeo le aflige sensiblemente la situación tan nueva de la esclavitud. En vano ha creído estar preparado para ello, en vano ha admitido aquella circunstancia social como algo establecido y consagrado por el tiempo y la costumbre: su impresión ante ello no es menos profunda cuando se

presenta de forma flagrante ante sus ojos. Al menos eso fue lo que me ocurrió cuando hojé por primera vez un periódico de La Habana, donde leí los siguientes anuncios:

#### Venta de esclavos

Se venden a un precio de 600 piastras una negra y su hija de 4 años. Sana, sin defectos, buena planchadora, ágil y muy sumisa. Diríjase a, etcétera.

Se vende a un precio de 400 piastras una negra de 17 años, acaba de dar a luz hace 18 días; es muy agradable y posee principios de costura.

Se vende un negrito de 13 o 14 años. En la misma casa se vende también un pequeño mulato de 8 años, muy robusto, etcétera.

Los artículos venían metódicamente clasificados después de las ventas inmobiliarias; seguían después, según el orden en uso, los animales, los coches y los muebles. Mi primera impresión, como ya dije, fue casi de asombro: ¡esas pocas líneas daban fe de una anomalía tan extraña en medio de una sociedad cristiana y distinguida! Luego experimenté una conmiseración profunda por aquellos seres sin nombre ni patria que ya no pertenecían a la humanidad, pues se les había rebajado a la categoría de valores mobiliarios y cotizados como tales en el mercado; ¡miserables criaturas convertidas en un simple elemento de la fortuna pública y destinadas a pasar por este mundo sin despertar sentimientos o recuerdos distintos a los de un animal doméstico!

Dichos anuncios, los cuales gracias a su lacónica expresión resumen toda la sustancia de la esclavitud, me inspiraron más aversión por tan bárbara institución que haber visto a los esclavos. Sin embargo, diré en elogio de los españoles que al recibir tan triste herencia de sus padres, no han escatimado esfuerzos para atenuar su carácter odioso. Su legislación no sólo se ha mostrado más liberal, más paternal, menos exclusiva en comparación con las de cualquier otro lugar del mundo; no sólo ha protegido la vida de los negros con garantías más seguras y les ha abierto una vía más amplia para conquistar su libertad, pero agrego que la nación se ha prestado sin esfuerzo a la aplicación de estos principios humanos. Hay una gran diferencia, y lo digo con pesar, entre el trato padecido por los negros en nuestras colonias y el recibido en Cuba, sobre todo en las ciudades, donde la dulzura de la vida social, sin borrar la iniquidad incuestionable de la esclavitud, equipara

su condición con la de la servidumbre en nuestras comarcas de Europa. No insistiré: la cuestión ya se resolvió en Francia en conformidad con la religión y la humanidad; ocurrirá lo mismo en España por la fuerza irresistible de las ideas, en un futuro más o menos cercano. Puede uno preguntarse qué pasará entonces con la Reina de las Antillas cuando pierda los brazos gracias a los cuales se alimenta su prosperidad. ¿Qué harán los latifundistas ante 400 mil libertos desprovistos de todo? ¿Sacarán fuerzas de flaqueza y, sobre todo, sabrán unirse para poder defenderse? ¿Le pedirán ayuda a un país vecino que no oculta su codicia? Está perdida la sociedad cubana si, en lugar de contar consigo misma y con la madre patria, se deja arrastrar hacia aquel peligroso centro de atracción que terminará absorbiéndola infaliblemente. Verá entonces cómo su nacionalidad, sus costumbres, su idioma, todo lo que valora y ama se irán disolviendo en la individualidad de un aliado cuya energía vital es diez veces superior a la suya y cuyo genio mercantil, muy diferente del suyo, no tardará en resultarle antipático. Su fortuna inmobiliaria, sus capitales, su comercio y toda la riqueza cosechada hoy sin esfuerzo alguno terminará en poder de una raza más laboriosa, más emprendedora, más activa, capaz de apreciar estrictamente el valor del tiempo y empeñada en cuidar hasta el mínimo detalle de sus intereses materiales. Ante una situación tan grave, los ciudadanos movidos por un patriotismo sincero deben olvidar sus reproches contra la metrópoli y esperar que la acción lenta y comedida del gobierno abra paso a las reformas a las cuales aspiran con un ardor quizá irreflexivo. El deseo secreto de independencia y de libertad política cultivado por algunos espíritus inquietos no sirve sino para precipitar una catástrofe que ellos serían los primeros en lamentar; pues la anexión significa la aniquilación.



## Capítulo V

### La isla de los Pinos

Cuando Colón, al renunciar a la esperanza de llegar a las regiones civilizadas de la India y de regresar triunfalmente a España después de haber dado la vuelta al mundo, volvía a La Española, convencido más firmemente que nunca de la identidad de Cuba con el continente asiático, descubrió una isla montañosa elevada majestuosamente sobre el océano en medio de un laberinto de arrecifes. Al hacer escala allí para abastecerse de madera y de agua, le dio el nombre de La Evangelista.<sup>45</sup> El destino del gran navegador era sufrir hasta la tumba por la ingratitud de sus paisanos; los nombres impuestos con derecho y autoridad indiscutibles a aquellas tierras desconocidas antes de su llegada fueron sucesivamente borrados por la posteridad olvidadiza, y el de La Evangelista se perdió como los otros en ese naufragio de los recuerdos antiguos. La Evangelista es hoy *La isla de los Pinos*.<sup>46</sup>

A doce leguas de la costa meridional de Cuba, la isla de los Pinos era poco conocida en el tiempo de mi viaje como en la época de su descubrimiento;<sup>47</sup> no necesitaba nada más para sentir un ardiente deseo de explorarla. Aquella idea, concebida de forma imprecisa durante la travesía, cobró después de mi desembarco la consistencia de un proyecto determinado: las personas a quienes preguntaba por la antigua Evangelista

---

<sup>45</sup> El 13 de junio de 1494 [N. del A.].

<sup>46</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>47</sup> Del surgidero de Batabanó a la isla de los Pinos, la distancia es de unas 30 leguas; pero hay sólo 12 leguas entre ambas islas, desde la *punta de los Barcos* (litoral de Cuba) hasta la *punta del río de los Palacios* [N. del A.].

*Punta de los Barcos* y *punta del río de los Palacios*, en español en el texto original [N. del T.].

hablaban de ella con admiración, aunque no la hubiesen visitado; era una región virgen, según ellos, cuyos productos tenían un carácter especial; una pequeña ciudad de la cual apenas se conocía el nombre florecía misteriosamente en el interior; el sur estaba cubierto de selvas de caobas, y el norte de montañas de mármol blanco. Lo cual se decía no era una ficción, pues aquellos recursos habían llamado la atención recientemente de los especuladores y despertado algún movimiento entre las dos islas, circunstancia favorable a mi propósito.

Recabé sin embargo nociones más exactas y detalladas en las Memorias de la Sociedad Económica de La Habana;<sup>48</sup> la información encontrada allí y aprovechada más tarde, se debe a un francés, el señor Lanier, afincado desde hace muchos años en Cuba y encargado, en 1836, de una misión científica en la isla de los Pinos. La buena suerte me llegó por azar, pues el trabajo interesante de nuestro compatriota es poco conocido en el país.

Estaba pues preparado para el viaje, y esperé una ocasión propicia; pero los días transcurrían sin novedades; los anuncios marítimos no indicaban ningún movimiento en dirección a la isla de los Pinos y en Batabanó, el único puerto que correspondía directamente con aquella pequeña colonia, no había ningún buque. Mi partida cada día era más incierta cuando la Cristina, goleta de la marina real, recibió la orden de zarpar precisamente hacia esos parajes. La misión de la embarcación consistía en reconocer la parte meridional de la isla; se trataba de comprobar si sus selvas eran fácilmente explotables y si se podían extraer maderas apropiadas para las construcciones navales. Por otra parte, el comandante tenía, como se dice, carta blanca; era dueño de su tiempo y de sus movimientos. La situación me pareció inmejorable, y tuve la dicha de aprovecharla, gracias a la amistad del señor de la Paz, hombre bien conocido en La Habana por sus amables cualidades y por las importantes funciones cumplidas en aquel tiempo. Él también sentía curiosidad por las cosas de la naturaleza y sabía apreciar sus bellezas, por lo tanto, se regocijaba al menos tanto como yo ante una exploración que nos aportaría novedades, y que él debía presidir como delegado de la administración. Nuestros preparativos no tardaron mucho; nos proveímos de los objetos necesarios para la caza y la pesca, y tomamos la vía férrea cuyo trayecto recorre la isla por lo ancho y conduce al surgidero de Batabanó, donde la goleta se nos había adelantado.

---

<sup>48</sup> Año de 1836 [N. del A.].

Yo no pensaba encontrar, al desembarcar en La Habana, un modo de locomoción apropiado a una civilización laboriosa concedora del valor del tiempo al grado de no dejarlo escapar; sin embargo, ya se construía una vía férrea en la isla en una época en la cual varios Estados de Europa todavía no disponían de ella. España, por ejemplo, sólo había diseñado la línea de Barcelona a Mataró,<sup>49</sup> cuando la vía férrea de Güines ya estaba en plena actividad. La isla de Cuba, entrecortada de llanuras y valles, se presta muy naturalmente al trazado del ferrocarril, un medio de comunicación destinado a dar inapreciables servicios en un país donde la constitución cenagosa del suelo obstaculiza a menudo la buena construcción y la solidez de las calzadas ordinarias. En efecto, el hierro no es un producto indígena, pero abunda la madera y su calidad es excelente; además, los terrenos tienen muy poco valor, incluso hasta ahora los han concedido gratuitamente a las compañías. Es lamentable que no se haya aprovechado, para dotar a la isla de una vía más importante, el entusiasmo patriótico con el cual se recibieron los primeros intentos y que después se enfrió en gran medida; a las obras ejecutadas posteriormente les faltó unidad y no responden sino a necesidades limitadas. A diferencia de las nuestras, las vías de Cuba tienen por objeto principal el transporte de los productos agrícolas; la red es de vía sencilla, como en los Estados Unidos, de este modo, el convoy de la mañana hace el servicio inverso durante la misma jornada. La marcha habitual es de cuatro leguas por hora, una velocidad capaz de maravillar a los habitantes. ¿No es, en efecto, un prodigio poder franquear tan cómodamente espacios cuyo recorrido hace poco era tan lento y tan penoso?

La policía de los ferrocarriles es muy paternal en Cuba; nada de guardias, y casi nunca hay guardavías; la administración confía en la prudencia y la discreción de los transeúntes; solamente en los puntos habitados, cuando la línea está cortada por otra vía de comunicación, se tiende una cuerda a través de ésta al paso de la locomotora. El *railway* vuelve después a formar parte del espacio público. Según dicen, jamás ha habido accidentes, esto se debe a la poca cantidad de convoyes en existencia, a la lentitud de sus movimientos y a la poca población repartida sobre toda la extensión del trayecto.

Salimos de la ciudad con prudente lentitud y tardamos unos veinte minutos en alcanzar la máxima velocidad; el movimiento era irregular,

---

<sup>49</sup> Iniciada en 1846 e inaugurada el 28 de octubre de 1848 [N. del A.].

discontinuo, a veces brusco y vehemente; evidentemente nos encontrábamos a merced de un poder indócil y muy imperfectamente disciplinado. Pronto pudimos apreciar admirables campos cuya fertilidad tiene una fama merecida; no tenían ese aspecto monótono ofrecido generalmente por los cultivos hasta el aburrimiento; la riqueza agrícola tenía allí una variedad inagotable y conservaba un toque de independencia salvaje manifestada con pintoresca exuberancia. Durante más de seis leguas fue un jardín continuo; al follaje ondeante de la caña le seguía un campo de piñas, luego un platanar con grandes hojas lustrosas, después una ceiba colosal o unos cafetales, a veces unas tierras sin cultivar con su adorno primitivo, y por todas partes, innumerables palmeras. Aquella magnificencia desfilaba ante nuestros ojos con la rapidez de un sueño. Recorrer aquellos campos apaciblemente a caballo, como lo hice después, causa un gran regocijo; pero pasar por primera vez bajo la columna de vapor, volar de sorpresa en sorpresa, de sensación en sensación, quedarse aturdido, embriagado, deslumbrado sin tener tiempo para concentrarse y sin hartarse, es un verdadero éxtasis incapaz de ser expresado por idioma alguno.

A tres leguas de La Habana cruzamos una colina formada por una arenisca arcillosa con incrustaciones síliceas, cuyos estratos están levantados; se observa el río Almendares, corriendo cerca de un bosque sombrío y serpenteando entre las laderas; aquel sitio es pintoresco. Poco después el convoy se detenía en la aguada del Cura, una especie de *posada*<sup>50</sup> donde almuerzan habitualmente los viajeros. La pequeña escena que aconteció cuando reanudamos el viaje refleja el carácter criollo bajo una luz extremadamente favorable. La locomotora se había puesto en marcha, y ya nos encontrábamos a un buen cuarto de legua cuando una señora notó la ausencia de su marido, éste se había quedado en la mesa del almuerzo; un contratiempo semejante no habría producido, quizá, una emoción muy grande en el tren de París a Lyon, pero lo ocurrido en el de Batabanó fue bien distinto. En cuanto los lamentos de nuestra viajera alertaron al público sobre el incidente, todos acudieron, la tranquilizaron, le dieron consuelo, avisaron al director del tren, quien detuvo cortésmente la marcha del convoy hasta que el rezagado, polvoriento y jadeante, pero no avergonzado, pudiese volver a su puesto. Así se expresa en aquel país la bondad entre las personas y la sencillez en el trato, tan características de sus relaciones sociales.

---

<sup>50</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Tres leguas más adelante nos detuvimos frente al Bejucal, pequeña ciudad famosa por la longevidad de sus habitantes, asentada sobre la pendiente de las últimas colinas que prolongan sus ramificaciones hacia el sur. El territorio es seco, pero el clima es saludable; es el punto donde se separan las aguas. El suelo se vuelve rojizo, los cultivos van desapareciendo; nos estamos acercando a las llanuras pantanosas que, desde la *laguna de Cortés* hasta la *ensenada de Cochinos*,<sup>51</sup> sobre una extensión de cincuenta leguas, bajan casi al nivel del océano. Ya se aprecian hasta donde se pierde la mirada las sabanas cubiertas de gramíneas entremezcladas de juncos; grupos de palmeras con una nueva fisonomía alteraban aquella soledad limitada por lejanas selvas. De repente vislumbramos el mar; aparecieron algunas casuchas; el convoy se detuvo, estábamos en el surgidero de Batabanó.

Dudo que este lugar oscuro merezca ser recordado. Mi único recuerdo es una plantación de caña brava creciendo cerca del desembarcadero. Yo no había visto aún la caña brava en su tierra natal y quedé sorprendido por su aspecto; al examinarla me di cuenta de que le habían cortado la parte superior a la altura de dos metros, mutilación practicada para obtener un producto regular. La planta así tratada se vuelve ramosa en su parte alta y, con su ligero follaje, toma desde lejos la apariencia de un sauce. Pero cuando crece en libertad a orillas de un río y cuando balancea sus panículas sobre tallos de sesenta pies de altura, produce un efecto tanto más notable pues pertenece a una familia muy humilde en nuestros climas.

Hacia el anochecer nos llevaron hasta la goleta, donde sólo se esperaba levantarse la brisa para zarpar. El sol brillaba todavía en el horizonte; el cielo anunciaba tormenta, el mar se veía verdoso e inmóvil, la atmósfera era sofocante; ni un soplo de aire rizaba la superficie de las aguas, desde donde saltaban peces gordos que venían a desplomarse alrededor de la nave. Nos quedamos algún tiempo contemplando el espectáculo y luego, cuando las sombras iban envolviendo las tierras bajas de *la ciénaga*<sup>52</sup> y desaparecía la silueta de las palmeras, abandonamos la cubierta para acomodarnos en nuestra nueva residencia. La mesa estaba servida y el cocinero no había escatimado esfuerzos para ofrecernos una buena imagen de los recursos de a bordo; pero cuando ya iba a hacer honor a sus preparativos, estuve a punto de perder el apetito. Acababa de notar, echando una

---

<sup>51</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>52</sup> En español en el texto original [N. del T.].

mirada por la sala, innumerables manchas negras moviéndose a la luz de las velas antes de desaparecer; era una multitud de cucarachas, esa plaga inevitable en los países cálidos; se las veía correr sobre las paredes, colarse por las cortinas de nuestras literas, insinuarse en los menores intersticios, y sobre todo pulular en la antecocina donde las provisiones de todo género atraían su voracidad. Me costó muchísimo, durante los primeros días, vencer la horrorosa repugnancia inspirada por aquellos insectos, pero terminé acostumbrándome después de algunos malos ratos cuyo recuerdo aún me hace estremecer. Sea como fuere, la especie grande del continente, de casi dos pulgadas de longitud, a la cual me encontré miles de veces en el estado de Chiapas y en Tabasco, siempre me causó un horror insoportable.

Pese a que la Cristina era un velero excelente, la brisa amainó tanto durante la noche, por lo tanto, habíamos recorrido sólo catorce millas al amanecer. Pero ya había desaparecido de nuestro horizonte la costa de Batabanó y la línea azul aún visible pertenecía a las tierras altas del interior. El mar sobre el cual navegábamos parecía un apacible lago; del tono blancuzco de las aguas y del matiz particular con que se coloreaban bajo los rayos del sol, se deducía su poca profundidad. El bajío produce una navegación peligrosa en aquellos parajes; con frecuencia se debe echar anclas durante la noche y no se avanza durante el día sino con la sonda en la mano. Aquí y allá se pintan de verde islas engañosas, accesibles sólo a las tortugas y a las aves; están formadas por manglares arrancados a la costa por los huracanes: empujados por la fuerza del viento hacia alta mar, esos árboles flotan a la buena de Dios hasta que alguna circunstancia los inmoviliza. La facilidad del manglar para crecer en el agua salada y multiplicarse por sus propias ramas explica la rápida expansión de aquellas pequeñas colonias vegetales y su lejana propagación. Varios de esos islotes, llamados *cayos*,<sup>53</sup> tienen una sólida base compuesta de corales, sobre la cual se amontona la arena. De hecho, las tempestades del norte pocas veces perturban el feliz estancamiento de aquellos mares; durante el día el cielo es bronceo; todo es ardiente, inmóvil y silencioso; al oscurecer, una tenue brisa sopla desde la orilla; la naturaleza despierta, la vida parece renacer y los escasos barcos, estáticos sobre las perezosas olas, abren todas sus velas para avanzar algunos nudos antes del anochecer. No he notado que la brisa

---

<sup>53</sup> En español en el texto original [N. del T.].

llegase impregnada de las emanaciones aromáticas loadas por todos los viajeros desde que la imaginación de Colón creyó reconocer en ellas el aroma de las especias.

Un poco antes de declinar el día, divisamos al sur, a treinta millas de distancia, una cumbre azulada y solitaria; era la *sierra de Casas*,<sup>54</sup> una de las montañas principales de la isla de los Pinos. Otras cimas aparecieron sucesivamente y se unían entre sí por una línea baja y continua. Por segunda vez, el sol se sumergió en el océano; pero albergábamos la esperanza de ver tierra nuevamente a la mañana siguiente con los primeros rayos del día. Sin embargo, no fue sino hasta el siguiente atardecer cuando pudimos disfrutar del espectáculo, después de habernos desviado considerablemente hacia el suroeste. Entonces pusimos rumbo a la bahía de la *Siguanea* y echamos anclas a cinco millas de la playa. El suelo se veía cubierto por la vegetación; se distinguían árboles muy altos cuyos ramos blancuzcos y agitados se destacaban, luminosos, sobre el oscuro verdor de la selva.

La noche me pareció interminable y me desperté veinte veces. Con los primeros fulgores del alba, me vestí y corrí hasta la cubierta: todo se aprestaba ya para la exploración proyectada; la chalupa estaba en el agua; se embarcaban las provisiones; mis acompañantes manifestaban un ardor igual al mío; hasta los marineros parecían encantados, y quienes habían sido designados para acompañarnos disfrutaban de un privilegio que despertaba la envidia de sus camaradas. Con ese buen ánimo dejamos la borda; el comandante se sentó al timón, se dio la señal, se hundieron los remos y bogamos rápidamente hacia la costa.

La bahía de la *Siguanea* es la que Colón confundió con un estrecho en su segundo viaje, y en la cual se internó, de forma algo temeraria, al ir de la isla de Cuba a Santo Domingo. Apretado entre un doble cinturón de manglares, el mar forma efectivamente un amplio canal, éste prolonga ramificándose en el interior. La flotilla del almirante había seguido esa dirección y llegó a una bahía retirada donde quedó presa, al cesar el viento de repente. Los víveres faltaban desde el día anterior y el aspecto de aquellos lugares solitarios, desprovistos de cualquier tipo de recursos, había desanimado profundamente a las tripulaciones. Pero la fortuna del gran almirante no debía abandonarlo; hacia el atardecer se levantó la

---

<sup>54</sup> En español en el texto original [N. del T.].

brisa, los barcos viraron de bordo y pudieron salir sin averías de aquel peligroso laberinto. El increíble éxito de las evoluciones de Colón entre arrecifes, bancos y corrientes, desconocidos en aquellos tiempos, llena de asombro a los marineros de nuestra época pues éstos, aún con la ayuda de los mapas y la experiencia de varios siglos, dudan en aventurarse en los mismos parajes.

Habíamos llegado a la punta del canal, y aquella bahía histórica se desplegaba ante nuestros ojos con la forma de una cuenca amplia y circular, rodeada de un verdor impenetrable; el agua, quieta y transparente, reflejaba los objetos más pequeños con admirable diafanidad; peces plateados jugaban en la superficie; unos ibis de alas rojas y unos pesados pelícanos se erguían al oír el ruido de nuestros remos y salían volando; el misterio de aquella soledad y el frescor virginal que todo lo impregnaba nos habían sumido a todos en un éxtasis delicioso. Ya unas pocas palmeras dominaban la vegetación marítima y anunciaban la consolidación del suelo; al poco tiempo vimos cómo sus copas se unían y formaban bosquecillos; por último aparecieron árboles de montaña; tocamos decididamente tierra después de haber recorrido casi tres leguas a golpe de remo.

Fue con la ayuda de los manglares, cuyas ramas nos sirvieron de apoyo, como logramos, después de algunos pequeños contratiempos, tocar terreno sólido. Salían de entre los árboles unas bonitas mariposas sylvias, de un color azul oscuro, como para darnos la bienvenida, revoloteaban a nuestro alrededor sin manifestar temor alguno. Notamos sobre la playa rastros recientes de jutías y numerosas conchas del género *cerithium*. Yo observaba todo con gran curiosidad; me mostraron la primera caoba y tomé con mucha delicadeza una muestra de ese gran vegetal como trofeo para mi herbario.

El objetivo serio de nuestra exploración era reconocer, como lo dije más arriba, la naturaleza y la extensión de las maderas, así como todas las circunstancias relativas a su explotación. La administración quería recabar información fidedigna sobre los recursos forestales de la isla de los Pinos, una cuestión de la cual se hablaba mucho desde hacía tiempo en La Habana. Así, nos pusimos en marcha, precedidos por varios exploradores que abrían el camino, bajo la dirección de un guía conseguido en Batabanó. El último huracán había dejado huellas tan tremendas de su paso y era imposible, en medio de los restos acumulados en torno nuestro, apreciar dignamente la belleza de la selva. La gran mayoría de los árboles

tenían una corteza blancuzca, hojas relucientes y a veces coriáceas, una copa pobremente provista y las ramas invadidas por mil plantas parásitas. Me señalaron el *cedro* (*cedrela odorata* L.),<sup>55</sup> cuya madera incorruptible y fácil de trabajar sirve para la fabricación de las cajas de cigarros; el *arabo*, de corazón negro como el ébano; el *yaimiquí* (*¿achras?*), rojo, compacto y duro, de un grano fino y una notable duración; el *jocuma* (*bumelia salicifolia* Sw.), tiene las mismas cualidades pero es de color amarillo; el *gayacán* (*gayacum sanctum* L.), el más duro de todos, tiene además propiedades medicinales; el guayaco es el único árbol de aquella selva cuyo tronco no presentaba accidentes en su base, lo que nos daba un indicio bastante bueno para distinguirlo de otros vegetales de montaña, casi siempre provistos de poderosos contrafuertes. Observé también un gran número de plantas poco conocidas, varias de ellas suministran gomas o resinas, como el *almácigo* (*burseria gummifera* Jacq.), el *ocuje* (*calophyllum calaba* Jacq.), el curbaril, el *ayuda* (*zanthoxylum Caribæum* L.), una acerola llamada *peralejo*, etcétera.

Una planta bastante común llamada *jagüey* puede considerarse como la plaga de esta selva. El *jagüey* tiene primero el aspecto de un hilo que se arrastra miserablemente por el suelo donde vegeta inadvertido, hasta encontrar un árbol que le presta su apoyo. Cuando se ha quedado agarrado, por medio de sus raíces aéreas, trepa sobre el tronco, llega a la copa, se desarrolla al sol y comienza a prosperar. En varias puntas de su tallo nacen unos ramos pegados a las ramas vecinas, crecen, se unen, se tocan y acaban por injertarse entre sí. Envuelto por una red cuyas mallas se van estrechando día a día, el árbol no tarda en marchitarse; ocho o diez años bastan para consumir su ruina; el *jagüey* se convierte entonces en un árbol por sí mismo, al menos aparentemente. Cuando el tiempo ha destruido el tronco sobre el cual se había ceñido, ya tiene la suficiente fuerza como para no necesitar el apoyo; se puede observar, sin embargo, cómo, por un fenómeno instintivo por así decirlo, sus ramos filiformes se dirigen perpendicularmente hacia el suelo, algunas veces desde una altura considerable, para implantarse, crecer y asegurar definitivamente su solidez. Esa higuera, verdadero símbolo de la ingratitud, produce un efecto muy singular en la selva.

---

<sup>55</sup> En la siguiente lista se conservan, en español y en latín, los nombres del texto original [N. del T.].

Después de cumplir con nuestra misión, volvimos a orillas del mar acercándonos a la *Siguanea*, colina árida, formada de cuarzo gris, compacta y de textura rugosa; en los alrededores crecían palmeras y pinos, asociando singularmente el follaje característico del norte y el de la zona tropical. Aunque esperaba ver coníferos debido al nombre moderno de la isla, no dejé de sorprenderme al encontrarlos en una llanura ardiente, casi al nivel del océano.<sup>56</sup>

Regresamos a bordo de la Cristina poco antes de la puesta de sol, muy cansados pero encantados de nuestra jornada. La tripulación había aprovechado su tiempo libre para pescar muchos peces de la bahía: la especie más notable era un *serranus*, del tamaño de una perca, conocida en el país con el nombre de cabrilla. Nuestros marinos atraparon dos variedades, una roja y la otra amarilla, ambas con puntos azules rodeados de un pequeño círculo negro; casi lamenté que aquellos estupendos pescados pasaran por las manos de nuestro cocinero, pues los trató con muy poca consideración, como si se tratase de la peor morralla. Cada uno de nosotros había sido afectado de modo diferente por las impresiones de la jornada; pero después de la cena nos pusimos de acuerdo y nos fuimos a nuestras camas, donde nos dormimos profundamente.

Al amanecer, ya habíamos dejado a nuestras espaldas la bahía de la *Siguanea* y la goleta rebasaba el cabo Francés, un promontorio peligroso cuyos aterramientos se prolongan mar adentro; avanzábamos con precaución sobre un banco arenoso del cual se podían observar claramente las menores particularidades. Algunas millas más allá encontramos la suficiente profundidad para acercarnos a la costa y anclamos a un tiro de cañón, en una bahía circular llamada puerto Francés, que nos ofrecía un fondeadero adecuado, protegido de los vientos del norte. Se aparejó la chalupa, diez minutos después desembarcábamos en un punto del litoral completamente diferente al visitado la víspera. El sol abrasaba una playa de arena blanca junto a una masa confusa de peñascos; miles de palmeras apretadas como un arrozal resaltaban vigorosamente sobre el azul del cielo y formaban un telón entrecortado por sombras y luces que nos impedía ver tierra adentro. Ningún otro lugar habría coincidido mejor

---

<sup>56</sup> El barón De Humboldt ya había señalado estos pinos en su *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, pero se equivocó en cuanto a su especie, como puede verse en el Apéndice [N. del A.].

con la idea formada por mi imaginación sobre las regiones tropicales; salté de la chalupa y saludé aquellos parajes incógnitos que borraban de mi memoria todos los recuerdos de Europa.

Los peñascos que bordeaban la orilla tenían una estructura original sólo comparable a la de ciertos glaciares; con muchas cavidades celulares o erizados de agujas, algunos tenían la forma de un arco y se proyectaban por encima de las aguas, en otros sus cavernas abiertas y profundas dejaban entrar el mar con violencia y estrépito. Neritas y bígaros trepaban sobre sus paredes húmedas; púrpuras, turbos enormes, lapas y quitones se habían pegado a su base, totalmente inmóviles; finalmente, las cavidades intermedias, sumergidas sólo con la marea creciente, daban asilo a erizos de mar violáceos, éstos las tapizaban con sus púas. Con excepción de los radiados, probablemente nuevos para la ciencia, todo lo demás carecía de valor. Además, es increíble la cantidad de esponjas y políperos acumulada en los alrededores gracias al movimiento de las olas.

Me aparté de mis compañeros mientras ellos recogían conchas sobre la playa para disfrutar a solas, de manera íntima, el mágico espectáculo de la selva. Sus sensaciones no podrían compararse con las mías, porque ellos estaban familiarizados desde hace tiempo con las escenas de la naturaleza americana; pero ¡qué no hubiese hecho yo para estrechar la mano de un amigo que compartiese mi emoción, cuyas impresiones fuesen tan nuevas como las mías! Muy pocas veces, sin duda, se habría visto perturbada la tranquilidad de aquellos lugares solitarios; algunos pescadores habrían secado allí sus redes; algunos piratas habrían encendido allí la fogata de su vivaque; hasta ahora, ningún vestigio indicaba el paso del hombre. Yo avanzaba sobre unas dunas que amortizaban el ruido de mis pasos; innumerables palmeras se sucedían ante mí; todo callaba, todo seguía inmóvil; ni un ave, ni un insecto, ni siquiera un soplo perceptible de la brisa. Me detuve para orientarme, iba a continuar mi camino cuando atrajo mi atención un bramido sordo, repetido a intervalos regulares; cambié de dirección con la intención de averiguar de qué se trataba: evidentemente era el ruido de las aguas; pronto me encontré al borde de una cavidad vertical que comunicaba con el mar por alguna salida secreta a través de los peñascos. Era la hora de la marea baja; el fondo estaba descubierto y se distinguían los productos marinos traídos por el oleaje; se podía escuchar claramente la resaca en cada oscilación del

océano. Sentí curiosidad por visitar aquella especie de pozo, logré descender ayudándome con las lianas que crecían a lo largo de las paredes; entonces descubrí el canal subterráneo y vi cómo se blanqueaba la ola precipitada allí con estruendo. Después de disfrutar lo suficiente de aquel espectáculo, no tardé en darme cuenta de que era menos fácil salir de esas profundidades que bajar a ellas; por fortuna existía una segunda salida, aunque realmente muy angosta y obstruida por muchos arbustos, llevaba hasta la selva por una suave pendiente; elegí ese camino. El correr de las aguas había acumulado una fina arena, ésta formaba un talud favorable para seguir avanzando. Me puse en marcha en una postura poco gloriosa a decir verdad, pero justificada, dadas las circunstancias: ya la bóveda se agrandaba; yo observaba las copas de los árboles e incluso un pequeño espacio de cielo, cuando un estremecimiento inesperado en la maleza suspendió mis movimientos y mi respiración. Una boa, perturbada en su seguridad, desplegaba lentamente sus anillos jaspeados de blanco y negro y, como yo, se disponía a alcanzar la salida. Para un naturalista, era una buena oportunidad; debí haberme alegrado, pero ¡lástima!, y ahora lo lamento, en aquella memorable circunstancia, abandoné por completo los intereses de la historia natural. La idea de perseguir al monstruo, de atacarlo y de apoderarme de él me vino sin duda, pero demasiado tarde. Mientras tanto, me quedé quieto, en una actitud meramente contemplativa, con la mirada puesta en el reptil que seguía majestuosamente su camino sin precipitación ni temor. Cuando salí del pasaje ya había desaparecido la serpiente; me encontré solo, en medio de las palmeras, cuyas hojas se extendían sobre mi cabeza como si fuesen incontables abanicos.

Tres tipos de boas, conocidas imperfectamente, habitan en la isla de Cuba, pero ignoro si también están en la isla de los Pinos.<sup>57</sup> Algunos de estos reptiles alcanzan hasta cinco metros de longitud; de hecho, sólo suponen un peligro para la especie volátil que persiguen hasta en los corrales, así como para las jutías congas a los cuales dan caza asiduamente. Las jutías son unos pequeños mamíferos del tamaño de un conejo, se alimentan de vegetales y suelen estar en los árboles, donde les gusta juntarse. Ante la cercanía de un enemigo tan peligroso, el pavor se apodera de su banda; se las ve correr de rama en rama emitiendo pequeños

---

<sup>57</sup> *Boa melanura* Schleg.; *leionotus maculatus* Coct. y Bib., y *epicrates augulifer* Coct. y Bib. [N. del A.].

chillidos lastimeros como si la sensación del peligro las privase de su agilidad mental. La serpiente reptaba a lo largo del tronco con un ritmo calculado; al llegar a la copa, donde se han agazapado las jutías, cambia bruscamente de táctica, despliega toda su agilidad y amenazando una vez a una y otra vez a otra, hace imposible su retirada y acaba reuniéndolas a todas en una rama aislada. Entonces, midiendo el intervalo, se contrae, escoge una víctima, se lanza... pero la jutía, con un salto desesperado, se precipita hacia el suelo, con las patas extendidas horizontalmente para amortiguar su caída. En ese mismo instante, la boa se desprende y se abalanza sobre su presa como el rayo; la evolución es tan súbita y a menudo la infortunada queda envuelta entre los anillos del reptil antes de haber tocado tierra.<sup>58</sup>

Fondeamos a la mañana siguiente, unas millas más lejos, en la ensenada de Carapachivey; el litoral estaba cubierto de grandes conchas de la familia de los *cypraeacassis*, que se multiplican en los bajíos, y de políperos pétreos cuya estructura es digna de admiración. En aquel lugar, donde crece la selva más espesa de la isla, aspirábamos a seguir disfrutando de la exploración, pues abrigábamos la esperanza de encontrar cocodrilos. El día anterior se había debatido, durante una parte de la velada, sobre la caza de esos anfibios y sobre el mejor procedimiento para despojarlos de su coraza: había quien lo quería intacto con las garras y las mandíbulas; el señor de la Paz les cortaría la cabeza, por ser una incomodidad superflua; el criado del comandante, quien debía acompañar a su amo, se conformaría con las patas pues su intención era hacer unas botas; pero había prometido regalar los dientes a sus camaradas de a bordo; todos los hombres de la tripulación envidiaban los laureles que íbamos a recoger y con los cuales nos coronábamos por adelantado.

Sucedió que en el linde de la selva descubrimos una planta de la tribu de los *ophrys*, ésta decoraba los árboles con sus flores del más puro rojo cochinilla. A su vista, el señor de la Paz, conocedor apasionado de las orquídeas, se olvidó de la cacería de los cocodrilos, echó la escopeta al hombro del primer marinero que pasó e inició una recolección tan abundante, entonces me empecé a preocupar. Ocho días después, agregaré

---

<sup>58</sup> Esa especie de *capromys*, que vive en los árboles y se convierte en presa de las serpientes, es el *guabiniquinar* de los antiguos caribes. Francisco López de Gómara. *Historia general de las Indias*. Parte I, fol. 27 [N. del A.].

después de haber mencionado esa flor, encontramos un espécimen extraviado en un rincón de la nave, aún conservaba todo su resplandor, pese a haber sido separado el tallo del bulbo. Mientras tanto, el pequeño grupo del cual nos habíamos apartado había desaparecido en la espesura de la selva y no teníamos la menor intención de alcanzarlo. Mientras mi compañero de aventuras iba de un árbol a otro recolectando con un ardor insaciable, todo parecía conspirar, insectos, vegetales, conchas, para distraer también mi mente hasta olvidar cuál era el verdadero objetivo de nuestra exploración. A una legua del mar, llegamos a unas ciénagas donde florecía un bonito nenúfar; la tentación era demasiado fuerte y no pudimos resistir. Perdidos entre los juncos hacia donde nos había llevado la pasión por los descubrimientos, habíamos olvidado los intereses de la armada real y hasta del mundo entero, cuando de repente una voz resonó en nuestros oídos y nos devolvió a las realidades menos halagüeñas de la existencia: “¿Qué quieren pues, *caballeros*, que se los coman los cocodrilos?”. Ante aquella interpelación levantamos la cabeza súbitamente y reconocimos a don José, nuestro guía, quien vigilaba todos nuestros movimientos. Don José no conocía del mundo más que la isla de los Pinos, donde nació, y el surgidero de Batabanó; pero conocía a fondo los dos lugares. Era un anciano alto, flaco y huesudo, endurecido por la intemperie y curtido ante el cansancio; hablaba muy poco, sólo si se le interrogaba, y nunca caía en digresiones inútiles. Sabía el nombre de cada árbol, de cada liana, hasta el de las plantas más modestas; tampoco ignoraba sus usos y sus propiedades. La soledad de la selva no le asustaba; estaba seguro de su instinto. Vestido con un pantalón de tela y una blusa corta apretada con una correa, calzaba unas sandalias de piel de cabra; un rústico sombrero de paja cuyo fondo tenía un agujero que dejaba al aire, como un penacho, un mechón de su cabello canoso; llevaba un *lazo*<sup>59</sup> (una vieja sogá de corteza de árbol enrollada en su hombro), un cuchillo en una funda de piel de cocodrilo y una petaca proveniente de una iguana, de cuyo pescuezo había sacado provecho con mucha destreza.

Respondimos a su llamado y le seguimos sin objeción. Visiblemente cambiaba de aspecto la vegetación; los juncos y las ciperáceas invadían el suelo; nos aproximábamos a una ciénaga, y los restos medio putrefactos de un cocodrilo que encontramos demostraban que la advertencia de don

---

<sup>59</sup> En español en el texto original [N. del T.].

José no fue en absoluto inoportuna. Con dificultad y trabajo logramos abrirnos una salida en medio de aquellos parajes sospechosos, atestados de árboles gigantescos que el huracán había desarraigado e infestado de un tipo de acerola, cuya picadura es extremadamente dolorosa. Por fin llegamos a una lengua de tierra rodeada de agua por todas partes; nuestros hombres no se sentían para nada desconcertados con aquel obstáculo; se habían descalzado y seguían más adelante; el comandante dormía a la sombra, al cuidado de un miembro de la tripulación; el doctor había optado por una posición horizontal a su lado; y nosotros consideramos, tras un corto reconocimiento, que lo mejor que podíamos hacer era imitarlos.

La selva que habíamos atravesado me había parecido triste y solitaria; ningún pájaro la alegraba con sus cantos; pero la vida renacía en el claro donde nos habíamos detenido; una multitud de patos y otros palmípedos, espantada por la marcha de nuestra vanguardia, se dispersaba en torno a la ciénaga que retumbaba con su clamor, y grandes buitres anteados planeaban circularmente sobre nuestras cabezas o se posaban sobre los árboles vecinos, desde donde parecían observarnos. La *majagua*<sup>60</sup> (*bibiscus liliaceus*, L.) es un arbusto muy interesante, crece muchísimo en ese lugar; sus campánulas, del tamaño de una azucena, son amarillas en el momento de su abertura, anaranjadas al mediodía y púrpuras hacia el atardecer, por lo tanto, el mismo tallo tiene flores de tres colores. La corteza de esa malvácea sirve para hacer cordajes; la capa interior del líber proporciona un tejido vegetal muy fino empleado para atar los paquetes de cigarros; y la madera, muy suave y elástica, se busca para la carretería: con ella se fabrican varaes para las *volantes*.

Nuestros compañeros capturaron en su expedición por las ciénagas dos pequeños cocodrilos vivos; afirmaron que habían visto algunos más grandes, incluso enormes, habían escapado ante su acercamiento: tuvimos que contentarnos con ese modesto trofeo y prepararnos para las bromas de a bordo. Aquellos reptiles, con una longitud de un pie y medio, se mostraron muy irritables cuando se les dejó en libertad sobre la cubierta; trataban de morder, y nos vimos obligados a deshacernos de ellos violentamente.

Las distintas excursiones efectuadas por nosotros en la parte meridional de la isla nos habían suministrado la información necesaria; como la

---

<sup>60</sup> En español en el texto original [N. del T.].

marcha del barco se volvía cada vez más difícil en medio de los arrecifes y los bancos que se multiplicaban, fue necesario renunciar a nuestro proyecto de circunnavegación; entonces se decidió virar de bordo y doblar por segunda vez el cabo Francés para reanudar la exploración en el norte. Durante la noche el viento sopló del sur y recorrimos veinticuatro leguas; al amanecer, nos encontrábamos a tres millas de la costa, frente a la desembocadura del *río de Casas*,<sup>61</sup> uno de los más caudalosos de la zona. La escena había cambiado; ya no eran playas bajas y arenosas invadidas por la selva, sino cerros escarpados cuya base se hundía perpendicularmente en el mar; la isla parecía ahora tan salvaje, tan desierta, su aspecto era infinitamente más pintoresco. Echamos anclas y tomamos un bote para remontar el río; acostumbrados desde hacía más de ocho días al espectáculo uniforme de la selva, experimentamos un placer infinito en contemplar peñascos, barrancos, espacios descubiertos, toda la variedad, en suma, de un país montañoso. Al cabo de hora y media, los manglares que bordeaban las dos orillas dejaron de tapar la vista, el campo se desplegó libremente ante nosotros y la pequeña capital de la isla apareció a la derecha del río. Nos sorprendió favorablemente, al desembarcar, la limpieza de las casitas, cubiertas con tejas y encaladas; el bienestar, el buen orden y la paz irradiante en aquel lugar hacía pensar en una población dichosa y bien organizada; su felicidad quizá se debía, en gran parte, a su aislamiento.

En Nueva Gerona sólo había 171 habitantes en 1836; esa cifra se triplicó en 10 años, bajo la influencia de circunstancias fortuitas, pues en sí misma la comarca no dispone de muchos elementos de prosperidad. Yo no había contemplado todavía la naturaleza tropical desde una perspectiva tan seductora; ¿cómo describir aquellos cerros coronados de palmeras, aquellos grandes peñascos festoneados con lianas, aquellas florestas al pie de cada colina, aquella variedad inagotable de lugares graciosos y originales, que a lo largo de una legua nos colmaron de admiración cuando nos dirigíamos a caballo hacia las canteras de mármol? El recorrido nos pareció corto, pese a la intensidad del calor; y cuando llegamos a la *sierra de Caballos*,<sup>62</sup> donde se encuentra la explotación principal, todos coincidimos, al apearnos de nuestros caballos, en que la isla de Cuba no ofrecía nada tan maravilloso como lo que estábamos viendo.

---

<sup>61</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>62</sup> En español en el texto original [N. del T.].

La *sierra de Caballos* es una montaña boscosa, de aspecto particular; el verdor etéreo y poco frondoso de los árboles diseminados sobre sus abruptas pendientes produce el efecto de una cortina transparente, a través de la cual aparecen, como gigantescas escaleras, los peñascos escalonados desde la base hasta la cima. El *drago*, especie resinosa, con el tronco recto y cónico que asciende hasta formar una copa difusa, reconocible además por su corteza verde, imprime un toque de extrañeza al paisaje. Otros árboles proyectan sus raíces en el vacío, desde lo alto de las escarpaduras a plomo, y van a buscar su punto de apoyo a sesenta u ochenta pies más abajo, en el valle. Sobre las paredes rocosas trepan unos moluscos muy bonitos y desconocidos en la isla de Cuba; destaca sobre todo una helicina, cuya espira elegantemente dentellada constituye una singularidad muy novedosa entre las especies de esa tribu e incluso en general entre las conchas terrestres.<sup>63</sup> No debo olvidar, entre las curiosidades naturales de la comarca, una gruta descubierta recientemente, la visitamos a la luz de las antorchas: ningún signo exterior permitía adivinar su existencia; se entra en ella por una pequeña abertura oculta por las malezas; pronto, la cavidad se ensancha, la bóveda se vuelve más alta y se distinguen ojivas, columnatas de mármol, arcos en apariencia suspendidos en el vacío; se entrevé confusamente una sucesión de pisos comunicados por galerías aéreas, desde donde surgen miles de destellos, cuando su superficie, semejante a una nieve deslumbrante, refleja los rayos de la luz; la parte inferior, bañada por aguas estancadas, ampara las tortugas de una ciénaga cercana, pues vienen a buscar el frescor durante las horas ardientes del día.

Volvimos a Nueva Gerona rodeando la *sierra de Caballos*. En aquella dirección, el suelo es árido y arenoso. Pero en esos climas no existe la esterilidad absoluta; una acerola con grandes hojas oblongas, marcadas por nervaduras sobresalientes, y un melastoma de una belleza poco común, desconocidos ambos por los botánicos, se adaptan bien a un terreno tan ingrato.<sup>64</sup> Detrás de la montaña descubrimos una gran llanura con una multitud de pinos. Aquellos árboles, que habíamos observado con anterioridad en el suroeste, constituyen dos especies nuevas de la familia

---

<sup>63</sup> *H. Constellata* Mortl. Se trata de una concha muy bonita, se encuentra sobre los peñascos de la sierra de Casas [N. del A.].

<sup>64</sup> *Sarcomeris coriacea* Naud. [N. del A.].

de las coníferas: la denominada por los habitantes *pino tea*,<sup>65</sup> no sólo crece en el territorio de la isla, sino también en las sabanas meridionales de la *Vuelta de abajo*,<sup>66</sup> y quizá podría formar unos espléndidos bosques si los pastores no tuviesen la pésima costumbre de quemar la hierba de los pastizales durante el verano. No hay nada más singular que el aspecto de los pinos en los alrededores de La Coloma, donde sus copas piramidales se confunden con las de las palmeras (*cocos críspa* H. y B.), pues éstas se elevan casi a la misma altura y les disputan el terreno encarnizadamente.

Después de dos días dedicados a la agradable tarea de visitar los alrededores de Nueva Gerona, regresamos al bote, a orillas del *río de Casas*, y nos dirigimos hacia el ocaso para volver a la goleta. La luna llena plateaba la ribera boscosa del río. Hundidos en un silencioso ensueño, aspirábamos las tibias emanaciones de los vegetales acuáticos y prestábamos oídos al canto nocturno de los insectos celebrando la puesta del sol y el retorno del frescor; el susurro continuo de sus alas, el murmullo de la corriente y el eco de la lejana marea formaban una armonía confusa, la cual llenaba el espacio sin perturbar la tranquilidad de la noche. Mientras bogábamos hacia alta mar, yo pensaba en la concatenación de circunstancias que me había llevado a aquella isla remota, en las sensaciones diversas experimentadas allí, en la selva, en las montañas, en las sabanas plantadas de pinos que había recorrido y cuyos nombres había aprendido: ¡visión encantadora y fugitiva que iba a desaparecer para siempre en las brumas del océano! La idea de no volver a ver un sitio contemplado, un país donde se ha vivido, inspira al alma un sentimiento instintivo de melancolía posible de explicar, así lo creo, gracias a nuestra conciencia, entonces despierta de la corta duración de la existencia.

La isla de los Pinos, cuya superficie puede ser evaluada en 117 leguas cuadradas y la periferia en 68,<sup>67</sup> se estrecha en el medio con la bahía de la *Siguanea* y por grandes ciénagas comunicadas con el mar, dándole la forma de un 8. La naturaleza dotó cada mitad con una constitución física bien distinta. La parte meridional es plana y poco elevada sobre el nivel del océano; el suelo es una caliza madrepórica, cavernosa, llamada *seboruco*,<sup>68</sup>

---

<sup>65</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>66</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>67</sup> De 26  $\frac{1}{4}$  de grado [N. del A.].

<sup>68</sup> En español en el texto original [N. del T.].

recubierta de algunas pulgadas de tierra negra, vegetal y entrecortada por lagunas alimentadas por el derrame de las sabanas superiores. La región, con una extensión de 40 leguas cuadradas, es una selva impenetrable con especies arbóreas muy diversas. El señor Lanier, en el estudio mencionado con anterioridad, enumera 161 especies de vegetales arborescentes, y todas llevan un nombre en la lengua del país; 26 proporcionan maderas de construcción; 46 dan hojas y frutos apropiados para la alimentación del ganado; 17 cuentan con virtudes medicinales y 58 cumplen una función en la economía doméstica. Sólo 2 especies se utilizan en labores de tintorería y 7 producen frutas comestibles. Además, es preciso mencionar 21 lianas distintas, de las cuales 11 sirven para fabricar flejes, cables, colmenas, cestas, etcétera; 9 son medicinales, y una sola, el *curamagüey*, es un veneno violento.

El norte es muy distinto: allí ya no hay selva ni tierra vegetal; la mayor parte del territorio es sólo una llanura arenosa, quemada por el sol, sembrada con pinos y palmeras que disimulan un poco la aridez. En medio de esas sabanas, notables por su aspecto planiforme, surgen bruscamente cerros aislados o pequeñas montañas abruptas, cubiertas de verdor, sin ninguna ramificación entre ellas, de esta manera dan la apariencia de islas arrojadas sobre el océano. La base geognóstica de algunas de aquellas montañas es un mármol blanco cristalino, con un grano duro y medianamente fino; cerca de una ciudad opulenta y bajo un clima cálido, el aprovechamiento de ese mineral sería una fuente de riqueza; pero las costumbres rutinarias, los prejuicios, la ignorancia y el poco aprecio mostrado por los habaneros hacia las bellas artes disminuyen considerablemente su valor, por lo menos hoy día. Las canteras de Paros, isla estéril como la de los Pinos, contribuyeron en la antigüedad a desarrollar el gusto y el sentimiento de lo bello, cuyo legado nos transmitieron los griegos; pero aquel fuego sagrado que habíamos recibido como un precioso don no se ha propagado aún hasta Cuba, donde el culto del dios Pluto absorbe todas las aspiraciones de la sociedad. ¿Quién sabe, sin embargo, si el ruido de los martillos que retumban hoy en el valle de Nueva Gerona no despertará el genio de las bellas artes, dormido desde hace mucho tiempo en el mar de las Antillas?

La montaña más importante de la isla es la Cañada, con una altura de 461 metros sobre el océano; la Daguilla tiene 410; la sierra de Caballos, 299;

la sierra de Casas del Sur, 288, etcétera. Los únicos ríos navegables son Santa Fe y de las Nuevas, así como el río de sierra de Casas, éste conserva 2 metros de agua a una legua de su desembocadura.

Al pie de las montañas, como a orillas de los arroyos, la tierra es fértil; ahí se cultiva el tabaco con algún éxito; pero fuera de esos límites restringidos, el país es estéril. Eso es lo que explica el abandono de la isla de los Pinos, dedicada casi exclusivamente al inútil forraje; difícilmente podría alcanzar algún día un destino más elevado. La explotación de los mármoles en el norte y la de la selva en el sur la han sacado momentáneamente de su oscuridad; pero cuando un reducido número de ávidos especuladores hayan agotado los bosques y cuando se abandonen las canteras, la isla recaerá en un olvido profundo y el silencio de sus riberas ya no será perturbado por el remo del pescador o por la barca furtiva del contrabandista.

## Capítulo VI

### Cuba

Antes de abandonar la isla de Cuba, que ofrece un campo de exploración tan atractivo para el filósofo y el naturalista, me propongo echar una mirada sobre las condiciones generales del país y sobre la situación social de los habitantes; sin embargo, pese al interés que este tema pueda merecer, como tiene una relevancia menor en la relación de mi viaje, me limitaré a exponer algunos de los hechos generales más importantes desde mi perspectiva.

Localizada en los confines del Atlántico, a 2000 leguas del continente europeo,<sup>69</sup> la isla de Cuba se proyecta hacia el oeste bastante más allá de las otras Antillas e incluso deja atrás toda la gran superficie de la América meridional; en efecto, el paralelo que pasa por el cabo de San Antonio corta el océano Pacífico a 180 leguas al menos de las costas de Guayaquil, las más alejadas de aquella parte del mundo hacia el occidente. El vapor, al abreviar el intervalo que separa los dos hemisferios, redujo a un mes la duración del trayecto entre las costas de Europa y La Habana; pero los buques de vela no avanzan tan fácilmente, y la media de su navegación es de 42 días. Las tempestades del norte (*los nortes*)<sup>70</sup> imperantes en invierno, los huracanes de otoño y los escollos que rodean la isla suponen ciertos riesgos para ese largo y monótono trayecto, como lo atestiguan los siniestros anuales registrados. Las catástrofes causan poca emoción en el país, excepto entre las personas a quienes les afecta directamente.

---

<sup>69</sup> La Habana se sitúa precisamente en el paralelo 83 del meridiano de París, así, la distancia entre ambas ciudades no es menor de 2125 leguas de 25 de grado [N. del A.].

<sup>70</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Cuando me embarqué para realizar el viaje, la isla de Cuba me parecía envuelta en una misteriosa oscuridad; desde luego, tenía algún conocimiento sobre La Habana, pero ninguno sobre el interior. Había leído sobre una selva impenetrable, ciénagas pestíferas y algo acerca de los obstáculos invencibles para la circulación producto del descuido de los suelos, y me preguntaba si las pequeñas poblaciones, esparcidas a lo largo del litoral, mantenían entre sí relaciones continuas o languidecían en su aislamiento; cuál era el grado de cultura de sus habitantes, su industria, su modo de subsistencia; finalmente, me preguntaba si las tierras ignoradas, prolongadas en el interior de la isla, pertenecían a otros dueños que no fuesen las bestias salvajes o la naturaleza. Los libros guardaban silencio sobre estas cuestiones, y sobre muchas otras importantes para mi imaginación hasta el día en que estuve en condiciones de considerarlas y resolverlas por mí mismo.<sup>71</sup>

Disponemos de una información bastante buena sobre el relieve y la constitución geognóstica de Cuba, aunque las nueve décimas partes del territorio jamás han sido objeto de exploración científica. Los obstáculos naturales, la falta de caminos y una población escasa explican porqué los habitantes carecen de conocimientos exactos sobre su propio país. Sin embargo, con un poco de determinación, un buen caballo y un guía, puede recorrerse la isla en toda su extensión; el guía sobre todo es esencial, pues se requiere una buena experiencia para adentrarse en la selva y en los montes sin perder el rastro de los senderos o de las quebradas, únicas vías de comunicación abiertas en la región. En medio de complicaciones imposibles de describir y difícilmente comprensibles en Europa, el viajero camina siguiendo el rumbo del viento y recorriendo una distancia dos o tres veces superior a la que tendría que andar por un camino regularmente trazado. Grandes ciénagas, ríos encajonados y torrenciales, selvas interrumpidas por marismas y *sierras*<sup>72</sup> abruptas ponen a prueba sucesivamente su constancia y su energía; por último, la extensión solitaria de las sabanas, abrasadas por el sol, infunde en su alma un sentimiento de cansancio y de desaliento.

---

<sup>71</sup> Por entonces no conocía todavía la *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, de Ramón de la Sagra, una obra considerable cuya publicación aún no ha sido terminada por completo [N. del A.].

<sup>72</sup> En español en el texto original [N. del T.].

La ausencia del hombre en medio de aquella naturaleza salvaje no es absoluta; de vez en cuando puede uno encontrar un albergue para pasar la noche; pero ¡qué albergue, Dios santo! La bóveda de los bosques es preferible, a menudo. Los ladridos de los perros y los clamores de los niños dan a entender la llegada de un forastero como un acontecimiento extraordinario. La mirada de las mujeres es dura y altanera; de los hombres emana algo tenebroso y siniestro, capaz de generar cierta desconfianza. Sin embargo, la hospitalidad no es algo desconocido en esas moradas aisladas; al viajero se le recibe sin complacencia, pero jamás se le rechaza; el trato recibido es incluso tan satisfactorio como lo pueda permitir la pobreza de quienes allí viven; pero el huésped busca en vano, en el semblante de sus anfitriones, la cordialidad, la abnegación y la sinceridad que dan un valor adicional a una buena acción; a la mañana siguiente, uno siente cierto alivio, en su fuero interno, al alejarse y al retornar a la soledad.

El modelo de división de la propiedad agrega una dificultad adicional para la construcción de buenos caminos en el interior de Cuba; no deja de sorprender que en un intervalo de tres siglos y medio el gobierno español no haya dotado aquella isla esencialmente agrícola<sup>73</sup> de, por lo menos, una vía de comunicación. Escribí en otra parte que los habitantes habían decidido solucionar dicho inconveniente con la ayuda del vapor. Cuando las necesidades locales hayan desarrollado a gran escala la industria de los ferrocarriles y cuando los ramales aislados se unan entre sí formando un sistema general de circulación, se observará un fenómeno muy extraño, es decir, un país exclusivamente provisto de vías férreas que habrá pasado sin transición, en cuanto a su viabilidad, del estado primitivo al de la civilización más avanzada. Se espera que llegue ese día dentro de bastante tiempo, y mientras tanto se recurre a los barcos de vapor los cuales, zarpando de La Habana y de Batabanó, funcionan de los dos lados de la isla, vinculando las ciudades más importantes del litoral. Como el ancho de Cuba no tiene mayor importancia, uno puede desplazarse fácilmente desde el puerto de llegada hasta los diferentes

---

<sup>73</sup> El precio del transporte es tan elevado que el *tasajo* (carne salada, el alimento de los esclavos) sale más barato cuando se trae de Buenos Aires que cuando se compra en la isla. [N. del A.].

destinos del interior;<sup>74</sup> pero esos movimientos, como lo mencioné anteriormente, no son del agrado de los habaneros, quienes pocas veces visitan sus propiedades si éstas se hallan lejos de la capital.

Los conquistadores españoles no encontraron en Cuba la fácil riqueza de México y del Perú: eran tan escasos los metales preciosos que poco tiempo después de su llegada renunciaron a su búsqueda. El maravilloso espectáculo de la naturaleza tropical, descrita por Colón con un entusiasmo tan ingenuo, no era un incentivo suficiente para la inmigración; sólo cuando el movimiento marítimo alcanzó cierto nivel de desarrollo en el golfo vecino, comenzaron a fundarse en la isla colonias estables, buscando con la producción de ganado una manera de enriquecerse. Espacio no les faltaba a los primeros ocupantes; pero los progresos de aquella población nueva y las disputas ocasionadas crearon la necesidad de poner un límite a la avidez absoluta manifestada por todos. El gobernador recibió la orden de reglamentar aquella situación en coordinación con las autoridades de los municipios; consecuentemente, se le exigió a cada colono una declaración previa acerca del lugar elegido para *asentarse*<sup>75</sup> y del radio que tenían la intención de ocupar; después, el *asiento* se convirtió en un punto central e invariable, con el propósito de establecer, en función de las necesidades, un mecanismo de verificación y de control; finalmente, se puso un término a los abusos limitando el radio de todas las concesiones a dos leguas para las granjas dedicadas a la producción de ganado mayor (*bato*),<sup>76</sup> y a una legua solamente para aquellas donde criasen cerdos y carneros (*corral*).<sup>77</sup> Tal fue el origen de la medida circular vigente todavía hoy en la división de la superficie territorial de Cuba.

Los límites de aquellas concesiones se volvieron tan inciertos con el paso del tiempo, no sólo por su extensión sino también por algunas complicaciones cuyos detalles omito aquí, esta situación hizo imposible restablecerlos cuando fue necesario hacerlo. Después de mucho esfuerzo y un inmenso trabajo, se renunció a ello, por lo menos en las nueve

---

<sup>74</sup> La mayor anchura de Cuba es de 39 leguas marinas, desde la punta septentrional del Sabinal hasta las ensenadas de Mora; esta línea cruza 7 leguas de mar; la parte más estrecha tiene sólo 7 y media leguas de anchura, desde la bahía del Mariel hasta la costa septentrional del golfo de Mojana. [N. del A.].

<sup>75</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>76</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>77</sup> En español en el texto original [N. del T.].

décimas partes del territorio. Se puede afirmar entonces que no existe ningún país donde las bases de la propiedad sean tan discutibles como en la isla de Cuba. La imposibilidad material de acotar propiedades tan considerables, de obstaculizar las usurpaciones y hasta de hacerlas constar, favoreció en poco tiempo una práctica evidente a mayor escala en Argelia: los confines de las propiedades limítrofes se convirtieron en un terreno neutro donde, por una tolerancia mutua, más tarde de carácter legal, el tránsito fue autorizado en un radio determinado; luego, en compensación, la parte libre se extendió y absorbió imperceptiblemente todas las parcelas no incluidas en la asignación de tierras. Ese daño tenía remedio, pues la ley sólo había previsto, en un principio, la función de simples usufructuarios; y el gobierno, cuyos derechos eran reservados, tenía la potestad de tomar una medida decisiva para conciliar los intereses privados con los del dominio público. La ordenanza de 1816, al consolidar la propiedad al usufructo y al legitimar cualquier usurpación justificada por una posesión de 40 años, no parece haber respondido por completo a las necesidades y a las aspiraciones del país; de ello resultan nuevas dificultades cuya naturaleza es muy extraña: ¿quién creará que el Estado, otrora dueño absoluto del territorio, no posee casi nada hoy en una isla que cuenta por legua cuadrada 51 libres y tan sólo 12 blancos?<sup>78</sup> El antiguo dominio de la corona se encuentra efectivamente reducido a las parcelas aisladas incluidas entre los círculos tangentes de las propiedades limítrofes. Así, mientras simples particulares disfrutaban sin límites de concesiones, incultas e improductivas en su mayor parte,<sup>79</sup> mientras la selva desaparece, mientras los cultivos carecen de brazos y el país de buenas vías de comunicación, el gobierno, condenado a la impotencia, no puede construir grandes caminos ni conceder tierras a los extranjeros cuya inmigración desea favorecer.

La desaparición de las riquezas forestales de Cuba, y hasta su rápida destrucción, es una de las consecuencias de esta situación: así, por ejemplo, la marina mercante habanera traía de Puerto Rico y de otros puntos

---

<sup>78</sup> La población total de la isla, cuya superficie puede evaluarse en 3700 leguas cuadradas, era en 1846, según un censo oficial, de 898 732 habitantes clasificados de la siguiente manera: blancos, 42 567; hombres libres de color, 149 226; esclavos, 323 759 [N. del A.].

<sup>79</sup> La Hanábana, propiedad del marqués de la Real Proclamación, no tiene menos de 100 leguas cuadradas [N. del A.].

alejados los materiales de construcción que le eran indispensables, cuando los bosques más preciosos de la isla proveían los astilleros de Plymouth y de Liverpool.<sup>80</sup> La caoba, la cedrela, el quiebra hacha y el guayaco son cada vez más escasos; se va a buscar a veinticinco o treinta leguas el suministro de carbón necesario para la capital, sin embargo, en la época de la conquista, la isla entera era una selva. La tala de árboles trae otras consecuencias, pues sean cuales sean las condiciones benévolas de un clima, el suelo no deja de someterse a ciertas leyes físicas absolutas: por ejemplo, las pendientes, despojadas de su vegetación, quedan desnudas por efecto del viento y de la lluvia; las nubes se condensan y se desgranán de tarde en tarde; sin la sombra desaparece el frescor que mantiene la humedad; ya no hay abonos vegetales para fertilizar la tierra, secada y privada de sus cualidades nutritivas por la acción prolongada del sol. En la actualidad se han calculado en la isla de Cuba sólo 6000 hectáreas de selva; los ingenios absorben cada año 2000 más y la agricultura destruye otras tantas. El consumo, que en el intervalo de un siglo y medio acabará con el último árbol, no puede sino ir avanzando, sobre todo con la asistencia de las máquinas de vapor; no obstante, es tal el vigor de la vegetación en aquellas regiones privilegiadas, que sólo la indolencia absoluta del criollo español permite paralizar su impulso. Es más fácil crear con poco gasto recursos para la calefacción: el *guácima* (*¿pterospermum?*), el *ateje* (*cordia collococca* LK.), el *cedrela* y muchos otros árboles pueden explotarse después de 4 años; el *paraíso*,<sup>81</sup> 2 años después de su siembra, etcétera. Hace ya mucho tiempo surgió la preocupación por el futuro de los bosques; la Sociedad Económica de La Habana, que cuenta con hombres ilustrados, fundó un premio a favor de su conservación; pero unos esfuerzos aislados y muy insuficientes no conducirán a nada si el gobierno mismo no asume la iniciativa de una reforma mayor. En efecto, lo necesario para prevenir la destrucción de los bosques son reglamentos de conservación; un buen código forestal y la organización de un cuerpo de agentes especiales encargado de hacer valer la ley arrojarían resultados más seguros en comparación con las gratificaciones y todas las teorías elaboradas en

---

<sup>80</sup> Entre 1825 y 1840, sólo el puerto de Jágua exportó a Inglaterra una cantidad de madera suficiente para la construcción de 30 fragatas; casi el doble de esa cantidad salió de los puertos de Ságua, Nipe, Manzanillo, etcétera. *Informe fiscal*. Queipo: 66 [N. del A.].

<sup>81</sup> *Guácima, ateje, cedrela y paraíso*, en español en el texto original [N. del T.].

torno a esta cuestión. Es verdad que España difícilmente podría dotar a su colonia de instituciones de las cuales carece en su propio territorio y cuya importancia no ha sabido apreciar hasta ahora.

Aquellas tierras, entregadas con tanta liberalidad a los primeros emigrantes, no exigen, para responder a las aspiraciones del cultivador, mucha aplicación ni perseverancia; los principios de la agricultura cubana se limitan a sembrar y cosechar; lo demás se deja en manos de la Providencia. Cuando se quiere desbrozar un terreno, se empieza talando el monte que le da sombra; la operación se realiza a un metro del suelo aproximadamente, con la intención de aligerar el trabajo; si el negocio de venderlos ofrece alguna ventaja, se apartan los árboles más valiosos y el fuego devora el resto. Durante los 2 primeros años se siembra maíz entre esos troncos ennegrecidos, que estorban en el campo hasta quedar reducidos a polvo por la acción de la naturaleza. En 2 días el plantón germina y sale a la superficie; en 24 horas, si estamos en la temporada apropiada, el tallo crece 18 pulgadas; finalmente, 3 meses bastan para hacer que las espigas lleguen a su madurez, de este modo, en el plazo de un año se podrían lograr 3 cosechas. El cultivador no se preocupa por rotar los cultivos ni por los abonos, las dos bases fundamentales del sistema agronómico de Europa aplicado por los ingleses con éxito en sus Antillas; no siembra pastizales artificiales ni recoge ningún estiércol; la tierra, abandonada a sus propios recursos, es lo bastante rica como para dar los mismos frutos durante muchos años seguidos.<sup>82</sup> ¿Cuál sería entonces la medida de su fecundidad si fuese tratada con métodos análogos a los nuestros? Sin embargo, no olvidemos que tan brillantes ventajas se compensan con el ardor del clima capaz de duplicar el peso del trabajo; la Providencia, al dar al suelo una fertilidad tan grande, quizá haya querido proporcionar la labor a las fuerzas del cultivador.

La organización administrativa de Cuba resulta bastante complicada; desde el punto de vista político, la isla se divide en 2 provincias; cuenta también con 2 jurisdicciones y 2 diócesis; desde el punto de vista militar y financiero, consta de 3 departamentos y 3 intendencias; finalmente, en sus relaciones con la marina, se compone de 5 provincias. Pero el pueblo habanero ha simplificado aquella compleja distribución tomando como

---

<sup>82</sup> Por ejemplo, la caña de azúcar, después de plantada, dura entre 40 y 50 años sin abono, en los terrenos cercanos a La Habana [N. del A.].

punto de partida el meridiano de la capital: todo lo que está al este se llama *Vuelta de arriba*;<sup>83</sup> todo lo del lado oeste, *Vuelta de abajo*.<sup>84</sup> Es esencial conocer esa desigual repartición, pues se ha adoptado generalmente y sirve de base a la geografía local.

Cuba es una isla montañosa, sobre todo en el centro y en los extremos, donde el relieve del suelo adquiere una importancia considerable. El pico del Potrerillo, con una altitud de 913 metros, parece ser el punto culminante del sistema central; pero es en los alrededores de Holguín y de Santiago donde se aprecian las importantes cimas de la *sierra Maestra*,<sup>85</sup> que supera en elevación a las montañas Azules de Jamaica y al Cibao de Santo Domingo.<sup>86</sup> Los ríos nacientes en aquellas sierras se ven necesariamente limitados por la restringida configuración de la isla; el más importante es el Cauto, que baja de las montañas de Cobre, recibe las aguas de la *sierra Maestra* y desemboca al cabo de 50 leguas en el solitario golfo de Bayamo. Navegable en unas 20 leguas, el Cauto está obstruido en su desembocadura por unos terreros, éstos no permiten adentrarse en él cuando hay marea baja. Vienen después el Sagua la Grande, cuyo origen se encuentra en las montañas de Escambray y cae en el Atlántico cerca de Maravillas; el Jatibónico escapa de una laguna, desaparece al pie de las *sierras de Matabambre*<sup>87</sup> y regresa una legua más adelante con estrépito; también están el Sasa, el Agabama, el Hanabana y el Cuyaguato. Entre esos ríos, los nacidos en la sierra de Trinidad son famosos por sus cascadas y por la calidad de sus aguas; podemos mencionar el salto de Moa, a una altitud de 100 metros: cuando su pendiente los arrastra hacia el sur, los ríos se confunden con las grandes ciénagas que bañan el litoral. El número y la belleza de los puertos compensan ampliamente en la isla de Cuba la escasa importancia de la navegación fluvial; en ninguna otra parte de América ha cavado la naturaleza unas cuencas así de magníficas para la seguridad y la comodidad de los buques; las de Cuba y Guantánamo, Jáguá, por el sur; Nipe, Nuevitas y La Habana, por el norte, son también notables tanto por su extensión como por sus condiciones de defensa y de seguridad.<sup>88</sup>

<sup>83</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>84</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>85</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>86</sup> 2500 metros (pico de Turquino). La altitud de las montañas Azules es de 2100 metros, y la del pico del Yaque, punto culminante del Cibao, de 2000 metros [N. del A.].

<sup>87</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>88</sup> El puerto de Nipe, el más amplio de todos, tiene una superficie de 65 millas cuadradas;

Han pasado tres siglos y medio desde la época en que Diego Velázquez consumó la conquista de Cuba, y en aquella apacible isla, consagrada por la naturaleza a la producción agrícola, el régimen político casi no ha cambiado. Sin embargo, el tiempo y las revoluciones contemporáneas han hecho germinar nuevas ideas y producido nuevas necesidades. Hay hombres con capacidad de reflexión en La Habana, y tienen la legítima ambición de ser tomados en cuenta en su país; pero lejos de favorecer aquellas aspiraciones orientándolas convenientemente, España se esfuerza en frenarlas: la política de esta potencia deriva todavía de los mismos principios que han conducido al desafecto y a la explosión de sus otras colonias. Al verse vencida por la necesidad, se decidió, al comienzo del siglo, romper el viejo monopolio que paralizaba el movimiento comercial de la isla, pero no ha hecho ninguna otra concesión. Un gobernador militar detenta en su persona todas las atribuciones y todos los derechos y el exceso de su autoridad no es moderado bajo ningún control: ésa es la forma simplificada del gobierno colonial. Los poderes ejecutivo, administrativo y judicial, todos terminan en manos del capitán general, quien, en una palabra, asume todos los derechos conferidos por la ley a los gobernadores de las ciudades en estado de sitio.<sup>89</sup> En estas rigurosas condiciones, que equiparan la colonia con una conquista reciente, no se asigna a los nativos, salvo alguna excepción, ninguna autoridad política ni ningún empleo público. Éstos son los orígenes de la antipatía contra lo español en la cual han sido educados los criollos, hasta convertirse en una sorda irritación contra la metrópoli. España ha creído alcanzar la seguridad con ese antagonismo; en lugar de tratar de sofocarlo siempre lo ha fomentado, usándolo como un contrapeso del espíritu innovador y del deseo secreto de independencia, y de todo lo que cuestione su autoridad.

El gobernador general, aunque su paso por la isla es fugaz, suele encontrar tiempo, antes de irse, para sacarle provecho a su cargo. La paga del alto dignatario no excede los 100 000 francos, pero puede llegar a 500 000 usando su poder con discreción y a más de 1 000 000 cuando da rienda suelta a su codicia. Esta situación es conocida por todos en la corte de Madrid, donde un puesto tan ventajoso se convierte en el blanco de todas las ambiciones; todos querrán solicitar un exilio cuyas molestias se ven compensadas con ejercer el mando de forma absoluta y hacer

---

de Nuevitás, 57; Guantánamo, 27; y Jágua, 23 [N. del A.].

<sup>89</sup> Ordenanza de Fernando VII, del 28 de mayo de 1825 [N. del A.].

una fortuna. Esta última perspectiva excita sobre todo la imaginación de los elegidos; parten hacia su destino ilusionándose con sueños dorados y cuando toman posesión, sólo piensan en dar a sus abstracciones una forma sensible y material. Sin hablar de los funcionarios de cierto rango, sobre quienes el jefe proyecta su poder discrecional, existen en las distintas ramas del servicio público muchos empleados ávidos, necesitados, infieles, cuyas pequeñas exacciones cotidianas suponen para ellos una contrapartida por la mediocridad de su sueldo: las quejas resultarían superfluas, pues pasarían años antes de que una investigación seria viniese a sacar a la luz sus fechorías. Una represión tan incierta y aplazada por tanto tiempo equivale a la impunidad.

Después de tres años de ejercicio, el capitán general cede su lugar a un sucesor quien se instala con los mismos proyectos, es decir con el propósito de enriquecerse cuanto antes. Los habaneros no tienen por tanto nada que ganar con el advenimiento de ese nuevo personaje. Su isla, se puede decir, se parece a una granja cuyo propietario saca tanto beneficio como puede y, cuando se renueva el arrendamiento, se esfuerza en aprovecharse todavía más; la isla mantiene, independientemente de la armada local, un ejército de diez o doce mil hombres, con un estado mayor importante; sostiene los gastos de las fortificaciones, de los caminos y de los trabajos hidráulicos; retribuye a las autoridades civiles y judiciales y además, cada año, envía remesas considerables de dinero a la metrópoli.<sup>90</sup> Por otra parte, para resumir las quejas de los criollos, si la isla se ve seriamente amenazada en su riqueza forestal; si le faltan vías de comunicación; si la propiedad de las tierras está mal definida; si leyes confusas alargan indefinidamente los pleitos arruinando a los litigantes; si al amparo de ciertas jurisdicciones privilegiadas, los hombres poderosos cometen impunemente la iniquidad; si la judicatura no inspira el respeto ni la confianza; si finalmente la inteligencia ágil y despierta de los habitantes se consume en las pasiones del ocio o se complace en peligrosas quimeras, hay que acusar ante todo, según ellos, la política de la madre patria y el vicio de sus propias instituciones, cuya impronta lleva el régimen colonial.

<sup>90</sup> Los ingresos de la isla de Cuba varían desde 8 hasta 11 millones de piastras (entre 40 y 50 millones de francos). España percibe alrededor de un tercio de esa cantidad; el gobierno local asume con el resto los gastos generales de la administración y los de las diferentes ramas del servicio público. Cuba y Java son las únicas colonias lo suficientemente ricas como para tener un excedente de los ingresos sobre la cuantía de sus gastos [N. del A.].

Yo hubiese querido profundizar más en las costumbres de la sociedad habanera; podría haberlo intentado, al menos en cierta medida, pues no me faltó información, y mis fuentes eran dignas de confianza; pero como soy el único juez en esta cuestión tan delicada, prefiero abstenerme, o más bien limitarme a algunas apreciaciones generales para no exponerme a una acusación de ligereza justificada por la brevedad de mi estadía.

El mérito personal, lamento decirlo, es una ventaja muy secundaria en La Habana, donde los jóvenes, privados de ánimo y de estímulo nacional, languidecen en escuelas estériles, sin emulación ni progreso. Es verdad que muchas familias ricas envían a sus hijos a Europa o a los Estados Unidos para buscar el alimento espiritual que su patria no podría ofrecerles; dotados de aptitudes y de talento natural pero acostumbrados a demasiada independencia como para soportar el yugo del trabajo, regresan con una educación más brillante pero menos sólida, con la imaginación a menudo llena de ilusiones y de proyectos irreflexivos. Por otra parte, aquel primer entusiasmo no tarda en desvanecerse por la ociosidad de las costumbres coloniales, a menos que la carrera médica o la de la abogacía, las únicas profesiones con cierta consideración en la isla, les ofrezcan el sustento. Quienes han recibido una educación exclusivamente nacional y jamás han salido del país sienten todavía menos la necesidad de cultivar su espíritu y de dedicarse a una ocupación seria; tratados como hombres desde la más tierna edad, se esfuerzan en desempeñar ese papel y adquieren muy pronto el hábito de ceder a todas sus inclinaciones. Con doce años son pequeños prodigios y no se cansa uno de admirar su precocidad; pero parecen plantas tempranas, cuya savia circuló demasiado pronto y no dan sino frutos malogrados. En cuanto a las clases inferiores, cuyos instintos no han sido depurados por ninguna especie de cultura, no sólo vegetan en la más grosera ignorancia, puede decirse también que la ausencia de principios deja en ellas un espacio abierto a todas las tentaciones.<sup>91</sup> Una alteración profunda de las nociones morales invade aquella porción del cuerpo social, compuesto por muchos individuos de fisonomía sospechosa, color indeciso y raza equívoca, dispuestos a traficar con todo, hasta con la vida del prójimo, si no los detuviese el temor del castigo.

---

<sup>91</sup> De 64 000 niños blancos de ambos sexos, con 10 años de edad, viviendo en la provincia de La Habana en 1844, 5607 recibían la instrucción primaria elemental en las escuelas públicas. ¿Qué podemos pensar acerca del resto de la isla? [N. del A.]

Aunque los habaneros sean naturalmente aptos para apreciar los placeres del gusto y del espíritu, le dan muy poca importancia a los artistas y menos aún a los eruditos; rara vez leen; sería inútil buscar en su ciudad un gabinete de lectura o una sociedad literaria; sus periódicos son pueriles y carentes de interés; ¿y cómo asombrarse por ello cuando en España, donde nada se opone a su libre desarrollo, se halla la prensa tan lejos de la madurez? Las hojas dedicadas a los acontecimientos de afuera, salvo si se trata de eventos importantes, como los que acaban de sacudir al Viejo Mundo, atraen a escasos lectores interesados; sea cual sea el mérito de su redacción, es un producto cuya proyección es casi nula. Un extranjero, asistente a la clase de química en la universidad de La Habana, me describía la actitud impasible de los alumnos mientras el profesor efectuaba ante sus ojos un experimento de sumo interés. Aquella frialdad la atribuía al orgullo; yo más bien a la ignorancia. ¿De qué se asombrarán unos espíritus indolentes cuando se conforman con disfrutar de las maravillas de la creación sin remontarse a su principio? En los productos de nuestra industria no ven sino el hecho consumado y no se esmeran en buscar las dificultades y la larga sucesión de trabajos, de cálculos y de combinaciones, mediante las cuales el espíritu humano ha tenido que pasar para realizar algunas de sus fantasías.

Por otra parte, resulta fácil explicar porqué, en un país donde las aspiraciones de la sociedad se dirigen principalmente al culto de la riqueza, las letras y las ciencias gozan de tan poco favor. En Cuba la pobreza es humillante, desluzca más que un vicio, ningún esfuerzo basta para disimularla; la mediocridad se impone a los más duros sacrificios para brillar en público con un resplandor similar al de la opulencia. ¡Cuántas privaciones secretas han costado alguna vez el atuendo de las doncellas y el carruaje que las conduce a la Ópera! La armonía de la familia se verá perturbada para siempre si una de ellas contrae un matrimonio ventajoso; su nueva fortuna abrirá un abismo jamás colmado por la ternura más genuina; además, sus hermanas difícilmente se resignarán a ser menos, y sus pretensiones harán imposible el matrimonio para ellas. La misma necesidad de lujo y de ostentación estremece como un vértigo a todas las clases de la sociedad; es un mal muy serio, pues causa grandes excesos y oculta, bajo engañosas apariencias, mucho desorden, pobreza y sufrimiento.

Probablemente el origen del boato y la ostentación de la población cubana se encuentra, como en todas partes, en un gran fondo de vanidad; pero ¡cuánto prefiero aquella debilidad, la cual, por otra parte, no excluye la sociabilidad ni otras amables cualidades, antes que el intratable orgullo de los españoles de la clase inferior! No hay ni uno, sea cual sea su oscura ascendencia, que al desembarcar en Cuba no se ufane de ser buen hidalgo y no se muestre quisquilloso con la partícula antepuesta a su apellido. La servidumbre se compagina mal con las pretensiones de nobleza; por tal motivo, aquellos a quienes la necesidad arrastra a semejante condición no cumplen con su servicio sino con evidente repugnancia y se imaginan redimirse de su humilde situación con la susceptibilidad más ridícula. Su negligencia, su humor, la opinión favorable de sí mismos, los vuelven excesivamente desagradables. Como La Habana es una ciudad con recursos, se preocupan poco por el mañana y siempre están dispuestos a romper sus compromisos bajo el menor pretexto. En el café adoptan un trato familiar, o hacen su labor con una indolencia impertinente fingida en apariencia, como para salvar su dignidad. En cuanto a los criados negros, se les puede comparar con niños desagradecidos; sea cual sea la bondad de sus amos, rara vez responden con gratitud, y la versatilidad de su espíritu los lleva a cambiar de patronos en cuanto tienen la oportunidad de hacerlo. Por poner un ejemplo de sus bellaquerías habituales, es común verlos alquilar a los transeúntes el carruaje que se les ha encomendado mientras esperan a su amo salir de una fiesta o de un espectáculo. Una noche yo mismo fui el cómplice involuntario de semejante fechoría, y me convencí de haber vuelto a mi aposento en el coche de un gran señor.

El gusto por la fastuosidad, el espíritu pleitista introducido en las costumbres y la antipatía de las clases libres por el trabajo agrícola son las tres plagas de la isla de Cuba.

Los procesos legales, costosos en todos los países, llevan aquí en sí mismos el germen de una ruina inevitable. En efecto, la propiedad se ostenta sobre bases tan discutibles que la fuente de las controversias nunca se agota, por decirlo así. Por este motivo hay una multitud de abogados, procuradores y juristas de todo tipo devorando el patrimonio de los litigantes con tan pocos escrúpulos y su número siempre creciente reduce el de sus clientes. Por añadidura, la tendencia a la búsqueda de pleitos floreció desde tiempos inmemoriales en toda la América española,

y puede decirse que fue uno de los primeros frutos de la civilización europea en el Nuevo Mundo.<sup>92</sup> No obstante, en ninguna otra parte los abusos de la abogacía se han ganado tan triste reputación como en La Habana.

La legislación colonial se presta muy fácilmente a las controversias judiciales; difícilmente nos formaremos una idea sobre la infinidad de sutilezas y embrollos, las pequeñas tácticas inicuas y peligrosas, las excepciones dilatorias y finalmente el arsenal de mala fe disponible para eternizar los procesos. Aquel fárrago de recursos injustos ofrece armas inagotables a los abogados, quienes logran incorporar a una causa mil y una acciones subsidiarias cuyo término llegará en raras ocasiones. El deudor, siguiendo los consejos de los letrados, se cubre con su insolvencia, y la demuestra victoriosamente, sea cual sea el estado de su fortuna; o se escuda detrás de algún *fuero*<sup>93</sup> privilegiado, en perjuicio de la jurisdicción ordinaria. El mal no consiste tanto en el alto precio de la justicia sino en la imposibilidad de conseguir justicia después de muchos sacrificios; lamentablemente la desidia de los altos funcionarios y la dificultad para hacer llegar a las altas esferas las quejas mejor fundadas favorecen todos los disparates y dejan a los tribunales de segundo orden convertirse en los árbitros de la fortuna y de la libertad de los ciudadanos.

Se ha calculado que el monto de los gastos de los sumarios alcanza en la isla de Cuba, en un año común, la suma de 10 000 000, y el papel sellado empleado en las actas judiciales, la de 160 000 francos.<sup>94</sup> Además, la necesidad de pleitear se convirtió en una costumbre; como los incidentes se multiplican según el deseo de los adversarios y el juicio definitivo permanece en suspenso a veces durante varias generaciones, las demandas se convierten en un pasatiempo que rara vez genera enemistad, aunque en última instancia lleven a la ruina de los litigantes.

Para completar mi tarea, me falta dar a conocer al *guajiro*<sup>95</sup> o campesino de la isla, descrito por otros viajeros como de una apariencia brillante y

---

<sup>92</sup> Los legistas fueron considerados muy pronto como un azote en las colonias españolas, a tal punto que en 1526, a sólo 34 años del descubrimiento de América, cuando don Francisco de Montejo obtuvo la autorización de conquistar y de colonizar Yucatán, se les prohibió terminantemente el acceso a aquella provincia por un edicto de la cédula real [N. del A.].

<sup>93</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>94</sup> Queipo. *Informe fiscal*: 141 [N. del A.].

<sup>95</sup> En español en el texto original [N. del T.].

poética, pero a quienes, lamentándolo mucho, yo he visto bajo una luz algo distinta.<sup>96</sup>

Ciertamente, desde un punto de vista pintoresco, el *guajiro* le saca ventaja al habitante de nuestros campos; en el semblante y en el porte tiene altivez, elegancia, un toque de independencia y compostura gracias al ejercicio de una libertad sin límites y de una voluntad rara vez discutida. Véanlo, el domingo, acuciando a su yegua preferida; sus espuelas son de plata maciza; su cuchillo de caza es un arma valiosa; su camisa de tela fina, cuidadosamente plegada, ondea al viento; su porte es airoso y gallardo; aparece en la iglesia de su vecindario, o quizá en la de una *aldea*<sup>97</sup> cercana, atraído por los ojos negros de alguna *guajira*; la cantilena con que ameniza su trayecto recuerda el canto monótono de los árabes de Argelia; es el mismo tono menor, es el mismo ritmo tan antiguo como el mundo. Existe, por otra parte, más de un rasgo de semejanza entre este tipo específico de la raza española y el pueblo guerrero que durante ochocientos años pisó la misma tierra; pero yo me limito a mencionar el hecho sin establecer un paralelismo.

Indolente en las circunstancias ordinarias de la vida, el *guajiro* sabe entrar en acción cuando es tentado por el interés o la pasión; celoso, disimulado, vengativo, avanza zigzagueante hacia su fin y rara vez se deja disuadir por un escrúpulo. En ninguna parte quizá el hombre del campo lleva más lejos su vanidad; pero no es en sus cosechas, en sus hijos ni en sus cualidades personales donde pone su amor propio, sino esencialmente en sus armas, su ropa, los arreos de su caballo y su gallo de pelea; ningún sacrificio le resulta excesivo con tal de satisfacer un afán de ostentación observado con la misma intensidad en el árabe.

Aunque habitualmente vive con poco, es glotón y come con avidez cuando surge una oportunidad. Si su comida se limita a frijoles negros y plátanos es porque ha devorado en una semana el cerdo que habría contribuido durante dos meses a la alimentación de su familia. A veces me he sentado a la mesa de los campesinos de Cuba y siempre me ha sorprendido su voracidad; no se embriagan, es verdad, aunque aprecian el licor y lo consumen con frecuencia; hospitalarios como todos los pueblos pobres, ponen sin titubear lo que les pertenece “a la disposición” de su

<sup>96</sup> Véase, sobre todo: *La Havane*, de la señora Merlin, tomo II, capítulo XIX [N. del A.].

<sup>97</sup> En español en el texto original [N. del T.].

huésped, y en su boca esta frase no es una vana expresión. Sin embargo, se echa de menos en ellos que tan amable virtud no venga acompañada por la gracia y la cordialidad capaces de realzarla.

El juego es el entretenimiento favorito de los *guajiros*; juegan a diario sus pertenencias contra el azar de una carta o de una pelea de gallos; pero, aunque su naturaleza sea ardiente y apasionada, las peleas en las cuales se inmiscuye rara vez tienen un desenlace trágico; todo se resuelve con violentas gesticulaciones y vanos clamores. Su temperamento no es alegre; no hay nada menos comunicativo ni tan poco parecido al alborozo como la ruidosa agitación de la gente del campo: sus gritos ensordecedores, sus gestos y sus miradas inspiran algo muy alejado del regocijo; sus ojos siempre brillan con un fuego sombrío, incluso en medio de una fiesta, y en su expresión se percibe algo equívoco, una concentración incapaz de inspirar confianza.

Los *guajiros* son valientes, y la historia de la piratería podría registrar numerosos rasgos de su audacia; duros y pacientes cuando persiguen un fin, su energía parece duplicarse en la guerra implacable que libran contra los esclavos fugitivos. Siguen con instinto de sabueso la pista de aquellos desdichados por las *sierras*<sup>98</sup> más inaccesibles, y en cuanto descubren donde se esconden, los atacan sin preocuparse por saber cuantos son. Su impetuosidad paraliza el valor de los negros, pues éstos piensan más en huir que en defenderse; crueles por temperamento, llevan la barbarie hasta entregar a los perros el cadáver de sus víctimas, con el fin de alentar las sangrientas inclinaciones de esos animales. Sin embargo, en su vida normal tratan con benignidad a sus propios esclavos, e incluso viven con ellos con una familiaridad poco común en otros lugares.

Las *guajiras* tienen una personalidad dominante, se dice, y los primeros nubarrones en la vida de familia se deben, según parece, a sus pretensiones de compartir la autoridad. Algunas de aquellas criollas son criaturas encantadoras, dotadas de una delicadeza de formas y de una gracia algo altiva, yo diría un poco salvaje, que le da a su belleza un salero inapreciable en alguna otra parte, salvo en las montañas de Andalucía.

Un *guajiro* debe ser muy pobre para conducir él mismo su arado y no contar con un esclavo de alquiler, si no puede comprarse uno para cultivar su campo; no es aficionado al trabajo, y hasta lo desprecia por ser un

---

<sup>98</sup> En español en el texto original [N. del T.].

atributo de la servidumbre. Esta opinión es nefasta para la agricultura; resultará muy difícil, mientras perdure, no sólo crear una amplia competencia entre el trabajo libre y el de los esclavos, sino también sustituir gradualmente la segunda de estas formas por la primera; es una cuestión de la cual depende sobremanera el porvenir de Cuba. Se ha alegado, para justificar la necesidad de la esclavitud, la débil complejión de los europeos, y se ha pretendido que sólo la raza africana era apta para resistir bajo los trópicos los rigores de una condición laboriosa; pero hoy muchos hombres ilustrados consideran esa opinión un prejuicio y piensan que la ineptitud invocada para sostenerlo es sólo una herencia del orgullo. En efecto, puede mencionarse el ejemplo de nuestras Antillas, roturadas por una población europea cuyo libre compromiso fue anterior a la trata de negros en las colonias. Hoy mismo, los canarios, los más pobres entre los *guajiros* de Cuba, cultivan sus tierras con sus propias manos y rara vez poseen a un esclavo que les ayude en su labor. Por último, si los indios, como muchas personas lo suponen, son originarios de Asia septentrional, la cuestión de la aclimatación se resolvió desde hace siglos. En cuanto al presente, el trabajo libre alcanza un precio demasiado elevado como para conseguir su amplio fomento; por otra parte, se habrá dado un paso útil y decisivo hacia la solución del problema agrícola<sup>99</sup> cuando se modifique el sistema de explotación rural, pues en las condiciones actuales no puede aplicarse más que a gran escala, y cuando se experimenten nuevos cultivos en superficies más divididas.

Mientras tanto, los europeos harían bien en ser prudentes ante la tentación de instalarse en Cuba hasta haberse informado perfectamente sobre la economía del país: la compensación que se les ofrece y puede seducirlos sólo alcanzará para alquilar una pobre habitación y para pagarle al médico, así como para los gastos de enfermedad inseparables de la aclimatación. Todo es necesariamente muy caro en una sociedad pequeña con menos de 75 millones de dinero en circulación; la depreciación de la riqueza con dinero en metálico, resultante de esa abundancia, produce una elevación proporcional en el valor de los objetos intercambiados. Los monopolios

---

<sup>99</sup> Por ejemplo, según la opinión de todos los economistas, el cultivo de la caña debe ser independiente de la fabricación del azúcar, pues las dos operaciones son completamente distintas y ambas exigen capitales considerables. Véase *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, de Ramón de la Sagra [N. del A.].

también contribuyen a subir el precio de los bienes de subsistencia: quien tiene peso en los mercados públicos hizo subir en un 100% la carne y el pescado; además, los enormes aranceles impuestos a los productos extranjeros, sin exceptuar las harinas, explican suficientemente la carestía de la vida y los altos sueldos.<sup>100</sup> A estas decepciones que esperan al extranjero se debe agregar la tasa excesiva del interés y la dificultad para conseguir capital de inversión, aunque haya mucho dinero disponible. Tales son los resultados de las malas leyes, del lujo y de los problemas relacionados con la propiedad inmobiliaria, metida en la inextricable red de un régimen hipotecario con fuertes restricciones.

Las apreciaciones anteriores parecerán ciertamente injustas en La Habana, donde todavía no se le han perdonado a una mujer inteligente y con talento algunas ligeras críticas, ampliamente compensadas por la prodigalidad de los elogios; sin embargo, yo visité Cuba sin prevenciones; libre de cualquier influencia y con la voluntad de instruirme, hice este análisis con un enfoque imparcial, pues ése es el primer deber del viajero, y no dejé tampoco de completar mi propio juicio con la opinión de hombres ilustrados, inmersos suficientemente en las costumbres y el carácter de sus habitantes tras una estancia prolongada en la isla. Si he cometido algunos errores, no ha sido pues de forma deliberada, ni mucho menos con la intención de lastimar en su legítimo orgullo a un pueblo no carente de defectos, aunque compensados con muchas cualidades. La condición amable de los habaneros, su capacidad y su gran inteligencia producirían excelentes frutos, estoy seguro de ello, si sus aptitudes naturales se conjugasen con mejores instituciones y con una sólida educación nacional.

Hace algunos años se disponía de una información superficial sobre la historia natural de Cuba, sin autoridad, a menudo, y diseminada en los tratados generales; aquella carencia ha sido corregida por una obra de mérito indiscutible y de muy buena factura, publicada bajo los auspicios del gobierno español.<sup>101</sup> No obstante, sea cual sea la importancia de su

---

<sup>100</sup> Las harinas se gravan con 2 1/2 piastras cuando provienen de España, y con 10 cuando se importan desde el exterior. El rigor de este derecho diferencial ha provocado unas justas represalias desde los Estados Unidos, país rico en cereales, causando un gran perjuicio al comercio cubano. Otra consecuencia de esta guerra de aranceles es la importancia dada en la Luisiana a la fabricación de azúcar, donde esta industria estaba descuidada, y la competencia resultante de ello en los mercados extranjeros [N. del A.].

<sup>101</sup> *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, de Ramón de la Sagra, París,

obra, dista de ser un estudio completo, y el naturalista que, movido por el amor a los descubrimientos, visitase aquellos parajes no debería desanimarse. Sin hablar del reino inorgánico, cuyo estudio apenas se ha esbozado, ¡cuántos seres extraños y aún ignorados viven en las *sierras*, a la sombra de las selvas vírgenes, en las aguas dulces que riegan los valles interiores de la isla y en las aguas saladas que bañan sus contornos! El reino vegetal, por ejemplo, ofrece un campo de observación inagotable. ¡Cuántos problemas fisiológicos por resolver, cuántas propiedades por averiguar, cuántas denominaciones por comprobar o por rectificar! Un solo árbol, festoneado con lianas e invadido hasta la copa por mil plantas parásitas, detendrá al botanista durante toda una jornada. En aquellas regiones espléndidas donde la diversidad parece ser una ley de la naturaleza, podría decirse, esta página de la creación fue tratada con especial predilección; allá, cada planta nos sorprende o nos cautiva, desde la majestuosa palmera y la poderosa ceiba hasta la humilde rosa de las sabanas capaz de pintar las praderas del oeste, y hasta la frágil lobelia inclinada al borde de los riachuelos, disimulando bajo un aspecto cándido la acritud de su jugo venenoso.

Las ramas inferiores del reino animal son naturalmente aquellas cuyo estudio se encuentra menos avanzado y ofrecen al naturalista la fuente de investigaciones más fructífera. Por ejemplo, los moluscos terrestres son tantos y tan diversificados que la menor excursión más allá de las tierras conocidas de La Habana conduce a algún descubrimiento.<sup>102</sup> Ciertas especies rivalizan con los productos del océano en la intensidad y la agradable distribución de sus colores; me limito a mencionar dos entre muchas. Una, parecida a nuestros caracoles, aunque sólo por su forma, se encuentra en la extremidad oriental de la isla, donde vive sobre el tronco de las palmeras: amarilla, roja, verde, lila, dorada o de un negro violáceo, sus variedades son infinitas y justifica muy bien el nombre de *helix picta* atribuido por los conchiliólogos. La otra, más alargada, pero igualmente

---

1842-56. Poey, profesor de zoología en la Universidad de La Habana, ha empezado, desde hace algunos años, una serie de memorias de un interés extremadamente variado sobre la historia natural de Cuba [N. del A.].

<sup>102</sup> La enumeración de los moluscos terrestres y fluviales de la isla de Cuba ascendía a 97 especies en la obra de Ramón de la Sagra; más tarde, Poey elevó esta cifra a 385 especies, y no dudo de que llegue a duplicarse un día. Véase Felipe Poey. *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*. T. II. Habana: 1851-1854: 11 [N. del A.].

variable en su brillante coloración, vive en los montes impenetrables que bordean la zona marítima, principalmente en el oeste, y ofrece a los pescadores un cebo muy apetecido por los peces;<sup>103</sup> los paguros se apoderan luego de la concha vacía y se aíslan en su interior, como verdaderos ermitaños, con los cuales la imaginación popular los ha comparado. Los moluscos terrestres, al disponer de medios limitados para desplazarse, se apartan poco del sitio donde nacieron; su característica distintiva reside en su envoltura testácea, y como ésta lleva en general la impronta de las circunstancias locales en el medio en que han vivido, resulta que en una isla donde las condiciones del suelo y de la vegetación son tan variadas como en Cuba, no hay una vertiente de montaña, una cuenca o una playa sin alguna especialidad de su tribu.

Las tibias aguas del océano están igualmente pobladas por una multitud de seres animados, de un orden inferior, y cuando hay calma flotan en su superficie o cubren la costa tras una ráfaga de viento. Observé sobre los bancos extendidos por la punta occidental de la isla unos erizos de mar de un bello color violeta, armados de unas púas largas y delgadas como agujas de hacer medias; allí se hallan también unas estrellas de mar matizadas de color naranja, realzado de encarnado, y otros radiados con formas singulares y muy diversificadas. Cuando el fondo es cenagoso, lo habitan grandes moluscos de la familia de los cascós, cuya pesca se exporta hacia Europa donde se saca provecho de su envoltura nacarada para la elaboración de tabletería; con excepción de las conchas, objeto buscado desde siempre, la mayor parte de esos animales marinos, ubicados en los últimos peldaños de la escala zoológica, son poco conocidos.

Entre los moluscos que consiguen aguijonear la curiosidad del naturalista, mencionaré el *crinoideo*,<sup>104</sup> un animal muy extraño perteneciente a la categoría de los pólipos y a la de los radiados; su organización es aún muy oscura y su lugar es incierto en la serie de los seres vivos. Se trata de un viejo poblador de nuestros mares, de donde ha ido desapareciendo desde hace siglos junto con otras razas antiguas extinguidas sucesivamente; sólo nos han quedado sus restos petrificados. Sin embargo, una

---

<sup>103</sup> *Achatina fasciata*, Mull [N. del A.].

<sup>104</sup> El autor utiliza en la versión original francesa la palabra *enchrine*, cuyo equivalente científico en español es crinoideo; es más conocida hoy como *lys de mer* en francés y lirio de mar en español [N. del T.].

especie del mismo género aún sigue viviendo en el mar de las Antillas, en la costa septentrional de Cuba. Ningún naturalista realmente competente ha observado hasta ahora un ejemplar vivo; no presumo de mejor suerte, aunque no haya escatimado esfuerzos para lograrlo; pero el éxito llegó demasiado tarde, y solamente estoy en condiciones de ofrecer una indicación precisa a los viajeros que me sucedan. Sería vano buscar el crinoideo en el radio de La Habana; lo encontrarán en la extremidad oriental y septentrional de la isla, entre el puerto de Nipe y el de Nuevitás, y sobre todo en la pequeña bahía del Manatí, adherido a los peñascos mediante los prolongamientos radicales de su tallo. Cuando el tiempo es tranquilo, se le ve muy claramente entreabrir su copa visceral, ribeteada de tentáculos, y abrirse como una flor submarina a varios pies de profundidad. El pescador al cual le debo esta información era oriundo de aquel lugar; él conocía el crinoideo con el nombre de *palma de mar*.<sup>105</sup> Los habitantes del puerto de Manatí lo conservan vivo, como un objeto curioso, en vasijas llenas de agua salada.<sup>106</sup>

Las ostras de Cuba son de una especie muy distinta a las nuestras, pero no difieren en nada por su sabor: en lugar de adherirse a los peñascos, se fijan en las ramas inferiores de los manglares, allí se aglomeran y forman racimos que el pescador puede recolectar, como si de frutos se tratase, desde su barca. Aquellos mariscos abundan sobre todo en la desembocadura de los ríos, donde el nivel de sal es moderado. Un prejuicio asumido entre los europeos les atribuye cualidades dañinas; sin embargo, no he descubierto ningún hecho para justificar tal opinión, y he comido ostras varias veces sin haber experimentado ninguna incomodidad. En ocasiones, ese molusco da asilo a un cangrejo rojizo y blando de una especie pequeña, el cual vive como un parásito entre los lóbulos de su manto. Los conocedores no se asustan por tan poca cosa; por el contrario, piensan

<sup>105</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>106</sup> El crinoideo fue descrito y representado por primera vez, según creo, con el nombre de palma animal, por D. Antonio Parra, naturalista habanero, en una obra muy difícil de conseguir, titulada: *Descripción de diferentes piezas de historia natural: las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*. La Habana: 1787: 181, pl. 70. La comátula, descubierta en 1823 en los mares de Europa, se relaciona por analogía con la familia de los crinoideos; sin embargo, no parece que la especie de Cuba experimente la misma metamorfosis, ni goce en ninguna época de su existencia de la facultad de moverse libremente en el fondo de las aguas [N. del A.].

que la ostra gana en calidad con ello; pero es difícil para los extranjeros encontrar en ese condimento algo de su gusto. Aunque las ostras abundan en muchos parajes y su pesca resulte extremadamente cómoda, casi no se consiguen en el mercado de La Habana, donde la falta de espíritu emprendedor es un fiel reflejo de la indolencia de sus habitantes.

La numerosa clase de insectos y crustáceos abre un campo de estudio bastante importante, pese a las similitudes naturales a través de las cuales se vincula la fauna entomológica de Cuba con la de las otras islas del archipiélago y con la de los territorios continentales más cercanos. Mencionaré entre los crustáceos un pequeño cangrejo de río, con pinzas delgadas y alargadas, común en los alrededores de La Habana; y una especie más grande, ignorada por los naturalistas, ésta se encuentra en el occidente de la isla, pero sólo en los arroyuelos que riegan la vertiente septentrional de las montañas. Aquella particularidad bien conocida por los *guajiros* y los negros cimarrones les sirve de indicio cuando se han perdido en el monte.

Las aguas dulces alimentan a varias especies de peces, generalmente poco conocidas; se cuentan hasta ocho en la región occidental de la isla (*Vuelta de abajo*), entre otras una anguila que vive en los ríos del *partido de Santa Cruz*.<sup>107</sup> Allí se encuentra una bonita salamandra de gran tamaño y de un verde brillante con bandas negras sobre el dorso. Esta información me la proporcionó un verdadero amigo de la naturaleza, pues vivía aislado en el interior de aquella zona, donde disfrutaba plenamente de la creación tropical. A aquel filósofo, nacido bajo otro cielo, no le preocupaban las clasificaciones ni los sistemas; desdeñaba los libros, se limitaba a contemplar y no se tomaba la molestia de recolectar nada; su colección era la isla entera; con buenas piernas y una buena memoria, regresaba de sus excursiones recordando perfectamente todo lo observado. Le debo interesantes detalles gracias a los cuales he considerado a la fauna de Cuba como una mina fecunda que no se agotará en mucho tiempo.

Recientemente, las memorias de M. Poey nos dieron a conocer una especie nueva de *lepidosteus*, distribuida en los lagos y ríos de la región occidental. Los lepidosteos son unos peces extraños, su cuerpo es alargado en forma de cilindro, revestido de una coraza ósea constituida de

---

<sup>107</sup> En los ríos Tacotaco y santo Domingo, por ejemplo [N. del A.]. *Partido de Santa Cruz*, en español en el texto original [N. del T.].

escamas imbricadas y articuladas entre ellas por series: sus mandíbulas son poderosas y su aspecto formidable; se asemejan a los reptiles y en especial a los cocodrilos, no sólo por ciertas características exteriores, sino también por varias particularidades de su estructura íntima, distintiva de todos los géneros vivos actualmente sobre el globo terrestre. Su tipo sólo ofrece analogía con las razas antiguas, pobladoras de las aguas durante las primeras edades del mundo, en una época en la cual el límite entre peces y saurios no se había definido con claridad.

Hace mucho que el sabio autor de las *Investigaciones sobre peces fósiles* llamó la atención de los naturalistas sobre la extraña organización de los lepidósteos, y evidenció las relaciones señaladas con anterioridad, creando la familia de los sauroideos:<sup>108</sup> de sus investigaciones resulta que ese género de peces, circunscrito hoy a algunos lagos y algunos ríos del Nuevo Mundo, era antaño cosmopolita, pues se han encontrado restos fósiles de ellos en Europa, Asia e incluso en Australia, en las más antiguas formaciones con vestigios de animales vertebrados. Su existencia excepcional en América posiblemente sea prueba de que esa región no ha sido alterada tan profundamente en su constitución física como en el resto del globo terrestre, de donde su raza ha desaparecido por completo.<sup>109</sup> El crinoideo ya nos mostró un fenómeno del mismo género, gracias al cual se corrobora esta presunción.<sup>110</sup>

El lepidósteo de Cuba o manjuarí, descrito con detalle por M. Poey, alcanza un metro y medio de longitud; su carne es comestible, pero sus huevos son supuestamente venenosos.<sup>111</sup>

Entre todos los seres vivos, los pájaros son aquellos animales a quienes la naturaleza dotó de las facultades locomotoras más completas; por eso su existencia se desenvuelve rara vez en un círculo limitado, como la de

---

<sup>108</sup> Agassiz. *Investigaciones sobre peces fósiles*. T. II: 2, cap. I [N. del A.].

<sup>109</sup> Agassiz, *Lake superior*: 259 [N. del A.].

<sup>110</sup> El descubrimiento de un *pleurotomario* vivo en las aguas de Guadalupe es un hecho reciente e infinitamente curioso que se puede agregar a los anteriores. Los pleurotomarios son unos moluscos marinos sólo hallados anteriormente en estado fósil en los terrenos secundarios y, por ejemplo, en la gran formación oolítica. El género foladomia encontrado hace algunos años en las Antillas había despertado, por las mismas consideraciones, un gran interés entre los naturalistas [N. del A.].

<sup>111</sup> Felipe Poey. *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*. T. I: 273 y 438 [N. del A.].

los animales mencionados anteriormente. Entre las 129 especies observadas en la isla de Cuba por Ramón de la Sagra, sólo 27 son autóctonas; el resto pertenece igualmente al continente vecino, incluso algunos, como la polla de agua, se encuentran en el Viejo Mundo. La pintada, introducida hace tiempo por los españoles, acabó naturalizándose por completo; vive bien en las sabanas entrecortadas por la selva, y sobre todo en las cercanías de las plantaciones, donde encuentra más fácilmente alimento. Es una excelente ave de caza y tiene un costo menor al de las aves de corral en el mercado de La Habana, donde se encuentra a veces junto a una perdiz, una alondra y un palomo de cabeza azul muy bonito.<sup>112</sup>

Los historiadores españoles que nos dejaron alguna información sobre los productos naturales de Cuba en el tiempo de la conquista contaban en la isla, sin hablar del perro, 6 especies de mamíferos, todos roedores menos uno: el hutía, el quemí, el mohuy, el cori, el guabiniquinar y el ayre.<sup>113</sup> Hasta ahora, de esos cuadrúpedos sólo se han encontrado 4:<sup>114</sup> el *mus porcellus*, los *capromys Fournieri* y *Poeyi* y el *solenodon paradoxus*. En cuanto a la concordancia entre sus nombres científicos y los atribuidos en el idioma del país es difícil de establecer, pues la descripción que ha llegado hasta nosotros es somera e incompleta.

El *mus porcellus* de Linneo es un pequeño mamífero del género cobaya, naturalizado desde hace varios siglos en Europa, donde se le conoce con el nombre vulgar de conejillo de Indias. Mencioné en el capítulo anterior el *capromys Fournieri*, la única especie que, según he visto con mis propios ojos, vive sobre los árboles, a orillas de los ríos de la *Vuelta de abajo*. Ese animal tiene la carne negra y tiene un sabor similar a la del conejo cuando se le quita el olor fuerte y desagradable; se vende en el mercado de La Habana. El *capromys Poeyi* medra en lugares montañosos y vive en las cavidades de los peñascos; difiere del anterior no sólo por sus hábitos, sino también por el matiz de su pelaje y por una particularidad de su cola, cuya extremidad no está pelada en la parte inferior. Los dos se alimentan con frutas, hojas, corteza y lagartos, a los cuales cazan asiduamente; actúan como la ardilla, se yerguen como ésta sobre sus patas traseras y agarran los alimentos para llevarlos a la boca.

---

<sup>112</sup> *Col. cyanocephala* Gm. Especie particular de las Antillas, como la *C. leucocephala* Gm. Se conocen ocho especies de palomos en la isla [N. del A.].

<sup>113</sup> Oviedo. *Historia general de las Indias*. L. XII, cap. I y l. XVII, cap. IV [N. del A.].

<sup>114</sup> El *C. prehensilis* Popp. todavía es una especie dudosa [N. del A.].

El más extraño de esos pequeños mamíferos es el *solenodon paradoxus*, dado a conocer por Brandt en 1834, a partir de un espécimen procedente de Haití; más tarde, Poey lo encontró en la isla de Cuba, a este erudito le debemos las averiguaciones más completas conocidas sobre la conformación de este animal y sus costumbres. El solenodonte o almiquí es un insectívoro carnívoros, de la sección de las musarañas y del tamaño de un conejo joven; su hocico termina en una trompa larga y flexible, útil para escarbar en el suelo, a la manera de ciertos paquidermos; tiene la cola pelada y escamosa como la rata, las garras salientes, el cuerpo cubierto de un pelo leonado, negruzco en los lomos y susceptible de erizarse. Es un animal nocturno, se nutre con lombrices, larvas e insectos a los cuales busca debajo de las piedras y en los troncos de árboles podridos; hasta la fecha se le ha encontrado sólo en las montañas de Bayamo.<sup>115</sup>

La ausencia de grandes mamíferos en el territorio de Cuba, donde no se encuentran ni siquiera restos fósiles, desfavorece la hipótesis de un ilustre viajero, quien supone que el cabo de San Antonio formaba parte de Yucatán en el pasado, lo cual explicaría la presencia en la isla de los pinos hoy presentes en las sabanas de la región meridional.<sup>116</sup> Si la geología puede arriesgar semejante conjetura, la botánica y la zoología no la confirman: Yucatán no tiene coníferas; no se encuentran esos vegetales sino al descender hasta el golfo de Honduras, de cualquier manera, esa especie es distinta a todas las que crecen en Cuba.

No hay dudas acerca de la existencia en la isla de un perro domesticado por los indios desde antes de la conquista; el testimonio de Colón es afirmativo: “Se parecen a los de España —dice— pero no ladran; tienen el aspecto de pequeños lobos, pero son perros verdaderos; se les encuentra también en Santo Domingo y en el Darién, a donde los han llevado los nativos”. Esta descripción se aplica a un animal de la sección de los chacales, probablemente importado desde el continente. He oído decir que la raza no se había extinguido en Cuba, por el contrario, se había perpetuado en las montañas de Trinidad; pero es fácil errar, pues muchos perros procedentes de Europa se volvieron salvajes y andan en jaurías por los lugares menos visitados: su pelo de un color rojizo

---

<sup>115</sup> Felipe Poey. *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*. T. I: 23 y 433 [N. del A.].

<sup>116</sup> Humboldt. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. T. I: 23 y 433 [N. del A.].

uniforme, su hocico puntiagudo y sus orejas erguidas y cortas les dan la apariencia de fieras y dificultan mucho la identificación de su origen.

Los habaneros aprecian mucho una pequeña especie doméstica, cuya patria es incierta, llamada *perrito fino*:<sup>117</sup> de color blanco puro, pelo largo, sedoso y rizado, orejas caídas y cola bien poblada, este bonito animal puede considerarse como una miniatura del perro de aguas. También se le parece por su fidelidad y por su inteligencia poco común, del cual me han llegado algunos ejemplos. La anécdota que voy a mencionar me la contó un médico de La Habana, el doctor Leriverend, hombre con talento y buen corazón; forma parte del número muy reducido de personas a las cuales considero con orgullo como mis compatriotas en un país extranjero.

Aquel médico poseía un *perrito fino* que hacía las delicias de la casa con sus gracias y su simpatía. Un día el animal desapareció, pese a las averiguaciones realizadas no lograron encontrarlo. Esto le causó al doctor una verdadera pena; En todos los lugares donde su ministerio requiriese su presencia, y después de cuidar de sus enfermos, siempre preguntaba por su perro, pero no daba resultados positivos. Después de quince días, una mañana, a la hora del almuerzo, el hocico blanco del animalito asomó por la puerta entreabierta; en aquel instante saltó a los pies de su amo, lo colmó de caricias y se estremeció, desbordante de alegría, durante más de una hora sin poder contenerse. Nadie puso en duda que después de haber sido robado fue vendido en el otro extremo de la ciudad. De regreso a casa, volvió a su rutina. Sin embargo, cada noche, siempre a la misma hora, presentaba signos de temor al parecer injustificables: un temblor convulsivo se apoderaba de él, lanzaba en torno suyo miradas inquietas e iba a esconderse debajo de los muebles, gimiendo quejumbrosamente. Después de poco tiempo notaron que esos actos coincidían con la presencia de un negrito, quien pasaba vendiendo pan en la calle, entonces una sospecha asaltó la mente del doctor; así, un día mandó llamar al pequeño mercader, cerró bruscamente la puerta y, mostrándole su bastón con ademán suficientemente expresivo, logró arrancarle la confesión circunstanciada del hurto. De esa manera se explicó el temor del *perrito*: entre el bullicio confuso de la calle, distinguía claramente la voz de su raptor.

No terminaré este capítulo sin entrar en algunos detalles sobre un tema que sin duda está vinculado con la historia natural, pero reivindicado

---

<sup>117</sup> En español en el texto original [N. del T.].

por la industria y el comercio de la isla como uno de los elementos de su prosperidad: me refiero al tabaco, y naturalmente me dirijo a los fumadores.

La costumbre, como ya dije anteriormente, divide la isla de Cuba en dos porciones desiguales, la *Vuelta de arriba* y la *Vuelta de abajo*, una al este y la otra al oeste de La Habana. Esta división es muy importante en la cuestión del tabaco, pues corresponde exactamente con las dos grandes variedades desarrolladas por el cultivo en la isla, con cualidades suficientemente contrastadas gracias a las cuales resulta imposible confundirlas. El tabaco de la sección oriental es negro, arde bien y da una ceniza blanca; se le tiene en poca estima en La Habana, donde los conocedores le reprochan su falta de sabor y fineza, aunque no lo miran con desagrado entre la población donde se produce. Se cosecha principalmente en los alrededores de Santiago y de Yara; en Francia no se consume mucho esta variedad; la mayor parte se exporta a Alemania y a los Estados Unidos. Rara vez vale más de 20 piastras en los mejores años, mientras la otra calidad se vende en 50, 80 y hasta 100 piastras el *tercio*.<sup>118</sup>

Los tabacos finos y más buscados de la isla, aquellos cuya excelencia merecen la denominación de tabacos de La Habana, no provienen de los alrededores de la capital, sino de 30 o 40 leguas al oeste, donde son recolectados en las orillas de los ríos Hondo, Seco y Feo, desde San Diego hasta Consolación del Sur. Allí se extiende una comarca montañosa, entrecortada por pequeños valles cuyo suelo, ligeramente arenoso y fertilizado por los ríos, parece ser eminentemente apropiado para el cultivo del tabaco. A esos campos se les llama *vegas*,<sup>119</sup> mientras a los agricultores se les llama *vegueros*. He escuchado mencionar una de aquellas propiedades, de una superficie de alrededor de diez hectáreas, cuyo valor se había elevado de 2000 a 30 000 piastras en un intervalo de 28 años. Puede juzgarse, por este ejemplo, la importancia de la producción del tabaco desde hace algunos años. Sin embargo, no se debe creer que todas las *vegas* se estiman al mismo precio: la naturaleza del suelo, la exposición y la proximidad de las aguas influyen en el valor de la finca y en la calidad de la cosecha.

---

<sup>118</sup> Medida que explicaré más adelante [N. del A.].

*Tercio*, en español en el texto original [N. del T.].

<sup>119</sup> En español en el texto original, así como todas las palabras en cursiva posteriores utilizadas por el autor en la descripción de la cosecha del tabaco [N. del T.].

Entre las dos variedades principales distinguidas anteriormente, cuyo nombre es atribuido gracias a las dos secciones de la isla, se puede considerar un tabaco intermedio, cultivado en el radio de La Habana con el nombre de *tabaco de partido*. Es una hoja vulgar y poco apreciada, buena parte de la misma se convierte en puros y se despacha a Francia a un precio, como se sabe, un tanto elevado.

El tabaco se siembra en las mejores tierras de la *Vuelta de abajo*, entre agosto y octubre; los plántones jóvenes deben ser trasplantados antes de la Candelaria y dispuestos en tresbolillo para facilitar las faenas. Cuando comienzan a *platearse*, se les escarda y se les quitan los insectos perjudiciales, una operación minuciosa que debe practicarse a diario, hoja por hoja, hasta el momento de la cosecha. Ninguna otra planta tiene más enemigos: una hormiga se apodera de la semilla, un pulgón ataca el joven tallo, una oruga devora el parénquima de las hojas verdes, por último, las babosas y los caracoles hacen estragos hasta última hora. Se han visto plantaciones radicalmente destruidas por la concomitancia de todos esos animales; el cultivador se ve entonces obligado a conseguir otros plántones y a reiniciar el proceso con nuevos gastos, para no perder el rendimiento de un año.

Después viene el desbotone, operación que debe realizarse antes de su madurez; se suprime la yema terminal, así como las yemas axilares, con el fin de hacer fluir la savia hacia las hojas. 3 o 4 meses más tarde, en función de la exposición y del tiempo, la planta llega a su estado de perfección.

La cosecha se lleva a cabo en general entre finales de diciembre y febrero; se comienza por cortar el tallo separando los verticilos: las hojas superiores, más flexibles y finas, se destinan a formar la envoltura del cigarro (*capa*); las de abajo, más espesas y rara vez intactas, deben constituir su sustancia interior (*tripa*). El *veguero* o cultivador procede a esta primera selección, disponiendo las hojas a la derecha y la izquierda de la línea que recorre. La cosecha se marchita ahí mismo, luego es recogida y colgada durante 2 o 3 días bajo un cobertizo, donde se consume la madurez y donde adquiere color; se lleva finalmente a un granero bien ventilado y acaba de secarse hasta el mes de junio, época en la cual se procede a la elección de las calidades, una operación delicada que requiere habitualmente la ayuda de un agente especial (*escogedor*).

El tabaco apilado, ligeramente humedecido y cubierto con rastrojo, se calienta, fermenta, reblandece y se vuelve moldeable. La selección se efectúa hoja por hoja, y da 6 calidades cuyos nombres son: *quebrado*, *libra*, *primera*, *segunda*, *tercera* y *cuarta*; se clasifican por paquetes de 100 hojas o *manojas* sin considerar el peso: 80 *manojas* forman un *tercio*. Se vende y se compra por *tercios*, cuando la cosecha no se entrega aún plantada.

Para apreciar el mérito de un tabaco se requiere más tacto de lo que generalmente se cree; los entendidos de La Habana distinguen (al menos eso pretenden) el clima, la naturaleza del suelo seco o cenagoso y hasta la tierra que produjo la hoja. Nuestros viñadores de Borgoña muestran la misma sagacidad en la degustación de los vinos; pero tanto en el caso de los vinos como en el del tabaco es una pretensión mal fundada en la mayor parte de los conocedores.<sup>120</sup>

El *quebrado* constituye una calidad especial, formada por las hojas estropeadas por los insectos o rotas por el viento: suelen ser más anchas, más maduras y más aromáticas. Como el precio de la cosecha se basa principalmente en la cantidad de hojas intactas que pueden servir de envolturas para los cigarros, a los compradores no les interesa mucho el *quebrado*; se convierte en patrimonio del *veguero*, quien fuma sin disputa el mejor tabaco de la isla. Esta particularidad no la ignoran los estanqueros, pues imitan la forma rústica de los cigarros del campo y los venden muy caros, con el nombre de *vegueros*, certificando su origen si es necesario.

Cuando se quiere emplear el tabaco, se abre el *tercio* y se humedecen las *manojas*; luego se extienden con precaución las hojas destinadas a las envolturas con el fin de que la humedad las infiltre al parejo, se tiene cuidado de retirar las nervaduras; el resto se arroja dentro de un barril, donde termina el reblandecimiento. El tabaco no recibe ninguna preparación adicional antes de ser enrollado en cigarros. No entraré en el detalle minucioso de esa industria, cuyo interés es secundario; basta con saber que la preciosa hoja, desde su introducción en el taller hasta su salida con la forma consagrada por el uso, ha pasado por las manos de una docena de obreros distintos. Los fumadores deben renunciar a la ilusión que un autor amable, pero dotado de una imaginación demasiado desbordante, hizo nacer en sus mentes.<sup>121</sup>

---

<sup>120</sup> A menudo se reconocen, sin ser muy hábil, los famosos tabacos de la *Vuelta de abajo*, por las partículas arenosas adheridas a la hoja [N. del A.].

<sup>121</sup> *La Havane*, de la señorita Merlin, tomo II: 424 [N. del A.].

son los hombres exclusivamente, y lo digo decepcionado, quienes se dedican a la fabricación de los cigarros en las ciudades. Un prejuicio causado por la vanidad aleja a las mujeres de un trabajo de este tipo, a pesar de que se trata, sin duda alguna, de una actividad perfectamente apropiada a la condición femenina; hasta las jóvenes *guajiras* desdeñan una ocupación tan vulgar y prefieren emplear su tiempo libre en trenzar sombreros de paja.

El cigarro, como lo dije más arriba, se compone de dos partes distintas, la envoltura o *capa*, y la sustancia interna designada con el nombre poco poético de *tripa*: el mérito del fabricante consiste en asociarlas entre sí, consultando cuál es la naturaleza de la hoja para producir una combustión regular. El color y la calidad de la envoltura sirven comúnmente de etiqueta del cigarro; en cada taller hay obreros especializados que capturan con notable sutileza los matices más fugaces del tabaco, pues fabrican productos de siete u ocho colores, surtiéndolos en cajas separadas, a partir de una masa de cigarros aparentemente uniforme. En La Habana se aprecia el cigarro de envoltura lisa, sin nervaduras, de un color castaño oscuro y que da una ceniza más o menos resistente de un gris plomizo, y fácil de deshojar. El matiz amarillento goza de cierta preferencia en Europa pero no gusta nada en la isla: proviene de las primeras hojas, a las cuales el sol ha despojado de su aroma al marchitarlas cuando todavía colgaban del tallo. Sin embargo, vi en Guatemala un tabaco naturalmente amarillo, con una fuerte carga de principios empireumáticos; se intentó aclimatarlo en Cuba, pero se degeneró al cambiar de entorno.

La forma de los cigarros comunes en La Habana se reduce a tres formatos principales, el *regalía*, el *panetela* y el *miliar*. El *regalía* requiere más cuidados y en consecuencia cuesta más caro; en el país se prefieren las proporciones modestas del *miliar*, y no se le concede importancia al aspecto exterior pues, por mucho que pueda agrandar a los extranjeros, es sólo un atractivo engañoso, en muchos casos. Le corresponde al consumidor cerciorarse de la calidad del tabaco a comprar; él mismo fija el precio en la fábrica y escoge la forma preferida. Se consiguen muy buenos cigarros por 80 francos el millar; el comercio británico no los paga más caros. En la época de mi viaje, el gobierno francés adquiría los *medias regalías* al precio de 130 piastras, distribuyéndolos con un beneficio del 80%; probablemente siga siendo igual.

Las calidades medianas, base del consumo en Francia, pierden al envejecer una parte de su acritud y se vuelven al mismo tiempo más combustibles por la evaporación del elemento acuoso contenido; pero sería un error sacar de ello conclusiones de tipo general y valorar un cigarro a partir de su desecación. El buen tabaco debe ser dúctil, untuoso al tacto y susceptible de arder fácilmente al salir de la fábrica; tres semanas son suficientes para alcanzar su punto culminante y rara vez, bajo el clima de las Antillas, se le conserva más de seis meses; después de un intervalo más largo, la hoja se seca, las moléculas esenciales y aromáticas se evaporan y queda sólo una sensación insípida, sin estímulo ni perfume.

El tabaco es una fuente de riquezas no sólo para la isla de Cuba sino para el comercio exterior e incluso para varios Estados de Europa, pues contribuye al incremento de sus ingresos, por el contrario, pocas veces enriquece al pobre *veguero*, quien riega esta planta con el sudor de su frente. Ningún cultivador se expone más que él a sucesos aleatorios: la cosecha es incierta, la calidad, variable como la del vino; los cuidados son minuciosos e incesantes, bajo esta última circunstancia es difícil que las plantaciones logren un desarrollo importante. Es una industria para el pequeño propietario y el pequeño arrendatario. Como las *vegas* se alquilan muy caras, éstos no se atreven a descartar la menor parcela de un territorio tan valioso y lo explotan por completo para satisfacer sus necesidades; prefieren, haciendo un cálculo bastante erróneo, abastecerse de productos necesarios para su subsistencia con grandes gastos, muy a menudo a crédito y algunas veces a una distancia considerable. Para concluir, no hay nada tan pobre como las localidades donde se consigue esta hoja tan apreciada; la subsistencia de sus cultivadores no depende sólo del tiempo, también está a merced de los especuladores habaneros, coordinados a la hora de explotar su indigencia.

Desde hace unos treinta años, el cultivo del tabaco ha adquirido un importante desarrollo en la isla de Cuba; antes, dicha actividad parecía demasiado insignificante como para interesar a la aristocracia comercial, y ésta les había cedido el monopolio a los pequeños negociantes; pero el rápido auge del consumo europeo, la depreciación del café y la competencia de los azúcares extranjeros contribuyeron a rehabilitar un producto cuya importancia es ahora considerable. Aunque el tabaco de La Habana no tenga rival todavía, no se debe creer, como lo hacen sus habitantes,

que siempre será así; esta planta correrá la suerte de la caña de azúcar y del cafeto; la industria descubrirá en otras partes sitios igualmente favorables para su cultivo o el azar los señalará. Yo mismo noté, a lo largo de mi viaje, ciertas poblaciones que me parecieron tan felizmente dotadas como las famosas *vegas* de la *Vuelta de abajo*; la isla del Chinal, por ejemplo, formada por el río Usumacinta, entre Yucatán y Tabasco, ofrece bajo la misma latitud una tierra de aluvión ligeramente arenosa fertilizada por la crecida del río, quizá necesitaría sólo una oportunidad para rivalizar con el suelo privilegiado de Cuba.

En cuanto a nosotros, sólo fumaremos buenos cigarros cuando el gobierno renuncie a su monopolio, cuando libere el comercio del tabaco para que siga su curso natural y se limite a imponerle un gravamen. La competencia logrará proporcionarnos las mejores calidades a un precio razonable, y el erario conseguirá, por otras vías, una parte de los recursos necesarios.

## Capítulo VII

### El Continente Americano

Las primeras noticias que me llegaron de Europa eran tan crueles, por esta razón estuve a punto de renunciar a mis proyectos y a mi viaje. No había entonces ningún buque listo para zarpar desde La Habana; tuve tiempo para reflexionar, madurar mi resolución y recuperar una parte de la firmeza que me había sostenido en mi aislamiento así como en todas las pruebas a las cuales me vi sometido. Al cabo de algunos días había decidido continuar mi camino y buscar en el derrotero de una vida nueva un remedio para mi desconsuelo.

Por aquella época, las hostilidades entre México y los Estados Unidos redujeron los movimientos del golfo, así como las comunicaciones entre la isla de Cuba y la costa española; no obstante, a mediados de febrero, supe que una goleta iba a aparejar hacia Campeche. Las circunstancias no me permitían titubear; compré pues un pasaje en dicho buque, el 19 por la tarde levó anclas y se hizo a la vela. Ningún lazo me retenía en La Habana; sin embargo, al ver desaparecer las colinas de Regla, los barcos durmiendo sobre sus anclas y los edificios dorados por el sol poniente, sentí cierta tristeza, como un sentimiento de pesar: el último anillo que me vinculaba a Europa acababa de romperse. La seguridad diaria, la certidumbre del mañana, no pensar en peligros o en contingencias materiales, los dulces hábitos que nos atan tan fuertemente a una tierra cuando hemos tenido la dicha de nacer en una sociedad refinada, todo aquello se borraba, al mismo tiempo se alejaban aquellas orillas hospitalarias, pues reflejaban todavía la imagen de la patria; al contrario, el horizonte opuesto parecía envuelto en una confusa y misteriosa oscuridad.

Las informaciones de las cuales disponía eran imprecisas; los conocimientos geográficos de los habaneros no se extienden más allá del círculo de sus operaciones comerciales, de manera que, a excepción de unos pocos puntos frecuentados por los barcos de cabotaje, el continente vecino era para ellos una tierra desconocida. Cuando estuve bien convencido de ello, me tomé la libertad de atribuir a su generosa imaginación una parte de los peligros a los cuales me iba a enfrentar en el camino: en cualquier caso, estaba prevenido frente a posibles e inesperados inconvenientes durante mi viaje.

Hacia mucho tiempo tenía la necesidad de conseguir un criado, o mejor todavía, de ser posible, tener a un compañero de confianza; se trataba de una cuestión delicada, pues el éxito de mi empresa y mi propia seguridad dependían de esa elección. Creí encontrar las cualidades que buscaba en un marinero de la Sylphide, joven, activo, resuelto, curtido en muchas vicisitudes marítimas, especialmente en una estancia de dos años en Tabasco, donde se había visto confinado a consecuencia de un naufragio. Morin debía a esta circunstancia el beneficio de la aclimatación y cierto dominio de la lengua española, dos puntos esenciales para mí; trabajador y habilidoso como los hombres de su profesión, su asistencia podía ser muy útil. Le hice algunas sugerencias antes de llegar a La Habana, al observar su disposición era favorable, me encargué de obtener su desembarco y de regularizar su situación con la cancillería del consulado. En aquella ocasión, me sentí muy agradecido con el cónsul por su benevolencia y con el capitán Drinot por su generosidad; con el fin de complacerme, éste aceptó prescindir de uno los mejores marineros de su tripulación. Sin embargo, el trato no se cerró antes de que el digno capitán tranquilizase su conciencia aconsejando a Morin no precipitarse y considerar que se trataba de un viaje aventurado, muy diferente a los emprendidos por él hasta entonces. En cuanto a mí, declaró que al no saber nada del pasado de mi futuro compañero, no garantizaba el porvenir y me exhortó a la prudencia; pero aquella consideración no iba a detenerme de ninguna manera; hay situaciones de las cuales no se saldría jamás si no se concediese ningún margen al azar; por otra parte, después de observar la población que me rodeaba, no podía dudar en preferir lo desconocido. No me arrepentí por ello.

Nos embarcamos, pues, Morin y yo, en una goleta fletada para Campeche que, de camino, debía dejarnos en la rada de Sisal. Aquel buque me había

sido descrito como la perla del golfo mexicano; en La Habana se hablaba sobre la rapidez de su marcha, el talante amable del capitán y la prodigalidad en el trato: tales circunstancias, poco comunes en la marina española, me sirvieron de consuelo tras pagar las 40 piastras (215 francos) del costo de nuestro pasaje, una cantidad exorbitante para tan corta travesía. No obstante, me quedé un poco sorprendido cuando desde el primer día se nos puso a ración de galletas; es verdad que las de La Habana, como se nos hizo observar, son de calidad superior y perfectamente saludables; pero mi decepción fue total cuando al llegar la noche comprobé la falta de cama y de colchón, ni siquiera una manta; de hecho, nos dieron carta blanca para vivaquear militarmente donde quisiéramos. Fue entonces cuando los hospedajes de la Península ibérica me vinieron a la memoria; comparé la goleta con una *venta*<sup>122</sup> flotante, y envolviéndome en mi abrigo, acepté la situación con filosofía. Bastaba, por lo demás, con observar el atuendo y la desfachatez del capitán, su sombrero deformado y sus pies desnudos en unos zapatos barnizados transformados en pantuflos, para formarse una idea acerca de los modales de a bordo y la limpieza de la tripulación.

Nuestra navegación empezó bajo tristes auspicios. En cuanto perdimos de vista la costa, un océano de vapores nos envolvió y nos privó de la vista del cielo. Al poco rato empezó a llover a cántaros; el trueno cubría el ruido de las aguas y los relámpagos, más terribles aún gracias a la oscuridad de la noche, abrasaban a un tiempo todos los puntos del horizonte. En la mañana del cuarto día se disiparon las nubes tempestuosas; un rayo de sol atravesó su leve espesor, y la tenue claridad dejó entrever las costas lejanas de Yucatán. A las 10 alcanzábamos 7 nudos con fuerte brisa del norte, a 3 millas de la costa; se distinguía una playa lisa y arenosa, plantada de cocoteros: el mar había tomado ese tono particular que anuncia el bajío.

Desde el cabo Catoche, en la extremidad oriental de Yucatán, el litoral en una extensión de más de 100 leguas muestra una soledad inculta, en la cual han fijado su residencia algunos indios. Ningún puerto, ninguna bahía practicable ofrece un refugio al navegante que huye de los vientos del norte a lo largo de aquella ribera ahora silenciosa pero animada por una población numerosa cuando fue descubierta. A la altura de Campeche, la costa adquiere de repente un aspecto más irregular con

---

<sup>122</sup> En español en el texto original [N. del T.].

una pequeña cordillera que nace en el interior; viene después una bahía extensa y profunda, la laguna de Términos, ésta sirve para marcar los límites occidentales de Yucatán y separa aquel Estado del de Tabasco. El país cambia completamente de aspecto desde allí; fertilizado por muchos ríos, reúne en alto grado las condiciones de humedad y de calor favorables al reino vegetal. Algunos de los ríos encargados de regarlo forman en su embocadura puertos pequeños más conocidos por el peligro de su barra que por la actividad de su comercio; una sola ciudad, Campeche, se encuentra ubicada en una posición privilegiada, al borde de aquel arco inmenso extendido, solitario, hasta Veracruz. Remontando desde aquel punto central, a 50 leguas al este, se encuentra en medio de las dunas la aldea de Sisal, el lugar elegido para mi desembarco; desde allí proyectaba dirigirme a Mérida, visitar las ruinas de Uxmal<sup>123</sup> y de Chichén Itzá, para luego trasladarme hacia Campeche y la Laguna, en donde pensaba aprovechar la oportunidad de los ríos para proseguir mi camino en dirección a Guatemala. Aquel plan lo había fraguado en Francia, pero fue modificado, como se verá más adelante, en la primera parte de su ejecución.

Ningún movimiento de terreno variaba la plana uniformidad de la ribera que costeamos durante todo el día; hacia el atardecer, una leve ondulación, coronada de un punto blanco, se dibujó en la dirección del suroeste y oí pronunciar el nombre de Sisal. Nada anunciaba un puerto, ni aún una rada foránea; la costa se alargaba invariablemente en línea recta; una pequeña goleta anclada a tres millas de la tierra nos ayudó a apreciar la sensación de inseguridad producida por aquellos parajes en los navegantes. En efecto, el anclaje allí es malo, el oleaje fuerte; y con los vientos del norte, soplando con frecuencia, los buques corren el riesgo de varar en la costa.

El capitán se puso al paio a una legua de distancia y nos cedió su embarcación más pequeña para conducirnos a tierra. Nos despedimos de él con una satisfacción indisimulada. No obstante, con la fuerte marejada la travesía no se hizo sin peligro y el desembarco fue casi un naufragio. En el momento de abordar, la resaca arrastró la barca y la arrojó con violencia contra el armazón del desembarcadero; la conmoción nos

---

<sup>123</sup> Debo hacer notar que la letra "x" de Uxmal se pronuncia como la "ch" francesa en Yucatán [N. del A.].

derribó. Parecía inevitable otro choque, y ya nos invadía el agua, cuando nos lanzaron una amarra en medio de las olas enfurecidas; con la ayuda de aquel cordaje, del cual nos asíamos alternativamente, nos llevaron a tierra como si fuésemos peces. Aquel modo de desembarcar, tan nuevo como pintoresco para nosotros, parece ser muy usual en la rada de Sisal.

Por primera vez pisaba el continente americano; ya no era una isla limitada, sino un mundo abriéndose delante de mí: obstáculos, privaciones, fatigas, enfermedades, todo lo que ensombrece el alma del viajero aislado se disipaba ante aquella perspectiva mágica, como la niebla bajo el efecto de los rayos del sol. Mi imaginación tomaba posesión del espacio; me parecía atravesar regiones desconocidas, visitaba pueblos olvidados, cosechaba a manos llenas y casi sin esfuerzo en el campo tan atractivo de los descubrimientos. ¡Dichosos momentos, alegrías demasiado intensas no experimentadas dos veces por el alma, las cuales valen por toda una existencia, si se mide la vida por las sensaciones que marcan cada uno de sus instantes!

Lo primero que me llamó la atención fue el movimiento de una población nueva, de tez cobriza, miradas benévolas, muy animada y de buen humor. El aspecto de aquellos indios concentrados en torno a nosotros me sorprendió agradablemente, pues mis ojos se habían acostumbrado al espectáculo de la servidumbre. A lo lejos vi a un grupo de hombres de aspecto salvaje, vestidos de un modo muy extraño, distintos por su barba y por su tez menos oscura; acudían desde el otro extremo de la aldea. Pero estaba demasiado cautivado por todo lo que me rodeaba como para fijar mi atención en aquellos recién llegados: las casitas hechas de cañas y bajo la sombra de las palmeras, las ropas blancas de las mujeres, las dunas de arena movediza, las ciénagas iluminadas por los últimos rayos de sol y el grito de las aves acuáticas al caer la noche componían un conjunto melancólico y singular cuyo efecto me impresionó sobremanera. Quise aprovechar los últimos resplandores del día para echar una mirada al campo, mientras Morin buscaba en la aldea una cabaña hospitalaria y mandaba transportar hasta allí nuestros equipajes; cuando regresé todo estaba perfectamente dispuesto. Me sirvieron una taza de chocolate, unos dulces del lugar, cigarrillos hechos con hoja de maíz y al poco rato me dormí en una hamaca, mecido por el murmullo de los cocoteros y por el sonido lejano del mar.

Quien haya navegado no puede olvidar la dulce quietud y el sentimiento de bienestar que arroban los sentidos, sobre todo en la hora del descanso, cuando desde un lugar seguro se escucha el mugido de las olas; este gozo lo sentía plenamente en mi catre suspendido, donde la novedad de mi situación embargaba mis facultades entre la vigilia y el sueño. Otra circunstancia contribuía a sentir mejor el precio de la seguridad: aquellos hombres de aspecto salvaje que había visto al desembarcar eran náufragos; su rostro alterado por el sufrimiento, su barba descuidada, sus vestiduras andrajosas, todo estaba grabado en mi mente, pues ya conocía los detalles de su terrible historia.

El Tweed, uno de los paquebotes de la línea de las Antillas, había zarpado del puerto de La Habana pocos días antes de mi partida: aquel buque se dirigía a Veracruz; extraviado por una niebla espesa, en la noche del 12 al 13 de febrero había ido a dar contra los Alacranes, unos escollos peligrosos a 40 leguas de las costas en el meridiano de Sisal. Se escuchó un crujido y una conmoción sacudió el buque, los más diligentes se levantaron y corrieron apresuradamente hacia la cubierta; en la noche oscura y con un mar convulso, el agua se introducía ya en la cala e invadía el entrepuente de donde salían gritos desgarradores. Eran los de los niños y las mujeres, sorprendidos en su primer sueño; las olas, llevándose la escalera de comunicación, hacían imposible su salvación y en aquel momento de confusión y de terror, nadie lo advirtió.

Aquellos a quienes el destino haya colocado en circunstancias parecidas se formarán una idea de la escena de desamparo que sucedió a todo aquello; no habían pasado 10 minutos cuando el Tweed se partió en 3 pedazos; como la chalupa se había ido a pique, la única esperanza consistía en aferrarse a los restos en el mar; pero cada oleada que los barría arrastraba con ella a uno de aquellos desdichados, cuyas fuerzas se habían agotado; de los 25 agarrados a la proa, 20 fueron arrebatados sucesivamente y 2 se ahogaron en su esfuerzo por llegar a los arrecifes.

En aquellos bajíos, sin embargo, en donde las olas reventaban con violencia, lograron refugiarse, magullados, ensangrentados y casi sin conocimiento, unos 60 náufragos, algunos gracias a su vigor y destreza y otros por el capricho de las olas que los arrojó allí; unos 80 habían perecido. Metidos en el agua hasta la cintura, levantan, con los restos de su buque, una defensa contra el furor de las olas; allí, durante 4 días, en los

límites de la supervivencia, defienden obstinadamente su vida contra los tiburones y el océano; concentrando su atención en los elementos de su entorno, interrogan con ansiedad el estado de la atmósfera, pues el más ligero soplo de viento, al turbar la serenidad del golfo, puede ser el precursor de su destrucción. Felizmente, el mar vuelve a la calma, el viento calla y se disipan los vapores; pero el sol calienta como un horno ardiente y la sed se hace sentir cruelmente.

Mientras tanto, 6 valientes marineros habían resuelto salir, por medio de un intento desesperado, de aquella horrible posición; después de reparar lo mejor posible una barca desvencijada y abandonada por el mar, sin más provisiones que un poco de vino y harina, con sus brazos por únicos recursos, se lanzaron a la inmensidad de las aguas. Pero cuando, después de 35 horas de lucha y de cansancio, sólo habían conseguido alejarse algunas millas y estaban exhaustos y desalentados, se les cayó el remo de las manos: su barca flotaba a la buena de Dios cuando la Providencia puso en su camino una goleta española con rumbo a Campeche.

Lo siguiente es fácil de adivinar: la alegría, como el dolor, son tan extremos que resulta imposible describirlos con fórmulas retóricas; hubiese sido preciso oír el relato de la boca de los náufragos cuando sus impresiones todavía estaban a flor de piel; pero algunas desgracias van mucho más allá de lo habitual y la imaginación se niega a concebirlas. Un desdichado, llamado John, perdió en aquella noche funesta a su mujer, a su hija y su reducida fortuna. Pero no era suficiente; ensangrentado fue arrojado sobre los arrecifes, con la muñeca fracturada y amenazado de gangrena, sus compañeros, valiéndose de un viejo cuchillo, le hacen padecer una dolorosa mutilación; el infeliz no profiere una queja, ya no siente nada, está acabado. Cuando lo rescatan con los demás náufragos, sus ojos vuelven a derramar lágrimas al ver la tierra; su sensibilidad rompe en llanto, gime amargamente porque le han salvado. Mientras tanto, sus heridas se infectan; se le transporta a Mérida para operarle; allí, durante días, lucha obstinadamente contra la muerte y termina por fin su mísera existencia sintiendo los horrores del tétanos, sin haber perdido ni un instante el conocimiento. Yo vi a aquel desventurado y escuché sus gritos.

Una circunstancia dramática acompañó el desastre del Tweed y dio un color todavía más lúgubre a aquella terrible noche; la popa del buque, donde se coloca la campana que da los cuartos, permaneció hasta la

mañana siguiente clavada en los escollos y los golpes de mar que sacudían aquella masa le arrancaban un fúnebre tañido capaz de helar el corazón de los sobrevivientes; cada cual creía oír doblar las campanas por los infortunados transportados por las olas hacia la eternidad.

Las poblaciones de Sisal y de Mérida se comportaron noblemente en aquella triste ocasión; la primera, al compartir con los náufragos su ropa y su subsistencia; la segunda, abriendo para ellos una suscripción que rápidamente alcanzó los cuatro mil francos, una cantidad considerable en el país.

Con las primeras luces del alba entrando por las rendijas de nuestra habitación, a la redonda resonaba ya el canto de los turpiales, ocultos en el follaje de los cocoteros. En Sisal se levanta y se acuesta la gente con el sol y con las aves; aquellas costumbres iban a ser también las nuestras a partir de ese momento. Terminé por despertarme y me bajé de la hamaca con la intención de explorar los alrededores, empezando por la orilla del mar. La costa presenta, hasta Campeche, el aspecto de una playa unida y arenosa descendiendo insensiblemente debajo de las aguas; la profundidad crece aproximadamente un pie mar adentro. Es inimaginable la cantidad de hidrófilos, políperos, conchas y restos organizados cubriendo la playa. Grandes pirulas siniestras, estrombos gigantescos, fasciolarias y lindas telinas llaman particularmente la atención por sus dimensiones y por la belleza de sus colores; las dunas rebosan de euforbios, portuláceas, asclepias con frutos singulares, yucas y cactáceos del género *cereus*. No consigo describir la emoción que me embargaba contemplando los menores objetos, y sobre todo las producciones vegetales, pues se diferenciaban sensiblemente de todo lo visto hasta entonces. Había en aquellas innumerables sensaciones abrumadoras algo fascinante y nuevo, sólo comparable con el gozo de la primera edad si el niño viniese al mundo con los sentidos perfeccionados de la edad madura.

De acuerdo con algunas lecturas, en los tiempos de la conquista el espectáculo inesperado del Nuevo Mundo impresionó de tal manera a los aventureros españoles que no distinguían ya, en los excesos de su imaginación, los límites del mundo real y los del mundo fantástico. “Se creyeron transportados —dice Robertson— a un país encantado, y después de las maravillas presenciadas, no había nada, por muy extraordinario que pareciese, digno de no ser creído.”<sup>124</sup> Fue entonces cuando Ponce de

<sup>124</sup> Robertson. *The History of America*. L. III. 1777: 199 [N. del A.].

León, dando crédito a una tradición india, dedicó los últimos años de su vida a buscar aquella agua maravillosa, útil para eliminar las arrugas del rostro y devolver a los ancianos el vigor de la adolescencia.<sup>125</sup> Confieso sinceramente haber sentido cierta influencia de aquella ingenua credulidad sobre los sentimientos confusos que me estremecían al encontrarme por primera vez en presencia de la naturaleza americana; pero aquella fuente misteriosa de deleite se agotaría poco a poco, como se atenúa la sensibilidad del tacto con el uso y como se difumina el matiz delicado bajo el efecto prolongado de la luz.

Detrás de las dunas circundantes al litoral se recorren unas colinas arboladas de aspecto salvaje, las cuales descienden hasta las marismas, pero no hay rastro alguno de cultivos; el campo se llena de melancolía: ningún movimiento, ningún ruido llama la atención del caminante, salvo cuando el eco de sus pasos despierta a la garza solitaria, entonces alza pesadamente el vuelo antes de volver a caer en una espesura cercana. Al otro lado de las lagunas se extiende el suelo pedregoso, desigual y cubierto, característico de la parte septentrional de Yucatán.

La aldea de Sisal está protegida en la parte del mar por un fortín con dos torrecillas. Me pareció una construcción obsoleta en su estilo, propia de la época de la conquista; tres cañones sin cureña formaban una batería avanzada y yacían pacíficamente a la sombra de un cobertizo de cañas. La guardia de aquel puesto estaba a cargo de unos veinte indios, cuyo jefe sólo se dedica, cuando está despierto, a otear cada cuarto de hora la soledad de las aguas con su catalejo.

Nadie, a pesar de la inacción general, se queja en Sisal de lo largas que parecen las horas; bajo aquella latitud, el reposo es una necesidad; las facultades mentales se adormecen y el tiempo parece plegar sus alas. La población india se pasa así la vida, dormitando de padre en hijo, en una situación cómoda y precaria, los pocos españoles residentes puede decirse que se han “indianizado”: se trabaja sólo lo suficiente como para subsistir y satisfacer el ocio; el resto de la existencia se la pasan liando cigarrillos, punteando el bandolín y meciéndose indolentemente en una hamaca. En ocasiones, con el buen tiempo, asoman las velas de pequeñas embarcaciones con noticias de Campeche o de la isla de Cuba; otras veces un coche, arrastrado por mulas, conduce a Mérida a algunos

---

<sup>125</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década I. L. IX*, caps. XI y XII [N. del A.].

jóvenes *hidalgos*,<sup>126</sup> quienes han terminado sus primeros estudios y van a completar su educación en La Habana, centro de la civilización en aquella comarca. La catástrofe del paquebote inglés había alterado un poco la feliz estabilidad de aquellos lugares; se veía errar a los pobres náufragos sin rumbo y sin propósito cuando la gravedad de sus heridas no les condenaba a la inmovilidad: el capitán, desesperado y gravemente herido, no salía de su cuarto.

El clima de Sisal es ardiente, húmedo y febril; el *vómito* no alcanza allí la forma epidémica, tampoco en Campeche ni en Mérida; no obstante, los extranjeros no deben confiarse demasiado, pues pueden contraer el mal de improviso en todo el perímetro del golfo. Se encuentra agua dulce escarbando en la arena a menos de un metro de profundidad; como proviene de la filtración de las marismas, donde los restos vegetales se acumulan, fermentan y pudren, es de mala calidad, lo cual contribuye, sin duda, a la insalubridad del país.

Empleé sólo un día para visitar aquella población, después de enviar mi equipaje en mulas por la mañana, tomé en un carruaje pequeño el camino hacia Mérida, lugar once leguas distante. Por sencillo que parezca, no pude hacerlo sin dificultades ni perjuicio para mi bolsa y comprendí que los inconvenientes iban a empezar realmente. Hasta entonces había vivido con la despreocupación propia del marinero, sin el deber de satisfacer las necesidades diarias y sin ningún temor salvo el inspirado por la tierra, atravesando maquinalmente el espacio sin pensar en el mañana; en adelante tenía que estar en todo, estudiar el país, complacer a los habitantes y calcular mis recursos con la certidumbre de ceñir los gastos al presupuesto dentro de poco tiempo. Aquellas reflexiones me condujeron a inspeccionar mi equipaje con el fin de eliminar todo lo superfluo, una reforma completada en Campeche y por la cual me felicité después.

Al salir de la aldea de Sisal rodamos como cosa de una legua por un ancho camino bordeado de ciénagas. A la arena y a las lagunas sucedió un terreno pedregoso, seco, poco accidentado, formado de una caliza conchífera cavernosa sumamente friable y cubierto de bosques no muy altos, despojados en gran parte de sus hojas en aquella temporada.<sup>127</sup>

<sup>126</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>127</sup> Aquellos bosques ofrecen mucha analogía con las *caatingas* del Brasil, cuya vegetación es menos vigorosa en comparación con la de las selvas vírgenes que pierden

El camino hasta Mérida presenta invariablemente la misma perspectiva. Es una vía recta y plana trazada en medio de la espesura, cuya triste uniformidad se prolonga a través del campo; quienes la han transitado concuerdan en que no existe nada más monótono; sin embargo, el atractivo de la novedad me hizo pensar de un modo muy distinto. No me cansaba de contemplar aquel paisaje ingrato, de extasiarme con las menores variaciones del suelo y de admirarme ante las plantas que disimulaban su esterilidad. Eran yucas y bromelias rígidas, cañas fístulas de racimos dorados, fáciles de identificar por sus largos estambres, bignonias en plena floración, ceibas enfermizas cuyo sedoso algodón cubría la tierra y finalmente el arbusto encantador, éste crece por doquier bajo los trópicos y cuyo nombre recuerda una piadosa costumbre.<sup>128</sup> Aquellos lugares estaban poblados de una multitud de aves cuya familiaridad me sorprendía; vi papagayos, colibríes, grajos azules, cardenales con penacho y tangaras de plumaje resplandeciente; revoloteaban de zarza en zarza, sin manifestar espanto, ignorando sin duda alguna la inclinación destructora del hombre. La tentación era tan fuerte que a cada paso nos deteníamos, retrasando nuestra marcha de manera importante, para librar contra aquellas graciosas criaturas una guerra tan bárbara como inútil.

A eso de las diez llegamos a una aldea mucho más importante que Sisal, donde nos detuvimos para desayunar y sustituir nuestro carruaje por caballos de montar. En aquella población, con el nombre indio de *Hunucmá*, probé por primera vez el pan de *Tierra caliente*,<sup>129</sup> hecho con harina de maíz. Después de despojar el grano, por medio de una colada, de su tegumento coloreado, se muele entre dos piedras duras y se hace con él una pasta, tras lo cual se convierte en galletas muy finas. Expuestas al fuego en una plancha de arcilla, esas galletas, llamadas *tortillas*,<sup>130</sup> cuecen un instante, sin endurecerse ni tomar color; y como pierden su sabor al enfriarse, se preparan sólo a la hora de comer y se sirven en una servilleta. Me parecieron bastante insípidas pero admiré su blancura; la consistencia blanda de la masa permite a esa variedad

---

anualmente sus hojas [N. del A.].

<sup>128</sup> El *abrus precatorius* L., cuyas semillas sirven para hacer rosarios y collares para los niños [N. del A.].

El nombre común de esta especie de liana es *regaliz americano* [N. del E.].

<sup>129</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>130</sup> En español en el texto original [N. del T.].

de pan plegarse a todas las formas y suplir la falta de cucharas, unos utensilios poco usados en el país.

Algunos días antes de nuestro paso, Hunucmá había sido el teatro de un drama que proyecta una luz oscura sobre los hábitos republicanos de Yucatán. Un funcionario de cierto rango había sido arrastrado fuera de su domicilio y masacrado por el populacho; el hombre pedía jueces, pero en vano, pues el pueblo soberano se había pronunciado; se limitaron a conseguirle un sacerdote y diez minutos para prepararse. Yo vi la plaza donde una multitud feroz usurpó el papel del verdugo; la piedra estaba todavía manchada de sangre; y aunque aquella jornada había dejado en algunos espíritus una impresión siniestra, la opinión general absolvía a los asesinos y los desórdenes que agitaban la comarca les garantizaban impunidad.

Los arcos blancos que rodean la plaza mayor del pueblo, el tejado plano de las casas, el verdor de las palmeras, las mujeres de tez morena envueltas en sus mantos de algodón, la calma, el silencio, el brillo de la luz, todo trae a la imaginación las escenas de Oriente. El campo se presenta siempre llano, pedregoso y tristemente arbolado.

Nos dirigimos a Mérida por un camino excesivamente uniforme; las distracciones empezaban a agotarse; las sensaciones se habían atenuado y el camino, despojado del encanto de lo desconocido, me pareció muy monótono. Teníamos cuatro horas marchando a paso rápido cuando distinguimos dos puntos blancos en la franja luminosa del horizonte; algunos instantes después, camino abajo, la visión desapareció; nos hallábamos a una legua de la ciudad. Nada anunciaba que nos estuviésemos aproximando a un centro de población importante; la aridez del suelo no había variado y el país sin cultivar presentaba siempre el mismo aspecto abandonado. Sin embargo, aparecieron dos o tres chozas en el linde del bosque; empezaron a verse árboles frutales mezclados con la vegetación salvaje; después, se multiplicaron las viviendas y el bosque desapareció; habíamos llegado sin ver la ciudad. Ya brillaban algunas luces en la calle ancha y solitaria que continúa el camino de Sisal a través de la ciudad; las informaciones proporcionadas nos permitieron encontrar pronto un hospedaje, una cena por la cual esperamos y una cama tan buena como podía encontrarse en Yucatán.

Mérida, urbe de 24 o 25 mil almas, ocupa con sus jardines una extensión bastante considerable; las casas son bajas y sin apariencia; se componen de

una planta baja, habitada generalmente por una sola familia; las calles rectas, espaciosas y con aceras se cortan en ángulo recto, según la regla invariable adoptada por los españoles en el Nuevo Mundo. En el verano el viento levanta allí un polvo fino y penetrante; en el invierno las aguas, sin drenaje suficiente, se quedan estancadas en las calles y forman grandes charcos. Sea cual sea la dirección partiendo del centro de la población, se ven poco a poco crecer los jardines, las chozas sustituyen a las casas, las plantas silvestres le disputan el terreno a las especies cultivadas hasta que cualquier huella humana desaparece y el bosque, como una cortina espesa, se extiende en torno al espectador. Ninguna elevación permite dominar aquel obstáculo y abarcar el conjunto o siquiera una porción de la ciudad; es preciso adentrarse para cerciorarse de su existencia. No obstante, los bosques tras los cuales se oculta no son muy altos; plantados en un territorio seco y pedregoso, dedicados además al pasto, son verdaderos zarzales, entre éstos domina una especie de inga, cuyo aspecto y follaje recuerdan el azufaifo de Argelia. Un país tan cubierto y tan poco accidentado imprime en el alma del viajero el sello de su propia melancolía; no obstante, por la mañana las avenidas que conducen a la ciudad se animan con cierto movimiento pintoresco. Se ve una multitud de aves, algunas de brillante plumaje, salir de la espesura en bandadas y caer sobre los jardines inmediatos; algunas iguanas monstruosas se tienden perezosamente al sol o hacen crujir las hojas al meterse precipitadamente en su agujero; el canto del gallo o el graznido del pavo anuncian una choza india oculta entre la maleza; se encuentra uno con leñadores semidesnudos y de tez cobriza, arrastrando la leña cortada en el bosque, o con indias vestidas de blanco, quienes llevan al mercado el producto de su industria. No me cansaba de admirar el palo de rosa, adornado de mil corolas anaranjadas, dentadas, plegadas con gracia, que preceden la aparición de las hojas en ese vegetal, y la plumeria, cuyas flores magníficas exhalan un olor delicioso.<sup>131</sup>

Si el campo de Mérida lleva el sello de la monotonía, nada puede dar una idea de la tristeza reinante en la ciudad; las calles rectas y solitarias, prolongadas indefinidamente, la uniformidad de las casas ennegrecidas

---

<sup>131</sup> Árbol de rosa o ciricote de los españoles; es un tecoma, cuyas hojas ásperas sirven para limpiar la plata. La plumeria se llama en Yucatán amabana, con sus flores se prepara una mermelada [N. del A.].

por el tiempo, las grandes plazas donde crece la hierba, el aspecto mezquino de las tiendas, la multitud de iglesias y el perpetuo sonido de las campanas dan a aquella capital decaída cierto carácter monástico, muy en armonía con las costumbres de los habitantes. De tarde en tarde, una *volante* gótica, preciosamente cubierta con un lienzo gris que deja ver algunos dorados envejecidos, interrumpe el silencio solemne de la calle; asimismo, al anochecer, sale una procesión de una iglesia y pasea alguna piadosa imagen al resplandor de las antorchas. Tres o cuatro veces al año se celebra con regocijos públicos y corridas de toros la fiesta de algún santo popular; pero en general los placeres de la sociedad son escasos, y la vida transcurre en el hogar. Es raro que a las nueve de la noche algo pueda perturbar la tranquilidad de la ciudad; entonces, todo se apaga, todo se adormece, sólo se escucha el ladrido de los perros cuidando de la choza india en el linde del bosque.

Los edificios de Mérida son poco dignos de interés; me limitaré a citar la catedral, gran monumento construido en 1598, cuyo costo ascendió a 300 mil piastras; y el palacio de Montejo, cuya fachada adornada de esculturas lleva aún las armas y el nombre del conquistador de la comarca.

Lo que más llama aquí la atención de los extranjeros es la población indígena, mayoritaria en todos los lugares públicos, especialmente en los mercados. En algunos de aquellos indios se notan los rasgos marcados de la raza con frente deprimida y nariz alargada, la que construyó los palacios de Uxmal, Palenque y Chichén Itzá. Me sorprendió aquella analogía, aunque la semejanza dista mucho de ser completa y aunque los artistas nacionales han exagerado sin duda ciertos caracteres entonces constituyentes del ideal de belleza. Un solo paseo por los mercados de Mérida me enseñó más acerca del origen de las ruinas que cubren la península, en comparación con las sabias disertaciones que habían ilustrado mi mente. La vestimenta de aquellos indios es idéntica en todo Yucatán; no hay nada más sencillo ni más apropiado al clima: compuesta del mismo número de prendas y de la misma tela para ambos sexos, en los hombres es un pantalón ancho remangado todo lo que se puede y una camisa corta y suelta fuera del pantalón, al revés de lo usado en el mundo civilizado; en las mujeres es una falda estrecha (*fustán*) ceñida alrededor de las caderas y una camisa más corta, ésta deja ver los bordados adornando la parte inferior de la falda. Ningún cinturón dibuja su talle, disimulado debajo de la ropa. Además, se

cubren con una especie de mantilla cuando van a la ciudad, y los hombres con una manta rayada, pero sólo cuando el termómetro baja hasta los 17 o 18 grados. En el campo la vestimenta se simplifica con la supresión de las prendas superiores; los hombres se quedan con su pantalón y las mujeres con su falda.

Las indias de las cercanías de Mérida rara vez son bonitas; son bajas de estatura; tienen los miembros gruesos, los pechos cónicos, la cara ancha, la boca algo grande, el labio superior muy arqueado y con tendencia a engordar. La nariz ligeramente deprimida, los ojos entreabiertos y ligeramente levantados en su ángulo externo, el cabello negro y liso sin muchas canas, la tez cobriza y algunas veces amarillenta presenta un conjunto de caracteres similares a las de las tribus de origen mongol.<sup>132</sup> Es admirable la extremada pulcritud de sus vestidos y de su persona, así como la costumbre que ellas comparten con los hombres, en un país donde el agua no es abundante, de lavarse escrupulosamente todos los días. Las *mestizas*<sup>133</sup> tienen unos rasgos mucho más agradables; su fisonomía carece quizá de expresión y de viveza, pero se desprende de ellas esa dejadez meridional atribuida más a la volubilidad que a la debilidad. No he notado en los indios de Yucatán un carácter tético o taciturno, como nos pintan a los de la América del norte; al contrario, me maravillaba su humor alegre: mi barba, por ejemplo, excitaba francamente su hilaridad; y mientras este adorno infunde respeto en cualquier otra parte, ante ellos hubiese sido necesario armarme con una navaja de afeitar para salvar mi dignidad.

Desde el punto de vista intelectual, la raza indígena me ha parecido más adelantada en Yucatán a las radicadas en otros puntos del continente americano en donde he estado en contacto con ellas; su superioridad procede sin duda del origen; sin embargo, la configuración del país también desempeña un papel. Como la circulación no encuentra obstáculo alguno desde un extremo al otro de la península y aún antes

---

<sup>132</sup> No soy el primero en sorprenderme por el parecido, del cual no saco ninguna conclusión. Véase Cuvier, *Reino animal*, t. 1: 85; A. Saint-Hilaire, *Viaje al interior de Brasil*, 1ª parte, t. II: 250; 2ª parte, t. I: 362. El mismo Antonio de Herrera había pensado que el pueblo americano tenía un origen asiático: *Historia general. Década III. Ll. II*, cap. X [N. del A.].

<sup>133</sup> Hija de un blanco y una india [N. del A.].

*Mestizas*, en español en el texto original [N. del T.].

de la conquista ya existían caminos,<sup>134</sup> las relaciones sociales tuvieron un desarrollo mayor en comparación con otras partes, ejerciendo una influencia en la población. Los hombres son campesinos y leñadores; proveen los mercados, ejercen ciertas industrias en las ciudades, tejen por sí mismos y saben teñir las telas de algodón usadas para su vestimenta; las mujeres trabajan en casa de las familias españolas, donde hay siempre media docena de criadas indígenas: una cuida a los niños, otra se encarga de la casa, ésta prepara las *tortillas*, aquella prepara la comida; también se necesita a una para preparar las hojas de maíz con las cuales se hacen los cigarros, etcétera. Aquel lujo de sirvientas se debe a los módicos salarios ofrecidos a la servidumbre, los cuales se reducen a ofrecer comida y ropa.

Mérida no tiene comercio exterior y no veo nada que pueda atraer a los extranjeros a ese lugar. Vivir allí cuesta la mitad comparado con La Habana; hay aves de corral y de caza y pescado traído de Sisal; la hortaliza abunda en el mercado, especialmente la de los países tropicales como gombos, cebollas, cohombros, ñames, batatas, tomates, pimientos y berenjenas. Las personas ricas comen pan de trigo y beben vino de España o de Burdeos; cada casa tiene un pozo con una buena cantidad de agua a cinco metros de profundidad. Se come bastante en aquel país a pesar de la intensidad del calor: una taza de chocolate y dulces abren y cierran el día regularmente; en el intervalo, a las 9 y a las 3, se sirve la mesa copiosamente; estas 2 comidas son las más importantes.

En la posada donde estaba alojado vivían varios náufragos del Tweed, algunos habían ido a Mérida a buscar la curación de sus heridas, otros un alivio a su abatimiento. Esperando la oportunidad de salir de Yucatán, habían planeado un proyecto para visitar las ruinas de Uxmal, situadas a dieciocho leguas al oeste; como yo tenía la misma intención, nos pusimos pronto de acuerdo para realizar juntos aquella excursión. Los notables vestigios que excitaban nuestra curiosidad fueron revelados al mundo científico por el señor Waldeck en el año 1835, pero deben su popularidad, sobre todo, a las publicaciones del señor Stephens y a los dibujos del señor Catherwood.<sup>135</sup> Me regocijaba poder ver con mis propios ojos un

---

<sup>134</sup> Se encontró por ejemplo un camino empedrado, de ocho pies de anchura, entre Uxmal y Kabah [N. del A.].

<sup>135</sup> Las ruinas indias de Yucatán han sido reproducidas con un talento minucioso y

testimonio auténtico de la antigua civilización indígena y proseguir mis investigaciones de historia natural en circunstancias sumamente favorables. El clima se manifestaba en armonía con mis deseos; no llovía ni hacía mucho sol. Ya se había fijado el día de la partida y estaban dispuestos el equipaje y los caballos, cuando la víspera por la noche creció en la ciudad un rumor inusitado; doblaban las campanas; sonaba la trompeta y un alboroto inexplicable se extendía de barrio en barrio y de casa en casa; finalmente, corrían las voces más contradictorias, nadie sabía exactamente lo ocurrido y menos aun lo que estaba por ocurrir.

Desde la ventana se veían grupos animados formarse y deshacerse sucesivamente; a lo lejos corrían hombres armados; se oían disparos; un grupo tumultuoso se dirigía al Castillo, un pequeño fuerte con el mando de la ciudad; Mérida, tan pacífica por la mañana, era sólo tumulto y confusión.

La noche pasó en medio de una gran preocupación; por la mañana supimos que se acababa de producir una revolución; era la cuarta en el espacio de un año. No entra en mis planes insistir en las divisiones internas que, desde su origen, devastan las pequeñas repúblicas que he visitado; aquellos acontecimientos, en su mayor parte, son poco dignos de la historia y no pueden despertar un gran interés fuera de su entorno original: no obstante, en aquel caso la contienda de los españoles se veía complicada por circunstancias bastante particulares y merecen nuestra atención; las consecuencias de su desunión fueron tan graves y han pesado tan cruelmente sobre el país que no puedo dejar de dar a conocer su principio. Diré pues, en pocas palabras, cuál era la situación política del Estado en ese momento.

Desde la emancipación de las colonias, Yucatán había permanecido unido muy estrechamente a la Confederación mexicana, cuando en 1840 la ciudad de Mérida dio por primera vez la señal de la insurrección. Eran demasiados los agravios y las quejas, todas legítimas. La sublevación fue general; se expulsó a las guarniciones mexicanas; se destituyó a

---

en gran escala por un artista americano, el señor Catherwood, con el título de *Views of ancient monuments at Central America, Chiapas y Yucatan*, Nueva York: 1844. Véanse para el texto y los detalles: John Lloyd Stephens, *Incidents of travels in Yucatan*, Nueva York, 1843; y el viaje de Waldeck publicado en París en 1835. La obra titulada *Rambles in Yucatan*, Nueva York, 1843, es sólo una compilación sin mérito y sin interés [N. del A.].

En esta parte Morelet confunde a Waldeck con B. M. Norman, autor de la obra citada [N. del E.].

los funcionarios extranjeros y se constituyó finalmente una autoridad nacional originaria del país. La revolución se efectuó sin derramamiento de sangre, después de una débil resistencia. No obstante, hacia el mes de octubre de 1842, el gobierno federal creyó poder tomarse la revancha y atacó Campeche con un ejército de once mil hombres. El sitio duró cerca de un año y terminó con la derrota completa de los sitiadores, quienes capitularon vergonzosamente y evacuaron el territorio en el mes de agosto de 1843.<sup>136</sup> El 14 de diciembre del mismo año, el presidente de la Confederación, Santa Anna, firmaba un tratado en México con los plenipotenciarios yucatecos, quienes fijaron las condiciones. El gobierno federal, en virtud de aquel convenio, renunció al derecho de tener guarniciones en las ciudades de la península; en adelante no podría exigir impuestos ni soldados; finalmente, aceptaba el ejercicio directo de la administración de su país y la defensa de los intereses comerciales por parte de los habitantes, mediante una tarifa de aduanas cuyos artículos redactarían ellos mismos. A cambio de aquellas concesiones equivalentes a una completa independencia, Yucatán volvió a formar parte de la Confederación.

Sólo dos meses después, Santa Anna rompía aquel pacto inconstitucional prohibiendo, por medio de un decreto, la admisión de los productos de la península en los puertos de la República. Los diputados yucatecos reclamaron contra la decisión pero México les respondió con una multitud de excepciones dilatorias, sin abordar el fondo de la cuestión la instancia se alargó hasta la reunión del Congreso, el cual anuló en diciembre de 1845 el tratado firmado por el jefe de Estado.

El 1º de enero de 1846 llegó a Mérida la noticia de aquel acuerdo, gracias al cual se produjo una gran efervescencia. El gobernador de la ciudad, don Miguel Barbachano, un hombre ambicioso y con cierta popularidad, se puso a la cabeza del movimiento; convocó inmediatamente al congreso provincial e hizo que dicho cuerpo político pronunciase la suspensión del vínculo federal. Sin embargo, en ese corto intervalo la Confederación

---

<sup>136</sup> Esas pequeñas guerras americanas son a veces más mortíferas que lo pensado en Europa: las bajas de los agresores alcanzaron, durante el sitio, la cifra de 7400 hombres, y la mortandad sufrida entre los heridos fue del 97%, resultado atribuido no solamente a la malignidad del clima sino también a la escasez de recursos y a la insuficiencia de medios curativos. Un reporte oficial constata que 32 000 balas, 600 bombas, 3000 cohetes Congreve y una gran cantidad de balas de cañón fueron lanzados sobre la ciudad [N. del A.].

había tenido sus propios conflictos internos y el presidente Santa Anna, desterrado de su país, se había refugiado en La Habana, desde donde planeaba, por medio de nuevas intrigas, recuperar el poder. La agitación de Yucatán era favorable para sus proyectos, en ella buscó un punto de apoyo. Logró hacer comulgar con sus intereses al gobernador de Mérida, enterado de su bien conocida ambición, movilizó hábilmente todos los recursos de su genio creativo; de esta manera convenció a algunos con promesas, a otros con liberalidades, y consiguió finalmente los colaboradores necesarios. Pocos meses después entraba triunfante en México gracias a uno de esos cambios de fortuna nada extraños en un país donde las facciones contrarias siempre están en la palestra, e hizo ratificar, a través del presidente efímero de la República y menospreciando al Congreso, el tratado del 14 de diciembre de 1843. Me abstengo de hacer cualquier comentario, los hechos hablan por sí solos; al observar aquellas apasionadas rivalidades, las tristes luchas personales, los tratados firmados, rotos, ratificados, anulados, y finalmente, el desprecio de las leyes fundamentales del Estado, el lector podrá sacar sus propias conclusiones.

El congreso provincial cuya sede estaba en Mérida declaró a su vez, bajo el impulso del gobernador y de los amigos de Santa Anna, que la ratificación del tratado restablecía el pacto federal. Pero la ciudad de Campeche, celosa de la preponderancia de su rival y del papel político desempeñado por aquella capital a lo largo de las negociaciones, creó una nueva complicación. La parte insatisfecha negó la legalidad de un contrato concluido sin la participación de la representación nacional. En consecuencia, acusó a su propio gobierno de traición, lo declaró destituido, formó una administración provisional, armó sus milicias y marchó sobre Mérida.

Entonces salieron a la luz, favorecidos por esas divisiones tan poco políticas como culpables, los primeros síntomas del odio hereditario de los indios contra los españoles, cuyo estallido, aplazado durante mucho tiempo, iba a poner en peligro la existencia de los imprudentes rivales. Las matanzas de Valladolid y otros asesinatos aislados no bastaron para abrirles los ojos; algunos hombres cuerdos y perspicaces se alarmaron, pero la masa persistió en su ceguera y atribuyó aquellas catástrofes a los desórdenes inseparables de la guerra civil. Las desgracias originadas gracias a aquellas rivalidades afligen todavía a Yucatán, después de una lucha de algunos años durante la cual la población española estuvo a punto de desaparecer.

Mérida capituló el 22 de diciembre de 1846, Campeche fue desde entonces la sede del gobierno definitivo. Semejante resultado humilló profundamente a la capital; despojada de sus prerrogativas y reducida a un papel secundario, sólo esperaba una oportunidad para dar rienda suelta a su descontento: la guerra se preparaba paulatinamente y decidieron iniciar el movimiento el 28 de febrero del siguiente año, periodo de mi estancia en aquel lugar. Muy lejos estaba yo de conocer el grado de antipatía imperante entre los ciudadanos de aquel reducido Estado, sus ambiciones hostiles, sus complicadas contiendas y el peligro que amenazaba a las dos partes.

No bastaba, en tan crítica situación, con renunciar a las ruinas de Uxmal; era necesario salir del mal paso en el cual me había metido: los extranjeros alojados en la posada se reunieron en consejo de guerra con el fin de decidir si saldrían de la ciudad o si esperarían con valor al enemigo. Por una parte se encontraban las contingencias de un largo camino a través de un país en revolución; por la otra, la eventualidad de un sitio con la perspectiva de escenas sangrientas similares a las de Valladolid. Los rumores que corrían eran preocupantes: los indios del sur se habían sublevado y marchaban en armas contra la ciudad; un correo había sido asesinado en el campo; los caminos estaban cortados, las comunicaciones interceptadas y se oían muchas noticias capaces de hacer tambalear todas las resoluciones de la asamblea. Convencido de que en una circunstancia tan apremiante, la indecisión era un error, saqué mis propias conclusiones y mientras mis compañeros discutían sobre un posible asalto a la ciudad, resolví alejarme antes de dejar avanzar el incendio. Envié a Morin para preparar la ejecución del plan; pero las dificultades eran mayores. Ante el conflicto en puerta, cada cual pensaba sólo en su propia seguridad y renunciaba al honor de sacarnos de apuros; el temor al enemigo se había apoderado de los arrieros y paralizaba la buena intención que tenían de apropiarse de nuestro dinero. No obstante, de tanto insistir encontramos a un hombre emprendedor quien aceptó arriesgarse en nuestra aventura. Por 200 francos se comprometió a conducirnos, junto con nuestro equipaje, hasta Campeche. Aquella cantidad no me pareció excesiva en las circunstancias en las cuales nos hallábamos, puesto el precio del viaje en condiciones normales era de 50 francos por persona.

El 2 de marzo a las cinco de la tarde el carruaje prometido se estacionó en la puerta de nuestra posada; una mirada a la calle me permitió

ver un carro de forma antigua, cubierto de un lienzo gris y arrastrado por tres caballos flacos, los más enclenques de la cuadra y quizá de la ciudad. La escena representaba bastante bien uno de aquellos coches desvencijados dibujados por Callot y colocados siempre en situaciones equívocas. Un indio muy serio dirigía el vehículo; otro indígena, rechoncho y contrahecho, conducía un trío suplementario de jacos, destinados a relevar a los primeros y a servir de refuerzo si fuese necesario. No me dio buena impresión lo que estaba contemplando, pero no era el momento más oportuno para discutir. Nos costó lo indecible acomodar el equipaje y el apuro fue todavía mayor cuando se trató de nosotros mismos. Sin bancos ni asientos, pero provisto de un colchón, nuestro carro era una cama sobre ruedas, donde uno solo podía viajar tendido como quien se dispone a dormir. Ésa es la costumbre de un lugar en donde el calor del día obliga a viajar de noche. Nos pusimos en camino en medio de aquellas circunstancias algo insólitas. Había pasado media hora de nuestra partida y Morin y yo aún nos esforzábamos por encontrar una posición tolerable; finalmente, después de agotar todas las combinaciones de la estática, para conservar el equilibrio, decidimos volver, de buen o mal grado, a la posición horizontal. El camino se extendía por una llanura, pero era tan escabrosa y desigual que a cada instante parecía que se iba a hacer pedazos el carruaje; no obstante, nuestros conductores seguían imperturbablemente su línea sin preocuparse por los obstáculos y a pesar de las ventajas de nuestra posición descartamos poder dormir.

Alrededor de las ocho, la luna salió como un globo de fuego; los vapores que empañaban la claridad del cielo se disiparon y un resplandor melancólico se esparció por la arbolada llanura. Llegamos al pueblo de Umán, un lugar silencioso y desierto como si el enemigo ya lo hubiese saqueado. Mientras los indios organizaban el primer relevo con su lentitud característica, me dirigí hacia la iglesia, un edificio aislado en los límites del campo, tras franquear un pequeño obstáculo me encontré en el asilo de los muertos. Una piedra, sin duda una sepultura, se destacaba a unos pasos, sobre la hierba; me acerqué a aquella tumba desconocida, y con el corazón embargado por la emoción, caí de rodillas y oré. Los recuerdos de la patria lejana, el sentimiento profundo de mi flaqueza y la grandeza de la creación circundante penetraban mi alma como una armonía dulce y triste, producida por el conjunto de varios instrumentos.

De repente, un murmullo vino a sacarme de mi ensueño; alcé la vista y me estremecí: ¿era acaso una ilusión de mis sentidos? Varias formas blancas se desprendían sucesivamente de las tinieblas que envolvían la iglesia y pasaban bajo los rayos de la luna como sombras en un sudario. Sentí (¿por qué no habría de confesarlo?) una conmoción intensa; la hora, el lugar, la naturaleza de mis pensamientos, todo condicionaba mi imaginación para una sorpresa. Pero la indecisión no podía prolongarse; me levanté y di un paso adelante: eran unas pobres indias, quienes venían como yo a rezar sobre las tumbas.

En sólo tres cuartos de hora habían cambiado los caballos; volví a ocupar mi puesto en el carro y me acomodé lo mejor posible, calculando con un suspiro la duración de un viaje cuyo término se veía todavía lejano. En medio de la noche, llegamos al pueblo de Chocholá, uno de los más importantes del camino; lo vimos ocupado por la retaguardia de los insurgentes y alumbrado con el fuego de sus vivaques. Ésta fue nuestra primera etapa; el comandante del destacamento no nos permitió proseguir antes de que él mismo se adelantase. Nos resignamos pues a descansar algunas horas; desengancharon los caballos, y el carro apoyado en sus varales nos ofreció un plano inclinado para dormir, esperando la aurora. Aquel primer encuentro con las tropas de Mérida nos permitió entender que al menos los obstáculos no vendrían de su parte; eso ya era un principio de seguridad.

Por la mañana nos reunimos con la retaguardia, ésta parecía estar constituida por unos 300 hombres apoyados por 2 piezas de campaña. Aquellos guerreros andaban a la desbandada, su capricho era su única regla; todos iban armados con fusiles; su vestimenta consistía en un pantalón blanco remangado hasta medio muslo y una camisa suelta fuera del pantalón, un atavío poco militar. Algunos hasta habían encontrado la manera de simplificar aún más el uniforme; por su tez cobriza, sus músculos salientes y su corpulencia más robusta, eran reconocibles aquellos cuya sangre se había mezclado con la raza africana. Los oficiales, con casaca y sombrero de paja, parecían más bien cultivadores; la mayor parte iba mal calzada y caminaba algo apesadumbrada, bajo un sol ardiente y 40 grados de calor. Nos metimos en medio de aquella horda por la impericia de nuestro conductor, por lo cual tuvimos que ajustar nuestros movimientos con los suyos; felizmente, el pueblo de Maxcanú, donde

nuestros belicosos acompañantes debían reunirse con el cuerpo principal, estaba sólo a una legua: al llegar allí participamos de la ovación que se les había preparado y nuestro carro hizo una entrada triunfal, con el doblar de las campanas y el ruido de los petardos, entre dos filas de beldades algo cobrizas pero adornadas con esmero. Desgraciadamente, aquellas demostraciones oficiales no podían impresionar a nadie; los jefes se notaban disgustados, los soldados indiferentes, el resto de la población intranquila. Los mercaderes se apresuraban por hacer desaparecer sus productos; durante la última campaña les habían decomisado todo las dos partes beligerantes y su entusiasmo patriótico se había enfriado como consecuencia de ello; si acaso intentaban disimular un poco su escasa simpatía por la causa nacional. Por lo demás, nada se sabía de los movimientos del enemigo y todo el mundo quería creer que no había salido de Campeche.

El llano que acabábamos de atravesar se eleva llegando a Maxcanú, asimismo, se ven varias colinas en dirección al noreste; el terreno es una caliza compacta o tobácea, algunas veces brechiforme, similar a los de las cercanías de Mérida; contiene restos testáceos y parece pertenecer a la época jurásica.<sup>137</sup> A pesar de la intensidad del calor, recorrí activamente los alrededores; el campo, cubierto por la maleza, me pareció triste y abandonado; la sequía había marchitado las hojas; la mayor parte de los árboles se veía despojada de su verdor; finalmente, un tono gris y monótono se extendía hasta los límites del horizonte.

Los pueblos, y las pequeñas aldeas de Yucatán, me han parecido contruidos con un plan regular y uniforme; me llamó la atención su buen orden, su limpieza, los edificios públicos que los adornan y el lujo de sus jardines, fruto casi exclusivo de la naturaleza, es preciso decirlo. Las calles son anchas, orientadas y trazadas a cordel; en el centro se halla la plaza, dominada por una iglesia con cierto mérito arquitectónico. En el frente opuesto se erigen los edificios municipales con sus arcadas para

---

<sup>137</sup> Los fósiles de aquella población, sin ofrecer particularidades sobresalientes, parecen diferir sin embargo de las especies que viven actualmente sobre el globo terrestre: su determinación específica es, de hecho, muy difícil de establecer, pues la mayor parte son unos mejillones fósiles interiores y rudimentarios. Pertenecen a un terreno terciario medio, semejante por su contextura a la roca fosilífera de Guadalupe. Véase una reseña del señor Deshayes sobre el tema en: *Boletín de la Sociedad Geológica de Francia*. 2ª serie, t. X: 506 [N. del A.].

proteger a los viandantes del sol; al lado están las viviendas principales, entre las cuales hay uno o dos almacenes provistos de todo lo necesario para vivir. Hay pocas aldeas en Francia, no dudo en afirmarlo, que puedan ofrecer los mismos recursos y cuyo aspecto sea tan agradable.

El camino que tomamos al atardecer, después de solventar algunas dificultades diplomáticas, era más pedregoso en comparación con el de la noche anterior; nuestro cochero no lo tenía en cuenta y a pesar de nuestras observaciones, arreaba obstinadamente a los caballos como si su brazo se moviese mediante un mecanismo invisible. Sucedió lo previsto: con tantas sacudidas, se rompió uno de los varaes; fue necesario echar pie a tierra y seguir andando después de convencernos de que la avería era irreparable. Empezaban a extenderse las sombras cuando paramos para mudar caballos en medio de un claro en el bosque, con un relieve accidentado; pero José María, encargado de organizar los relevos, no había llegado todavía; envié a Morin a buscarle, y subí a un montículo desde donde se descubría todo el campo. Pasó un cuarto de hora, y otro que me pareció un siglo; finalmente, al no poder dominar mi impaciencia y sin saber cómo explicar lo ocurrido, dejé mi puesto de observación para tratar de aclarar el misterio. De repente, al volver la vista por un movimiento instintivo de prudencia, pude ver el carruaje alejándose al trote. Echar a correr, detener los caballos y agarrar al conductor por el brazo fue cosa de un instante. Ante el interrogatorio, aquel hombre balbuceaba, se turbaba y se volvió sospechoso; le hice bajar sin miramientos y le prohibí alejarse. La actitud equívoca de los dos indios, uno de los cuales había desaparecido y el otro se daba a la fuga, la noche inminente, la soledad, la efervescencia en el país, todo contribuía a preocuparme. ¿Quién me aseguraba que, durante aquel día de ocio, no habían urdido algún plan nuestros guías y los bandidos de Maxcanú? Felizmente, el regreso de Morin disipó mis temores; había encontrado a José María en el linde del bosque, donde dormía como un hombre con la conciencia tranquila, mientras sus caballos pacían a pocos pasos; el muy tuno se había embriagado, y no tardamos en advertir que su camarada era su compinche a la hora de tomar; en efecto, en cuanto nos pusimos en camino soltó las riendas y cayó como una piedra dentro del carruaje sin alguna posibilidad de poder despertarle. Morin le suplió y dirigió el carricoche mientras el borracho se tendía a sus anchas en el colchón.

Podía apreciar con mis propios ojos los efectos de un veneno que ha contribuido, quizá más poderosamente que la guerra y la esclavitud, a la destrucción de la raza indígena: la pasión por los licores fermentados domina al indio de un extremo a otro de América, bajo los trópicos como hacia el polo, con una energía capaz de superar todas las otras inclinaciones. Como hoy su situación no es lamentable, al menos en las colonias españolas, no se le puede perdonar un vicio sólo concebible gracias a la excesiva miseria de la humanidad. No es común que la embriaguez produzca en ellos efusión o alboroto; sus efectos ordinarios son los de un narcótico poderoso; el sueño físico es su consecuencia frecuente; el de la inteligencia se prolonga a veces varios días. En los países en donde la raza indígena tiene alguna importancia, su propensión a la embriaguez es una calamidad y afecta gravemente los intereses del cuerpo social. Este sentimiento es compartido en Yucatán, donde sin embargo no se ha hecho hasta ahora nada para extirpar el mal o por lo menos atenuarlo. No es así en Tabasco; el gobierno de aquel Estado ha tomado una determinación decisiva, prohibiendo la venta de licor a los indígenas; las consideraciones más graves han hecho adoptar esta medida, pues se ha demostrado, además de otros resultados funestos, que el abuso de los licores alcohólicos aniquilaba en los indios las facultades viriles desde la edad de veintisiete años.

Morin manejaba nuestro carruaje con toda la prudencia exigida por su estado, por un camino desconocido para nosotros pero plateado por los rayos de la luna; estaba durmiéndome, gracias al cambio de paso, cuando de repente nos sorprendió un “¡quién vive!” seguido de la orden de detenernos; acabábamos de toparnos con la vanguardia enemiga, que se hallaba acampada cerca del pueblo de Halachó, a seis leguas de Maxcanú. Los campechanos no habían perdido el tiempo, y me alegré de haber obrado del mismo modo porque parecía inminente un encontronazo entre los partidos. En un instante nos rodeó una tropa de hombres armados que salieron de su emboscada, éstos nos condujeron a poca distancia de allí, después de un interrogatorio somero, al cuartel general. Cuando llegamos a la plaza mayor de Halachó, iluminada con las lumbres del vivaque, todos acudieron para observarnos; se había extendido el rumor de que se habían hecho prisioneros, y la noticia corriendo de boca en boca había tomado, como sucede ordinariamente, proporciones colosales. Los mirones quedaron pues algo decepcionados. Por lo demás, no tuvimos

sino motivos para congratularnos por el trato recibido y por la cortesía de los jefes, pues nos dieron licencia para proseguir nuestro viaje como lo considerásemos oportuno.

Mientras reparaban el carro, me entretuve recorriendo las filas de aquel pequeño ejército, disponía de unos mil soldados apoyados por una artillería respetable, y pensé en la escasa tropa acampando con valor en Maxcanú sin imaginarme la cercanía del enemigo; cabe añadir que sólo se trataba de la mitad de las fuerzas dirigida por el gobierno contra la insurrección. Los resultados de la campaña fueron los previstos; los defensores de Mérida no esperaron a sus adversarios; se replegaron hacia la ciudad, que capituló el 9 de marzo en medio de la deserción general. La causa insurreccional no tenía efectivamente raíz alguna entre la población: todos parecían estar cansados con aquellas rivalidades entre familias y con aquellas luchas sin gloria ni provecho, cuya consecuencia era ensangrentar el país según los caprichos de un puñado de ambiciosos. Pero la raza indígena, armada y aguerrida por los bandos enfrentados, emprendió rápidamente y por su propia cuenta una cruzada nacional que abrasó toda la península y cuyo fuego sólo ahora está apagándose.

El resto del viaje se hizo sin incidentes notables; José María había desaparecido con sus tres caballos en la noche de nuestra llegada a Halachó, en cuanto a su camarada salió del estado letárgico en que se hallaba sumergido hasta después de pisar el suelo de Campeche. Llegamos a aquella ciudad la mañana del 5, 60 horas después de salir de Mérida. La distancia puede calcularse en unas 40 leguas.

Conforme se va uno acercando a la capital, se ve crecer la vegetación, a pesar de la sequía del suelo alcanza un vigor y un esplendor inusitado. El camino serpentea entre plantas mirtáceas, sapotáceas e ingas cuya frescura es maravillosa; pronto el azul del golfo, acá y allá, va recortando el follaje; bosques de cocoteros irradian por todas partes; los jardines se suceden, las casitas se multiplican, atravesamos los arrabales y finalmente entramos en el recinto amurallado.

En Campeche encontramos una posada aceptable; la comida no estaba tan rica como en Mérida pero daba la medida de lo que permitían los recursos en un lugar seco y ardiente, en la temporada más inoportuna. Mi curiosidad se despertó en la mesa al ver un plato especial, el *cazón*, sobre cuya composición tenía algunas dudas. Como las explicaciones del

cocinero no me convencían demasiado me dirigí al puerto donde vi, tras un breve reconocimiento, a un pescador lavando en el mar ciertos peces de aspecto sospechoso: “Hágame el favor —le dije acercándome— de decirme cómo se llaman esos peces”. El pescador levantó la cabeza sorprendido, y al reiterar mi pregunta me respondió: “¿Cómo, *señor*, me respondió, no ve que son *cazones*?”.<sup>138</sup> “¡Vamos! repliqué; sus *cazones*, amigo mío, son verdaderos *tiburones*!”. Pero el pescador no asintió; volvió a su faena con aire de incredulidad maliciosa y yo proseguí mi camino. Pronto los vi de todos los tamaños, formas y colores: *cazones* de martillo, *cazones* de hierro, *cazones* de hacha, *cazones* de hocico puntiagudo, blancos, negros, grises, en total cinco especies de tiburones. Los había frescos y salados, asados y cocidos, para todos los gustos en suma. Sabía que aquellos escualos pululaban en el banco de Campeche, pero ignoraba el culto gastronómico del cual eran objeto. Supe además durante mi excursión que el *cazón* blanco, también llamado *jaquetón*,<sup>139</sup> un tiburón de color gris blanquecino, de piel lisa y cabeza puntiaguda, era particularmente apreciado por los conocedores. En cuanto a la palabra española *tiburón*, se ha desterrado del vocabulario gastronómico por ser considerada una expresión malsonante e inconveniente.

La plaza está en las inmediaciones del puerto; me pareció desear desde el punto de vista del aseo y del buen orden; como en Mérida admiré, al visitarla, la pulcritud de las indias sentadas en largas filas, unas doscientas o trescientas, junto a los objetos de su comercio. Se trata de frutas, flores, pimientos variados, cebollas, frijoles negros, limones silvestres, patatas no muy ricas en aquel lugar, batatas, ñames, una gran variedad de otras cucurbitáceas y solanáceas, y finalmente huevos, algunas gallinas y el inevitable *cazón*. El miércoles y el viernes se pueden también conseguir tortugas; no me atrevo a decir en qué estado se ofrecen esos animales a los parroquianos, porque el trato que se les da sin duda indignaría al lector. Entre los frutos expuestos a la venta, el *caimito* y la *anona* eran desconocidos para mí.

El *caimito* es redondo, grueso como una manzana y con la piel lisa y violácea de la berenjena; la pulpa encarnada, a veces blanca, es blanda y viscosa, con un ligero sabor de fresa; las semillas están envueltas en

<sup>138</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>139</sup> En español en el texto original [N. del T.].

un parénquima blanquecino, pegajoso e insípido. No es un fruto muy sabroso, pero es muy común en los jardines de Campeche, el árbol de su origen (*cbrys, Jamaicense*, Jacq.) se distingue por sus hojas lustrosas, de color de hollín en su cara inferior.

La anona (*a. reticulata*, L.) pertenece a una familia numerosa en los trópicos, la de las anonáceas, cuyos frutos, muchas veces deliciosos, no ofrecen analogía alguna con los de nuestros climas. La especie allí tratada debe a su forma y a su color el nombre de *corazón de buey* atribuido por los franceses en las colonias. La piel delgada que la cubre oculta una pulpa blanquecina, untuosa, de un sabor muy frío y muy particular, ésta produce en el paladar la impresión de una crema perfumada.

Continuando mi paseo observé la industria con la cual los habitantes suplen su falta de dinero en moneda. En la mayor parte de la América española, la moneda más pequeña es el *medio*<sup>140</sup> que vale unos 30 céntimos. En Cuba, el pueblo se acomoda a este uso; pero no es así en Yucatán, donde el dinero es más escaso y cuesta más trabajo ganarlo. Para establecer una balanza exacta entre las especies corrientes y los artículos de ínfimo valor, se parte el *medio* en 2, en 3 y aun en 4 fragmentos. Cada mitad vale un *cuartillo*<sup>141</sup> y cada *cuartillo* dos *chicas*.<sup>142</sup> Vi también con cierto interés que el cacao sirve para facilitar los intercambios en el mercado de Campeche, exactamente como en la época de los indios. El cambio de esa moneda varía en la proporción de 80 a 160 granos por un *medio*, según su abundancia en la plaza: 5 granos de cacao son la última expresión del sistema monetario.

La ubicación de Campeche es una de las más privilegiadas en América; la ciudad en sí no se distingue por ninguna particularidad, a no ser por las murallas almenadas que forman su recinto; la plaza mayor es bastante fea, la catedral mezquina y ningún monumento llama la atención del viajero; pero reina por todas partes un espíritu de orden y un cuidado favorablemente contrastantes con la negligencia fastuosa de La Habana. Son evidentes los propósitos y el origen de esta administración. No hay nada tan lindo como la perspectiva de los arrabales, donde una población de diez mil almas vive repartida en magníficos parajes sombreados, desde

<sup>140</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>141</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>142</sup> En español en el texto original [N. del T.].

la playa sembrada de cocoteros hasta el anfiteatro de colinas que cierra el horizonte. Desde lo alto de la *Eminencia*,<sup>143</sup> desde donde la artillería mexicana abrasó la ciudad en 1843, uno se puede formar una idea clara del alcance y de la extensión de Campeche; pero para disfrutar de una vista verdaderamente encantadora, es preciso subir, al amanecer, al *cerro de San Francisco*,<sup>144</sup> que domina los arrabales ya mencionados. Desde aquellas alturas, la mirada abarca un paisaje de verdor y de casitas blancas del aspecto más pintoresco; a lo lejos se ven los edificios salientes y los campanarios de la ciudad, destacados con luminosidad sobre la extensión azulada del golfo; también se divisa el barranco que sirve de lecho al *río de San Francisco*,<sup>145</sup> desaguadero de las lluvias, con una longitud de una legua como mucho y al cual nuestros geógrafos han dado una importancia exagerada, además de haberlo situado erróneamente al oeste de la ciudad. Es inútil hablar sobre la ausencia de cocodrilos en las orillas de aquel arroyo fangoso, aunque lo hayan pretendido ciertos viajeros.

En la puerta de Santa Anna es notable un paseo de naranjos cuidado con el mayor esmero; es un objeto de lujo para una ciudad cuyos alrededores son en sí un paseo por la naturaleza. El cultivo de los jardines estaba muy abandonado por los habitantes de Campeche desde hace algunos años; su renacimiento debe mucho al impulso inteligente de uno de nuestros cónsules, el señor Laisné de la Ville-l'Évêque, quien se dedicó a embellecer el lugar con muchas plantas útiles o de recreo. El campo, en la temporada en que lo recorrí, no ofrecía una gran diversidad de flores; en la orilla de los cercados vi cleomes leñosos; en la playa observé vincapervincas, manzanillas de hoja olorosa, el cirio cuadrangular y un cacto, la *pitahaya*, que trepa por los troncos de los árboles y de cuyas ramas cuelgan sus frutos, los más hermosos y de mejor gusto producidos por los vegetales de aquella tribu; finalmente, la argemone mexicana, especie de papaverácea característica de los trópicos, ostentaba sus corolas doradas hasta en las calles de la ciudad.

El clima de Campeche es ardiente e insalubre en la temporada de las lluvias; las fiebres intermitentes de esta época, ligeras y sin complicación al principio, van frecuentemente seguidas de lesiones orgánicas y adquieren

---

<sup>143</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>144</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>145</sup> En español en el texto original [N. del T.].

un carácter maligno. El *vómito* es también una de las enfermedades del lugar. A las malas condiciones se añade la incomodidad de los insectos que le han declarado la guerra a nuestra especie y se multiplican prodigiosamente bajo la influencia del calor combinado con la humedad salina. Las cucarachas, los alacranes, los miriápodos y los mosquitos infestan las habitaciones, sobre todo extramuros.

El alacrán de Campeche no goza de buena fama en el radio del golfo; no hay nada peor, según aseguran; es un prejuicio atribuido a la repetición de los accidentes en los puntos donde se almacena el palo de tinte, cuyas cavidades sirven de refugio al arácnido maléfico. Su picadura, como he tenido la ocasión de experimentarlo, produce una inflamación pasajera, acompañada de movimientos febriles y se disipa naturalmente cuando la herida no involucra un órgano en el cual predomine el sistema nervioso.

En cuanto al mosquito,<sup>146</sup> no es necesario atravesar el Atlántico para saber cuán insoportables son su zumbido y sus picaduras. En los países cálidos, sin embargo, ese insecto se propaga de una manera mucho más activa y el veneno que destila adquiere también más acritud. Habría que renunciar al sueño si se olvidase uno de guarecerse por la noche detrás de una cortina de gasa herméticamente cerrada. Pero es principalmente una plaga la multiplicidad de los mosquitos en la orilla de los ríos y en las inmediaciones de la selva; en América se ven extensos territorios inhabitables y arrebatados al dominio del hombre por ese miserable pigmeo.

Réstame hablar de la *garrapata*<sup>147</sup> (*ixodes*), vive en los sitios poblados de árboles y existen varias especies no distinguidas, hasta ahora, con precisión por los naturalistas. La *garrapata* pulula en la península yucateca; no la vi en Cuba ni en la isla de los Pinos, donde sin embargo debe existir, pero he observado su presencia en todos los puntos del continente. Ese animalejo, uno de los que la Providencia ha sacado de la nada con un propósito indiscernible para nuestra imaginación, parece, prescindiendo de las patas, un odre vacío y arrugado. Si se ha de juzgar por su flaqueza habitual, debe pasar largos ayunos; por eso acude con una presteza famélica en cuanto uno pone el pie en su territorio. Naturalmente, es a través de las piernas por donde toma posesión de la persona, a no ser que uno mismo la haya recogido, rozando alguna zarza. Bien pronto elige su

<sup>146</sup> Del latín *musca* [N. del A.].

<sup>147</sup> En español en el texto original [N. del T.].

objetivo; su pico se introduce en la piel, su cabeza penetra en las carnes, sus patas se adhieren y ya no es fácil arrancarla. Mientras chupa activamente la sangre, se la ve hincharse; de un estado de flaqueza extremada, pasa el insecto a una obesidad exagerada; las paredes de su abdomen se dilatan, y su volumen aumenta de día en día hasta el momento en que, plenamente saturada, se desprende por sí misma y rueda al suelo como un borracho.

La *garrapata* tiene muy buen olfato; huele su presa desde lejos y llega directamente al objeto. He observado con frecuencia sus pasos cuando hemos hecho paradas en medio de los bosques: corría hacia nosotros con toda la celeridad que permitían los accidentes del terreno, sin detenerse por los obstáculos. Es una calamidad para los rebaños, cuya huella sigue. Aunque abunda en los caminos siguiendo el rastro del ganado, se encuentra también en las soledades menos frecuentadas. No es fácil conciliar con esta circunstancia el instinto que la estimula tan pronto como una criatura humana o un animal doméstico se encuentra a su alcance. Los antiguos habían observado ya la misma particularidad en el mosquito: “¿Cómo la naturaleza —dice Plinio— ha despertado en ese pequeño ser una sed tan ardiente de sangre, y sobre todo de sangre humana?”<sup>148</sup>, una pregunta planteada hace dieciocho siglos aún sin respuesta. La picadura de la *garrapata* no es dolorosa; apenas se siente al principio; pero cuando el animal se queda agarrado, la irritación causada se traduce en crueles comezones. El remedio más seguro es, al volver a casa, hacer un examen minucioso y arrancar uno por uno esos odiosos parásitos: su extracción, al cabo de algunas horas, presenta algunas dificultades, porque prefieren dejarse hacer pedazos antes que soltar su presa; su cabeza o su aparato chupador se queda algunas veces en la carne, donde produce una pequeña lesión con pus. No se debe olvidar exponer al sol la ropa usada, pues la *garrapata* le teme y desocupa inmediatamente el lugar; el contacto con el alcohol o con una infusión de tabaco le desagradan todavía más y las fricciones que se practican con uno u otro de esos líquidos provocan su caída, si no lleva mucho tiempo agarrada.

Cuando viajé existía en Campeche una colección bastante preciosa de antigüedades americanas, recogidas en los alrededores por dos eclésiásticos, los hermanos Camacho, hombres poco instruidos pero con un

---

<sup>148</sup> Plinio. *Historia natural*. L. XI, cap. II. Véase el pasaje destacado que sirve de introducción a la historia de los insectos [N. del A.].

espíritu curioso y un carácter benévolo para los extranjeros. Se componía de figuritas y vasijas de barro con algunas marcas de pintura y de barniz, instrumentos de música, varios objetos de adorno, hachas, puntas de lanza de pedernal o de obsidiana, etcétera. El examen de aquellas antigüedades fortaleció mi opinión en cuanto al retraso del arte plástico y del dibujo en Yucatán, en una época en que la arquitectura había hecho ya notables progresos entre los habitantes. El objeto más interesante en la colección de los dos arqueólogos era un grupo de barro considerado, desde su perspectiva, como la expresión de un hecho verdadero. Un hombre desnudo, con un cinturón puesto, tiene un paño en la mano izquierda y levanta la derecha armada de una piedra de dos cortes; delante de él hay otro personaje arrodillado en una actitud de resignación; otras dos figuritas representan, una a un magistrado reconocible por sus insignias, la otra a una joven que aun no ha llegado a la edad núbil. La relación existente entre los diferentes actores de la escena es fácil de comprender, sobre todo recordando que en Yucatán, como en México, la ley castigaba con pena de muerte las ofensas cometidas contra una doncella. Sin embargo, en la escena se observan dos particularidades no coincidentes con los usos habituales: la naturaleza del suplicio y la calidad del ejecutor. Comúnmente, la pena de muerte iba acompañada de circunstancias atroces, aspecto ausente en la representación de ese pequeño drama judicial; el criminal era entregado a los sacerdotes, quienes lo sacrificaban como víctima expiatoria, con la lúgubre vestimenta propia de sus funciones. Los integrantes de la casta sacerdotal, fáciles de reconocer por sus largas cabelleras y sus largos ropajes negros, no pueden confundirse con el hombre desnudo y armado con la piedra fatal. No obstante, el suplicio de la degollación no era desconocido en Yucatán, asimismo, sabemos que la ley del país designaba a oficiales públicos, encargados directamente de la ejecución de las sentencias; además, en ciertos casos se encargaba esa tarea a la parte ofendida.<sup>149</sup> Nada contradice, pues, la explicación ofrecida según los dos anticuarios de Campeche. El grupo está hecho de barro rojizo y es un trabajo algo basto; fue encontrado en una sepultura, con un esqueleto humano, a cierta distancia de la ciudad; el cráneo, lo vi, tenía un ligero corte en la base, pero nunca supe si estaba separado de las vértebras cuando lo descubrieron.

---

<sup>149</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década III*. T. III, cap. XII. Juan de Torquemada. *Monarchia indiana*. Tomo II, l. XII, cap. VI [N. del A.].

Entre los objetos curiosos reunidos en el gabinete de los hermanos Camacho había uno del cual creyeron llamaría especialmente mi atención. “He aquí —me dijeron— las flechas que atravesaron a un viajero inglés sobre el camino de Petén; ya ve, todavía están manchadas de sangre”. En efecto, creí observar manchas de color de hollín cerca de la piedra afilada guarnecida por la extremidad de la caña. Para completar el efecto de aquella exhibición, los buenos padres, cuya intención era seguramente excelente, me leyeron una nota explicativa en torno al funesto trofeo. ¿Qué dudas podrían oponerse a tales testimonios? Sin embargo, prosiguiendo mi camino recibí información acerca de la muerte del desafortunado Brown y descubrí que los indios feroces de la leyenda eran dos españoles de Tabasco. Aquellos miserables codiciaban un diamante supuestamente en manos de Brown, pero no lo encontraron entre los despojos de su víctima; la pequeña suma sustraída a la víctima y escondida en un bosque, fue desenterrada por un tercer ladrón, quien había observado aquellas maniobras. Me encontré con los asesinos en el pueblo de La Palizada, donde vivían pacíficamente, especulando con madera.

Mi viaje a la península yucateca no ha sido suficientemente completo ni largo como para permitirme entrar en detalles profundos acerca de la constitución física del país, sus recursos y sus habitantes; no obstante, no terminaré este capítulo sin presentar algunas observaciones e informaciones nuevas sobre una comarca tanto más curiosa cuanto menos visitada en comparación con otras regiones.

La situación geográfica de Yucatán es muy buena, pues está situada a la entrada del golfo mexicano y no muy lejos de los mayores centros comerciales del Nuevo Mundo; pero la naturaleza le ha negado los puertos facilitados tan liberalmente a las islas vecinas, así como los magníficos ríos que bañan el continente opuesto. Un solo puerto, el de la Laguna, y un solo río, el Usumacinta, situados ambos en el extremo del Estado, merecen una mención particular; y cabe decir que aquel admite únicamente barcos de pequeño porte, y éste riega sólo una pequeña parte del territorio. La costa del golfo es baja, completamente plana, excepto en el oeste, donde es accidentada por pequeñas *sierras*<sup>150</sup> que forman otros tantos escollos; el oleaje es fuerte allí, el mar poco profundo y, por consiguiente, el anclaje es pésimo. Por la parte del Atlántico la orilla se ve rodeada de

---

<sup>150</sup> En español en el texto original [N. del T.].

islotos y de arrecifes gracias a los cuales la recalada resulta peligrosa; en unas condiciones tan desfavorables, la navegación no se ha desarrollado en Yucatán, por el contrario, se ha reducido a un cabotaje de poca intensidad, suficiente hasta ahora para satisfacer las necesidades comerciales del lugar.

Adentrándonos en la zona encontramos, acercándose a las fronteras indeterminadas de Tabasco y de Guatemala, una soledad cubierta de bosques, generalmente desprovista de agua, que aísla la península de la gran masa del continente. En aquella dirección, sin embargo, inclinándose al este, se debe buscar la fértil provincia de Acalán y las ruinas de aquella ciudad industrial, poblada antaño por comerciantes cuyo rey elegido era al más hábil y quienes en tiempos de Cortés, extendían sus intercambios hasta los últimos límites de América central.<sup>151</sup> Todavía existe hoy, en el sur, un camino rumbo a Petén a través de la espesura de la selva; pero como va a parar a un país más pobre, más despoblado y más profundamente aislado, Yucatán no saca de él ningún beneficio. Sea como fuere, el Estado, sabiamente administrado, ocupaba un lugar distinguido entre los de la Confederación antes de que las discordias civiles, cuyo origen he expuesto, viniesen a desviarlo de su buena senda y lo hiciesen decaer, quizá por mucho tiempo.

La población de Yucatán, más numerosa y mejor repartida<sup>152</sup> en otras épocas, se ha concentrado desde la conquista en la vertiente del mediterráneo mexicano como si, a pesar de la inferioridad del suelo, debiese forjar allí su fortuna y su porvenir. No considero, sin embargo, esta situación como consecuencia de un cálculo o de una predilección, es más bien el resultado natural de las antiguas restricciones que dificultaban la estancia en las costas orientales, demasiado propicias al comercio de contrabando. Las dos cuencas, desigualmente pobladas y casi deshabitadas hacia el sur, están separadas por una sierra que atraviesa oblicuamente la península, desde la pequeña bahía de Champotón hasta Salamanca donde termina. No se conoce sino imperfectamente aquel sistema unido

<sup>151</sup> El comercio de la provincia de Acalán era muy variado; consistía en algodón, cacao, sal, esclavos o en pequeñas cantidades de conchas, resinas y perfumes para quemar en los templos, madera de pino adecuada para alumbrar, colores y tinturas para los días de fiesta y de combate, así como para preservar los cuerpos contra el frío o el calor, etcétera. Antonio de Herrera. *Historia general. Década III*. L. VII, cap. IX [N. del A.].

<sup>152</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década IV*. L. X, caps. II y III [N. del A.].

a las montañas de Petén; pero la vertiente oriental es la mejor regada, la menos escabrosa y la más fértil; el suelo se vuelve completamente llano al acercarse a Tabasco, y la cuenca de la Laguna presenta unas condiciones físicas completamente nuevas: es un terreno de aluvión, entrecortado de ríos y ciénagas, al cual se podría llamar el Delta de Yucatán. Allí crecen las maderas tan valoradas cuyo nombre se debe a la ciudad de Campeche, otrora depósito principal de aquella mercancía en el golfo, como lo demuestra la historia del filibustero Grandmont, quien en 1684 sorprendió la plaza y celebró en ella el día de San Luis con hogueras en las cuales ardió más de un millón de palo de tinte. La creación del puerto del Carmen ha cambiado aquel comercio de lugar, hoy la mayor parte del producto de la selva se exporta por la Laguna.

Fuera de los estrechos límites indicados con anterioridad, Yucatán es un territorio muy seco; los indígenas supieron aprovechar la estructura cavernosa del suelo para recoger y conservar las aguas llovedizas que desaparecían completamente de la superficie y unas grandes cavidades llamadas *cenotes*,<sup>153</sup> distribuidas en toda la extensión de la comarca, satisfacían las necesidades de la población durante el periodo de sequía. Hoy día los cenotes siguen cumpliendo esa función. Algunos son, en gran parte, obra de la naturaleza; otros se han abierto con esfuerzos; el de Bolonchén, por ejemplo, causa admiración por su capacidad y por la complejidad de sus galerías subterráneas. Los españoles, a lo largo de tres siglos, no han fundado en el país algo capaz de rivalizar con aquellas obras de utilidad pública.

Cuando yo lo visité, Yucatán era una pequeña república oligárquica, cuya aristocracia se componía de cultivadores y comerciantes. Más o menos desvinculada del pacto federal tras los acontecimientos referidos anteriormente, seguía una política independiente y obedecía sólo a su propio impulso. El gobierno procedía con mesura; económico, circunspecto y en una actitud pocas veces observada, era consciente de su impericia, no desperdiciaba ocasión de ilustrarse y dejaba el menor margen posible a la casualidad. Es posible que los hombres responsables del Estado no tuviesen la libertad suficiente para elevarse a la altura de sus funciones ni para desprenderse completamente de los intereses generales de los de su propia casta; por otra parte, no se podía considerar al régimen político del

---

<sup>153</sup> En español en el texto original [N. del T.].

país como un sistema estable y definitivo en una época en la cual la guerra civil estaba recién terminada. El comercio de Yucatán está principalmente en manos de los españoles nacidos en Europa, pues ellos poseen cuanto es necesario para tener éxito en una comarca cuyos recursos y cuyas necesidades conocen desde hace tiempo. Al lado de aquellos comerciantes y administradores languidecen los criollos sobre los restos de su antigua opulencia. Una antipatía, por decirlo así, tradicional, divide a las dos clases de ciudadanos, una de las cuales hereda poco a poco las riquezas y dignidades de la otra; observan con envidia al extranjero que ejerce su industria en el país; el buen éxito de sus operaciones les causa un secreto disgusto y el beneficio que le reportan les parece un perjuicio para sus propios intereses y hasta para sus derechos legítimos. Ese espíritu exclusivo no es específico de Yucatán, pues se repite en toda la América española.

Un censo oficial publicado en 1846, estima en 546 350 almas la población de la península, independientemente de 30 000 o 40 000 nómadas no incluidos, quienes se libran del impuesto. Esta cifra da poco más o menos 111 habitantes por legua cuadrada, una densidad de población muy inferior a la de Cuba pero superior a la de México y a la de los estados de América central. Los españoles no representan sino la duodécima parte del recuento; los indígenas forman el elemento principal; mezclados desde hace tres siglos con sus vencedores, no se han confundido con ellos; sin embargo, por una especie de dejadez cuya imprudencia se ha reconocido demasiado tarde, la fuerza militar del Estado residía únicamente en sus manos: la ley, sin duda, llamaba bajo la bandera a la universalidad de los ciudadanos; todos, desde la edad de 16 años hasta la de 50, debían en principio contribuir con el sostenimiento de las instituciones y la defensa del país; pero el beneficio del reemplazo libraba a los españoles de aquella obligación directa, salvo en el caso de quienes pretendían disponer de las insignias del mando, pues eran un privilegio de su casta. Es probable que los acontecimientos de los últimos años hayan producido algún cambio en esa parte de la organización social.

Durante la guerra librada por Yucatán contra el gobierno federal, todos los segmentos de la población reaccionaron frente al peligro uniéndose, porque era necesario; pero aquella armonía, generada por una comunidad de intereses pasajera, cesó muy pronto, en cuanto dejaron de temer al enemigo. Por otra parte, no nos engañemos, en las revoluciones de la

América española, las cuestiones de principios son sólo palabras vanas; la debilitación del vínculo social, la ignorancia, los odios heredados, la codicia, la ambición, ésas son las causas verdaderas de las agitaciones periódicas encargadas de trastornar y ensangrentar aquel desdichado país; el plan y los incidentes varían, pero el fondo de la cuestión sigue siendo el mismo. En Tabasco, el movimiento se pone de acuerdo para desvalijar el tesoro público llevándose sus ahorros; en México, teatro de un orden más elevado, los bandos se disputan y se sacan los ojos por el poder supremo, las distinciones, los honores, los empleos, en nombre de la constitución violada; en medio de ese conflicto inmoral, lleno de rapiñas y de violencias, el ejército se vende al mejor postor, salvo si termina desertando a favor del más fuerte; y cuando la miseria alcanza un grado insostenible, el pueblo, arruinado por tantas perturbaciones, se desquita de las calamidades que lo abruma dedicándose al latrocinio.

Los rasgos más marcados en este cuadro, me apresuro a decirlo, no deben aplicarse a la república yucateca; y añadiré, a pesar de los hechos ocurridos ante mis ojos, sigo sintiendo por aquel país un cariño especial: ninguno de los visitados en América me ha parecido movido por un espíritu de superación más digno de elogios ni por un patriotismo más sincero; en ninguna parte he visto a la juventud con más deseos de aprender, ni a las familias más dispuestas a apoyar esa inclinación, proporcionándoles a sus hijos, aun pagando el precio de su expatriación, las ventajas de una educación liberal. Dicho esto, al expresarme así no puedo ser acusado de parcialidad como un viajero deslumbrado por una brillante acogida: en Mérida vi a ciudadanos destacados de la burguesía local que me hablaron largo y tendido sobre sus ventajas personales y sobre otros favores recibidos por la fortuna, a aquellas interesantes comunicaciones se limitó su hospitalidad; en Campeche, a donde llegué provisto de excelentes cartas de recomendación y de crédito, me recibieron cumpliendo con los más estrictos deberes de la cortesía, pero nada más; es verdad que en cada casa expresaron sus mejores deseos de buen éxito para mi viaje y nada me permite dudar de su sinceridad.

Eran los primeros días de marzo y la temperatura se hacía sofocante; durante la noche, el termómetro se mantenía entre 28 y 29 grados; por el día subía a 37; en cuanto brillaba el sol en el horizonte, la tierra ya estaba abrasada; las nubes habían desaparecido de la inmensa cúpula del

cielo; en las calles de la ciudad, el calor se hacía insoportable y cuando faltaba la brisa, todo el mundo parecía anonadado. Empezaba a padecer la influencia perniciosa del clima; una languidez inusitada condicionaba mi actividad; me quedé sin apetito y otros síntomas aparecieron, haciéndome temer la invasión de la fiebre. Convencido de la hora de mi marcha y de buscar una región más saludable, procedí de común acuerdo con Morin a los preparativos de la partida.

La ciudad de Campeche era la última etapa que nos ofreció algunos recursos; aproveché la oportunidad para completar nuestro material de viaje introduciendo las modificaciones necesarias según la experiencia. Cambié las maletas por unas cajas sólidas de iguales dimensiones, dispuestas de dos en dos completaban la carga de un mulo; abandoné sin vacilaciones todo lo superfluo según mi criterio; al catre de tijera lo sustituí por una hamaca; añadí algunas drogas a mi botiquín, siguiendo los consejos de los médicos del lugar; finalmente envié a Morin en busca de un bote, mientras tanto, me despedí de las pocas personas que durante mi estadía me habían prestado algo de atención. Entre quienes me recibieron bondadosamente, no puedo dejar de citar al cónsul de Francia, el señor Laisné de la Ville-l'Évêque, quien no ahorró esfuerzos para infundirme ánimos, alentar mis investigaciones y ayudarme a olvidar lo distante de mi país; con su carácter leal y su espíritu amable y conciliador había conseguido granjearse, en un puesto que las susceptibilidades nacionales y las circunstancias políticas hacían difícil, el afecto de sus compatriotas y la confianza de los nativos, un mérito poco habitual, compensada por la revolución de 1848 con el retiro de su empleo.

Me propongo exponer en el siguiente capítulo los principales hechos de la conquista de Yucatán, generalmente poco conocidos, y echar una mirada a la condición pasada y al estado presente de los antiguos habitantes de la región. Al trazar ese bosquejo me esforzaré en no omitir nada esencial sin apartarme, no obstante, de los límites impuestos por la naturaleza de esta obra.

## Capítulo VIII

### Los indios

Cuando se abre la historia del Nuevo Mundo, uno queda sorprendido por la fecha reciente asignada por las mejores autoridades a la aparición del hombre en ese gran continente; el más antiguo pueblo primitivo del cual la tradición haya guardado memoria, el de los toltecas, aparece por primera vez en Anáhuac hacia mediados del siglo VII. ¿Estaba desierta América en aquella época? ¿Tenía habitantes? ¿De dónde procedían? Estas preguntas seguirán sin respuesta por siempre, pese a todos los esfuerzos de nuestra inteligencia. Nos falta información sobre aquellos tiempos primitivos, y las teorías para suplirla, por muy seductoras siempre dejarán indeciso nuestro espíritu.<sup>154</sup> Limitémonos a notar que la existencia de una raza de aborígenes, en una parte del globo terrestre que debe a su aislamiento y a sus productos naturales un carácter de individualidad indiscutible, no ha sido contradicha por ningún hecho y hasta parece bastante plausible.

Sea cual fuere la cuna de las tribus americanas, su destino, en la mayor parte de su territorio, es un nuevo problema en la historia de la humanidad; parecería que no fueron dotadas sino para transmitirnos su patrimonio, y que su existencia misma, por un privilegio exclusivo, se hubiese subordinado a nuestra propia finalidad. Sin embargo, no podemos asimilar su papel al de los pueblos del Viejo Mundo también extinguidos, legando

---

<sup>154</sup> La información existente sobre los orígenes americanos se limita a los hechos consignados en las pinturas jeroglíficas de los aztecas y a las tradiciones orales recabadas por los antiguos analistas de una época cercana a la conquista. La crónica peruana es aún más insuficiente que la de México, pues los incas no dejaron archivos nacionales, ni siquiera documentos sobre el periodo de su predominio [N. del A.].

a sus sucesores una herencia de conocimientos útiles; sólo nos han legado sus sabanas incultas, sus selvas vírgenes, sus abruptas cordilleras y algunas ruinas dispersas con las cuales el viajero se topa por casualidad y cuyo enigma preocupa en vano a los eruditos. Por lo demás, estas consideraciones pertenecen a lo sumo a la filosofía; las abandono para volver al terreno de la historia y para recabar las explicaciones ofrecidas por esta disciplina sobre acontecimientos menos remotos; sólo me propongo, antes de introducir al lector bajo la bóveda de las selvas que albergan la choza india, resumir lo aprendido durante mi viaje sobre la condición actual de los indígenas y rescatar, para completar mi tarea, algunos recuerdos del tiempo pasado. En general, la crónica de Yucatán es poco conocida; si no destaca con un brillo similar al de México o el Perú, la cultura de los antiguos habitantes, su resistencia, los desastres, la perseverancia invencible de los españoles y, por último, el carácter novelesco de la conquista le asignan de todos modos un lugar considerable en los anales del Nuevo Mundo.

Habían transcurrido veintiún años desde el primer viaje de Colón; la Costa Firme, Brasil, la desembocadura del inmenso Marañón, el Darién y el océano Pacífico habían sido descubiertos sucesivamente; pero aquellas conquistas geográficas no habían respondido a las esperanzas de los navegantes ni a las previsiones de los eruditos; sólo se habían encontrado pueblos burdos y primitivos, más o menos indigentes, con un estilo de vida próximo a la barbarie, y nada hacía pensar en la existencia de una civilización americana,<sup>155</sup> cuando en el primer mes de 1517 tres pequeños barcos salieron del puerto de Cuba, hoy Santiago, para efectuar un viaje de descubrimiento. La expedición estaba bajo el mando de un hidalgo rico, de carácter emprendedor, llamado don Hernández de Córdoba; dobló el cabo San Antonio y según la opinión del piloto Alaminos, quien había navegado con Colón, se dirigió directamente hacia el oeste. A los veintiún días, se divisó una tierra desconocida: era la punta noreste de

---

<sup>155</sup> Sin embargo, se debe hacer énfasis en que Colón, en su cuarto viaje, había encontrado cerca de la isla de Guanaja, en el golfo de Honduras, un bote cargado con diferentes productos industriales como cotonadas teñidas, armas, hachas de cobre, crisoles para fundir el metal, etcétera. Todo hace creer que aquella embarcación venía de Yucatán, alejada tan sólo por unas cuarenta leguas. Antonio de Herrera. *Historia general. Década I. L. V, cap. V* [N. del A.].

Yucatán, desde entonces llamada cabo Catoche;<sup>156</sup> una gran población aparecía aproximadamente a dos leguas en el interior.

Aquella perspectiva sorprendió mucho a los españoles y decidieron buscar en la costa un lugar adecuado para el desembarco. Mientras se concentraban en ese trabajo, cinco botes provistos de velas y remos se apartaron de la orilla y se acercaron a la pequeña escuadra; a bordo iban unos indios decente y ricamente vestidos, un espectáculo nuevo en América; sus armas, su atuendo, sus hachas de cobre relucientes como el oro y el porte lleno de dignidad de los jefes maravillaron a los aventureros de Cuba. Se les brindó una buena acogida, y no se escatimó nada para ganarse la confianza de sus huéspedes; por su parte, ellos ofrecieron víveres, y después de un intercambio de expresiones amistosas, propusieron a los extranjeros conducirlos a su aldea. El asombro de los españoles se incrementó cuando vieron la cultura del país y los grandes edificios de piedra labrada elevados por aquí y por allá en el campo; caminaban sin recelo, bajo la dirección de sus guías, muy interesados en todo lo que veían cuando, al atravesar un bosque sombrío, cayeron en una emboscada en la cual quince de los suyos fueron heridos de gravedad; felizmente, el ruido de las armas de fuego espantó a los indígenas, quienes se dieron a la fuga sin sacar provecho de su ventaja. Más tarde, se supo que cinco años antes, un pequeño barco español había encallado en los mismos parajes, y aquel acontecimiento había alertado a los indios, poniéndolos sobre aviso en toda la región.

Aquel primer reconocimiento de Yucatán, prolongado hasta la desembocadura del río Champotón, un poco más allá del actual sitio de Campeche, tuvo un deplorable fin; los españoles, recibidos como enemigos en todas partes, diezmados por la enfermedad, sin agua y reducidos a una tripulación insuficiente, después de verse forzados a quemar una de sus naves, tuvieron que volver a Cuba donde su jefe, mortalmente herido, expiró al tocar tierra.

Pese al resultado negativo de aquella experiencia, cuando en la colonia se vieron las hachas de cobre, los ídolos y los ornamentos de oro saqueados por los soldados de Córdoba durante su escape, considerados

---

<sup>156</sup> La costa oriental de la península había sido reconocida desde el año 1506 por Juan Díaz de Solís y Yáñez Pinzón; pero aquel descubrimiento incompleto había caído en el olvido. Antonio de Herrera. *Década I. L. VI, cap. XVII* [N. del A.].

entonces extraordinarias novedades; cuando los prisioneros, acuciados de preguntas apenas comprensibles, confesaron, por temor o por un malentendido, que los metales preciosos eran una producción de su país,<sup>157</sup> todos se sintieron animados de un ardor invencible; como la fama de aquellas maravillas se difundió poco a poco con la exageración habitual en esos casos, todos querían enrolarse para conquistar Yucatán. A finales del año, una expedición considerable, financiada en parte por el gobernador Velázquez, se disponía a zarpar; el jefe, Juan de Grijalva, era todavía un hombre joven distinguido en varias ocasiones por su valentía y con cierta popularidad en la isla.

Como la fuerza de las corrientes había arrastrado la flotilla hacia el sur, la primera tierra a la vista fue la isla de Cozumel.<sup>158</sup> Era un lugar venerado por los indios, adonde acudían en peregrinación desde diversos puntos del continente; allí se encontraban varios templos de los cuales uno, en forma de torre cuadrada, con cuatro aberturas y adornado con muchos ídolos, dominaba el océano desde lejos. Tras un corto reconocimiento, la expedición puso rumbo al norte, dobló el cabo Catoche y limitándose a observar la costa, atracó al cabo de algunos días en la desembocadura del río Champotón, donde se le recibió con la misma rudeza padecida por quienes les precedieron. Al continuar su marcha hacia el oeste, sin perder de vista el litoral, penetró en el río de Tabasco, donde por primera vez los españoles escucharon hablar del floreciente imperio de Moctezuma. Por fin llegó a la extremidad del golfo, encontró Culhua, hoy San Juan de Ulúa, y se detuvo en la desembocadura del río Pánuco. Fue durante aquella interesante navegación cuando las riberas americanas aparecieron bajo una nueva luz a los compañeros de Grijalva, y cuando, ardientes de admiración, dieron el nombre de Nueva España a la costa meridional del golfo. Más tarde, dicha denominación se extendió a México y sólo a México; ahora dicho nombre es obsoleto.<sup>159</sup>

<sup>157</sup> Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Cap. V [N. del A.].

<sup>158</sup> Cozumel o Cuzamil, isla de las Golondrinas. Diego López de Cogolludo. *Historia de Yucatán*. L. I, cap. III [N. del A.].

<sup>159</sup> Los Estados de Moctezuma, o México propiamente dicho, estaban limitados, en la dirección del golfo, por los ríos de Guazacualco y Tuxpan, y del lado del océano Pacífico por las planicies de Soconusco y el puerto de Zacatula. Véase Clavijero, *Storia del Messico*, t. IV: 263; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, caps. CII y CIII; Cortés *in* Lorenz, cap. II: 92 [N. del A.].

Los incidentes de aquel viaje y la importante información recabada produjeron una impresión muy fuerte en las colonias españolas y le dieron un nuevo impulso al genio aventurero de la nación. El cuerpo expedicionario organizado en Cuba en el mismo año, conformado a la vela el 10 de febrero de 1519 al mando del Hernán Cortés, no se limitó aquella vez a efectuar un mero reconocimiento: no depuso las armas sino después de haber conquistado un imperio. Se sabe cómo aquella banda de aventureros, desafiando la autoridad del gobernador Velázquez, recogió los frutos de una empresa concebida y preparada por él mismo.

Entre los principales oficiales ligados a la fortuna de Cortés se encontraba un hidalgo de Salamanca, don Francisco de Montejo, quien ya el año anterior había formado parte de la expedición de Grijalva. La historia nos ha transmitido un retrato suyo: “El adelantado Francisco de Montejo fue de mediana estatura, el rostro alegre, y amigo de regocijos y buen jinete; y cuando acá pasó sería de edad de treinta y cinco años, y era más dado a negocios que para la guerra; era franco y gastaba más de lo que tenía de renta”.<sup>160</sup> Cortés lo escogió para ser negociador ante la corte de España y le encargó presentar al Rey la primera carta fechada en México y los primeros testimonios materiales de la civilización del Nuevo Mundo.<sup>161</sup> No le bastaba a aquel hombre extraordinario realizar grandes cosas; todavía debían ser aprobadas en Madrid, donde las legítimas quejas de Velázquez, quien contaba con amigos poderosos en el Consejo de Indias, podían hacer fracasar sus geniales proyectos. El litigio entre los dos rivales fue por mucho tiempo incierto, y seguía pendiente tras la toma de la ciudad de México; pero el brillo de aquella victoria y las hazañas heroicas anteriores borraron las irregularidades del pasado e inclinaron definitivamente la balanza a favor del feliz conquistador.

---

<sup>160</sup> De acuerdo con Bernal Díaz (*Historia verdadera*, cap. CCV), nació en Sevilla, dato de poca importancia; yo he seguido la versión de Antonio de Herrera (*Historia general. Década III*, l. X, cap. I) [N. del A.].

El autor traduce al francés un fragmento de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Hemos optado por incluir la versión original de Bernal. La versión en francés propuesta por Morelet es fiel al texto de Bernal, salvo cuando traduce “buen jinete” por *bon compagnon* (buen compañero) [N. del T.].

<sup>161</sup> Entre los objetos que llevó a España estaban los dos magníficos discos de oro y plata que representaban el sol y la luna, obras maestras de la orfebrería mexicana. Francisco López de Gómara. *Historia general de las Indias*. Parte II, fol. 27 [N. del A.].

Unos años más tarde, don Francisco de Montejo, quien se había hecho conocer ventajosamente en la corte de Madrid, obtuvo del Rey la autorización para emprender la reducción de Yucatán, corriendo él con los gastos. Aquella península, independiente de los Estados mexicanos, distinta por su idioma y por su régimen político, había sido tan profundamente olvidada, en medio de los grandes eventos acontecidos en el otro extremo del golfo, el cual se creía una isla completamente separada del continente.<sup>162</sup>

Sea cual fuere la opinión del antiguo confidente de Cortés sobre este asunto geográfico, no había olvidado el espectáculo del cual había sido testigo durante la expedición de Grijalva; las aldeas escalonadas a lo largo de la costa, la cultura del país y los edificios de piedra labrada, indicios de una civilización más o menos avanzada, parecían prometer una fortuna a su ambición. Se había llevado de aquellas orillas, donde a cambio de unas bagatelas sus compañeros habían recabado unos quince mil *pesos*<sup>163</sup> de joyas, una idea exagerada e incluso errónea de su riqueza; además, él contaba con el apoyo de la política, al menos tanto como con el de las armas, para hacer fortuna. Si en ocasiones los habitantes se habían mostrado hostiles, en otras circunstancias habían acogido a los españoles con marcas de respeto extraordinarias, como si fuesen seres superiores a la humanidad. Muy esperanzado, compartió sus ilusiones con algunos aventureros; convencido, como su glorioso émulo, de estar a punto de conquistar un imperio, vendió sus propiedades con un beneficio de 2000 ducados, fletó tres embarcaciones, enroló a 1500 hombres, compró armas, municiones, caballos y zarpó en el año de 1527, 6 años después de la conquista de la ciudad de México.<sup>164</sup>

El cuerpo expedicionario pisó primero la isla de Cozumel, después desembarcó en el continente vecino, del cual tomó posesión en nombre del

---

<sup>162</sup> Bernal Díaz explica que ese problema geográfico fue resuelto durante la expedición de Grijalva, a la cual él asistió; sin embargo, a partir de los términos de la cédula real, los cuales confieren a don Francisco de Montejo el derecho a conquistar y poblar las islas de Cozumel y de Yucatán, su aseveración resulta inexacta. Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Cap. X [N. del A.].

<sup>163</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>164</sup> La armada de Montejo, según Cogolludo, se componía de 4 embarcaciones con un efectivo de 400 hombres. Sin duda preferimos la versión de Herrera, quien en su calidad de historiógrafo de la Corona, debía de estar bien informado [N. del A.].

Rey de España, según el procedimiento habitual. Ningún incidente trastornó aquellas operaciones preliminares; los habitantes habían desaparecido ante la llegada de las naves; habían reconocido a aquellos temibles extranjeros, cuya reputación se había acrecentado más aún tras la caída de Moctezuma. Sin intérprete ni guía, el jefe español resolvió actuar con una extrema circunspección; avanzó pues de aldea en aldea, sin perder de vista la costa, hoy silenciosa y desierta, pero antaño floreciente por su población y su cultura. Fue así como llegó a Conil, donde se detuvo para conseguir información y meditar su plan de campaña.

La península invadida apenas por los españoles estaba entonces fraccionada en diferentes principados, gobernados por caciques independientes, a menudo en guerra entre ellos. Existen dudas acerca del origen del nombre de Yucatán, atribuido desde muy pronto: Bernal Díaz lo explica con las dos palabras *yuca* y *tale*, campo de *yuca* (mandioca); pero esta etimología es poco satisfactoria y es más admisible la versión, compartida por Herrera, de que fue el resultado de un equívoco entre pueblos buscando comprenderse sin éxito.<sup>165</sup> Un país carente de unidad política no debía, según este historiador, recibir un nombre que lo definiese en su totalidad.<sup>166</sup> No obstante, los indígenas, pertenecientes de una misma raza y hablantes de un idioma idéntico de un extremo a otro del territorio, adoptaban el nombre de *mayas*, nombre atribuido a sí mismos hasta la fecha.

Convencido del ejemplo reciente de México, en cuanto a que la toma de una ciudad considerable acarrearía la sumisión de toda la comarca, Montejo se informó sobre los diversos centros de población, los jefes más poderosos, sus enemistades, sus alianzas, las fuerzas disponibles; y después de haber deliberado con madurez, decidió tomar la dirección de

---

<sup>165</sup> El mismo hecho se produjo a menudo: cuando Córdoba llegó por primera vez a Yucatán, como los indígenas lo recibieron con las palabras *conéx cotoch*, venid a nuestra aldea, se entendió que se trataba del nombre de la localidad, adoptado desde entonces como cabo Cotoche o Catoche. John Lloyd Stephens, *Incidents of travels in Yucatan*, T. I, cap. III: 49; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, parte I, fol. 27 [N. del A.].

<sup>166</sup> Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*, cap. VII; Antonio de Herrera. *Historia general. Década II*, l. II, cap. XVIII. Sin embargo, Herrera se basa en una razón errónea, como nos lo demuestra el ejemplo de su propio país; se sabe, por otra parte, que Yucatán fue sometido, en cierta época, al régimen monárquico y gobernado por un solo jefe [N. del A.].

Choaca. A partir de ese momento comenzaron a vislumbrarse todas las dificultades de la conquista; aquella parte de Yucatán era sólo un páramo pedregoso, ardiente, infestado de malezas, sin caminos, sin albergue ni agua; el sol había secado los manantiales y en su huida los indios se habían llevado consigo el secreto de sus reservas de agua subterráneas. Sin embargo, el enemigo no aparecía por ninguna parte; pero había que luchar contra el cansancio, la necesidad, la enfermedad y cuando al cabo de varios días llegaron a la ciudad de Choaca, la encontraron desierta y desprovista de toda suerte de recursos.

Los españoles, engañados en su espera, continuaron su camino hacia Aké.<sup>167</sup> La zona seguía en soledad; imperaban el silencio y el abandono; aquellas circunstancias no parecían ser un buen augurio y muchos hubieran preferido el ataque directo de un enemigo antes que el peligro invisible que los rodeaba. De repente, desde la selva se eleva un rumor sorpresivo: el ruido creció, ¡son los indios! Una multitud furiosa se precipita sobre el pequeño ejército profiriendo horribles clamores. Ante el aspecto de aquellos guerreros salvajes, pintados de extraña manera y brincando como leones, los compañeros de Montejo se detienen indecisos; el sonido ronco de los instrumentos de guerra, el silbido de las flechas, la confusión y la barbarie del enemigo paralizan un instante el valor de los más aguerridos. Antes de haber tomado la ofensiva, una lluvia de dardos penetra en sus filas, hiriendo a muchos. Por fin se entabla el combate desde los dos lados, prolongada hasta la noche con el mismo encarnizamiento; los indios, agobiados pero no vencidos por la superioridad de las armas y la táctica europea, vivaquean en el campo de batalla sin perder de vista al enemigo.

El general español, al desconocer los recursos y el número de los asaltantes, esperó con ansiedad la aurora; al amanecer, hizo llamar a la carga, y el combate se renovó con resultados indecisos. Sin embargo, hacia el mediodía, desanimados por tanta resistencia, los indios comenzaron a ceder bajo el fuego de la mosquetería y terminaron abandonando el terreno cubierto por una multitud de muertos.<sup>168</sup> No se atrevieron a perseguirlos en

<sup>167</sup> El itinerario de Herrera, en relación con los movimientos de Montejo, difiere un poco del de Cogolludo; aquí seguiremos preferentemente al historiador nacional de Yucatán [N. del A.].

<sup>168</sup> La crónica del país estima en 1200 el número de los indios que quedaron sobre el campo de batalla [N. del A.].

las selvas donde se dispersaron. Tal fue la acogida recibida por nuestros aventureros en Yucatán; el episodio no hizo mella en su determinación, pero los sueños dorados que los acompañaron durante la travesía fueron ensombrecidos por algunos nubarrones.

Aquel primer encuentro estableció, y lo sucedido posteriormente lo confirmaría, la mayor belicosidad de los indígenas de la península a la de los del imperio mexicano. Usaban cierta táctica militar; sus guerreros se ordenaban en dos alas, apoyadas en un cuerpo de batalla; utilizaban hondas, arcos, largas lanzas terminadas en punta de pedernal, hachas y espadas a dos manos de una madera muy dura y muy pesada; para defenderse llevaban unas casacas de algodón cosidas y fuertemente dobladas; conocían además el arte de levantar atrincheramientos para defender un paso, y ahí construían aspilleras desde las cuales incomodaban mucho a sus adversarios, pues eran excelentes arqueros.

Después de adueñarse de Aké, el jefe español empezó a fortificar la plaza; luego prosiguió la ejecución de su plan y avanzó poco a poco hasta Chichén Itzá, evitando cualquier encontronazo inútil con los indios. Se trataba de una de las ciudades más considerables del país; allí se veían grandes edificios de piedra labrada, cuyas ruinas han conservado la celebridad. La importancia y la solidez de aquellas construcciones, fácilmente convertibles en inexpugnables fortalezas, hicieron decidir a Montejó establecer en aquel lugar la sede de sus operaciones; al cabo de algunos meses, su política hábil y conciliadora había calmado el resentimiento de los nativos, quienes accedieron a avituallar a la colonia e incluso a cooperar en los trabajos para su establecimiento.

Fue entonces cuando cometió, bajo la influencia de ese pequeño éxito, un error cuyas consecuencias fueron graves, pues estuvieron a punto de arruinar sus esperanzas y retardaron considerablemente su consecución. Al no descubrir, en el radio que abarcaba, ningún rastro de metales preciosos y habiéndose enterado por algunos rumores de la existencia de yacimientos auríferos en la provincia de Bakhahal (¿Bacalar?), dividió imprudentemente sus fuerzas, ya bastante debilitadas, dando a uno de sus lugartenientes la misión de explorar aquella región. Desde aquel día cesaron todas las comunicaciones entre la naciente colonia y el cuerpo expedicionario, y las dos se vieron expuestas a serios peligros. No seguiremos a la tropa del capitán Dávila, quien, reducido a un puñado de

combatientes, no logró sino al cabo de dos años y después de increíbles penalidades, regresar a la costa.

Quienes permanecieron en Chichén Itzá ocupados en las tareas agrícolas pronto se enfrentaron a graves dificultades. Los indígenas, debido a los trabajos prolongados por la estancia de los extranjeros, empezaron a expresar su descontento. Primero se negaron a cualquier tipo de prestación o de subsidios, luego se mantuvieron al margen y terminaron insultando a los españoles cuando se los encontraban aislados; aquellos síntomas anunciaban un levantamiento general que no tardó en producirse. Desde todos los rincones de la región acudió una multitud armada; los indios cercaron la ciudad, interceptaron las comunicaciones y mantenían una vigilancia estricta sobre la guarnición pero no intentaron ningún acto de agresión: su táctica era más certera e inquietante; tenían bloqueados a sus enemigos y parecían estar decididos a reducirlos por el hambre. Montejo comprendió el peligro y resolvió conjurarlo con un supremo esfuerzo; abandonando unas trincheras inútiles, presentó batalla a campo abierto. El combate fue uno de los más sangrientos librados por los españoles en el Nuevo Mundo; allí perdieron la vida ciento cincuenta de los suyos; los demás, cubiertos de heridas, agotados y desanimados, se replegaron en la ciudad y engañando durante la noche a los sitiadores encargados de vigilarlos, lograron escapar en dirección a Campeche sin que jamás se haya conocido el camino elegido para su escape.

Un desastre tan grave y tan inesperado provocó tristes reflexiones en la mente de los supervivientes; en ningún otro lugar se había encontrado tanta resistencia, y la conquista de un país pobre parecía poco digna de tantos esfuerzos; sin embargo, como la reputación y la fortuna de Montejo estaban comprometidas en aquella empresa, él no titubeó en continuar hasta agotar sus recursos. Después de una nueva tentativa que estuvo a punto de costarle la vida, dejó a los últimos integrantes de su pequeño ejército en Campeche un lugar insignificante y deshabitado en aquel tiempo, para ir a reclutar refuerzos a México, donde la celebridad del nombre de Cortés y la riqueza de las tierras anexadas por él a la Corona atraían a una multitud de aventureros.

La ausencia del jefe consumó la ruina de la expedición; abandonados en una costa desierta entre el mar y el enemigo, acosados sin cesar, sin víveres ni municiones, los españoles no tardaron en desanimarse; por

otra parte, comparaban la pobreza de Yucatán con la fabulosa riqueza del Perú, cuya fama comenzaba a propagarse, y lamentaban amargamente haber agotado sus fuerzas y vertido su sangre en una empresa tan poco rentable. Aquellas últimas consideraciones tuvieron tanto influjo en sus mentes que aprovecharon una ocasión favorable y evacuaron el país.

Tales fueron los inicios de una lucha cuyo fin era la conquista, pero por una ruta más sangrienta y más difícil de lo pensado. La constancia de Montejó no se tambaleó por ello, pues pertenecía a aquella raza enérgica, sabía no sólo atreverse, sino además soportar con paciencia el infortunio. Se le ve, unos años después, retomar la ofensiva en otro punto de la península; una segunda expedición desembarca en Champotón al mando de su hijo, mientras él mismo atrae en Tabasco a otros aventureros ilusionados por los embelecos de la ambición y la codicia.

Allí les esperaban nuevos desastres: sorprendidos por los indios durante la noche escaparon milagrosamente de una completa destrucción; sus centinelas pieren degollados; los soldados aislados que el hambre sacó del campamento fueron atrapados y terminaron inmolados sobre el altar del dios de la guerra. Sin refugio contra la intemperie del clima, carentes de todo, cubiertos de llagas o de heridas que irrita la malignidad del clima, obstinadamente se mantuvieron allí donde ondeaba su bandera, cuando una liga general de los caciques reunió en un solo cuerpo armado a todos los guerreros de la región: el campamento fue asaltado, tomado y luego recuperado; los asaltos se sucedieron con encarnizamiento; cualquier esfuerzo por avanzar se volvió inútil; fue un prodigio no retroceder. ¡Cómo no admirar, pese a la injusticia de esas guerras, la constancia de semejantes hombres, quienes resisten durante tres años, sin recibir auxilio alguno, con tantas privaciones, peligros y sufrimientos, cuando la muerte despeja sus filas hasta el punto de reducir su número a diecinueve combatientes!

En aquel periodo acudieron refuerzos de Champotón, y aprovecharon la oportunidad para abandonar un puesto tan incómodo y llegar a las alturas de Campeche, donde hicieron fortificaciones; como el sitio parecía favorable a las operaciones ulteriores, los españoles pusieron allí los cimientos de una ciudad floreciente con el paso del tiempo. Al año siguiente, un destacamento partió de aquel lugar para cercar la villa india de Tihó. No insistiré en los últimos combates que ensangrentaron aquel

periodo de la ocupación: había surgido la discordia entre los defensores de Yucatán; la defección de un poderoso jefe había roto la unidad nacional; por otra parte, todos estaban cansados de la guerra; comenzaba el reino de la política, y preparaba a aquel pueblo sencillo a un peligro más serio que el de las armas. El 6 de enero de 1542, después de 16 años de luchas tenaces, los españoles fundaron en el emplazamiento de Tihóo la actual ciudad de Mérida; desde entonces, se adueñaron del país. Habían transcurrido veinticinco años desde el día en que la flotilla de Córdoba, tras doblar el cabo Catoche, abrió el camino a los futuros conquistadores de la región; durante aquel periodo, Cortés había destruido el imperio de los aztecas; Pizarro, el de los incas; Alvarado, el de los kachiqueles: estos resultados increíbles requirieron menos tiempo en comparación con el sometimiento de Yucatán. En adelante eran conocidos y vivían sojuzgados todos los pueblos del Nuevo Mundo distinguidos por su civilización.

Éstos son los hechos sumarios de aquella historia; el lector deseoso de conocer los detalles puede consultar los anales de Herrera y la voluminosa crónica del monje franciscano Cogolludo, el historiador nacional del país.<sup>169</sup> Es lamentable que Cogolludo, preocupado sobre todo por la gloria de su orden, no haya profundizado de manera más completa en el origen y la historia de la población indígena, cuando la antorcha de la tradición resplandecía todavía en torno a él. Sin embargo, puede deducirse, a partir de las informaciones conseguidas y de los testimonios materiales perpetuados hasta nuestros días, que la civilización de Yucatán no era inferior a la de Anáhuac y compartían un origen común. Tenían los mismos avances en las artes mecánicas, con la misma imperfección en los medios; leyes civiles perfectamente análogas, bajo una constitución política diferente; también compartían el mismo culto, ensangrentado por el sacrificio de víctimas humanas.

No obstante, las costumbres de los mayas eran menos sanguinarias en comparación con las de sus vecinos; sólo con el paso del tiempo se impregnaron, por decirlo así, de la barbarie de los aztecas, pero conservando siempre algo de su primitiva dulzura. Las mujeres, por ejemplo, no asistían a las ejecuciones capitales, y la función de sacrificador, importante en Anáhuac, no gozaba de ninguna estima en Yucatán.<sup>170</sup> La antropofagia,

<sup>169</sup> Diego López de Cogolludo. *Historia de Yucatán*. Madrid: 1688 [N. del A.].

<sup>170</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década IV*. L. X, cap. III y IV [N. del A.].

esa odiosa superstición que deshonraba el estado social de los mexicanos, se practicaba sólo de manera accidental; pero existía sin duda, pese a la negación de Cogolludo, quien refutaba con insistencia la aventura de Valdivia y sus compañeros.<sup>171</sup> Por otra parte, en un historiador bastante benevolente con los mayas, encontramos la confesión de la complicidad de aquellos indios: “Algunas veces se lo comían, dice Herrera, aunque los de Yucatán no fueron tan grandes comedores de carne humana”.<sup>172</sup> Por último, otro cronista, contemporáneo del padre Diego López de Cogolludo, afirma que aquella práctica no era desconocida entre los itzas, tribu originaria de la península.<sup>173</sup> Pero ninguno de estos escritores nos hace asistir al espectáculo de las hecatombes humanas capaces de afligir con un duelo perpetuo al imperio de Moctezuma.

El arte de transmitir y de perpetuar los hechos por medio de jeroglíficos pintados y de caracteres simbólicos consagrados a la expresión de las ideas, era conocido tanto en Yucatán como en México; las ruinas de Kabáh, de Kewich y de Chichén Itzá conservan preciosos testimonios de ello, éstos han escapado a los estragos del tiempo y al fanatismo de la conquista;<sup>174</sup> independientemente de las leyendas grabadas en piedra y madera, existían entre los mayas verdaderos libros donde se representaba el curso de las estaciones, los animales, las plantas útiles y la topografía de la región. Por muy imperfectos que fuesen aquellos esbozos, dejaban constancia de un primer logro en los esfuerzos de la inteligencia humana por liberarse de los atavismos que atan al pasado.<sup>175</sup> Por último, la educación de los jóvenes se completaba en escuelas donde registraban en su memoria todos los hechos relacionados con la historia del país, los poemas nacionales, las recetas médicas y la suma, finalmente, de los conocimientos adquiridos, cuyos contenidos se mantenían así con la preservación de la tradición.

---

<sup>171</sup> Véase la historia de Valdivia en W. Irving. *Voyages of the companions of Columbus*. Tomo I. Baudry: 281 [N. del A.].

<sup>172</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década IV*. L. X, cap. IV [N. del A.].

En su traducción al francés de la cita de Herrera, Morelet incluye un añadido propio al final: *qu'à Mexico* (como en México) [N. del T.].

<sup>173</sup> Juan de Villagutiérrez. *Historia de la conquista del Itzá*. L. V, cap. VIII [N. del A.].

<sup>174</sup> John Lloyd Stephens. *Incidents of travels in Yucatan*. T. I, cap. XVII: 496; t. II, cap. IV: 74; y cap. XVII: 292 [N. del A.].

<sup>175</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década III*. L. II, cap. XVIII [N. del A.].

La civilización de Yucatán era además próxima a la de Anáhuac por una particularidad esencial, la cual, pese a ser un fenómeno aislado, parece concluyente: me refiero al método utilizado por ambos pueblos para medir el tiempo y elaborar sus calendarios, pues las diferencias sólo consisten en meros detalles.<sup>176</sup> Tenían el mismo año solar de 365 días, dividido primero en 18 meses de 20 días cada uno, con 5 días complementarios; luego en 28 semanas, cada una de 13 días, con un día adicional; por una combinación idéntica de ambas series fijaban los días del año; por último, su ciclo, sometido a los mismos cálculos, se resumía en un periodo de 52 años. Aquella singular coincidencia demuestra evidentemente que a pesar de la diferencia de idioma y de régimen político habían extraído de una fuente común los principios de su civilización. En efecto, podemos encontrar en naciones con orígenes distintos pero con necesidades e influencias análogas varios rasgos de semejanza en las instituciones y en las costumbres; pero un calendario es una obra realizada por eruditos, fundada en cálculos, símbolos y signos convencionales; en este caso la concordancia no podría haber sido efecto del azar, sobre todo cuando las mismas ideas, a veces arbitrarias, se corresponden con los mismos fenómenos.<sup>177</sup> ¿Acaso fue un legado de aquellos famosos toltecas, quienes parecen haber determinado la emancipación intelectual de Anáhuac, o el producto de una civilización más antigua, perteneciente a una raza de aborígenes absorbida por las migraciones extranjeras? Los conocimientos que supone una obra tal sobrepasan, es preciso confesarlo, la esfera limitada en la cual se movían los dos pueblos cuando fue descubierto su país: sea cual fuere su origen, admitamos que ambos dominaban y aplicaban dichos conocimientos de una manera conforme a sus necesidades.

Basta observar los vestigios dispersos sobre el suelo de Yucatán, desde las planicies de Petén hasta las playas desiertas de Bacalar y hasta la isla abandonada de Cozumel, para convencerse de que la región alimentaba a una numerosa población, cuya vida se desempeñaba bajo condiciones bien alejadas del estado primitivo y hasta tenía, además del gusto por el lujo, el instinto de lo bello y de lo grandioso. Las investigaciones arqueológicas de un viajero moderno, al seguir por toda la península los

---

<sup>176</sup> Herrera también hizo esta observación. Véase *Historia general. Década IV*. L. X, cap. IV [N. del A.].

<sup>177</sup> John Lloyd Stephens. *Incidents of travels in Yucatan*. T. II, cap. VI: 119 [N. del A.].

rastros de aquella civilización extinta, han llevado al descubrimiento de cuarenta y cuatro ciudades cuyas ruinas, casi todas interesantes, yacían en la selva, ignoradas por la población actual. Algunas, como Tulum, estaban amuralladas, o como Uxmal, contenían amplios edificios cuyas fachadas estaban ornadas con arabescos y relieves de estuco; en Labná, unas elegantes terrazas sólidamente construidas, con un desarrollo de 190 metros, soportan palacios medio derrumbados; más allá, en medio de la planicie, se elevan túmulos semejantes a colinas, con gigantescas escaleras. En otros lugares son monumentos análogos a nuestros arcos de triunfo, como el de Kabáh; columnas, pórticos, bajorrelieves de piedra, pilastras esculpidas, vigas curiosamente trabajadas (Kabáh, Labphak, Aké, Tulum). Algunas de las construcciones no dejan nada que desear desde el punto de vista del buen gusto y de las reglas del arte; se puede mencionar la puerta de Labná, una obra notable por la idoneidad de las proporciones y la elegante simplicidad de los detalles. Ya aludí a las reservas subterráneas llamadas *cenotes*, destinadas a conservar las aguas en tiempos de sequía; aquellas grandes obras de utilidad pública siguen siendo valiosas hoy día.

Las vías de comunicación, en un pueblo donde no existe ninguna bestia de carga (ni siquiera algún cuadrúpedo doméstico), debían de ser muy defectuosas; sin embargo, se han descubierto, entre Uxmal y Kabáh, restos de una calzada de ocho pies de ancho anteriormente empedrada, cuya función consistía, según la tradición, en hacer circular los correos.<sup>178</sup> Hasta donde yo sé, no se ha descubierto una sola obra de esta naturaleza en el imperio de Moctezuma. Por último, señalaré los singulares vestigios encargados de cubrir la planicie en los alrededores de Aké y las pequeñas columnas multiplicadas por grupos cerca de Chichén Itzá, cuya función es imposible de determinar y que siguen siendo un misterio para nosotros. Los monumentos exhumados en nuestra época y olvidados desde hace mucho tiempo, al punto de que el erudito autor de la *Historia de América* negaba a los indígenas cualquier capacidad para la arquitectura,<sup>179</sup> fueron justamente apreciados por los antiguos escritores españoles, quienes no podían explicarse cómo pudieron fundarse obras semejantes en un país carente de cualquier especie de metales.

<sup>178</sup> John Lloyd Stephens. *Incidents of travels in Yucatan*. T. II, cap. VII: 122. [N. del A.].

<sup>179</sup> Robertson. *The History of America*. L. VII: 275ss [N. del A.].

Aunque, sin ninguna duda, el cobre y el estaño proveían a los mayas, por su aleación, un recurso casi tan valioso como el hierro. “Todos los indios de Tabasco —dice Bernal Díaz— llevaban relucientes hachas de cobre, muchas de las cuales adquirimos pensando que eran oro.”<sup>180</sup> En tres días, los soldados de Grijalva juntaron más de 600. Las armas y las herramientas de la misma materia usada por los artesanos se importaban sin duda de México, donde el cobre y el estaño abundan y carentes en Yucatán. Es asombroso que en nuestros días no se haya encontrado ningún objeto de esa naturaleza.

Disponemos de poca información sobre el régimen político de los mayas. Los españoles encontraron la península dividida en varios principados pequeños con nombres diferentes, patrimonio de caciques independientes. Ningún lazo político los unía, aunque a veces los jefes hubiesen actuado de común acuerdo y combatido bajo la misma bandera contra el enemigo común; pero ya la constitución del país había experimentado un cambio considerable; había desaparecido su unidad monárquica como consecuencia de revoluciones internas, de las cuales aún subsisten rastros, no sólo en la historia, sino en el suelo de la región.

El viajero que atravesase la planicie al sur de Mérida puede notar una eminencia cónica y aislada percibida a tres leguas de distancia; es un monumento religioso perteneciente a tiempos pasados. Cuatro gigantescas escaleras, cuyos vestigios aún existen, conducen a la cima del montículo desde donde la vista abarca un campo solitario, rodeado de restos, de fragmentos de escultura, de columnas derribadas y medio ocultas por la vegetación. Son las ruinas de Mayapán, sede de la autoridad soberana en el tiempo de la monarquía yucateca. Bordeada de una fosa cuyo rastro puede seguirse sobre una extensión de tres millas, la ciudad fue ciertamente un centro de población importante; era allí donde los diferentes caciques que compartían el territorio, dependiendo todos de un jefe supremo por una especie de investidura feudal, llevaban el tributo anual, consistente en cacao, miel, maíz, resinas odoríferas, vestiduras de algodón, polvo de oro en pequeñas cantidades, plumas y pieles de jaguar. El gobierno era feudal de la forma más absoluta, como lo fue entre los aztecas antes del primer Moctezuma. Pero mientras la aristocracia en el

---

<sup>180</sup> El empleo de esta aleación también precedió en Europa a la del hierro. Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Cap. XVI [N. del A.].

Estado mexicano se veía humillada y oprimida por la autoridad del señorío feudal, Yucatán, hacia la misma época, se debatía en una lucha análoga, donde el elemento contrario salía vencedor. Este último hecho es sólo una conjetura, aunque bastante verosímil en el silencio de la historia; lo absolutamente cierto es la existencia de Mayapán y la destrucción de aquella capital por la liga de los caciques rebeldes, unos 70 años antes de la llegada de los españoles. El relato de los antiguos analistas se confirma aquí con el testimonio material.

Quizá sería inadecuado entrar en explicaciones más amplias sobre la condición social de los antiguos habitantes de la península; por lo tanto, me limitaré a las siguientes conclusiones: la benignidad de los mayas antes de la alteración de sus costumbres por el contacto con los aztecas, sus virtudes hospitalarias, su consideración hacia los mayores y su veneración de los muertos<sup>181</sup> atestiguan un profundo respeto por las leyes de la moral y una percepción bastante clara de sus principios. La creencia en la inmortalidad del alma y en una justa repartición de recompensas y castigos, la costumbre de confesarse públicamente en las enfermedades y en los grandes peligros<sup>182</sup> y una ceremonia notable por su analogía con el bautismo, ceremonia observada únicamente en Yucatán y cuyo objeto era purificar al niño de toda mancha moral y disponerlo hacia el bien, bastan para rehabilitar a una raza condenada injustamente por la política, el interés y los prejuicios obstinados.<sup>183</sup>

La continuación de esta historia se conoce bien; hay pocas diferencias, desde un lado de América hasta el otro, entre los diversos pueblos primitivos que durante tres siglos y medio vivieron bajo el yugo del despotismo militar y del fanatismo religioso. ¿Pero para qué consultar los escritos? Lo podemos leer en la frente de los indios, inclinados por la humildad; en sus miradas temerosas, en su inteligencia oscurecida: obligados desde

---

<sup>181</sup> Guardaban en estatuas huecas de madera las cenizas de sus antepasados y colocaban estos simulacros entre los de sus dioses domésticos, un uso muy curioso por su parecido con las prácticas de Egipto y, sobre todo, con las de Etruria. Entre los etruscos, la efigie era de terracota; las sepulturas de Clusium y de Corneto ofrecen diferentes ejemplos de ello [N. del A.].

<sup>182</sup> Esta costumbre tenía su lado negativo: “Si no morían —dice Herrera—, se producían fuertes disputas en las familias” [N. del A.].

<sup>183</sup> La mayor parte de esta información proviene de la cuarta década de Antonio de Herrera, l. X, cap. IV [N. del A.].

la conquista de su país a una disciplina casi uniforme, ya no llevan el cabello largo, los pendientes en las orejas, el tocado de plumas y sus capas de algodón fino distintivas de las clases superiores. La danza y la música, indicios de una vida libre y fácil, son distracciones desconocidas, y si casualmente tocan algunas melodías con sus groseros instrumentos, son cantos lastimeros, pues parecen llorar por los días de una felicidad remota y perdida.<sup>184</sup>

Una opinión general, admitida en Yucatán, explica que las facultades intelectuales de los indios de nuestros días, cuyos antepasados erigieron los monumentos de Palenque, de Uxmal y de Chichén Itzá, son inferiores a las de los negros. ¿Pero quién reconocería en los *fellahs* del Egipto moderno a los descendientes del sabio pueblo encargado de comunicarnos los primeros elementos de la civilización, o en los moros salvajes y alevosos de Marruecos a los nietos de aquellos brillantes árabes, quienes introdujeron la caballería en Europa?<sup>185</sup> La condición actual de los indígenas es el único punto que quisiera examinar: olvido su pasado y lo que podían ser, voy a describirlos tal y como los he conocido.

No puede atribuirse sino a la codicia de los primeros amos de América la opinión arraigada por todas partes sobre la incapacidad de los indígenas. Pues si no, ¿cómo explicar, tras el tributo de elogios y de admiración rendido a la civilización de México, del Perú e incluso de Yucatán, su desprecio hacia poblaciones que habían ofrecido pruebas irrecusables de su aptitud, al proclamar que esos pueblos habían nacido para la servidumbre, humillándolos como si estuviesen por debajo de la humanidad? Aquella sentencia hacía más fácil la opresión y parecía casi justificarla. La influencia de esa política contribuyó a la aniquilación de la raza americana más que las violencias de la conquista y el celo ciego de las órdenes religiosas, las cuales, para combatir la idolatría, destruyeron los monumentos y la historia del país.

---

<sup>184</sup> Véase nota G número 2, en el segundo volumen [N. del A.].

<sup>185</sup> No puede negarse que la espada de Cortés haya aniquilado una civilización en ascenso. Indudablemente, jamás habría alcanzado a ser tan brillante como la nuestra, pero podría haberse desarrollado dentro de sus límites naturales, bajo una forma original como la de los chinos, por ejemplo, o los pueblos de Malasia. Entre las diversas ramas de la raza humana, las facultades intelectuales parecen ser tan variables como las características fisiológicas en las cuales se funda su clasificación; la civilización, que no es sino el ejercicio y el desarrollo de esos elementos, queda subordinada a su expansión, como el volumen de una esfera a la magnitud de su radio [N. del A.].

No obstante, seamos justos con el gobierno español; no escatimó esfuerzos para poner punto final a los excesos;<sup>186</sup> Las ordenanzas y las leyes emanadas del Consejo de Indias, las instrucciones reiteradas y los decretos del soberano dan testimonio de una gran diligencia, siempre en lucha contra la mala voluntad de los colonos; lamentablemente, el espíritu encargado de dictar aquellas leyes, destinadas a comarcas lejanas, no imperaba en la hora de su cumplimiento; por otra parte, dichas leyes llevaban la impronta del prejuicio fatal, el cual estigmatizaba a los indios, y contribuyeron a ahondar el abismo que separa todavía hoy a los vencedores de los vencidos. Todos los privilegios concedidos a éstos eran testimonio de su inferioridad: asimilados con menores de edad en materia civil, exentos del servicio militar pero obligados a un trabajo forzado, sometidos además a un tributo y a humillantes castigos, formaban en el Estado una clase sin nombre, sin porvenir y pronto sin pasado, comparable a los ilotas de Esparta. La legislación colonial fue aún más lejos, al prohibir cualquier alianza legítima entre las dos razas, consolidó la perpetuidad de la opresión. Nunca se recuperaría el indio de aquel estado de envilecimiento al cual se le había destinado durante tantas generaciones, por el contrario, acabó debilitando las facultades viriles de las cuales era dueño en el tiempo de la conquista. Acostumbrado desde hace mucho al desprecio o a la compasión, se considera a sí mismo como un ser de una especie inferior, para rehabilitarlo ante sus propios ojos sería necesaria una sucesión de esfuerzos tan perseverantes como prolongada ha sido la servidumbre.<sup>187</sup>

No fue sino hasta después de la emancipación de las colonias cuando se apreciaron con claridad los funestos efectos de aquella política: se esperaba contrarrestarlos, pero el mal había calado hondo; el Estado

---

<sup>186</sup> Los conquistadores no hicieron las cosas a medias, pues empezaron por la división del suelo y de los habitantes (Francisco Antonio de Lorenzana. *Historia de Nueva España*: 319, en nota). Además, se puede saber, por el relato de un testigo ocular que visitó Nueva España y Guatemala a principios del siglo XVII, cuál era el trato infligido por los colonos a los indígenas, cien años después de la conquista, a pesar de las regulaciones, las leyes y todos los esfuerzos de la Corona. Véase Thomas Gage. *A New survey of the West Indies*. 2a edición. Cap. XIX: 138 [N. del A.].

<sup>187</sup> Tomo de los españoles su propia confesión: “El desprecio del cual son objeto viene de la opinión. Declarad tanto como queráis que el indio tiene un alma razonable, el español lo oye y no lo contradice; pero en su fuero interno guarda su convicción y la transmite a su hijo, si no por las palabras, al menos por sus actos y su ejemplo”. *Gaceta de Guatemala*, 1846 [N. del A.].

necesitaba ciudadanos, y sólo encontraron esclavos. En una raza dotada de una organización medianamente flexible y de una inusitada perseverancia en los hábitos y las costumbres, era más fácil borrar los recuerdos que sustituir ideas antiguas por nuevas; los indígenas se mostraron rebeldes ante el impulso que se intentó transmitirles. En una memoria de 1811, la municipalidad de Guatemala había llamado la atención del gobierno acerca de tan grave cuestión, pues de ella dependía la prosperidad del país; indicaba, entre otros medios de regeneración moral, la abrogación de los castigos corporales, degradantes del hombre, y la prohibición de la venta de alcohol, cuyo consumo inmoderado lo embrutece. En aquel escrito se retrata a los indios de forma extremadamente favorable; pero ellos fueron poco sensibles frente a aquel afecto tardío, pues la primera iniciativa con el advenimiento del presidente Carrera había tenido por objeto reclamar el restablecimiento del apaleamiento.

Tal era la triste condición de los antiguos dueños de aquellas tierras cuando las colonias españolas rompieron el lazo hereditario con las cuales estaban atados a la madre patria. Al grito de libertad resonando de un extremo a otro de América y con la euforia del primer éxito, cayeron las cadenas, se eliminaron las castas, se abolieron los privilegios, mientras los derechos del hombre, proclamados por la Revolución francesa, se volvieron la base de un nuevo edificio social, compuesto por los elementos más heterogéneos. Así fue como los indios llegaron al nivel de sus antiguos amos y gozaron de una independencia desconocida para sus antepasados hasta bajo la dominación de los caciques; hombres ignorantes, embrutecidos y degradados por una larga servidumbre fueron honrados con el título de ciudadanos y la ley fundamental del Estado los conminó a ejercer sus derechos. Pero aquella emancipación, para la cual no estaban preparados ni por las lecciones ni por los ejemplos de sus padres, lejos de contribuir al beneficio del país se convirtió en la fuente de un grave perjuicio. Incapaces de comprender y de apreciar una situación tan nueva, los indígenas sólo fueron sensibles a la relajación inmediata de sus lazos y a la exoneración de cualquier tipo de prestación y de tributo; ningún sentimiento generoso, ningún germen de emulación, ambición o progreso se reveló en ellos; librados de una tutela necesaria para ellos, se dejaron arrastrar sin medida a la pereza, a la ebriedad y cuando fueron intimidados a cumplir con sus obligaciones, rompieron el contrato resistiéndose abiertamente o

regresando a la vida de la selva. Fue así como se vieron decaer aldeas populosas y florecientes bajo la administración colonial; los cultivos disminuyeron, escaseaban los alimentos y los albergues sostenidos por la previsión del gobierno para los viajeros cayeron en ruinas por todas partes; las vías públicas se degradaron, ya no se iba a la escuela y terminó estallando una guerra civil sin que la nueva legislación contase con los recursos necesarios para restablecer el antiguo equilibrio.

Se puede disculpar, en cierta medida, el rigor opresivo de los antiguos amos del Nuevo Mundo; si bien hoy ofende todos nuestros instintos y todos nuestros sentimientos, aquella actitud pertenece mucho menos a una nación que a una época en la cual el error religioso era un crimen imperdonable.<sup>188</sup> Por otra parte, no se puede negar que el gobierno español se ha preocupado seria e incesantemente por el bienestar y la seguridad de los indios. Hacia finales del reinado de Carlos V, su desdichada condición fue objeto de una nueva indagación; con una noble emulación se buscó en el consejo y en la corte un remedio apropiado para cicatrizar sus heridas y se acabó promulgando un código de leyes, *Las Nuevas Leyes*,<sup>189</sup> con la confesa finalidad de romper definitivamente sus hierros. Los resultados de aquella política reparadora son apreciables hoy, pese a todos los obstáculos suscitados por la codicia de los colonos; junto a la posteridad de los conquistadores creció y se multiplicó la de los aborígenes, quienes forman la cuarta parte de la población en el Perú, una tercera parte en México, y cuatro quintas partes en los Estados de América central. Por el contrario, los ingleses, por su frío egoísmo y sus despiadados cálculos, han merecido con justicia la reprobación de la posteridad.<sup>190</sup> Jamás se esforzaron en educar y gobernar a los indios; jamás

---

<sup>188</sup> Sobra decir que me refiero al sistema del gobierno español, y no a los actos de crueldad injustificados por las costumbres de cualquier época [N. del A.].

<sup>189</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>190</sup> Se merecen el reproche de crueldad tanto como los españoles; pero como el escenario era menos brillante y menos amplio, los hechos han tenido menos resonancia. En la guerra, por ejemplo, librada contra el rey Felipe, *sachem* de los Pakanoketts, 7 mil indios fueron exterminados en un solo encuentro y los sobrevivientes fueron exportados y vendidos como esclavos. Cien veces más inhumano al clero mexicano, el de Nueva Inglaterra declaró en aquella circunstancia que los hijos de los rebeldes debían compartir la suerte de sus padres y ser asesinados. Aquellos hechos tuvieron lugar a principios del siglo xvii [N. del A.].

se les ocurrió iniciarlos gradualmente en los beneficios de la civilización ni de garantizarles, mediante algunas leyes especiales, la protección requerida por su debilidad; su único objetivo fue el de apropiarse del suelo y expulsar de él a los antiguos amos conforme fuesen avanzando. Algunas veces aquellas usurpaciones fueron disfrazadas de transacciones ilusorias cuyo móvil era el hambre y cuyo precio era el veneno.<sup>191</sup> Fue así como grandes provincias no costaron a sus poseedores sino sólo una bagatela insignificante.<sup>192</sup> Por último, en la época de sus discordias civiles, abusaron de la ingenuidad de aquella raza inocente para convertirla en su instrumento político, finalmente aniquilado por la joven república americana. Agreguemos para ser justos que si Francia, en sus relaciones con los indígenas, no mostró la misma crueldad ni la misma codicia, no queda libre de reproches, en particular en lo concerniente a la codicia.

La confederación de la Unión procedió con menos violencia al principio pero con la misma inhumanidad al perseguir filosóficamente, sin lastimar las formas exteriores de la justicia, la destrucción de los poseedores del territorio.<sup>193</sup> Sin duda han existido hombres generosos, quienes de vez en cuando han alzado la voz en favor de los indios; hasta el gobierno se ha conmovido por su rápida disminución y ha tenido algunas atenciones hacia ellos, ya sea prohibiendo el comercio de bebidas alcohólicas, ya sea interviniendo como mediador en sus disputas, e incluso destinando fondos al mantenimiento de misioneros, quienes se han esforzado en convertirlos; en una palabra, retomó, aunque en menor escala, la obra

---

<sup>191</sup> El uso del licor, según un refrán de América del Norte, hace que “se derritan los indios, como la nieve se derrite al sol” [N. del A.].

<sup>192</sup> El territorio situado a lo largo del río Rojo, por ejemplo, con 177 millas cuadradas o casi 30 millones de hectáreas, costó a los compradores únicamente los gastos del contrato. Véanse los curiosos documentos publicados por Cadwallader Colden, en la obra titulada: *The history of the five nations of Canada*. Londres, 1750 [N. del A.].

<sup>193</sup> Falta demasiado a aquella república para ser pura de sangre indígena. En la guerra declarada a las *seis naciones* en 1779, fueron destruidas 40 aldeas indias en un solo distrito, y los habitantes fueron perseguidos como bestias salvajes hasta que no quedó una casa ni un árbol frutal, ni una espiga, ni un hombre en toda la región. Tales eran las instrucciones formales del general Washington. W. Stone, *Historia de las razas aborígenes de América del Norte*. El viajero Stephens no es el más indicado para indignarse con magníficas palabras contra los conquistadores de Yucatán, quienes precedieron en dos siglos y medio a sus compatriotas. John Lloyd Stephens, *Incidents of travels in Yucatan*. T. II, cap. XXIV: 447 [N. del A.].

realizada por los españoles hace tres siglos. Además, ha hecho evaluar diversos proyectos cuya finalidad es la regeneración de la raza indígena, prepararla para que desempeñe un papel en una sociedad civilizada. Pero las frías teorías y los esfuerzos mezquinos no resucitarán a un pueblo inexistente; tanto menos cuanto que la circunspección política del gobierno americano no le permite avanzar sino con una extrema reserva en esta vía tardía de reparación.

Hoy, los remanentes de la familia india, desterrada hacia los límites extremos del territorio, sigue en América del Norte con esa existencia precaria y miserable, ataviada de colores novelescos por la imaginación de un escritor nacional; no he de ocuparme más de ello: las apreciaciones siguientes se aplican exclusivamente a los pueblos primitivos de América central entre los cuales viajé y observé con mis propios ojos.

En un país donde las necesidades del hombre han sido siempre limitadas, donde la fertilidad del suelo favorece su indolencia, donde la dificultad de las comunicaciones lo condena al aislamiento y le enseña a no contar con el otro, es muy difícil hacerle cambiar su independencia por la perspectiva de una mejor suerte, pues los beneficios de la civilización no le parecerán una compensación suficiente por las obligaciones y restricciones impuestas por la misma.

En esas condiciones vive el indio de América central en la mayor parte del territorio, especialmente en la región ardiente llamada *Tierra caliente*; el indio transporta y utiliza los materiales para su choza; cultiva o recolecta en los bosques los vegetales para su alimentación; su mobiliario y su ropa son también obra de sus manos; la experiencia heredada de sus padres, le enseña a suplir las necesidades de la salud y de la enfermedad, y a sacar partido de los variados recursos ofrecidos por la naturaleza salvaje: esos conocimientos le bastan y de ningún modo aspira a ampliarlos. Poco preocupado por el pasado y el porvenir, el tiempo no tiene valor para él; considera el reposo de los sentidos y del espíritu como la suprema dicha. Una concepción imprecisa del fatalismo le sirve de excusa para su indolencia y lo mantiene en su desgracia; soporta estoicamente la alteración de su salud y la mala fortuna; la muerte misma, cuando se presenta, casi siempre lo encuentra preparado: "Llegó la hora, dice, no puedo evitar el destino que determinó mi nacimiento". O también: "Me voy a descansar, ya cumplí mi trabajo". En esta última prueba, sin duda, lo sostienen las

creencias sobrevivientes a la persecución monástica, pues es difícil creer en una resignación inspirada en el cristianismo o en la luz que, junto con los dogmas de la fe, iluminan el gran misterio del sepulcro. La conversión de los indígenas, es preciso reconocerlo, es más aparente y menos sólida; se reduce, hoy como en el pasado, al abandono ostensible de su idolatría; desde luego, reciben el bautismo, solicitan el sacramento del matrimonio y asisten a los oficios cuando la iglesia no está lejos, pero esas demostraciones exteriores, suficientes a los fervorosos misioneros, no tienen valor ni alcance si consideramos que el cristianismo consiste en la iniciación del espíritu humano a las verdades de la revelación y a los principios de la moral pura. Sería una extraña ilusión esperar otro tipo de cosecha cuando no se ha preparado el terreno para ninguna especie de cultivo.<sup>194</sup>

La madre india, al arrullar a su hijo, le transmite mil supersticiones pueriles con las cuales ella misma fue amamantada e imprime a su joven inteligencia el sello de su propia credulidad: por ejemplo, un ser misterioso, vestido de rojo, que pasa silbando en la selva para asombrar al viajero; espíritus invisibles entre las ruinas de los viejos edificios, encantadores, vagando por el campo bajo el aspecto de bestias salvajes, etcétera. Ella cuenta la historia de ciertos hombres malvados, quienes entregan al viento venenos invisibles capaces de causar la muerte o la locura a sus enemigos:<sup>195</sup> para preservarlo del peligro, le ata al brazo un amuleto.<sup>196</sup> ¿Qué le dice sobre el Ser supremo, el alma inmortal, el misterio del porvenir? De ello no se sabe nada, pues una larga tiranía religiosa enseñó a esta raza débil, pero obstinada, a disimular profundamente sus creencias. Su madre le inspira un sentimiento de desconfianza temerosa hacia los hombres blancos, pero le comunica al mismo tiempo una sumisión pasiva cuya fuente es la conciencia de su superioridad. Todo hace pensar que también inculca en la joven inteligencia de su hijo algunos rasgos de las antiguas tradiciones, murmura a su oído nombres olvidados.

---

<sup>194</sup> Véase, sobre la instrucción religiosa de los indios en la época en la que florecían las órdenes religiosas, la opinión de un misionero católico: Thomas Gage. *A New survey of the West Indias*. Cap. XIX: 149 [N. del A.].

<sup>195</sup> Descubrí que esas supersticiones estaban asentadas en el alto Tabasco; no pretendo generalizarlas, pero en otras partes han sido sustituidas por creencias equivalentes [N. del A.].

<sup>196</sup> Es un bonito insecto de la tribu de los melasomas (*Zopherus oreleti*, Lucas), cuyos tegumentos coriáceos se conservan desde hace mucho tiempo sin alteración [N. del A.].

Nada ha podido borrar del espíritu de los indígenas el recuerdo ultrajante de la conquista; han perdido el hilo de los acontecimientos, pero conservan la memoria de la anterioridad de sus derechos.

Cuando cumple diez o doce años, se le entrega en mano al joven indio un *machete*,<sup>197</sup> un bulto ligero en las espaldas, y así acompaña a su padre en sus excursiones y sus viajes. Éste le enseña a orientarse en la selva y a reconocer el camino mediante los más pequeños indicios, a prevenir con un gran sentido de la observación el ataque de reptiles venenosos, a recolectar la miel de las abejas salvajes, a manejar un remo si el río está cerca; le muestra las lianas con la propiedad de adormecer a los peces, aquellas útiles por su flexibilidad o las que ofrecen agua al viajero sediento; el *lecce Maria*, bálsamo precioso para la cura de las heridas; el *guaco*<sup>198</sup> con hojas de un verde purpúreo, capaz de neutralizar la mordedura de las serpientes; lo conduce a los lugares apartados donde crece el cacao, etcétera. Es así como el niño se acostumbra a sacar provecho de sus propios recursos y como inicia una vida de independencia y de aventura, experiencias transformadas más tarde en influencia irresistible.

El joven indio, a los diecisiete o dieciocho años, es capaz de satisfacer todas las necesidades de su existencia; con la ayuda del fuego y el *machete*, se abre un espacio libre en el bosque, desbroza el suelo, siembra un maizal, construye una choza cerca de allí y se busca pronto a una compañera, si todavía no está comprometido desde su primera infancia. Al contrario de lo pretendido, la elección de una mujer no le es indiferente, se preocupa por la edad, los rasgos o las cualidades de la mujer con la cual compartirá su destino. Tal vez la pasión del amor no se entienda en medio de las selvas del Nuevo Mundo, en el sentido moral atribuido por nosotros a esta palabra; también en Europa, la clase de quienes trabajan con sus brazos considera sobre todo la asociación conyugal desde el punto de vista de la asistencia mutua que deben prestarse los esposos; pero la atracción cuyo germen es universal no deja de producir sus efectos también aquí, cuando el varón se deshace en atenciones inusuales y la jovencita despliega sus inocentes coqueterías. Sólo desaparecen estos síntomas

---

<sup>197</sup> Cuchillo de caza, utilizado principalmente para abrirse camino en los bosques [N. del A.].

En español en el texto original [N. del T.].

<sup>198</sup> En español en el texto original [N. del T.].

en los pueblos demasiado primitivos, donde se honra exclusivamente la fuerza física y donde la mujer ocupa un lugar ínfimo y menospreciado en la sociedad. Tal fue su condición entre las tribus salvajes de América del Norte, mientras que en el antiguo Estado mexicano gozaba ya de miramiento y de consideración; el retrato legado por Herrera de las mujeres de Yucatán nos hace suponer que los mayas no rechazaban completamente la debilidad, la delicadeza y la influencia moral del otro sexo.<sup>199</sup>

El indio muestra un apego muy notable a su hogar, esto se explica muy fácilmente: su choza es un asilo donde goza, rodeado de los suyos, de una autoridad indiscutible, compensatoria del desprecio y la superioridad de los blancos. Ahí, nada perturba su seguridad, nada contradice sus gustos, nada molesta sus hábitos: la sumisión y la devoción de su compañera son absolutas; sus hijos lo respetan y lo escuchan con docilidad; él mismo les da cariño, sobre todo en su temprana edad, cuida de ellos y los atiende hasta la época en la que los lazos mutuos se debilitan por la emancipación. Desde hace mucho tiempo, el amor por la patria y las virtudes cívicas fueron sustituidos, en esta raza desheredada, por un sentimiento único, más profundo, el de la familia.

La frugalidad de los indígenas ha sido comparada por los propios españoles con un ayuno rígido y perpetuo; unos frijoles burdamente adobados, unas *tortillas* de maíz, algunos plátanos, unos chiles crudos por condimento y algo de agua como bebida son su alimentación habitual; la carne de res cortada en tiras y secada al sol, la de cerdo en las grandes ocasiones, los huevos, el chocolate, los palmitos y unas cuantas frutas o raíces completan más o menos el conjunto de sus recursos alimenticios; no obstante, es preciso confesarlo, su frugalidad no es sino una virtud negativa, nacida de la necesidad y dispuesta a sucumbir en cuanto lo permitan las circunstancias.

El indio es ahorrador; ninguna privación le parece demasiado pesada para conservar su economía, ninguna seducción lo hace titubear; vive miserablemente al lado de su tesoro y muchas veces se lleva a la tumba el secreto de un depósito desconocido por sus hijos ignoraban: es así como cierta cantidad de dinero metálico desaparece para siempre de la circulación y vuelve a la tierra. Su avaricia carece de inteligencia; entre un

---

<sup>199</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Dec. IV. L. X*, cap. [N. del A.].  
El dato está incompleto en el original [N. de. E.].

impuesto ligero y una prestación onerosa, sin titubear escogerá el trabajo; pero es probo y su pundonor le lleva a cumplir fielmente con sus compromisos hacia el hombre encargado de pagarle y a quien llama “amo”: en el desempeño de su actividad jamás se le podrá reprochar nada, siempre y cuando no pruebe el licor. Estaba bajo el despotismo de los caciques y cayó bajo el yugo español, y su naturaleza se identificó con la sujeción. Todavía hoy, cuando la constitución del país se basa en la igualdad, sus relaciones con los blancos no han cambiado de carácter; él las considera con aquella desconfianza instintiva de la debilidad manifestada cuando se encuentra a merced de la fuerza. Nunca se le escucha hablar de sus hijos, de su familia, de sus intereses más íntimos. No discutirá con usted, aunque sea muy obstinado con sus ideas, más bien formulará su opinión con una prudente reserva, o la pondrá en armonía con la de su interlocutor; por ello no es difícil dejar en evidencia sus contradicciones, sin llegar, no obstante, a penetrar el secreto guardado. Éstos son los resultados de una larga y dolorosa servidumbre.

El mecanismo de la sensibilidad es comparable con el de ciertos instrumentos de música; cuando se usa poco, los objetos exteriores le comunican sólo un débil estremecimiento. Por eso, entre los indios, la suma de los pesares es limitada, como la de las alegrías; no las sienten con intensidad; por otra parte, el sueño de su inteligencia les aporta un beneficio: desconocen el aburrimiento; se les ve, ociosos y silenciosos, soportar el peso de las horas con una increíble facilidad, pero si aparece de improviso un compañero, se animarán y desplegarán una locuacidad singular. No se sabe conciliar la abundancia, aspecto natural en ellos, con el restringido círculo de sus ideas. Era para mí una causa de asombro siempre nueva, cuando viajaba con guías indígenas, el flujo de palabras intercambiadas entre sí, con risas inmoderadas, durante una parte de la noche. Yo hubiese dado mucho por conocer el sentido de aquellas charlas para poder juzgar el carácter divertido de su espíritu; pero al ignorar su lengua y al no tener ningunas ganas de aprenderla, no disfruté de esa satisfacción.

El gobierno de Yucatán no ha encontrado un mejor recurso para combatir la holgazanería y la imprevisión de los indígenas que exigir, mediante una derogación del principio fundamental del Estado, a cada padre de

familia cultivar y sembrar anualmente 60 *mecates* de maíz.<sup>200</sup> Los alcaldes de los diferentes partidos velan por el cumplimiento de esta prescripción y transmiten a la autoridad superior los resultados de su recuento anual. Quienes contravienen la ley son condenados a pagar contribuciones en especie, efectuadas en los caminos públicos; pero existe otra forma de sacar provecho de los indios, derivada de la antigua legislación colonial (*mita*)<sup>201</sup> y a través de la cual se perpetúan en una forma menos violenta los grandes abusos del pasado: cualquier hombre de color con una deuda impagable se ve obligado a saldarla con su trabajo y se convierte hasta el reembolso en esclavo de su acreedor, quien recupera el valor de los préstamos efectuados con los servicios recibidos; incluso tiene derecho a venderlo o a ponerlo en alquiler. La única mitigación concedida por la ley al deudor es la de poder cambiar de amo cuando está descontento, siempre y cuando pueda encontrar a otra persona dispuesta a saldar su débito. El nuevo amo no desaprovecha la oportunidad para comprometer al indio con nuevas obligaciones, las cuales se agregan sucesivamente a la cuenta de los años anteriores y terminan haciendo imposible su liberación. Es así como una raza imprevisora, al trabajar en función de sus necesidades diarias, cede fácilmente a los atractivos del crédito, cae en una trampa tendida a su ingenuidad y se encuentra fatalmente reducida a una servidumbre perpetua. En ciertas localidades como La Palizada y el bajo Tabasco, las cuatro quintas partes de la población indígena vegetan en esas miserables condiciones. Los capitales así colocados a fondo perdido reportan cuantiosas utilidades, sobre todo a los industriales encargados de explotar la selva de Campeche; esta institución merece ser juzgada con la mayor severidad, pues ofrece a hombres ávidos y sin principios medios de opresión que usan de la forma más detestable: los anticipos y las caricias prodigados a los indios son sólo un incentivo insidioso para arrastrarlos a una trampa cuyo peligro éstos no alcanzan a ver. El valor de la familia, principal virtud de esta raza, se destruye de esta manera para siempre; los jóvenes comprometidos en una vía tan funesta suelen renunciar al matrimonio: ¿cómo podrían pensar en asociar una compañera a su triste destino? Libres de cualquier vínculo o afecto, continúan

---

<sup>200</sup> El *mecate* equivale a 24 varas, éstas, a su vez, equivalen a alrededor de 20 metros cuadrados. 60 *mecates* son aproximadamente 12 áreas [N. del A.].

<sup>201</sup> En español en el texto original [N. del T.].

escamoteando su porvenir y terminan aficionándose a una existencia vagabunda que favorece el trastorno de sus costumbres.

Los detalles presentados se aplican de manera especial al indio de América central que habita en el irritante clima de la *Tierra caliente*; se observarán costumbres diferentes en las altas planicies de la cordillera guatemalteca, designadas particularmente con el nombre de *los Altos*.<sup>202</sup> Allí, bajo un cielo menos clemente pero más favorable al ejercicio de las facultades físicas, se perpetúan los descendientes de los antiguos kakchiqueles, raza activa y valiente, jamás encanece y sabe encontrar en el trabajo no sólo el pan de cada día, sino el aumento progresivo de su bienestar;<sup>203</sup> en aquel lugar, los amplios cultivos sustituyen a la selva y dan testimonio, en un suelo no tan fértil, de los esfuerzos de una perseverante industria. En este caso no es necesaria la intervención del gobierno para estimular la producción; muchos oficios ocupan a la población sedentaria y abastecen de telas de lana y algodón a los mercados de América central; mamposteros, canteros, fabricantes de adobes y de cerámica, aquellos indios construyen para su uso viviendas cómodas y no son ajenos a otros placeres materiales que vienen a recompensar su labor. Visten mejor en comparación con los demás indígenas y se les reconoce fácilmente por los rasgos más viriles de su rostro, por su barba más poblada, por su manera de caminar también, más orgullosa y más independiente; lejos de haber decaído desde la emancipación del país, su importancia se ha incrementado en el Estado, bajo la influencia de una libertad cuyo uso han sabido comprender.

Resumo con unas cuantas consideraciones esta relación, la cual completaré en la continuación de mi viaje. Hemos visto al gobierno español, inspirado por una política reparadora, tender la mano a los desdichados indios y proteger su existencia contra la violenta avidez de las colonias; bajo la influencia de *Las Nuevas Leyes* que garantizaban a los vencidos una débil libertad, los indios siguieron multiplicándose al lado de la raza de los conquistadores; pero reducidos a los elementos de la civilización, ajenos al movimiento de los intereses públicos, relegados a una esfera

<sup>202</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>203</sup> Aquellos indios tendrían un origen tolteca, según un autor nacional. Véase la relación de Ixtlilxóchitl en *Recopilación de documentos relativos a la historia de América*: 145. Los conquistadores se habían dado cuenta de aquellos rasgos distintivos. Véase en Ramusio la carta de Alvarado a Cortés, t. III, edit. de Venecia: 247 [N. del A.].

oscura y menospreciada, constituían en el Estado sólo una clase ínfima, sus únicos lazos con los verdaderos ciudadanos eran los de una servidumbre a medias; y de repente, una revolución inesperada, capaz de modificar profundamente su condición social, vino a colmar el abismo que los separaba de sus amos. ¿Cuáles serán las consecuencias de semejante transformación en América central, donde esta población, temible por su importancia numérica, le tiene todavía una animadversión secreta a sus antiguos opresores? ¿Cómo corregir los efectos de la generosa negligencia responsable de haber roto sus cadenas sin miramientos ni preparación?

Al considerar esta última pregunta desde el punto de vista del peligro que amenaza la armonía social, sólo se pueden tomar dos posturas: el de llevar de nuevo a los indios a la condición subalterna impuesta en la antigua administración colonial, o el de esforzarse en instruirlos, en incorporarlos a la política, en otras palabras, en hacer coincidir sus sentimientos y sus intereses con los de la raza española. La primera opción ya no pertenece a nuestra época ni a nuestras costumbres; la segunda encierra diversas dificultades: ante todo, existe un obstáculo moral cuyas raíces se encuentran en los prejuicios nacionales; hay también un obstáculo material, producto, sobre todo en Guatemala, de la configuración del país. ¿Está el gobierno dotado de una voluntad suficientemente perseverante y posee la estabilidad necesaria como para emprender la tarea de borrar todas las desigualdades sociales, haciendo entrar en las costumbres las disposiciones liberales del Código? ¿Posee recursos suficientes para allanar la cordillera, es decir para desarrollar la región con buenas vías de comunicación? Podemos albergar ciertas dudas. No es sino a este precio, sin embargo, como las dos razas podrán avanzar camino a la asimilación y como se desvanecerá la amenaza permanente surgida de su aislamiento. Mientras tanto, la vitalidad del país se agotará en perturbaciones y en luchas internas hasta que, cuando se haya roto claramente el equilibrio, el triunfo quede en manos de la raza preponderante. Pero si los españoles dominan por su inteligencia y por la variedad de sus recursos, los indios los superan infinitamente por su población y ya ha pasado la época en la cual la detonación de un arcabuz ponía en desbandada a sus ejércitos.

¿No se ha visto acaso, recientemente, un Yucatán desolado por una guerra de exterminio en donde el elemento europeo estuvo a punto de fenecer? ¿No fue devastada y conquistada Guatemala por las bandas

indias de Carrera? ¿Cómo se resolverá entonces una situación tan crítica? No nos atreveríamos a conjeturar; pero puede afirmarse que un Estado en condiciones tan anormales y tan aleatorias jamás podría elevarse hasta alcanzar un alto grado de prosperidad.



## Capítulo IX

### Las lagunas

El golfo de México, ese Mediterráneo del Nuevo Mundo, se expone durante seis meses del año, desde el equinoccio de otoño al de primavera, a violentos temporales; si bien el mar presenta algunos peligros en dicho periodo, la costa en cambio es muy salubre. Pero en cuanto cesan de soplar los vientos del norte, el sol, en la plenitud de su fuerza, comienza a abrasar la tierra; las primeras lluvias llegan rápidamente y activan la fermentación general; mezclas gaseosas más o menos deletéreas se desprenden del suelo, sobre todo en las inmediaciones de los bosques; un veneno invisible circula en la atmósfera: sin importar la pureza del cielo y la magnificencia del campo, el extranjero debe huir de aquellas orillas peligrosas hasta que los vientos fríos, los cuales bajan de la bahía de Hudson, hayan barrido las miasmas que las impregnan.

Las comunicaciones entre los diferentes puntos de la costa española, bañados por ese mar interior, son poco activas y muy irregulares, aun en la temporada buena; consisten en un cabotaje aventurero que, de cabo en cabo y de refugio en refugio, conduce al navegante a su destino por una línea a menudo interrumpida. Los pequeños barcos destinados a este uso han conservado el nombre indio de *canoas*,<sup>204</sup> rara vez tienen puente, llevan dos velas latinas y su porte es, a lo sumo, de treinta o cuarenta toneladas. Los *cayucos*<sup>205</sup> son simples piraguas hechas de un tronco de árbol y usadas en los ríos.<sup>206</sup>

---

<sup>204</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>205</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>206</sup> Las maderas usadas con mayor frecuencia son la cedrela y la ceiba. Nótese, por otra parte, la analogía establecida entre *cayuco* y *cayeg*, palabras con el mismo significado pero pertenecientes a las lenguas maya y turca respectivamente [N. del A.].

La marina mercante del país se reduce a esas frágiles embarcaciones, y a pesar de su lentitud distan mucho de presentar todas las garantías de seguridad deseables; no es frecuente su salida al mar cuando se anuncia mal tiempo, o cuando las sorprende la tormenta se les ve huir como gaviotas asustadas y buscar su salvación en la embocadura de los ríos o en el fondo de las pequeñas bahías distribuidas por la naturaleza a lo largo de la costa. Se puede de ese modo hacer escala desde la Punta de las Salinas, en la extremidad oriental de Yucatán, hasta el puerto de Veracruz, en Sisal, Campeche, Champotón, Carmen, Tabasco, Coatzacoalcos y Alvarado; aquellos viajes no suelen ser un paseo agradable.

Morin vigilaba los movimientos del puerto y había conseguido nuestro pasaje en uno de esos pequeños barcos, listo para zarpar con destino a la Laguna y a la isla del Carmen. Hubiese preferido la vía del interior, pues habría sido más interesante; pero temí perder un tiempo valioso en el inicio de mi viaje, pues el camino es excesivamente incómodo en aquella parte desierta de la región; además, nos exponíamos, internándonos en ella, a permanecer inmovilizados mucho tiempo por falta de medios de transporte en la orilla de la Laguna. Me decidí, pues, por la vía marítima.

El cielo se cubrió en la mañana de nuestra partida y Morin supuso, gracias a ciertas señales, la aproximación de una ventisca. Yo también observé, al trasladarme a bordo, un horizonte sombrío; no obstante, las embarcaciones salían del puerto como de costumbre, favorecidas por una brisa del noreste que rizaba la superficie de las aguas, rara vez agitadas frente a Campeche gracias al banco encargado de detener el oleaje. Nuestra navegación empezó con malos auspicios, pues al virar de bordo encallamos sobre la arena. Fue necesaria una hora para ponernos a flote y zarpar. Aquella escena divertía a un grupo de espectadores, compuesto de algunos conocidos míos que, desde el muelle donde se habían detenido, nos deseaban un feliz viaje; yo acababa de estrecharles la mano y despedirme de ellos con cierta tristeza, pues aunque nos habíamos conocido recientemente, tenía la impresión, al separarme de ellos para volver a la soledad, de estar perdiendo a algunos viejos amigos.

Cruzamos hasta las ocho de la noche a pocos cables de la costa, esperando al cura del Carmen, pues había adquirido un pasaje para viajar en nuestra *canoa*; la noche estaba oscura, el viento fresco y de vez en cuando caían algunas gotas de lluvia, síntoma de bastante mal agüero

en aquella temporada. En medio de las imprecaciones de los miembros de la tripulación, pues la maniobra los puso nerviosos y empezaron a maldecir al sacerdote sin ningún respeto por su hábito religioso, me retiré lentamente y me acomodé en la cala lo mejor que pude entre dos sacos de arroz, haciendo todo lo posible para conciliar el sueño. El calor era sofocante; bañado en sudor y respirando a duras penas, me sentía desfallecer en aquella atmósfera mefítica mientras mil insectos desconocidos zumbaban o se agitaban a mi lado: era un noviciado penoso, pero no había más remedio, debíamos soportarlo. Al cabo de un rato, me pareció escuchar gritos arriba; hubo movimiento en la cubierta: el tumulto cesó; sentí virar el barco, hasta inclinarse al lado opuesto; las olas rompían con violencia y las tablas crujían como si su armazón estuviese a punto de quebrarse. Aquella partida, lo confieso, me parecía un poco arriesgada, y el estado del mar, muy agitado a mi juicio, no me dejaba dormir. Sin embargo, el viento pareció calmarse; el balanceo disminuyó, el ruido de las olas quedó reducido a un cabrilleo insignificante y me dormí. Al amanecer, me despertó bruscamente una voz áspera retumbando en mis oídos: “¿Señor,<sup>207</sup> desea ir a tierra?”. Me sacudí los últimos restos del sueño y frotándome los ojos reconocí al patrón del barco: “¿Hemos llegado, don Felipe?”, le pregunté; y sin esperar respuesta salté por encima de los sacos de arroz y subí a cubierta. ¡Cuál no sería mi asombro cuando me vi frente al muelle, a las murallas almenadas y a los campanarios de Campeche! Me volví hacia el marinero sin proferir una palabra. Pero mi fisonomía hablaba por sí sola, porque exclamó alegremente como para consolarme: “Estamos mejor aquí, *señor*, que sobre los peñascos del Morro”. Naturalmente, compartía su opinión, pero no estaba dispuesto a darle la razón. Al desembarcar, me encontré en el muelle con los amigos que me habían acompañado la víspera; me recibieron con una explosión de alegría de la cual estuve obligado a participar. El mal tiempo duró tres días; era el último soplo de los vientos del norte; la extensión azulada del golfo, cuyo equilibrio apenas se rompe por la acción de las mareas, iba a dormirse por seis meses, mientras el sol cruzaba el ecuador y avanzaba hacia el trópico.

Cuando volvimos al mar, el cielo tenía un aspecto sereno y estable; la temperatura había refrescado y la tripulación manifestaba ruidosamente su alegría bajo la influencia del buen tiempo, siempre excelente después

---

<sup>207</sup> En español en el texto original [N. del T.].

de la tormenta. La vista de la que disfrutábamos era encantadora; las alturas arboladas dominaban la ciudad, los bosquesillos de cocoteros, el campo sembrado de casitas y sumergido en el vapor armonioso de la mañana componían una escena tropical de una suavidad y sutileza de tonos incomparables; todos los pescadores de los alrededores habían aprovechado el regreso a la tranquilidad para dar caza a los tiburones y mil velas pequeñas brillaban en el azul del golfo como estrellas en el firmamento.

La costa hasta la aldea de Champotón, distante de catorce leguas, presenta una sucesión de colinas cubiertas de árboles cuya base está erizada de rocas. La más temible de todas es el Morro: “Aquí —me dijo el patrón del barco designándome los parajes inmediatos— los barcos se pierden; aunque en ocasiones la tripulación se salva; allí —añadió señalando con el dedo la masa azulada del Morro— no hay salvación posible”. Examinaba con curiosidad aquel cabo hacia donde nos acercábamos rápidamente, y éste se hunde en tres ramificaciones en el mar: era un peñasco gris de aspecto siniestro, pelado como la cabeza de un buitre; se distinguían las hiladas paralelas de la roca, interrumpidas por anchas grietas o por cavidades irregulares; la base, batida por la resaca, desaparecía por momentos bajo una sábana de blanca espuma.<sup>208</sup> Una vegetación sombría y vigorosa cubría las gargantas adyacentes y contrastaba con la desnudez de las alturas. Al otro lado, la costa describe un arco bastante profundo y forma una bahía rodeada de una playa arenosa donde blanquean algunas casitas; es la rada de La Ceiba, refugio de los navegantes sorprendidos por el mal tiempo en aquellos parajes.

Así iba nuestro viaje cuando se sirvió el almuerzo: galleta, tiburón sazonado con un poco de vinagre, agua clara, una copa de ron y un cigarro para activar la digestión; tal era el alimento ordinario de la tripulación y tal fue el nuestro durante la travesía. Los viajeros más delicados harán bien en tomar sus precauciones cuando viajen en los barcos de cabotaje del golfo; la comida hecha a bordo merece con justa razón el apelativo de primitiva; marineros y pasajeros comen lo mismo; un pedazo de galleta sirve de plato a cada uno y gracias a la naturaleza, que ha provisto todo, apenas se echa en falta un tenedor. En lo personal, siempre dejo un espacio para el azar en mis especulaciones y nunca me espantan esas miserias; reservando

---

<sup>208</sup> Aquel escollo debe ser probablemente el mismo designado por Herrera con el nombre de Morro de los Diablos. *Historia general. Década III. L. VII. cap. IX* [N. del A.].

para otras circunstancias mis recursos y mi actividad, me abandono en tales casos a las bondades de la Providencia. Es un sistema al cual se acomoda mi indolencia, me ha ahorrado tantos malos ratos que le perdono de buena gana algunos desengaños.

Tan pronto acabamos, el cura sacó las cartas y me propuso una partida de *monte*.<sup>209</sup> me excusé alegando mi inexperiencia, pero él encontró en la tripulación la disposición necesaria y supo sacarle provecho a lo largo de todo el viaje. Era un hombre de aspecto vulgar y temperamento alegre; su ignorancia era muy mexicana: enemigo de las mortificaciones, muy ligero de equipaje; no olvidó, sin embargo, embarcar con él algunas botellas de vino de España. Cuando llegamos a Carmen, una parte de la población lo esperaba en la playa para ver quién podía tocarle el hábito o besarle la mano. En el tumulto de la ovación, nuestro cura, que tenía todavía un pie en el barco, perdió desgraciadamente el equilibrio y comprometió su dignidad; pero restableció el orden de las cosas de una manera notable: presto, se lanzó a la playa sin vacilar ni decir palabra y empezó a repartir patadas y puñetazos a diestra y siniestra, lo cual dejó claro a quien no lo supiese que hasta el cielo tiene límites no siempre posibles de transgredir impunemente. Y fue mediante aquella admonición paternal, bastante divertida de presenciar, como el pastor celebró su regreso y volvió a hacerse de su rebaño.

Desde la rada de La Ceiba se extiende a lo largo de la orilla una zona de arena blanca; las colinas se alejan hacia el interior y desaparecen por completo poco más allá de Champotón. Aquella aldea, distinguida bien pronto, se encuentra a la orilla de un río con el mismo nombre, éste nace en las ciénagas, a catorce leguas al sur. En la desembocadura vimos un banco de ostras bastante extenso; la especie es grande, larga, escabrosa, con puntas muy salientes y valvas ligeramente arqueadas;<sup>210</sup> tiene muy buen sabor y es más conocida por los glotones de Campeche que por los naturalistas. Champotón, en otro tiempo *Potonchán*, es un lugar justamente célebre en la historia de la conquista: los indígenas lucharon con obstinación contra los españoles por la posesión de aquel puesto militar, el cual, en un país seco, tenía mucha importancia por las aguas vivas del lugar; 3 veces en el transcurso de 20 años intentaron los españoles establecerse

<sup>209</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>210</sup> *Ostrea Virginica*, Gmel.? [N. del A.].

allí y 3 veces salieron derrotados con grandes pérdidas humanas. Recomendando leer a Bernal Díaz del Castillo, quien asistió a las dos primeras expediciones y relata aquellos duros combates: “Referiré —dice— lo acontecido durante la batalla (y ciertamente se le puede llamar batalla y de las más terribles como se verá) [...] Los indios cayeron sobre nosotros como perros rabiosos; nos rodearon por todas partes y nos lanzaron tal granizada de flechas, piedras y otros proyectiles, que a la primera embestida diez de los nuestros fueron heridos”.<sup>211</sup> En la desembocadura del río fue donde Córdoba, herido por siete flechas, dio la orden de aparejar hacia Cuba, donde expiró al desembarcar. El nombre de *Mala Pelea*,<sup>212</sup> vigente aún en la bahía, perpetúa el recuerdo de aquellas luchas encarnizadas. Por lo demás, el sitio de Champotón inspira al viajero solamente ideas agradables; difícilmente se persuade uno de que aquellas verdes colinas bañadas por el río fueron regadas con sangre y aquellas frescas sombras en las cuales hoy reinan la paz, la calma y la seguridad, fueron testigos de tanta furia.

Desde el alba tenía la mente ocupada en los cocodrilos del río Champotón, abundantes según se decía; ardía en deseos de contemplar aquellos monstruosos lagartos en sus dominios, distinguirme con alguna hazaña a su costa y enriquecer la historia natural con sus pieles. Apenas tocamos tierra, salté sobre la playa armado de mi escopeta y un cuchillo de caza, me interné en el bosque y remonté el curso del río. Marchaba con precaución, prestando oído al murmullo de la corriente y prometiéndome apuntar al ojo de mi víctima y evitar el peligro bien conocido de su cola. Sin embargo, la sombra de los manglares atravesada por algunos rayos de sol mantenía mis ojos en una perpetua ilusión; cada raíz a la superficie y cada tronco tendido en el fango reflejando algo de luz me hacían palpitar y me horrorizaban en silencio; me parecía distinguir el lomo gris de alguno de aquellos monstruos, e incluso oler las emanaciones almizcleñas que revelan, según se asegura, su presencia. Pero en realidad sólo vi trozos de árboles o piedras enmohecidas y sólo escuché el ruido de las hojas secas desprendiéndose de sus ramas.

Al anoecer, izamos la vela, escoltados por un enjambre de mosquitos que contribuyeron, junto con las *cucarachas*<sup>213</sup> y el balanceo del buque,

<sup>211</sup> Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Caps. V, XXXIII y XXXIV [N. del A.].

<sup>212</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>213</sup> En español en el texto original [N. del T.].

a hacernos pasar una noche detestable; por la mañana, el horizonte presentaba una línea continua de selvas. Hacia el mediodía, vislumbramos la isla llana y arenosa del Carmen en el noroeste, cuya extremidad se ve cubierta por la vegetación. Nos hallábamos en el canal donde se separa aquella tierra del continente; la orilla desaparecía a nuestra izquierda; la laguna de Términos se extendía ante nosotros. Los primeros navegantes que reconocieron aquel paraje en 1518, creyeron ver un brazo del océano doblado en torno a Yucatán, limitando al oeste aquella península, a la cual confundían con una isla; posteriormente, se descubrió la continuidad del litoral y el verdadero carácter de la laguna; pero el nombre de Términos se conservó como un testimonio de las indecisiones generadas en torno a su descubrimiento.<sup>214</sup>

El agua estaba turbia y sembrada de restos vegetales arrastrados por la corriente de los ríos; varios islotes de un color verde brillante, distribuidos como otros tantos satélites alrededor de la isla principal, servían de refugio a las aves acuáticas que se precipitaban sobre ellos al acercarnos. Después de tres horas de navegación en medio de aquel archipiélago, tras rebasar la punta occidental del Carmen, vislumbramos las hojas de los cocoteros y las primeras casas de la ciudad. Salté a tierra en la playa, con menor pompa a la del cura pero con mayor éxito, y encontré en casa del cónsul inglés, el señor Johnson, una hospitalidad cordial que compensó mis tribulaciones marítimas.

La isla del Carmen es una tierra baja, llana, arenosa, un verdadero banco de 7 leguas de longitud por 1 o 2 de anchura, cierra la laguna por la parte del golfo, dejando un paso a cada extremo. El canal oriental por donde habíamos llegado, accesible sólo para las *canoas* y frecuentado por los barcos de cabotaje de Yucatán; el paso occidental, con 13 pies de agua y un fondo de cieno, puede ser atravesado sin riesgo por los buques de comercio de mediano porte, aligerados fuera de la barra para mayor seguridad. Allí es donde se celebra el gran mercado de palo de tinte, principalmente del *haematoxylon*, artículo valioso, abundante en las tierras de aluvión al sur de la laguna. La madera, partida en trozos y

---

<sup>214</sup> “Llegamos a una boca como de río grande; parecía como estrecho; tan gran boca tenía que dezia el piloto Antón de Alaminos que era isla e partían términos con la tierra, ya por esta causa le pusimos nombre Boca de Términos”, Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Cap. X [N. del A.].

El autor cita aquí a Bernal Díaz en su versión original [N. del T.].

despojada de su corteza, baja los ríos y va a los almacenes del Carmen, desde donde se exporta a Europa. Su población, compuesta por dos mil habitantes, vive exclusivamente de esa industria, porque el territorio de la isla es ingrato y produce poco; es poco común encontrar dos cosechas consecutivas en un campo local, a menos que se le ponga abono, método prácticamente desconocido en aquella parte de América. La mayor parte de los objetos de consumo vienen de fuera y se cambian por dinero metálico, pero tales relaciones no pueden subsistir mucho tiempo sobre las mismas bases porque la riqueza forestal, desprotegida por cualquier reglamento, decrece con rapidez y se puede anticipar el momento en el cual la codicia de los propietarios, deseosos únicamente de una ganancia actual e inmediata, habrá agotado su fuente de alimento.

La naturaleza ha disfrazado la pobreza de la isla del Carmen bajo un manto de verdor engañoso y agradable a la vista. Al ver aquella vegetación cuya expansión es a veces vigorosa, los habitantes han pecado por falta de habilidad o de perseverancia. En efecto, la costumbre de cosechar sin esfuerzo se halla tan arraigada en el Nuevo Mundo español al grado de abandonar cualquier tierra si no corresponde súbitamente a las exigencias del cultivador. Las landas del Carmen, cubiertas de un soto cerrado o de gramíneas, podrían producir sin duda algo más útil al hombre; la aridez del suelo es superficial; a poca profundidad se encuentra en todas partes el agua o al menos la humedad salina mantenida por la atracción capilar de la arena; además, las lluvias acumuladas en los bajos forman ciénagas permanentes, éstas se desbordan durante el invierno y después de retirarse dejan una capa de desechos en los alrededores. Estas observaciones no caerían en saco roto en Europa; pero aquí, el mal no reside en la calidad del terreno sino en el carácter de la población. El trabajo, sin duda, es una condición dura de nuestra existencia; sin embargo, la ambición, el amor por la familia, el deseo de aumentar nuestro bienestar triunfan sobre la repugnancia natural que nos inspira al punto de sacarnos algo bueno de la tarea más incómoda. Es necesario ir a la América española para encontrar a aquellas personas que su pobreza hace tan ricas, colocándolas por encima de todas las necesidades; ningún incentivo las estimula en cuanto tienen lo estrictamente necesario; para ellas el bienestar consiste en el reposo; su ambición se limita al alimento cotidiano, en cuanto a su familia encomiendan a la Providencia el cuidado de velar por su porvenir.

Así se prolonga en ellos la indiferencia por el mañana, sin mejora, sin progreso, desde la cuna hasta el sepulcro.

Podríamos pensar que en una isla pobre en donde la única fortuna de sus habitantes son sus brazos, los salarios fuesen poco elevados; sin embargo no es así, por el motivo antes mencionado; una fuerte remuneración vence si acaso la apatía de los más necesitados: así, el jornal de un trabajador no es inferior a una piastra por jornada; y si consienten en proseguir su tarea durante la semana, es únicamente para adquirir el derecho de no hacer nada en un mes. En una pequeña quinta de los alrededores, vi a un hombre recibir 1200 francos de sueldo, además de la habitación y otros accesorios, únicamente por guardar la casa, cultivar un jardín pequeño y cuidar de una posesión de tres o cuatro hectáreas, además el propietario se consideraba muy afortunado al poder contar con él. Hablo del señor Johnson, quien hacía loables esfuerzos para convencer a aquella población inerte de que con un poco de industria y de esfuerzo obtendría de aquellas tierras abandonadas recursos suficientes como para satisfacer sus necesidades.

La ciudad del Carmen es poco notable desde el punto de vista arquitectónico; como no hay piedra en el país, los materiales de construcción se sacan de los bosques vecinos. Se cubren las construcciones con paja y alguna vez con tejas procedentes del lastre de los buques. A orillas de la laguna, donde se concentran las viviendas, esos techos rústicos no parecen muy adecuados; pero fuera del centro comercial, en los barrios más retirados, ese tipo de construcción está en armonía con los plátanos que le dan sombra a las casas y con los jardines primitivos que aíslan cada vivienda. Las calles cubiertas de vincapervincas rosadas y blancas se convierten entonces en paseos bucólicos a través de los cuales se llega al bosque, atravesado por senderos irregulares y sembrado de mil accidentes seductores de la imaginación europea al proyectarla hacia un mundo desconocido. El zumbido escuchado es el del pájaro mosca; apenas se ve, desaparece como un brillante coleóptero o más bien como la esfinge, cuyo vuelo tiene el mismo carácter. Cuando el sol se acerca al cenit y la naturaleza se halla sumida en el silencio, se puede sorprender a la iguana en la rama donde se ha detenido en un estado de semisomnolencia: no obstante, la cautela del reptil no desaparece completamente; ante el menor ruido, alza la cabeza, su garganta se dilata, su cresta dorsal se

eriza y escucha inmóvil; las variaciones de su color manifiestan su inquietud; su lomo de un color azul celeste se torna violáceo, después refleja los colores del verdor circundante y no tarda en desaparecer. Pero el sendero se borra entre matorrales impenetrables, formados de arbustos espinosos y de plantas sarmentosas; vainas negruzcas y vellosas, entreabiertas por la madurez, penden al extremo de las ramas y dejan escapar sus semillas que se acumulan en el suelo. Es necesario acercarse con cuidado: es la *negretia urens*, una especie de leguminosa armada de imperceptibles agujijones propensos a desprenderse al menor contacto y se fijan en la piel, produciendo una irritación dolorosa. La mayor parte de los hermosos árboles han sido talados; no obstante, se ven todavía algunas grandes ceibas, de copa muy ancha, parecidas cedros antiguos a lo lejos. El manzanillo, llamado así en el país chechém, se conoce por el verdor oscuro de su follaje y por sus engañosos frutos, parecidos a manzanas pequeñas. Sin duda la credulidad popular ha calumniado ese vegetal acusando hasta su sombra; pero los leñadores conocen muy bien la causticidad del veneno capaz de producir en la piel el efecto de una quemadura. La selva en aquellos parajes ofrece un campo de estudio y de experimentación amplios, y me asombra que el amor por los descubrimientos, atracción incesante de los naturalistas, no despierte el mismo interés en otros eruditos. La naturaleza no produce allí nada insignificante; el destino de los fluidos vegetales no se limita a las funciones de la especie; la savia ardiente que vivifica las plantas y penetra sus tejidos está casi siempre dotada de virtudes específicas con las cuales establecen nuevos lazos entre aquellos cuerpos organizados y el resto de la creación. ¡Cuántos principios desconocidos entre tantas ruinas, gomas, esencias aromáticas u oleosas, jugos lactescentes casi animalizados, esperan para fecundar nuestras artes o nuestra industria, para enriquecer el dominio de la medicina, a que una circunstancia casual revele un día sus propiedades! Tales eran mis reflexiones al recorrer la espesura, donde mi curiosidad excitada jamás descansaba. No obstante, debo confesarlo, mi alegría fue alterada a menudo por la incomodidad de los insectos y por el efecto de algunas plantas cuyas picaduras ocasionaban inflamaciones dolorosas o picazones insoportables, sobre todo durante los tiempos de reposo.

En mis excursiones solitarias me gustaba detenerme cerca de las viviendas, cuando oía sonar la campana del Ángelus; observaba a la

familia arrodillada, al padre rezando y a la madre uniendo su voz a la de sus hijos; después, todos se levantaban al mismo tiempo y se daban recíprocamente las buenas noches, costumbre piadosa heredada de la conquista y que atribuye, por un momento, al padre de familia de esa dignidad patriarcal de la cual se despoja con tanta frecuencia. Una noche, fui atraído por los cantos religiosos hacia una iglesia cuyo aspecto era más que modesto, éstos se elevaban a poca distancia de la playa; se celebraba alguna fiesta; el altar resplandecía de luces, el *copal*<sup>215</sup> perfumaba la nave y el pueblo cantaba, prosternado en el polvo. Existe en las ceremonias del culto católico una poesía indiscutible capaz de llegar directamente al corazón y las circunstancias que me rodeaban me hacían particularmente sensible a aquellas impresiones. Al observar a esa pobre tribu, olvidada sobre una parcela del globo terrestre, uniendo sus votos y sus aspiraciones en una misma oración, fui conmovido espontáneamente; el pensamiento de mi propio aislamiento vino a despertar un movimiento de simpatía en mi alma; sentía, como jamás lo había sentido, el precio de aquella doctrina divina con la cual se consuelan todas las aflicciones, fortalece todos los ánimos, establece una comunión conmovedora entre todos los miembros de la familia cristiana y no olvida al viajero en sus fórmulas piadosas... En aquel momento, un sonido melodioso se elevaba de las profundidades de la iglesia y borraba las últimas notas del canto apenas escuchado: el contraste fue tan marcado y el efecto tan imprevisto, permanecí un momento desconcertado, como un hombre pasando sin transición de la oscuridad a la luz. Reconocí, desde los primeros acordes, una contradanza nada novedosa en el otro lado del océano; aquel preludeo fue seguido de un vals y coronado por una polka de un estilo bastante libre. El cura había conseguido para la solemnidad un órgano de Barbaria recientemente importado, donde el instrumento había provocado fuertes arrebatos de admiración. Afortunadamente, los pensamientos profanos que despertaba en mi espíritu fueron un misterio para el resto de los fieles pues ellos, sumergidos en una admiración respetuosa, veían en esa armonía únicamente la expresión de sus propios sentimientos.

La isla del Carmen goza de una excelente reputación de salubridad en el radio del golfo; esta característica se debe a su constitución arenosa y a la sequedad superficial de un suelo con pocos restos orgánicos. Marzo, abril y

---

<sup>215</sup> En español en el texto original [N. del T.].

mayo son los meses más secos del año en todo el litoral; en todo ese tiempo no cae una gota de agua y los ríos descienden a su nivel mínimo. Hacia mediados de mayo empiezan las lluvias cotidianas, casi siempre acompañadas de relámpagos y truenos. En noviembre empiezan a soplar los vientos del norte y disipan las tormentas, cada vez más escasas hasta la vuelta del equinoccio. Se podría dividir el año en tres estaciones, tomando como base los fenómenos atmosféricos, cuya periodicidad es notable en los trópicos: la de la humedad, la del viento y la de la sequía. Abril y mayo presiden generalmente la floración aunque varias plantas, favorecidas por las suaves temperaturas, no cesan nunca de florecer y de dar frutos. Trasplantadas bajo aquellas latitudes, las de nuestro hemisferio se someten a las leyes que rigen las especies autóctonas; pero las modificaciones sufridas en las fases de su existencia son mucho más notables al otro lado del ecuador. Se ha observado que los fenómenos de su vegetación se ajustan en función del sol y la época de su floración es determinada, como en nuestros climas, por el retorno del astro al trópico más cercano.<sup>216</sup>

No se encuentra en la isla del Carmen ni en las orillas de la Laguna ruina ni vestigio alguno de la industria de los tiempos pasados. Es una tierra completamente salvaje que la naturaleza parecía haber guardado, negándole los dones más útiles para el hombre. No obstante, en la época de la conquista, existían en los alrededores unos oratorios construidos de piedra labrada, adornados de ídolos y de astas de ciervos, sin duda a modo de ofrenda; la edificación de aquellos monumentos, cuyos restos han desaparecido, se atribuyó a la devoción de los cazadores o a la de los comerciantes que atravesaban a veces aquellos parajes desiertos.<sup>217</sup> Me encantaba particularmente, cuando las emociones del día no me permitían conciliar el sueño, contemplar desde mi ventana aquel manto de agua solitaria, rodeada por tierras inexploradas; mi imaginación se extraviaba en la ruta misteriosa abierta ante mí y que de río en río y de selva en selva debía conducirme al término de mi viaje. Algunas aprensiones respecto al porvenir y algunos recuerdos tristes y dulces cruzaron por mi mente; finalmente el aspecto solemne de la región y la calma augusta encargada de envolverla terminaron por cultivar en mí un sentimiento

<sup>216</sup> A. Saint-Hilaire. *Viaje al interior de Brasil*. Parte II, t. I: 54 [N. del A.].

<sup>217</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera*, cap. X; Antonio de Herrera, *Historia general*. Dec. II, l. III, cap. II [N. del A.].

profundamente religioso; me sentía atraído con una fuerza irresistible hacia quien rige la armonía de las noches y los esplendores del día, y me persuadía de que su bondad infinita velaba también sobre mí. En aquella hora de quietud y de reposo, el silencio sólo era perturbado por el canto nocturno del grillo y por el murmullo de las olas; un agradable frescor llegaba de horizontes lejanos y despertaba el sentimiento de la vida, adormecido por la carga del día.

La laguna de Términos tiene unas 15 leguas de longitud por 8 o 10 de anchura; se parece a un lago por su tranquilidad y el color cenagoso de sus ondas. El territorio vecino presenta suelo movedizo, entrecortado de peligrosas ciénagas. No hay nada más complejo que la hidrografía de aquel pequeño rincón del mundo donde las aguas, indecisas, corren lentamente de laguna en laguna y parecen seguir rumbos distintos. En tiempo de sequía, cada sistema tiene su lecho distinto: se puede caminar en el intervalo, a condición de estar familiarizado con las emboscadas del camino; cuando llegan las lluvias, las lagunas se llenan, se hinchan y se extienden en sus receptáculos naturales; el suelo desaparece poco a poco y las comunicaciones por la vía seca se tornan impracticables. Una vez más resultan imprescindibles todos los recursos de la experiencia para no perder el hilo de aquel laberinto acuático. En aquella época del año, se puede pasar del Usumacinta a Tabasco y de Tabasco al *Chiltepeque*, descartando cualquier tipo de interrupción para la navegación.

El mayor caudal de agua de aquellos parajes es el Usumacinta, cuyo principal brazo denominado *río Palizada*,<sup>218</sup> desemboca en la laguna de Términos.<sup>219</sup> Desde aquel río y remontando al este se encuentran otros cinco en el siguiente orden: el *río de San José*, el *Balchacaj*, el *Chumpán*, el *Chiboya grande* y el *río Candelaria*. Más adelante completaré los datos acopiados sobre el Usumacinta, cuyo nombre es poco conocido y su dirección es incierta en los mapas. El perímetro de la Laguna, por el contrario, ha sido establecido con bastante exactitud; es un foco de comercio célebre en el radio del golfo, aunque su existencia apenas se conoce en Europa. Según los ribereños, no hay nada mejor que la Laguna; aquella cuenca, los

<sup>218</sup> En español en el texto original, así como los demás ríos que menciona el autor a continuación [N. del T.].

<sup>219</sup> Dampier es, según creo, el primer viajero que dio a conocer el nombre verdadero de aquel río: Summasenta. William Dampier. *A new voyage round the World*. T. II, part. II. Londres: 1699: 51 [N. del A.].

barcos, la costa y el transporte del palo de tinte resumen en su mente la extensión, la riqueza y el movimiento comercial del mundo. Además de los espadones y diferentes especies de escualos que hormiguan en aquel gran lago salado, se observa en tiempo de calma una raya voraz, gigantesca y manchada en el lomo, llamada en el país *manta*.<sup>220</sup> Aquel pez, temido por los pescadores, al cual rara vez consiguen atrapar, acecha su presa inmóvil a la sombra de las plantas acuáticas, y la ahoga, según dicen, entre los lóbulos de sus grandes aletas, como si fuesen los pliegues de una *manta*. En los límites de la Laguna comienza el dominio de la naturaleza; los animales salvajes rugen en la selva; los reptiles se enlazan al tronco de los árboles; los mosquitos toman posesión de la atmósfera; el hombre ya no es el amo de la creación sino un viajero extraviado obligado a seguir su camino con circunspección.

Al atardecer del 24 de marzo nos embarcamos, Morin y yo, en una barca fletada hacia el interior, la brisa débil nos empujó insensiblemente hacia la otra orilla. Un poco antes del anochecer llegamos a la desembocadura del río, pero no nos atrevimos a ir más allá; echamos el ancla y a modo de distracción pudimos contemplar la salida de la luna. Mientras observaba los progresos del astro nocturno, cuyos rayos empezaban a centellear en el agua, sentí de repente un fuerte dolor entre los hombros; habiéndome despojado de mi camisa por un acto reflejo, vi caer a mis pies un alacrán que emprendió la fuga alzando la cola, pero no se libró de recibir su merecido castigo. Morin me friccionó la zona con amoníaco y al día siguiente estaba curado. El patrón del barco, un viejo *zambo*<sup>221</sup> vigoroso, de tez cobriza y cabellos crespos, dotado de un carácter alegre, algo bastante raro en aquellas regiones en donde la vida casi es un sufrimiento, pensaba que yo había introducido aquel insecto en su barco, de cuya limpieza presumía. Mientras reía a costa mía, un nuevo enemigo, muy semejante al primero, corría por la borda amenazando su propia seguridad. En aquel momento se cargaba la vela mayor y los rayos de la luna caían directamente sobre la cubierta; entonces se vieron hormiguar miles de *cucarachas* al parecer espantadas con la luz. Al ver aquello, me estremecí de asco; los otros pasajeros, aunque más aguerridos, manifestaron

---

<sup>220</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>221</sup> Hijo de un negro y de una india [N. del A.].  
En español en el texto original [N. del T.].

también mucha repugnancia; cada cual contaba un rasgo acerca de la voracidad de las *cucarachas*, y todos enfatizaban la imposibilidad de encontrar todos los días una colección semejante. Don Pancho, el patrón, nos explicó la razón, pero añadió como correctivo que aquellos insectos le servían de barómetro y su agitación, de la cual éramos testigos, anunciaba un cambio de clima. No por ello renunciábamos a cerrar la escotilla y dormir al aire libre, asumiendo los riesgos; el viento sopló con violencia pero no llegó a llover.

El frío me despertó muy temprano, de este modo pude ver que el amanecer no anunciaba un tiempo muy sereno. Una franja gris se extendía al oriente; acá y allá flotaban en pequeñas masas opacas los vapores condensados durante la noche; más arriba, las nubes amontonadas cubrían la extensión del cielo. A la salida del sol como un punto luminoso, los planos inferiores se iluminaron y las nubes se tiñeron sucesivamente en la base de un resplandor triste y rojizo como el de un incendio; en un instante se desprendió el orbe de la línea del horizonte; un reflejo pasajero se extendió sobre la Laguna envuelta todavía en las brumas del amanecer; las aguas adquirirían matices de color ópalo; finalmente se extinguió la luz gradualmente en la sombría uniformidad de los vapores.

Habíamos llegado al paso peligroso conocido con el nombre de *Boca chica*;<sup>222</sup> los depósitos de tierra, encargados de reducir la desembocadura y los troncos de árboles acumulados por la corriente, ocasionan allí de vez en cuando algunas desgracias. Nunca se volvía a saber nada de las embarcaciones que naufragaban en aquella parte del lago, aseguró don Pancho, en cuyas profundidades, según él, había horribles monstruos. Afortunadamente nuestro barco se deslizó entre una doble hilera de manglares tan altos como robles y nos adentramos en otra laguna, la de las Cruces. Las primeras tierras son apenas islas; el elemento líquido disputa obstinadamente el terreno; se extiende e invade el espacio por donde encuentra una salida; pero poco a poco los depósitos de tierra toman consistencia, crecen, se unen y encierran las aguas, cuyo volumen se reduce considerablemente... Era la hora de la marea baja; el río recobraba sus derechos y siguiendo naturalmente su pendiente corría a lo largo de nuestras bordas. Pronto penetramos en una tercera laguna poblada por miles de gaviotas de plumaje plateado, éstas nadaban y volaban de isla en isla, haciendo

---

<sup>222</sup> En español en el texto original [N. del T.].

resonar la soledad con sus gritos; varios barcos cruzaban contra el viento y trataban de bajar, tras haber esperado como nosotros la salida del sol para cruzar el paso de *Boca chica*. Aquel paraje me recordaba un paisaje admirado poco antes de abordar en la isla de los Pinos; pero aquí la vegetación, libre de la violencia de los huracanes, se manifestaba con todo su esplendor. De hecho, la ruta tomada, animada por el movimiento de los barcos, sobrepasaba en grandiosidad y en interés el canal sin salida donde Colón extravió su navío.<sup>223</sup> Nada puede dar una idea de la selva que costea la ribera y extrae de la frescura de las aguas una eterna juventud; de la disposición pintoresca de los troncos; de la diversidad de las masas; de los promontorios; de las caletas, de las islas que se suceden y desaparecen una tras otra; de los árboles caídos aún con vida y de los millares de aves que pueblan aquellos retirados parajes. Lamentaba que un rayo de sol no pusiera de manifiesto todo el valor de aquel cuadro, pero no expresé dicha opinión para no contrarrestar la alegría de todos los demás. Así remontábamos apaciblemente, favorecidos por una brisa del noreste, cuando atravesó el río por delante de nuestra embarcación un aligátor de gran tamaño. Corrí a la proa para examinar mejor el reptil cuya cresta dorsal ondulaba a flor de agua; se detuvo como para olfatear el viento, con el hocico levantado y la boca en dirección de la corriente, y después se sumergió rápidamente, sin poder apartar mi vista del punto por donde había desaparecido.

Mientras tanto, las nubes habían invadido poco a poco la extensión del cielo; la tierra misma se ocultó entre la niebla; el agua cambió de color y adquirió un tono verde, empezó a llover y fue preciso buscar un refugio en la cala; se cerró todo, se extendió una tela alquitranada sobre el puente y permanecimos entre tinieblas, en medio de las emanaciones fétidas desprendidas por el calor de aquel detestable lugar. La tripulación, por el contrario, vestida con el atuendo primitivo de aquellas regiones, manifestaba ruidosamente su satisfacción, como las ranas manifiestan siempre la suya en tales circunstancias. El viento silbaba en los aparejos; el ruido de la lluvia se mezclaba con el de las olas, el casco de la embarcación crujía; en una palabra, se trataba de una tormenta de agua dulce. Al cabo de dos horas, que nos parecieron dos siglos, pudimos al fin salir de nuestro calabozo y respirar un aire más puro. Durante dicho periodo,

---

<sup>223</sup> Véase capítulo V [N. del A.].

habíamos pasado las lagunas y navegábamos por el río, cuyas sinuosidades empezaban a dibujarse. Las orillas estaban cortadas en picado o en un declive rápido, sobre un suelo mezclado de arena y arcilla; la ribera era llana y se veía cubierta de juncos o gramíneas, entrecortada de magníficas sombras. A través de la vegetación se distinguía la extensión azulada de las lagunas bañando las selvas lejanas. Tuve tiempo para completar mis observaciones porque el viento cesó y no avanzábamos sino con el *palenque*;<sup>224</sup> así se llama la pértiga larga y ahorquillada usada para costear los ríos apoyándola en el hombro y caminando a lo largo del barco. Se necesitan tres hombres para realizar esa maniobra; los dos primeros dan el impulso, empujando alternativamente, mientras el tercero, armado de una especie de bichero, mantiene la embarcación a lo largo de la orilla con la ayuda de las ramas agarradas a su paso. Aquella manera de viajar no es rápida; como la vela permanece siempre largada para ayudar a los remeros, el viento, cuya dirección varía según las vueltas del camino o cuya acción es paralizada por la selva, tan pronto arroja el buque contra los árboles, donde se enredan sus aparejos, como al medio del río, donde la profundidad de las aguas hace inútil el *palenque*. Entonces es necesario redoblar los esfuerzos o esperar con paciencia un nuevo soplo de brisa. Aquel trabajo ingrato y pesado es de los pocos ejecutados correctamente por los indios y por el cual no sienten rechazo.

La vegetación adquiere una fisonomía cada vez más interesante conforme progresamos hacia el interior; grandes sauces de ramas lloronas, bambúes gigantescos, hermosas ciperáceas semejantes al papiro, palmeras acuáticas de tronco delgado y anillado y cecropios de anchas hojas contribuyen a embellecer las dos orillas; masas de vegetación matizadas de racimos violáceos, troncos blanquecinos y prodigiosos, lianas delgadas y tensas como los aparejos de un buque desfilan sin interrupción ante los ojos. Observé la palmera jaguate, con sus graciosas umbelas inclinadas sobre el río, sus frutos ácidos y pendientes en racimos del tamaño y forma de una bellota, muy buscados por los niños y útiles para la distracción del viajero. Una variedad considerable de aves goza en paz de la existencia en aquellos lugares solitarios; el ibis de plumaje brillante; el carrao de voz sonora, el porfirión azul, llamado por los habitantes gallina de Moctezuma, etcétera. El martín pescador de collar, especie mucho más gruesa a la

---

<sup>224</sup> En español en el texto original [N. del T.].

nuestra, rozaba continuamente la superficie de las aguas, mientras los halcones lanzaban gritos agudos, se arrojaban al río, y volvían a elevarse a gran altura con su presa. Dejamos a la derecha una espesura con oreodoxas y varios ramajes sin importancia desprendidos del *río Palizada* para perderse en las ciénagas; algunos caimanes grises parecían observarnos desde el fondo de las pequeñas ensenadas donde permanecían inmóviles; apenas se les distinguía entre los troncos cubiertos por el limo del río. Envuelto en mi capa y tendido sobre la cubierta, disfrutaba con delicia de un espectáculo cuya novedad me encantaba y suplía, por lo emocionante de la experiencia, la falta de recuerdos propia de aquellas comarcas. La felicidad me ha acompañado durante todo el viaje; Un gran interés ha caracterizado los periodos sucesivos, porque marchaba hacia lo desconocido con ese ardor apasionado cuyo germen ha puesto la naturaleza en nuestras almas. No obstante, exceptuando la primera impresión producida en mí por el Nuevo Mundo, debo confesar que las escenas del Usumacinta, por su melancólica grandeza y su poesía primitiva, me han dejado recuerdos más profundos.

Al atardecer llegamos a una tierra baja, cercada de charcos de agua, llamada isla de los Pájaros, más bien debería llamarse isla de los mosquitos. En cuanto amarramos el bote, cada quién hizo sus preparativos para la noche y se puso a armar una pequeña tienda de forma rectangular, confeccionada con unos cuantos metros de calicó. Aquel artefacto se usa mucho en el país; después de introducirse en la tienda con la mayor presteza posible, se cierran todos los accesos, metiendo los extremos de la tela debajo de la estera que sirve de cama. Yo no era tan novicio como para encontrarme desprevenido; había comprado en Francia un mosquitero al cual consideraba, según afirmó el vendedor, como lo último en su género; pero no tardé en convencerme de que el inventor de aquel sistema jamás había navegado por el Usumacinta. En cuanto conseguí, con toda la destreza y circunspección necesarias, introducirme bajo mi cortina de gasa, el enemigo, guiado por su instinto, penetró en la plaza. Primero fue un simple mosquito, y otro, y otro, y un centenar, y finalmente una infinidad. Oía con un terror creciente un ruido como de colmena junto a mi oído, y sentía sin lugar a dudas mil agujijones atravesar mi piel. En vano traté de oponer a aquella invasión todos los recursos en mi poder; furioso y no sabiendo qué hacer, acabé por desocupar el puesto, mandando al

diablo el mosquitero y, lo confieso, también a su inventor. Un zumbido prolongado se extendía a lo largo del río y los enjambres revoloteando por el espacio habían oscurecido la claridad del sol. Las horas transcurrieron dolorosamente, luchando sin éxito contra hordas de enemigos invisibles; contemplaba con indiferencia el aspecto nocturno del paisaje, las grandes sombras proyectadas y las espirales fosforescentes que describían los insectos luminosos. Los partidarios de las causas finales no dejarán de explicar de una manera satisfactoria el papel del mosquito en la creación; por mi parte, lo confieso, tras haberlo meditado a lo largo de aquella noche, y otras muchas por desgracia, no he logrado llegar a conclusión alguna y dejo la cuestión como estaba.

Las estrellas desaparecieron sucesivamente en el horizonte y tuve la satisfacción de despertar a todo el mundo. Pronto nos pusimos en camino; el clima era agradable, pero no había viento, y como avanzábamos con lentitud, pude gozar del placer de la caza sin bajarme del bote. Don Pancho maniobraba de buena gana para recoger la caza conseguida, no porque compartiese mi interés en los progresos de las ciencias naturales, sino porque veía un suplemento de provisiones en cada nueva pieza añadida a mi colección. En efecto, comíamos poco y mal; la galleta enmohecida, el *tassao* y los frijoles negros componían nuestro alimento ordinario, de manera que a veces no podía evitar un suspiro pensando en el tiburón de Campeche. Hacia el mediodía llegamos a la hacienda de *San Geronimito*, situada en la desembocadura de un arroyo, donde vimos una gran cantidad de palo de tinte apilado en la orilla esperando el embarque. El Usumacinta recibe en aquel punto el *río Viejo*,<sup>225</sup> uno de sus brazos que rodea un extenso territorio entrecortado por lagunas, llamado la isla de San Isidro. Gracias a la variada inclinación del suelo, el *río Viejo* describe las tres cuartas partes de un círculo y corre cerca de dos leguas en una dirección opuesta a la del ramal principal.

Al acercarse a la población de La Palizada, última parada de nuestra navegación, el río se hace más estrecho y más rápido; la selva desaparece gradualmente y la vista puede errar libremente por la extensión ondulada de las sabanas. Los rayos del sol poniente inundaban aquellos prados donde reinaba una inmensa paz; los sauces, inclinados sobre el río, los charcos de agua luminosa, los rebaños, las selvas lejanas componían un conjunto

---

<sup>225</sup> En español en el texto original [N. del T.].

que me cautivó de manera singular, produciendo en mí la más deliciosa ilusión. Creía ver un paisaje de Europa en aquella vista inolvidable. Me parecía reconocer las llanuras donde había jugado en mi niñez, los sauces, las ciénagas, el río de curso incierto; y dejando vagar mi imaginación en el pasado intenté por medio de una ficción, transportar mi existencia hacia el ayer. Pero, extraño fenómeno, los recuerdos más recientes y más entrañables me parecían muy lejanos, como si hubiesen transcurrido muchos años en aquel intervalo. La distancia de los lugares produce un efecto similar al de la distancia del tiempo: la perspectiva es más o menos la misma; jamás lo había experimentado tan dolorosamente. Muy pronto la vegetación, capaz de imprimir a los diferentes climas su verdadero carácter, hizo desvanecer cualquier ilusión. El *bojón*,<sup>226</sup> árbol recto, delgado, que sólo he observado a cierta distancia, mostraba en varios puntos su copa en forma de sombrilla, parecida a la del pino de Italia; el guarumbo desplegaba en el linde del bosque sus ramas semejantes a grandes candelabros; mimosas de flores rosadas y hermosos convólvulos adornaban las orillas del agua; grandes matas de aros y de hojas sagitadas extendían sus flexibles tallos en dirección de la corriente.

Eran las 10 de la noche cuando, a la luz de la luna, distinguimos los cocoteros, gracias a los cuales se anuncia en aquella parte del mundo la proximidad de los lugares habitados; algunas luces dispersas y formas confusas discernidas en la oscuridad de la noche indicaban la proximidad del poblado de La Palizada, a donde llegábamos tras 54 horas de viaje. Habíamos recorrido 18 leguas que se reducen a 7 midiendo la distancia en línea recta. La hora era muy avanzada para buscar asilo; afortunadamente, uno de los pasajeros, habitante de la localidad, nos sacó de apuros ofreciéndonos su propio domicilio. En un momento se dispusieron hamacas donde cada quién se instaló y durmió con verdadera satisfacción. La hospitalidad es fácil de ejercer en los trópicos: con dos clavos y unos metros de tela, el dueño de una casa está siempre en disposición de recibir y de contentar a sus huéspedes.

Al día siguiente me presenté en casa del cura con mis cartas de recomendación. Encontré en la persona del padre Alberti a un hombre muy superior a la mayor parte de los eclesiásticos, quienes son muy ignorantes y llevan un modo de vida muy poco ejemplar en toda la América española.

---

<sup>226</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Había nacido en Guatemala y gracias a sus viajes, tal vez también a sus desgracias, gozaba de una experiencia del mundo y de una educación libre de prejuicios que me sorprendió encontrar en semejante lugar. No pude averiguar cuales fueron las circunstancias que le llevaron a ejercer funciones subalternas en un país tan alejado del suyo y en un contexto tan poco digno de su mérito; sea como fuere, las desempeñaba dignamente porque en aquella localidad aislada, donde hacía las veces de pastor, magistrado y médico, todos lo amaban y honraban.

Hace pocos años, La Palizada era sólo una miserable aldea, exclusivamente habitada por indios. La explotación del palo de tinte en aquellos sitios, creó en ellos un movimiento inusitado y cambió rápidamente las condiciones de vida de la población. Algunos jóvenes de color, sin familia y sin fortuna, de una raza desheredada, multiplicada en la América española gracias a la relajación de las costumbres, acudió a buscar medios de subsistencia; después llegaron sastres, barberos y comerciantes atraídos por la esperanza de participar en los beneficios de aquella pequeña sociedad naciente. La guerra librada entre Francia y México en 1838 tuvo como consecuencia la llegada a La Palizada de algunos franceses, víctimas de la animadversión despertada entre nuestros adversarios por el triunfo de las armas francesas.<sup>227</sup> No me sorprendió mucho encontrarme con compatriotas en aquel delta cenagoso e ignorado; salían adelante y no extrañaban sus pérdidas. El comercio de palo de Campeche se lleva a cabo en este lugar como en la isla del Carmen, origen de las fortunas y la única fuente de trabajo; todos los capitales, todos los esfuerzos y todos los recursos se concentraron en aquel tipo de especulación, el cual consiste en comprar al precio más bajo en la localidad, para vender lo más caro posible en la Laguna. La operación es generalmente lucrativa cuando se hace de contado, porque los propietarios españoles, buscando siempre la manera de satisfacer su pasión dominante, el juego, resisten difícilmente al cebo del dinero metálico, y para conseguirlo aceptan rebajas considerables. Cuando la demanda baja, la miseria se manifiesta crudamente; pero no se puede compadecer a una población poseedora de un territorio incomparablemente fértil que se niega a sacarle partido.

---

<sup>227</sup> El gobierno se vengó de la toma de San Juan de Ulúa ordenando a los franceses, en un decreto del 1° de septiembre, evacuar el territorio de la República en un plazo de quince días [N. del A.].

El río *Palizada*, como he mencionado anteriormente, es el brazo más oriental y más importante del Usumacinta. Su profundidad, en frente de la población, varía entre cuatro y seis y media brazas, según la temporada. En la época de las crecidas, el país se inunda mucho tierra adentro y en la zona de la riada subsiste sólo un pequeño número de islotes, además de las orillas del río cuya altura pone generalmente a salvo.<sup>228</sup> La mayor parte de los habitantes abandona entonces la parte inferior de sus casas para refugiarse en un tablado provisional elevado a cierta altura. Las aves, más dignas de compasión, tienen como asilo el bálogo inclinado de los techos. En el mes de mayo la sequía es absoluta; éste es el período de las fiebres endémicas que afectan sin compasión a los extranjeros y de las cuales en muchas ocasiones ni siquiera los indios se libran.

Las grandes ciénagas que rodean La Palizada merecen toda la curiosidad del naturalista y pueden considerarse como el Eldorado del cazador. Una planta particular, provista de largas raíces fibrosas, vegeta en la superficie de las aguas que transforma en praderas movibles, engañando de esta manera a los ojos poco ejercitados. Aquella extensión de vegetación flotante se detiene en el límite de las corrientes y permite la subsistencia a través de las lagunas de una red de comunicación libre de cualquier traba. Se ven florecer acá y allá ninfeas blancas, así como una especie de geniana cuya corola es delicada y aterciopelada. De trecho en trecho se ven pequeñas islas arboladas, habitadas por ardillas negras y por diferentes tribus del orden de los pájaros. En una de mis excursiones encontré un nido de colibrí artísticamente fijado a la rama espinosa de un limonero; contenía tres polluelos a los cuales conseguí criar alimentándolos con agua azucarada hasta que pudieron volar.

Sería difícil dar una idea de la multitud de aves que viven y se multiplican en aquellos parajes, sin duda desde el nacimiento del mundo. Una infinidad de palmípedas y de zancudas nadan, se sumergen y atraviesan continuamente los aires; el tántalo de pico huesudo y encorvado; la garzota, de un color blanco como la nieve; la espátula, de plumaje rosado, cuyo instinto es sumamente salvaje; el flamenco de cuello largo y alas de color de fuego; una gran variedad de cercetas y patos; y finalmente la grulla, que se pasea solitaria o espía inmóvil. Algunas aves de rapiña lanzan

---

<sup>228</sup> La crecida es de tres metros en La Palizada [N. del A.].

gritos agudos y describen grandes curvas por encima de la espesura: se les ve arrojar sobre las ciénagas, pero en lugar de la presa codiciada, suelen dar con la boca de un caimán oculto entre la vegetación flotante. El buitre aura, encaramado en una rama seca, vigila las evoluciones de aquella multitud alada; por todas partes, hasta donde alcanza la vista, se le ve nadar, volar, correr; el ruido de un arma de fuego resonando en la laguna levanta millares de puntos blancos, negros y grises, se elevan de la superficie como una niebla y descienden con la misma prontitud. La mayor parte de aquellas aves vive en extraña familiaridad junto con el ganado que recorre su dominio; muchas veces he visto la garza blanca aprovechar, para atravesar las corrientes, el paso de una vaca o de un toro; posada sobre el lomo del cuadrúpedo y haciendo esfuerzos muy graciosos para guardar el equilibrio, el ave no abandonaba su puesto sino hasta llegar a un lugar seguro. Las tortugas, igualmente abundantes, contribuyen a pesar de su timidez a la animación general; ya sea nadando en las aguas libres, rizadas apenas por el movimiento de sus patas, o flotando a la superficie, o subiendo finalmente a la playa, arrastrando trabajosamente su caparazón.

Entre las especies volátiles de aquellas regiones húmedas, la *jacana* se distingue por su gracia y vivacidad. Siempre en movimiento, roza, seguida de su hembra, el verdor móvil de las lagunas, corriendo de una hoja a la otra con una destreza circunspecta, como si temiese mojar sus largas patas. Las disputas nacen por cualquier motivo en la pareja; pero son pequeños nubarrones y sólo se convierten en tormenta cuando hay celos. La naturaleza ha dotado a ese pájaro de un arma formidable ocultando bajo su ala un espolón puntiagudo, con el cual golpea a su enemigo hasta herirlo de muerte. La *jacana* no es muy salvaje: cuando algo la inquieta, se eleva soltando un pequeño grito, y vuelve a posarse un poco más lejos después de haber planeado sobre la cima de las altas hierbas, como para controlar el terreno; luego permanece un instante inmóvil, con las dos alas extendidas, dispuesta si es necesario a emprender otra vez el vuelo en caso de peligro. Este encantador zancudo se encuentra por toda la América tropical; pone huevos jaspeados de negro sobre un fondo sombrío matizado de color leonado.<sup>229</sup>

---

<sup>229</sup> Los españoles llaman a este pájaro gallerote, y los indios *chechel nab*, pájaro de *nab* (*nymphæa*) [N. del A.].

El cuadro de la civilización naciente dista mucho de ofrecer, en La Palizada, un interés tan grande como el de la naturaleza salvaje; la población se compone en gran parte de hombres de color sin energía ni principios, quienes obligados por la necesidad ponen un precio exorbitante a su trabajo; así, el jornal de un trabajador no baja de una piastra; sin embargo, a pesar del elevado costo de los salarios, el propietario, para sacarle partido a sus tierras, tiene como único recurso la servidumbre personal impuesta por la ley al deudor. Ya expliqué anteriormente cómo los indígenas caen en la trampa;<sup>230</sup> añado aquí que antes de recibir la menor retribución en dinero metálico deben reembolsar a su patrón el costo de su mantenimiento, sobre el cual éste saca un beneficio del 60% u 80%. Así pues, el obrero desdichado permanece endeudado y, por consiguiente, esclavo toda su vida; no se podrá objetar que esa servidumbre es voluntaria, porque la voluntad pierde su carácter esencial cuando se condiciona mediante la seducción y la ignorancia.

Otra consecuencia de aquellas costumbres es la carestía de la vida y la dificultad de satisfacer las necesidades más simples de la existencia. Resulta muy difícil obtener en La Palizada los productos abundantes de las inmediaciones como el pescado, la caza, etcétera. Me causaba admiración no encontrar un mercado público en medio de una sociedad con grandes necesidades de este tipo y cuya población era ya importante; pero pronto reconocí que las exigencias de la explotación absorbían, como en las comarcas auríferas, todos los brazos disponibles. Así pues, en un lugar tan prodigiosamente fructífero, la sed del oro hace inútiles los favores más preciosos de la naturaleza.

En los alrededores de La Palizada he visto muchos mangos. Ese árbol, originario de la India, se ha aclimatado allí y se ha propagado tanto con sus propias semillas al grado de confundirse hoy con la vegetación autóctona de la selva. Cuando sus frutos alcanzan la madurez, el suelo se cubre de sus racimos, éstos se pudren allí mismo por la falta de industria para sacarles partido. Nada sería, sin embargo, más fácil que extraer de ellos un alcohol destilado. El mango es un fruto benéfico, dotado de virtudes depurativas, según dicen, y además muy agradable. La pulpa, de un hermoso color amarillo, es compacta y jugosa; el hueso es grande y filamentosos; la piel lisa, de un color verde amarillento y exhala un ligero olor de trementina.

---

<sup>230</sup> Véase capítulo VIII [N. del A.].

Descubrí en la mesa del padre Alberti una especie de anona denominada por los españoles guanábana, y por los franceses *corossol* (*A. muricata* L.). Reconocible por su color verde, por su forma piramidal, por su grosor y por las protuberancias de forma espinosa que erizan su superficie, este fruto está dotado de un sabor especial y muy agradable, aunque impregnado de un toque agreste y salvaje con olor a selva virgen, asimismo, denota la ausencia de cultivos. En La Palizada también se come la extremidad del tallo de la palmera real; es el palmito de los antiguos viajeros, un nombre extraño y contrario a todas las reglas de la analogía.<sup>231</sup> Esa producción no es exclusiva de una palmera específica; todos los vegetales de la misma familia desarrollan una yema terminal suficientemente tierna y voluminosa, en algunos casos, como para producir una sustancia alimenticia. Desgraciadamente se debe echar abajo un árbol magnífico para recoger aquella pretendida “col”, cuyo sabor, después de la cocción, recuerda el de la alcachofa.

El río Usumacinta y las lagunas más cercanas alimentan una gran cantidad de peces, y en particular una especie singular que alcanza un metro de longitud y cuyo nombre es *pez lagarto*.<sup>232</sup> Su forma es la del lucio europeo, con la cabeza más estrecha y más larga; el cuerpo está cubierto de escamas adherentes con figuras romboidales distribuidas en series oblicuas, sumamente duras y resistentes. Los pescadores asan ese pez con su coraza y la retiran después para el aderezo. Las tortugas de agua dulce ofrecen igualmente un recurso a la población; he contado cinco especies, entre las cuales la hicoitea (*emys ornata*, Gray) es la predominante y la más estimada. La carne de ese reptil se asemeja demasiado a la del pollo y resulta más delicada en comparación con la de las tortugas marinas. Esas ventajas naturales se ven compensadas por la plaga de los mosquitos, obligando a los habitantes a cerrar herméticamente sus habitaciones al anochecer. Cada casa es además el receptáculo de una multitud de animales maléficos, en los climas cálidos se acercan al hombre y se aprovechan, en favor de su propio beneficio, del albergue construido. Además de las ratas, los lagartos

<sup>231</sup> Morelet denomina al palmito *chou palmiste* en el original. En francés, *chou* significa col, de ahí la aseveración del autor [N. del T.].

<sup>232</sup> ¿*Lepidosteus garrivialis*? Lacep. Ya he mencionado este género notable en el capítulo VI [N. del A.].

En español en el texto original [N. del T.].

y los murciélagos, existen alacranes, cucarachas enormes, hormigas y varias especies de arañas horribles.

Me vi obligado a reconocer que mis investigaciones llevadas a cabo en beneficio de las ciencias naturales exigían más prudencia que la implementada hasta entonces; bajo el nombre de *culebras de hueso*<sup>233</sup> oía hablar frecuentemente de las serpientes de cascabel, las selvas vecinas están infestadas de ellas y no tardé en comprender, debido a la falta de medios curativos disponibles en el país, por qué inspiraban tanto terror aquellos reptiles. En la isla del Carmen ya me habían mencionado una especie todavía más temible, cuyo nombre escuchaba de vez en cuando, excitando mucho mi curiosidad; ¿cómo vencer, para conseguir esa serpiente, la indolencia de los indígenas y sobre todo su antipatía? “Tenemos remedios, decían, contra la mordedura de la *culebra*; pero el veneno de la *nahuyaca*<sup>234</sup> no perdona jamás”. En efecto, los testimonios recogidos, en los lugares donde conocían aquel reptil, confirman el trágico diagnóstico sobre los efectos de su mordedura; en cuestión de horas, el hombre más fuerte transita de un estado saludable a la muerte; la excitación del sistema nervioso va seguida de un abatimiento total del organismo; la sangre brota por los orificios exteriores y hasta se exhala por la superficie de la piel; en resumen, la vida se extingue con una espantosa rapidez.<sup>235</sup> Según los indios, la *nahuyaca* no se limita a morder cuando se siente amenazada, también ataca osadamente a los transeúntes y hasta se lanza a las embarcaciones que costean el río. No garantizo la veracidad de esas afirmaciones, pues me parecen poco compatibles con las costumbres de las serpientes; el sistema de navegación empleado en el Usumacinta, donde los barcos, rozando la tierra, se enredan con frecuencia en la vegetación ribereña, basta para explicar la aparición a bordo de aquellos peligrosos huéspedes que tanto atemorizan a las tripulaciones.

---

<sup>233</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>234</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>235</sup> Los síntomas manifestados tras haber recibido una mordedura de este trigonocéfalo habían sido observados por los españoles desde los primeros tiempos de la conquista. “Hay en Chiapa —dice Herrera— grandes víboras parduzcas, como la madera podrida. Habiendo picado una de ellas a un caballo, el animal empezó al momento a sudar sangre por todas las coyunturas, y no vivió más que un día”. Antonio de Herrera. *Historia general. Década IV.* L. X cap. XII [N. del A.].

## Capítulo X

### Las ruinas de Palenque

Una mañana, después de comprar algunas provisiones, galletas, arroz y carne salada, mandé transportar mi equipaje a bordo de un *cayuco* que había fletado y me instalé en él con Morin, encomendándome a Dios. Íbamos a visitar las ruinas de Palenque, distantes unas treinta y cinco leguas. En tiempo de sequía, se puede reducir la distancia, cortando directamente por tierra; pero cuando las aguas crecen es más seguro remontar el río hasta la aldea de Las Playas, donde se encuentra un camino decente rumbo al pueblo de Santo Domingo. Las ruinas se encuentran dos leguas más allá.

Después de La Palizada observé la pérdida del carácter primitivo del Usumacinta, pues presentaba en ambas orillas señales de cultivo junto a algunas casitas. Aprovechamos la oportunidad para procurarnos mango, sandías y *pozol*.<sup>236</sup> los indios nunca se embarcan sin *pozol*; es una pasta de maíz diluida en agua, se le añade azúcar al gusto, y sirve tanto de comida como de bebida. No hay alimento más económico ni menos molesto para viajar.

Remontábamos con gran lentitud cuando nuestros barqueros, a quienes ningún aliciente había logrado estimular, vieron un *cayuco* que había salido de La Palizada media hora al nuestro, y al cual las sinuosidades del río nos habían disimulado hasta entonces. Era precisamente lo que hacía falta para excitar su indolencia; se empeñaron en adelantarlo, con la obstinación característica de su raza; quienes nos precedían no quisieron ceder; así empezó una lucha desesperada la cual se prolongó, para nuestra gran satisfacción, durante todo el día. En aquellas embarcaciones se corre mucho peligro cuando el remero no presta mucha atención, y sobre

---

<sup>236</sup> En español en el texto original [N. del T.].

todo cuando los vapores del alcohol han turbado su vista o su razón: la profundidad de las aguas no permite avanzar sino acercándose demasiado a la ribera escarpada, llena de raíces, de troncos inclinados y de restos hundidos en el lodo que forman constantes escollos; además, es preciso guardar un equilibrio exacto, porque el *cayuco* es sólo un tronco de árbol hueco, estrecho, ligero y, por consiguiente, muy inestable; el río, profundo, encajonado y cenagoso se encuentra infestado de caimanes; una caída en él sería funesta. Durante el calor del día, los tábanos de alas teñidas persiguen continuamente al navegante, de la misma manera que los mosquitos lo acosan sin tregua en cuanto cae la noche.

A ocho leguas de La Palizada, el río Usumacinta vuelve a tomar su verdadero nombre, tras haber enviado un brazo considerable en dirección del noroeste; más allá de aquella ramificación, el país vuelve a ser salvaje, los cultivos desaparecen y el río, cuyo volumen se ha duplicado, corre majestuosamente entre una doble hilera de bosques. Así llegamos a los confines de Yucatán; la orilla izquierda pertenece ya a Tabasco; ambas ofrecen escenas de inexplicable grandeza. Al adentrarnos en aquellas regiones cubiertas de selva oímos por primera vez los monos *araguatas*, capaces de no interrumpir sus aullidos espantosos de día ni de noche. El sol declinaba; tomamos tierra en una ensenada apartada y trepamos a un vericuetto donde se elevaba una miserable choza: aquel paraje lleva el nombre de Ortega. Allí encontramos todo lo que se puede esperar en semejante sitio, lumbre, agua y un techo.

Mientras Morin se encargaba de los preparativos de la cena, tomé mi escopeta y atravesando el espacio descubierto alrededor de la vivienda, penetré en la selva; ¿pero cómo podría describir el espectáculo que allí me esperaba? Desde los primeros pasos, creí hallarme en un mundo encantado: era aquello una profusión de palmeras, de vegetales extraños y monstruosos, de lianas retorcidas en un desorden inexplicable, de ramas seculares cargadas de plantas bulbosas, como jardines aéreos. En una palabra, un esplendor, una riqueza, una diversidad capaz de confundir a la imaginación más exagerada. Toda aquella magnificencia se me apareció en un rayo de luz filtrado a través del follaje: más allá reinaba un crepúsculo no disipado por el sol. Ante aquel escenario extraordinario y perteneciente en apariencia a la primera edad del mundo, me detuve confundido, admirado como quien, en una noche oscura, es deslumbrado

repentinamente por un meteoro. Debido al éxtasis en el cual me hallaba sumido, no sentía la picadura de los mosquitos que zumbaban en torno a mí. No obstante, como la oscuridad se hacía cada vez mayor, no me atreví a seguir avanzando, por temor a las serpientes de cascabel.

Había dado algunos pasos hacia el linde de la selva cuando cayó a mis pies un fruto desde lo alto de una especie de higuera. Al inclinarme para recogerlo, me sorprendió ver caer varios más, uno de los cuales me tocó ligeramente. Ni el menor soplo de viento agitaba las copas de los árboles; además, aquellas frutas no habían llegado a su madurez; una sospecha cruzó por mi mente: levanté la cabeza y al dirigir la mirada hacia la selva me pareció distinguir, después de buscar mucho tiempo, un cuerpo negro, inmóvil, medio oculto por el follaje. ¿Cómo habría podido resistir al deseo de aclarar mis dudas? Armé mi escopeta; silbaron las balas en las ramas altas: el objeto al cual apuntaba cayó, volvió a colgarse, cayó más abajo, se colgó de nuevo y desapareció en la espesura. Ya había visto lo suficiente como para saber que se trataba de un mono de cola prensil, de la tribu de los araguatos. Al oír la detonación, media docena de rostros negros y gesticuladores, cuya presencia no había sospechado, se mostraron súbitamente entre la vegetación y desaparecieron con la misma rapidez. Estaba ciertamente en mi derecho; no obstante, me arrepentí de la dureza del castigo y abandoné el campo de batalla sin importunar más a aquellos hijos consentidos de la naturaleza.

Al salir de la selva me detuve a considerar el imponente espectáculo presentado por el Usumacinta en aquella hora tardía. Mi vista se extendía sobre una gran cuenca donde las aguas, como fatigadas de su curso, descansaban antes de seguir la pendiente que las arrastra perezosamente hacia el golfo. La calma de la noche era turbada sólo por el grito lejano de los araguatos; veía extenderse rápidamente la sombra de la gran selva; todo tomaba un aspecto grave y misterioso: cuando el borde superior del sol desapareció en el horizonte, las últimas claridades se extinguieron, la noche cayó precipitadamente como un velo y sólo el río conservó algunos destellos fugitivos disipados con rapidez.

Estuve a punto de sofocarme al regresar a la cabaña, en medio de un espeso humo producido por nidos de termitas quemados por nuestros barqueros con el fin de espantar a los mosquitos; acurrucados cerca del fuego, devoraban una garza que habíamos cazado por la mañana y a la

cual sazocaban con pimientos verdes, mientras Morin daba los últimos toques a algún plato compuesto. Afortunadamente, no me faltaba apetito, porque aquellos preparativos difícilmente lo habrían despertado. Al terminar de comer, cuando cada quien encendió su cigarrillo, interrogué a nuestro anfitrión acerca de su existencia solitaria. Su familia estaba compuesta por una mujer y dos hijos de tierna edad; su mobiliario por dos hamacas, una estera, un fusil, algunos utensilios domésticos y un escaso número de provisiones. Vivía de la pesca, de la caza y del producto de un campo roturado por él mismo; de vez en cuando intercambiaba con los barqueros el sobrante de su cosecha por algunos objetos indispensables; prefería su indigencia a los placeres de la civilización, la cual, muy frecuentemente en aquellos países, conduce a los hombres de su raza a una verdadera servidumbre. Fui informado de que un pequeño número de existencias análogas a la suya se hallaban sepultadas en la profundidad de aquellos desiertos. Apenas había terminado de darnos aquellos pormenores, cuando nos hizo estremecer un sonido proveniente de las orillas del Usumacinta: era un grito humano, uno solo pero lastimero. Nos miramos con ansiedad y corrimos en dirección al río pero los troncos apretados de los bambúes constituían obstáculos invencibles; además, la noche era sumamente oscura; fue inútil prestar oídos; sólo se oía el ruido de la corriente y el zumbido de los insectos sobre las plantas acuáticas; tal vez algún viajero había resbalado por aquellas pendientes peligrosas y había sido presa de los caimanes. Después de llamar un largo rato sin despertar un eco en la soledad, retomamos el camino de la cabaña con el corazón oprimido por las más tristes emociones.

Aquel incidente dio lugar a nuevas confidencias de nuestro anfitrión, quien nos habló, sin hacerse de rogar demasiado, de los azares de su situación. Los jaguares se presentaban con frecuencia en los alrededores de su morada; los caimanes se arrastraban para sorprender en las tinieblas a sus perros y a sus aves, y finalmente, los reptiles venenosos se deslizaban bajo su techo. Aquellos pormenores nos interesaron sin regocijarnos, pues debíamos pasar la noche fuera de la casa, bajo un cobertizo expuesto a todas aquellas agresiones, entonces decidí cargar la escopeta y mandé encender una gran hoguera orientada hacia la selva. Pero el enemigo se reía de todas aquellas disposiciones; yo en particular parecía destinado, como ya me había pasado en la isla de los Pájaros, a servirle de juguete y

de alimento. En vano había hecho remendar mi mosquitero, cuyos bordes venían ahora cosidos con la estera que me servía de cama; todas las precauciones fueron inútiles y sólo sirvieron para confundirme. Aquellos de mis lectores que hayan sufrido la misma suerte me perdonarán algunas repeticiones; el magnánimo Cortés, en semejante caso, se quejaba amargamente, sin que las luchas heroicas que llenaron su carrera le hubiesen permitido borrar el recuerdo de tan despreciables enemigos.<sup>237</sup> Eran aproximadamente las nueve; tenía tiempo de sobra para meditar. La luna llena se reflejaba sobre el río; nada igualaba el esplendor de la noche; se oía por momentos la voz de los monos aulladores cuyas tribus se respondían a grandes distancias. El extranjero escucha con un sentimiento de estupor aquellos chillidos dominando todos los ruidos del bosque y cubriendo hasta el rugido del león; pero en cuanto identifica su origen, provocan en él sólo una especie de horror agradable cuyo placer termina por atenuarse. No obstante, resuenan largo tiempo en la memoria de aquellos que los han escuchado; es tan difícil borrar su recuerdo como formarse una idea de su figura cuando no se han escuchado nunca. Al amanecer seguía de pie, rendido de sueño y de cansancio, recorriendo el círculo limitado en el cual me tenía encerrado el temor a las serpientes. En cuanto vi colorearse de púrpura el horizonte, desperté a mis compañeros y nos dispusimos a partir.

Al salir el sol, resonaban aquellas soledades con el canto de las aves; es una mezcla de todas las lenguas, una confusión inaudita de sonidos extraños y discordantes. El ave conocida en el país con el nombre imitativo de *chachalaca*,<sup>238</sup> pues reproduce exactamente su chirrido, se distingue sobre todo por su estrepitoso cacareo.<sup>239</sup> Me pareció que los bosques desfilando ante nuestra vista presentaban, aun a lo lejos, un aspecto diferente a los nuestros; en lugar de presentar masas uniformes, sus copas se recortaban en siluetas extrañas sobre la viva transparencia del cielo; algunas veces se veían aparecer extremidades finas de follaje escaso y menudo; o amplias sombrillas, una forma característica de una buena cantidad de vegetales arborescentes. El *cantemon*, cuya madera es incorruptible,

<sup>237</sup> “Los mosquitos que lo picavan de dia como de noche, que á lo que despues le oia dezir, tenia con ellos tan malas noches, que estava la cabeça sin sentido de no dormir”, Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera*. Cap. CLXXXI [N. del A.].

<sup>238</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>239</sup> *Ort. motmot I. (Phasianus)* [N. del A.].

domina aquellos horizontes de vegetación inclinados, por así decirlo, bajo la grandeza majestuosa de sus ramas. Pasamos a la sombra de uno de aquellos magníficos árboles, cuyas ramas tenían suspendidos de hilos una multitud de nidos mecidos por el viento como ligeras hamacas. Aquellas pequeñas ciudades aéreas, cuya fundación se debía a un instinto de sociedad y su posición singular a la prudencia de los arquitectos, pertenecen a los mirlos, aves de la familia de los passeriformes, propios del Nuevo Mundo. Mientras rozábamos la pendiente del río, algunos ingas, inclinados sobre la orilla, inundaban el barco con sus flores plateadas que exhalaban un olor suave.<sup>240</sup> Pero ya el sol nos consumía con sus rayos, los cantos habían cesado y nuestros indios guardaban silencio; se oía sólo el ruido de sus remos, el roce de las hojas al pasar el barco y la caída de los caimanes sumergiéndose al acercarnos, dejando impresa en el fango su cola maciza. De repente me acometió un sueño letárgico y mis ojos se cerraron invenciblemente ante las escenas desplegadas por la orilla a nuestro lado, siempre con la misma generosidad; el termómetro marcaba 31 grados a la sombra y 40 al sol.

Llegamos al anochecer a un punto en el cual el Usumacinta envía hacia el norte un nuevo brazo llamado el *río Chico*.<sup>241</sup> Atracamos al pie del promontorio formado por la divergencia de las corrientes de agua, amarramos sólidamente el *cayuco* y nos dirigimos, guiados por nuestros barqueros, hacia una cabaña oculta detrás de una gran masa de follaje. Se nos concedió la hospitalidad sin dificultad; se encendió una hoguera, se trajeron las provisiones de a bordo, es decir, la caza y la pesca del día; conseguimos *tortillas* a cambio de cigarrillos y cada quien puso manos a la obra con el deseo de cenar pronto. Los habitantes del promontorio, acurrucados en silencio, nos miraban con aquella curiosidad recelosa despertada en los hombres de su raza gracias a la presencia de un extranjero. Ya preludivamos, con un apetito justificado por la hora avanzada, cuando se oyó afuera el aullido de los perros: al acercarse la noche en aquellos lugares desiertos, semejantes reacciones siempre tienen un significado. Nuestro anfitrión se levantó bruscamente, prestó oídos y agarrando su escopeta dijo: “Es un jaguar”, y se lanzó fuera de la cabaña.

---

<sup>240</sup> Especie notable e inédita, llamada *bits* por los indígenas; el fruto es una silicua comestible, como la del tamarindo y madura en el mes de agosto [N. del A.].

<sup>241</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Ante aquellas palabras, cada uno hizo un arma con el objeto que tenía a mano y se precipitó tras el indio. La oscuridad era profunda porque la luna no se mostraba todavía; pero el más joven de los niños, haciendo una antorcha de cañas, se puso valientemente al frente y nos llevó hacia un matorral de donde provenían los gritos lastimeros. En el momento se hizo a golpes de *machete* una abertura en aquel matorral, y en lo más espeso descubrimos un perro tendido de lado. Al oír a su amo el pobre animal trató de incorporarse, lanzó una mirada moribunda hacia las copas de los árboles, hizo un esfuerzo por ladrar y volvió a caer inerte en el suelo; las vértebras cervicales habían sido quebradas por la mordida del jaguar, el cual sin duda había huido de rama en rama con la agilidad de las especies felinas. Era inútil proseguir con la caza; volvimos, pues, bastante decepcionados mientras los indios, con su indolencia habitual, prendían fuego a aquella guarida sin preocuparse por la cabaña vecina. Los bambúes se inflamaron chisporroteando como la hierba seca y el incendio se extendió a lo lejos mientras nosotros creíamos ver salir mil formas espantosas del caos que nos rodeaba.

Esperaba poder descansar en la vivienda de nuestro anfitrión, pues lo necesitaba realmente; aprovechando sus buenas disposiciones, mandé transportar allí mi estera y me instalé en ella. Aquella morada se componía de una sola pieza cuyo suelo era de tierra batida. Se podían ver, además de una hamaca, varios compartimentos cuidadosamente cerrados con un mosquitero, bastante parecidos a los cuadros de un buque, éstos servían de cama a los miembros más jóvenes de la familia. Una escopeta, dos *machetes*, vasijas de barro y de madera y algunas provisiones desparramadas o colgadas de las vigas resumían toda la fortuna mobiliaria de los habitantes; en cambio, su dominio era considerable, pues no tenía, por así decirlo, límite alguno. En un rincón ardían tizones que esparcían un humo espeso destinado a ahuyentar los mosquitos pero, a pesar de aquella precaución, gracias a la cual hacía casi imposible la permanencia en aquella habitación, los insectos penetraban con el viento de la noche por las rendijas de la cabaña y su número crecía sin cesar. Las imprecaciones de nuestro anfitrión, agitando furiosamente en su hamaca y azotando el vacío con sus manos, me probaron que la epidermis de los indígenas tiene una resistencia similar a la nuestra frente a este tipo de suplicio.

Finalmente, se me agotó la paciencia; me levanté y salí de aquella abominable guarida. Pedrito, el hijo mayor de la casa, joven de unos catorce o quince años, se había familiarizado conmigo desde la alerta de la noche y me siguió a la orilla del río, donde ambos fuimos a respirar. Un cigarro que le regalé lo dispuso a las confidencias; pronto lo puse en confianza hurgando en su conocimiento, es decir, sobre las producciones del lugar, los animales del bosque, las ocupaciones de la familia; hablaba correctamente el español; y como parecía inteligente y bastante efusivo para ser indio, me agradaba escuchar sus palabras. Al cabo de media hora ya éramos grandes amigos; me interrogaba y me escuchaba sin desconfianza. Así disfrutamos en medio del frescor de la noche, cuando mi compañero interrumpió nuestra conversación y, señalando con el dedo una gran masa de vegetación que dominábamos desde el sitio donde nos encontrábamos sentados, dijo:

—¡Silencio! *señor*,<sup>242</sup> ¿no ha oído?

—Creo haber oído —respondí— el silbido de una serpiente o de un ave.

—No es una serpiente —replicó con tono misterioso y poniendo el índice sobre sus labios. En efecto, algunas notas más claramente acentuadas me probaron que tenía razón.

—Entonces —le dije—, ¿es un ave?

El joven, inclinado sobre el saliente del promontorio, asomado hacia adelante y prestando oídos, parecía absorto en una contemplación profunda y no respondía; no obstante, al repetir yo mi pregunta, se volvió y, en voz baja, aseguró distinguir el ave entre la maleza.

El interés que parecía dominarle comenzó a contagiarme a mí también: convencido de que se trataba de una especie rara y curiosa:

—No te muevas —le dije levantándome despacio—, voy a buscar mi escopeta.

Pero Pedrito, con un ademán de súplica, me rogó no hacerlo.

De hecho, hubiese sido inútil porque el ave, como si hubiese deducido cuáles eran mis intenciones, se escapó del matorral y voló hacia la orilla opuesta, donde su grito se extinguió entre el murmullo de la corriente.

—¡Vaya! —exclamé—, ¡se ha escapado! Por lo menos me dirás qué era.

—Es un búho, *señor* —respondió Pedrito con entusiasmo—; es imposible que usted no haya oído hablar del búho.<sup>243</sup>

<sup>242</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>243</sup> Especie de lechuza [N. del A.].

—En efecto —dije—, me ha parecido reconocer un ave de esa especie; ¿pero ésta tiene algún mérito particular?

Pedrito alzó los ojos tímidamente y fijó los míos; creí ver en su mirada una nube de duda o de desconfianza, me apresuré a disiparla ofreciéndole otro cigarro.

—¿Ignora usted, *señor* —dijo mientras guardaba con cuidado aquel presente—, que el *búho* conoce todos los tesoros escondidos, puede enriquecer a su amo, curar sus enfermedades y conquistar el corazón de la joven amada?

—En verdad —respondí— lo ignoraba; vamos, dame algunas explicaciones para poder beneficiarme de ellas, si se presenta la ocasión.

Entonces el joven indio, sin hacerse de rogar, me comunicó libremente su conocimiento. Puso gran énfasis en advertirme de que, una vez en posesión de la maravillosa ave, se le debía prodigar todo tipo de cuidados porque su muerte, cuando resultaba de un mal procedimiento o de un descuido, ocasionaba grandes desgracias; pero para apoderarse de ella en buenas condiciones era preciso un concurso de circunstancias tan excepcional que Pedrito, a pesar de su gran deseo, no había podido lograrlo todavía.

Aquellos detalles me interesaron a pesar de su puerilidad, recordándome una antigua práctica supersticiosa, mencionada por los escritores españoles. Los indígenas de Honduras, según Herrera, poseían el arte de evocar al espíritu maligno, y éste se manifestaba bajo la forma de un cuadrúpedo o de un ave; de aquello nacía un pacto íntimo, en virtud del cual la muerte de uno de los dos causaba infaliblemente la del otro.<sup>244</sup> Se trataba en el fondo de la misma creencia escuchada ahora en las orillas del Usumacinta, aunque hubiese sufrido, con el paso del tiempo, alguna modificación en la forma.

Cuando acabó Pedrito, quise conocer la fuente de tan extraños conocimientos. Me nombró a un tío suyo que vivía en *Jonuta*:

—Pero —proseguí sonriendo— la soledad me parece muy profunda, ¿dónde pueden hallarse las bellas mancebas a quienes pretendes seducir?

---

<sup>244</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Dec. IV. L. VIII*, cap. IV. Véase también a Torquemada, quien dice positivamente: “Viniendo a los agujeros que tenían, digo que eran sin cuento; creían en aves nocturnas, especialmente en el búho y en los mochuelos”, *Monarchia indiana*, t. II, lib. VI. cap. XLVIII [N. del A.]

Mientras preparaba su respuesta, un vivo resplandor se reflejó en el río y vimos, volviendo la cabeza, antorchas agitándose alrededor de la casa: de ella provenía un rumor confuso, como de un campamento sorprendido por el enemigo. Convencidos de que el jaguar había hecho una nueva aparición, nos acercamos cautelosamente pero cuando estuvimos a corta distancia, una voz reconocida por Pedrito como la de su padre nos ordenó acercarnos. Obedecimos llenos de ansiedad, buscando en vano la explicación de aquel misterio; de repente el joven indio, cuyos oído y vista estaban igualmente ejercitados, me tomó del brazo y con una voz entrecortada y temblorosa por la emoción:

—No se mueva —dijo—, es una serpiente.

—Si es sólo una serpiente —le respondí—, este palo bastará para defendemos.

—¡No, no! —exclamó multiplicando sus esfuerzos para detenerme—, es una *nahuyaca*; la *nahuyaca* no perdona jamás.

En aquel preciso instante sonó una detonación; corrimos: Morin había disparado; el reptil, cuyas vértebras estaban rotas, se retorció en las convulsiones de la agonía. Inmóviles y como petrificados, los indios contemplaban aquel espectáculo sin decir palabra; en cuanto a mí, sentía una alegría extraordinaria al verme en posesión del objeto que codiciaba con tanto ardor. Iba a conocer aquella temible serpiente sobre la cual ninguno de los historiadores de la conquista había hablado; sin embargo, debí esperar a regresar a Francia para proceder a su determinación.

Lacépède es el primer naturalista en haber descrito sumariamente la especie mencionada bajo el nombre de *vipera Brasiliana*, según un ejemplar conservado en el *Muséum* de París. Posteriormente, el viajero Spix la trajo desde Brasil para estudiarla con más exactitud; por último, el señor Schlegel, en su *Ensayo sobre la fisonomía de las serpientes*, ha completado por medio de una excelente crítica los datos hasta entonces recogidos acerca de ese trigonocéfalo, al cual denomina *jararaca*. En Brasil, donde es muy común, se le ve con frecuencia cambiar de color, circunstancia que ha introducido alguna confusión en su historia; los especímenes observados durante el transcurso de mi viaje eran todos exactamente iguales y me han parecido corresponder al *bothrops surucucu* de Spix; son muy parecidos al crótalo por el tamaño y la disposición de sus colores, y su

dorso estaba adornado con una serie longitudinal de manchas pardas con forma de trapecio, realizadas con una orla de color amarillo vivo; el vientre era de este último color; la cabeza triangular y muy aplastada, el aparato venenoso muy desarrollado, el cuerpo deprimido, anguloso y dotado de una gran fuerza muscular, todo indicaba en aquellos reptiles una especie entre las más temibles. El que tenía ante mis ojos medía cerca de dos metros de longitud; lo habían descubierto unos perros en el linde de una plantación de plátanos que habíamos cruzado en todas las direcciones.<sup>245</sup>

Los colmillos del jararaca, delgados, largos y susceptibles, por la movilidad de los maxilares, de enderezarse considerablemente, producen al abrir la piel dos picaduras apenas visibles de donde salen algunas gotas de sangre; pero el miembro herido se hincha con rapidez. La absorción del veneno se manifiesta con un abatimiento general, una sed ardiente, un sentimiento de angustia, vómitos y otros síntomas más particulares indicados anteriormente; poco después aparecen alrededor de la herida manchas lívidas, precursoras de la gangrena, ésta se propaga por todo el cuerpo y determina una muerte más o menos pronta.

No debe buscarse la curación con las medicinas, porque nada ha demostrado hasta ahora la eficacia de los remedios preconizados contra la mordedura de las serpientes; la práctica más segura consiste, después de lavar la herida y circunscribirla entre dos ligaduras para prevenir la invasión del virus en la circulación, en escarificar, aplicar una ventosa si es posible, y cauterizar. En una palabra, es preciso neutralizar un veneno cuyos estragos no se pueden combatir eficazmente. Los sudoríficos administrados en altas dosis completan el resultado de una operación que se puede realizar fácilmente por sí mismo. Un viajero, y sobre todo un naturalista expuesto con frecuencia gracias a sus investigaciones, no debe nunca encontrarse desprevenido, pues el resultado depende de la celeridad; por consiguiente, la menor demora puede resultar irreparable.

---

<sup>245</sup> El descubrimiento de una especie de trigonocéfalos en América central llena un vacío en la distribución de esa tribu: se encuentra efectivamente el *tr. atrox* L., en la Guyana; el *tr. lanceolatus* Opp. en la Martinica y en Santa Lucía; finalmente, el *tr. cenchrus* Sch. en las provincias meridionales de los Estados Unidos. Así, estos peligrosos ofidios están esparcidos por toda la región intertropical y oriental del Nuevo Mundo, desde Brasil hasta Carolina del Sur. Hasta ahora no se ha encontrado en Europa ni en África, pero existe en Indostán [N. del A.].

Aquella misma mañana abandonamos tan peligrosa ribera; nuestra caravana aumentó con una perra pequeña, cuya adquisición nos pareció muy útil. Fida era un animal de pelo corto y áspero, de color leonado, con listas oscuras, orejas derechas, hocico afilado, casi galga, pero un poco más gruesa, perteneciente sin duda a una raza europea aclimatada desde hace mucho tiempo bajo los trópicos y descendiente quizá (¿quién lo negará?) de la famosa galga olvidada en la isla del Carmen durante la expedición de Grijalva.<sup>246</sup> Aquel animal era muy valiente y estaba dotado de una fina inteligencia desarrollada por la educación. Después de muchas vicisitudes, me consideré afortunado al poder llevármela a Francia, donde la elegancia primitiva de sus formas se alteró poco a poco bajo la influencia del bienestar, del reposo y la civilización. También me hubiese llevado a Pedrito, quien estaba de acuerdo, pues aquel joven indio había despertado mi interés; pero su padre no lo consintió, muchas veces he pensado después que él tenía razón.

Dejamos el brazo principal del Usumacinta para adentrarnos en el *río Chico* y tres leguas más allá en el Chiquito, un arroyo cenagoso, encajonado, estancado, cuyo lecho abierto en medio de la selva sirve de desagüe natural a la laguna de Catazajár. Aquellos parajes tan poco frecuentados me parecieron todavía más salvajes en comparación con los visitados hasta entonces; al acercarnos, unos monos pardos se agarraron de las lianas y treparon hasta la copa de los árboles, notablemente aterrorizados; varios tapires, sorprendidos en su sueño, huían destrozando los juncos a su paso; de las ramas se desprendían lagartos que caían temblando en el cieno; muchas iguanas verdes, azules, violáceas o parduzcas trepaban por las paredes del canal y desaparecían en sus agujeros; matamos varias, y sobre todo una de gran tamaño y de un color impresionante, a la cual juzgué digna de ser conservada; pero por inadvertencia, habiéndole disparado la bala destinada a los jaguares, quedó el reptil tan destrozado por lo que debí entregarlo a nuestro cocinero. Más lejos, en lo alto de una ceiba seca completamente por la vejez, vimos al rey de los buitres,<sup>247</sup> una hermosa ave de plumas negras y blancas cuya cabeza y cuello resplandecen, en la época del cortejo, con los más admirables colores. Nos miró sin manifestar miedo y nosotros no turbamos su quietud. Ante aquella prodigiosa selva,

<sup>246</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década II.* Lib. III. cap. 11 [N. del A.].

<sup>247</sup> *Sarcoramphus papa* L. [N. del A.].

dominio de los animales salvajes, sus plantas sarmentosas enrolladas como cables o torcidas en espiral como gigantescas boas, sus aguas tristes y siniestras, cuya inmovilidad era turbada sólo por la caída del caimán, sus troncos decrepitos, blanquecinos y amenazadores alzándose en el fango como para rodearnos de escollos, experimentaba yo una especie de excitación nerviosa encargada de mantener mi imaginación en continua actividad. Todas mis facultades se centraban en la espera de un incidente nuevo o de un espectáculo todavía más extraordinario. A medida que avanzábamos, la selva perdía gradualmente su animación; todo se volvía silencioso; no se sentía el viento ni la corriente, el sol en su cenit brillaba sobre las aguas muertas como en un espejo de bronce y desprendía un vapor cálido de su limo; nuestros remeros parecían exhaustos; Morin y yo estábamos tendidos sin movimiento, bañados en sudor en el fondo del *cayuco*. No obstante, de trecho en trecho, el *jolocín*,<sup>248</sup> árbol de primera magnitud, contrastaba con la tristeza de la selva, con sus grandes masas de flores rosadas abiertas antes de la aparición de las hojas. Hacia las tres de la tarde desembocamos en la laguna de Catazajá, una extensión de agua rodeada de bosques. En el horizonte, la montaña de Palenque dibujaba un trapecio de una regularidad irreprochable; una hora después desembarcábamos en la provincia de Chiapas, después de una navegación de veintiséis leguas desde el pueblo de La Palizada.

La aldea de Las Playas, donde acabábamos de llegar, está edificada sobre una hondonada de la tierra formada por la última ondulación de las montañas. En la temporada de lluvias, aquella costa cercada por las aguas se une a la tierra por su extremidad meridional, correspondiente al camino de Palenque; el radio crece al volver la sequía y la laguna, al no recibir ya las aguas del río Catazajá, abandona poco a poco el terreno y cesa de aprisionar a los habitantes. Nos alojamos en la casa municipal (*cabildo*),<sup>249</sup> una especie de parador establecido en cada aldea por la previsión del antiguo gobierno para comodidad de los viajeros. Una veintena de *lazzaroni* indígenas obstruían la entrada, tendidos en el suelo, donde gozaban de la existencia en un estado muy próximo al de la naturaleza. Fue necesario pasar por encima de ellos para tomar posesión de nuestro domicilio. Aquellos salvajes, originarios de las montañas de Tumbalá,

<sup>248</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>249</sup> En español en el texto original [N. del T.].

descienden de vez en cuando a la llanura con el fin de intercambiar sus productos por otros artículos. Sus facciones eran muy poco atractivas: tenían la cabeza puntiaguda hacia el occipucio, la frente estrecha, los miembros gruesos y la tez bastante clara; embriagados desde la mañana hasta la noche, hablaban un idioma entendido por pocas personas. En aquella localidad realicé mi primera consulta médica: mi cliente era un español de complejión linfática y se quejaba de obesidad; había entrado en los cuarenta y cinco años y se sorprendía de no conservar las formas de la adolescencia; le aconsejé dieta y ejercicio, y se retiró poco satisfecho, con una opinión probablemente muy mala sobre mi capacidad. Más habilidad hubiera manifestado sin duda administrándole unas píldoras inocentes. Pero uno no se improvisa charlatán de repente; algún tiempo después lo hice mejor, sin alarmar seriamente mi conciencia. Por lo demás sería imprudente, en países ignorantes y con prejuicios, declinar la calidad de médico, pues la opinión pública atribuye invariablemente esa función al extranjero; un viajero debe estar siempre dispuesto a desempeñar este papel que, por otra parte, no es difícil.

Encontrándose todo dispuesto para nuestra excursión a las ruinas, pusimos en seguridad nuestros equipajes y conseguimos un guía y caballos. El camino de Palenque está trazado sobre un suelo de aluvión elevado en pendiente suave hacia las montañas. Durante las dos primeras leguas se atraviesa una selva virgen entrecortada por barrancos, donde los caballos se adentran con gran recelo y de donde salen con grandes esfuerzos. Al salir de la selva se descubre la *sierra de las Naranjas*,<sup>250</sup> distante a ocho leguas. El paisaje toma el aspecto de una sabana montuosa y solitaria. Cuando pasamos por ella, el calor era sofocante; no se oía ruido alguno, ni siquiera el zumbido de los insectos, las plantas cerraban tristemente sus cálices y replegaban sus hojas. Pero al acercarnos al pueblo de Santo Domingo, vimos cómo embellecía la región; el terreno se tornó muy accidentado y la vegetación reapareció con todo su esplendor; pronto el camino se adentró en una masa de colinas arboladas; pasamos el Chimi-chibol, un arroyo de notable claridad; los caballos relincharon irguiendo la cabeza: nos acercábamos al término de nuestro viaje.

Todo lo que había leído acerca de aquel rincón del mundo me había dejado sin opinión acerca de su verdadero carácter. Mis eruditos predecesores,

---

<sup>250</sup> En español en el texto original [N. del T.].

preocupados por un enigma histórico cuya clave ha escapado hasta ahora a su sagacidad, han tratado como un accesorio sin valor el cuadro que rodeaba al objeto de sus especulaciones; quedé pues tan sorprendido como maravillado del aspecto pintoresco y de la belleza del paisaje: las casas, dispersas al capricho de sus habitantes, con magníficas sombras y aguas vivas, ocupaban una llanura cubierta de verdor al pie de las montañas. Dominado aún por la impresión siniestra percibida en las llanuras y las lagunas, me encantaba contemplar líneas más acentuadas, una población nueva, escenas, en resumen, de un género completamente diferente. Más tarde, al visitar aquellas cabañas a lo lejos atraentes en apariencia, aquellos jardines descuidados y carentes de vegetales útiles y al intuir la miseria detrás de aquellas cercas destartadas, cambié de parecer y pensé que la felicidad no residía tampoco en aquellos sitios. Conocí, sin embargo, a un verdadero filósofo a quien el amor al reposo había retenido allí y por la tranquilidad de su existencia parecía contradecir semejante juicio. Las turbulencias políticas lo habían expulsado de su país; un capricho del azar lo condujo hasta Santo Domingo, y cuando distinguió la perspectiva placentera de la aldea, medio oculta por un recodo de la montaña, exclamó: “¡Si la paz reina en el mundo, seguramente debe de ser aquí!”. Se estableció, se adaptó bien, terminó por casarse y no ha vuelto a salir de allí. Era un hombre ya de cierta edad cuando lo conocí; no carecía en absoluto de inteligencia, ni tampoco de cierta altura moral. Las discordias civiles que agitan frecuentemente los Estados vecinos no han tenido nunca gran eco en aquellas montañas; el suelo es productivo, el clima agradable y salubre, al menos en comparación con la llanura; por último, la paz reina en el lugar y eso ya es mucho para la felicidad.

Bajo la administración de don Antonio Calderón (1752), Santo Domingo de Palenque, hoy con seiscientas almas, tenía el triple y pasaba por una ciudad floreciente; pero la emancipación de la América española ha secado la fuente de aquella prosperidad fraccionando la unidad colonial y modificando las antiguas tradiciones comerciales en desacuerdo con los intereses nuevos. El abandono de un camino encargado de proporcionar a Santo Domingo movimiento y vida, cuando las mercancías de Guatemala y de Chiapas se dirigían a la Laguna y se depositaban en Campeche, ha herido de muerte a la población, y nada permite pensar que el genio de sus habitantes resucite en mucho tiempo la afortunada situación de antaño.

Sin embargo, la Providencia, al dotar liberalmente a aquel territorio, no ha querido condenarlo a un estéril aislamiento; al contrario, lo ha enlazado con los países circunvecinos por vías de comunicación prácticas; una conduce casi sin obstáculos hasta el centro de Yucatán; otra atraviesa las *sierras de las Naranjas* y de Tumbalá, conduciendo a San Cristóbal, capital de la provincia; se puede ir al Petén por el río Usumacinta embarcándose ya sea en Chablé o en Balancán; se llega finalmente a Tabasco por el camino de las Playas, el que hemos seguido. El *Michol* y el *Chacamax* nacen en las sierras vecinas corriendo en dirección opuesta y se hacen navegables a cuatro leguas de Santo Domingo, ofreciendo nuevas posibilidades a la circulación; el primero de aquellos ríos comunica con el Grijalba por el río Tulijá, pero no recibe ningún afluente y sólo permite el paso de los *cayucos*; el segundo, de mayor profundidad, se encamina directamente hacia el Usumacinta.

A pesar de la fertilidad de un terreno que apenas cede a los aluviones de la llanura, los rebaños constituyen toda la riqueza de la población. El suelo, mezclado con arena y detritus vegetales, abonado y refrescado por numerosos ríos pequeños, es ideal para el cultivo del tabaco; el recogido allí es de buena calidad e indudablemente se pueda mejorar con cuidados y una preparación perfeccionada. Desgraciadamente, los habitantes carecen completamente del espíritu de iniciativa; son incapaces de salir de su apatía y de sus rutinas tradicionales, a no ser que se les estimule por un impulso exterior. Dicha circunstancia se ha producido algunas veces, pero, debo añadir, la ingratitud y la envidia se han unido casi siempre para desanimar unos esfuerzos meritorios de una mejor recompensa.

Lo primero que hice al llegar a Santo Domingo fue beber un vaso de agua deliciosamente fresca. Los habitantes prefieren el agua extraída de las cavidades realizadas en la base de las colinas por encima del agua cristalina de sus arroyos. La humedad de la selva conserva aquellos depósitos situados cerca del poblado. También se observan, en lugares más retirados, unas excavaciones más profundas en donde las mujeres disfrutaban del placer del baño durante el ardor del día; a la sombra de árboles elevados y acompañadas del murmullo de las aguas vivas, se reúnen y pasan el tiempo agradablemente, lavando su ropa, peinando su largo cabello negro y cuidando su higiene con todo el abandono permitido por la soledad. Cuando el sol baja detrás de la franja móvil de la selva, se visten con

sus paños azules, se apresuran en lavar el maíz, llenan sus cántaros y retoman, mientras parlotean, el sendero hacia la planicie. Aquellas mujeres son verdaderamente hermosas, pero de una especie de hermosura menos propensa a tocar el corazón que a excitar los sentidos.

Aquel mismo día fui a visitar al alcalde, con el fin de obtener la autorización para visitar las ruinas. Me habían descrito a aquel magistrado como un cancerbero inexorable: gustaba poco de exploraciones científicas y no apreciaba demasiado a los extranjeros; él había sido el instigador de una medida disciplinaria en virtud de la cual no se les permite el acceso al santuario si no es bajo la égida de una persona notable de la localidad. Posteriormente, cuando constaté con mis propios ojos la mutilación de aquellas valiosas ruinas, no pude menos que aprobar la severidad del alcalde. Arrancar del suelo de Grecia o de Italia las obras maestras de la antigüedad es algo entendible, pues llevan en sí su valor, pero destruir por un necio amor propio las grotescas esculturas americanas, cuyo único mérito es su origen misterioso, constituye una profanación inexcusable de la religión de las ruinas y contribuye además a oscurecer el velo a través del cual nos oculta su significado. Admiro los bajorrelieves de Palenque sobre la fachada de sus viejos palacios; me interesan, me conmueven y nutren mi imaginación; pero si se transportan al Louvre, resultan sólo esbozos amorfos capaces de dejarme frío e indiferente. Dichos actos de vandalismo han hecho un daño irreparable a los viajeros, provocando a costa suya la intransigencia de la administración e indisponiendo a los habitantes, quienes a modo de represalias han cometido injusticias. Así fueron destrozados unos moldes de yeso de un arqueólogo americano, a pesar de que no se habían dañado las piezas originales, y la ciencia se ha visto privada de una colección de modelos interesantes.<sup>251</sup>

El alcalde, ante quien había sido recomendado, adivinó correctamente mis disposiciones y me concedió todas las licencias deseadas. Morin y yo partimos a la mañana siguiente, en compañía de un viejo hidalgo,

---

<sup>251</sup> No siempre es la codicia el móvil de esos despojos; se debe añadir la manía de ciertas personas de llevarse recuerdos materiales de sus viajes. Nuestros vecinos han adquirido, de esa forma, una temible celebridad; se citan monumentos que se han llevado a pedazos; sin embargo, nada puede compararse con la excentricidad de aquel inglés quien, mutilando en el valle del Nilo todas las estatuas que caían en sus manos, fue preso por orden del virrey cuando se disponía a romperle la nariz al mismo Sesostris. Véase M. Gisquet. *Egipto*. T. 11: 160 [N. del A.].

quien desde hacía treinta años ostentaba el título de guía de las ruinas y había conservado, en medio de la nueva generación, las formas dignas y las virtudes hospitalarias del tiempo pasado. Recorrimos una legua a caballo por un suelo desigual, montuoso y generalmente cubierto; el resto del camino lo hicimos a pie por la selva. Mientras caminábamos, Morin mató otro trigonocéfalo y don González, nuestro guía, nos confirmó lo dicho anteriormente sobre la mordedura de esa serpiente. Añadió que la Providencia había colocado el remedio al lado del peligro, y nos hizo recoger, a diez pasos del reptil expirante, el *guaco*, un antídoto célebre en toda la América equinoccial. Aquella planta crece en gran abundancia en los terrenos sombríos alrededor de Palenque; los conocedores distinguen tres especies: blanco, verde y violeta, el más estimado; en realidad, son simples variedades diferenciadas únicamente por el matiz de sus hojas. El *guaco* se administra como una infusión, en espíritu o como un bálsamo: estoy poco convencido de la eficacia de esa medicina, aunque haya oído contar maravillas al respecto. Más adelante encontramos un aro colosal que me arrancó un grito de admiración. Don González atribuía a aquella planta una virtud singular: la de hacer caer, por el simple contacto, los dientes de las serpientes venenosas. Sin discutir la veracidad de tal opinión, me acerqué respetuosamente al vegetal y lo medí: cada hoja, de dos metros de largo y uno y medio de ancho, podía cubrir a tres personas; las flores estaban marchitas sobre sus espádices.

Algunos signos irrefutables anunciaban ya la proximidad de las ruinas, pero la espesura de la selva nos las ocultaban todavía; subimos por una pendiente abrupta donde había restos amontonados, y nos encontramos en el umbral de un gran edificio que ni siquiera habíamos advertido antes de llegar; era la fachada principal del palacio. Una doble galería de 80 metros de longitud, sostenida por pilares macizos, se extendía ante nosotros; los muros, por una disposición singular, inclinándose desde el arquitrabe, formaban un ángulo agudo, cuyo vértice, a 7 metros del suelo, estaba truncado por una hilera horizontal. La construcción original, donde el principio de la bóveda se dejaba adivinar, no carecía de grandeza ni de atrevimiento, aunque los arquitectos desconociesen el uso de las superficies curvas y se hubieran detenido, por así decirlo, en el último límite del problema. Sólidamente asentada sobre una base piramidal de 20 metros de altura, estaba dominada por una torre cuadrangular, de la cual

subsistían 3 pisos, separados por otras tantas cornisas. Un sentimiento de sorpresa y admiración nos mantuvo inmóviles; ninguna tradición se vinculaba con aquel monumento ni explicaba su origen; estaba allí, de pie en medio de la soledad, con toda la majestuosidad de las cosas que han vivido mucho tiempo. Desde el umbral donde nos encontrábamos, alcanzábamos a ver un patio interior, poblado de simulacros gigantescos y medio ocultos por la vegetación salvaje; el resto del edificio desaparecía en las profundidades de la selva y no era posible captar su extensión ni su conjunto. Al norte de aquel palacio, a poca distancia, se hallan agrupados en eminencias aisladas otros monumentos igualmente notables por la solidez de su construcción, la sencillez de su arquitectura y el misterio que envuelve su destino primitivo. Las zarzas y los arbustos trepadores los revisten de un manto de vegetación y unos árboles enormes han crecido en su cumbre sin poder comprender cómo aguantan el peso. Además, la planicie presenta, en un radio de considerable extensión, vestigios explorados hasta ahora de manera superficial. Todo el primer día lo dedicamos al examen de aquellas antigüedades, y habiéndonos dejado don González a la mañana siguiente, nos quedamos Morin y yo en posesión de la soledad. Confieso haber percibido una secreta satisfacción en aquel hombre cuando se marchó; necesitaba recogimiento e independencia para gozar plenamente de todo lo que me rodeaba.

En cuanto nos quedamos solos, empezamos a despejar el lugar de sus escombros con un ardor increíble. Elegimos por residencia la galería oriental, y nos instalamos en la región media, abierta directamente sobre la selva. Con los materiales dispersos por los alrededores, construimos un atrio y todas las dependencias de una cocina; una piedra ancha y lisa nos sirvió de mesa y la selva nos suministró grandes hojas duras, cortezas y lianas muy útiles; dispusimos nuestros catres en las piezas subterráneas, lugares de sepultura, según se dice; después de habilitar la escalera, abrimos una zanja para hacer entrar el aire y el sol, encendimos una hoguera para disipar la humedad y atrincherados en aquel recinto como en una fortaleza resolvimos permanecer allí todo el tiempo que se nos antojase. Aquellas tareas ocuparon el segundo día; cuando empezaron a extenderse las sombras, salieron de aquellas ruinas una gran cantidad de murciélagos revoloteando alrededor de nosotros. Después, reconocí dos especies distintas, de tamaño desigual, ambas del género *vespertilio*.

Sería superfluo dar una descripción de los monumentos de Palenque y sobre todo del palacio, un vasto paralelogramo muy complejo en su distribución, encargado de cubrir una superficie de 3840 metros cuadrados. Por lo tanto, no repetiré lo que el lector puede encontrar con detalles precisos en las obras especializadas en el estudio de las antigüedades americanas:<sup>252</sup> se ha dicho todo o casi todo lo posible respecto del presente; pero el pasado es un campo inagotable donde es lícito investigar, y echaré mano de este privilegio para aventurar algunas conjeturas sugeridas por el aspecto del lugar y por ciertas analogías históricas.

Ya sea la casualidad o más bien una revelación de los indios, la causa, como se dice en el país, del descubrimiento de aquellas ruinas célebres, lo cierto es que nadie había oído hablar de ellas antes del año 1750, época en la cual don José Antonio Calderón administraba la intendencia de Chiapas. Como la tradición no mencionaba nada acerca del nombre original, se les dio el de la aldea más próxima, Santo Domingo de Palenque. Desde hace poco más de un siglo su existencia es un hecho comprobado.

La noticia de aquel descubrimiento despertó cierto interés en España, como lo prueban las dos exploraciones efectuadas por orden del gobierno en 1784 y 1785.<sup>253</sup> Desde entonces se reconoció la extensión considerable ocupada por la ciudad antigua, en la vertiente septentrional de una cordillera que separa a Guatemala de las provincias de Tabasco y de Chiapas. No obstante, fue hasta dieciocho años después cuando el rey Carlos IV ordenó proceder con un reconocimiento formal, cuyos resultados permanecieron largo tiempo ignorados. Olvidadas en los archivos de México durante el periodo revolucionario, las tres memorias del capitán Dupaix y los dibujos de su colaborador Castañeda pasaron a ser propiedad, por medio de un intercambio, de un francés llamado señor Baradere, quien los publicó en 1834 en la obra titulada: *Colección de las antigüedades mexicanas*. Ese documento es todavía hoy el más curioso y más interesante que poseemos acerca de las ruinas de Palenque. Después de un lapso de veintiséis años, dos viajeros emprendedores, los señores Waldeck (1834)

---

<sup>252</sup> Véanse especialmente las tres memorias de Dupaix en la *Colección de las antigüedades mexicanas*; el viaje de Stephens con las vistas de Catherwood; y la gran obra de Agustino Aglio, publicada a expensas de lord Kingsborough, libro magnífico, aunque algo caro (3000 fr.) [N. del A.].

<sup>253</sup> Las de Bernasconi y del Río. Sólo la segunda dio algunos resultados, referidos por el autor en una memoria sumaria y superficial [N. del A.].

y Stephens (1843), completaron la obra de Dupaix añadiendo valiosos detalles y reproduciendo particularmente las tablas jeroglíficas omitidas por su predecesor.

En varios puntos de Yucatán existen vestigios materiales de la civilización indígena tan notables como los de Palenque; ¿cuál es el privilegio por el cual estos últimos han fijado la atención exclusiva de los españoles y la del mundo científico? Se debe a que el origen de los monumentos yucatecos no era un misterio, mientras en Palenque nada se sustentaba en los recuerdos y todo invitaba a la imaginación. La grandeza imponente de las ruinas, la majestuosidad de la selva, el silencio de los indios y el de la tradición concurrían a suscitar la idea de una remota antigüedad; se sabía que aquellos parajes estaban ya desiertos cuando Cortés los atravesó en su camino hacia Honduras. “Como no se abría camino alguno ante nosotros —dice Bernal Díaz, quien nos ha dejado la descripción—, tuvimos que abrirlo con las manos y las espadas; el bosque era tan alto y tan cerrado que apenas veíamos el cielo; en vano se trató de subir a los árboles para reconocer el país; el espesor del follaje interceptaba por doquier la vista.”<sup>254</sup> Cortés acababa de pasar el Grijalva en Ixtapa; por consiguiente se encontraba a corta distancia de Palenque, ya inhabitado, pues el movimiento de semejante centro de población no hubiese pasado desapercibido a un ejército apremiado por la escasez, en busca de víveres con la actividad de la desesperación y guiado por indígenas. Tras una marcha tan larga como penosa, salió por fin el cuerpo expedicionario de aquellas horribles soledades.

Pero si desde el año 1524 existían ya ruinas en la selva de Chiapas, no es éste un motivo para atribuir a aquellos restos un origen y antigüedad fabulosos: trataré de demostrarlo con tanta brevedad como permita la oscuridad del asunto.

Yucatán, cuando fue descubierto, era un país floreciente, poblado, adornado con profusión de edificios públicos de piedra labrada y argamasa, cuyo aspecto sorprendió mucho a los españoles; además del testimonio de los historiadores contemporáneos, tenemos el de los soldados de Grijalva, quienes, vibrantes de admiración, otorgaron a la región el nombre de su patria, cuya imagen creyeron encontrar en aquel lugar.

---

<sup>254</sup> Bernal Díaz. *Historia verdadera*. Cap. CLXXVI [N. del A.].

Aquellos monumentos ya no existen: la guerra y el fanatismo político se han ligado para destruirlos,<sup>255</sup> pero se encuentran ruinas esparcidas en toda la península, desde la isla de Cozumel hasta las fronteras de Petén y de Tabasco. Indudablemente, aquellos restos son los de los edificios que llamaron la atención de los conquistadores y cuyo número asombraba la imaginación, según la expresión de Herrera.<sup>256</sup> Ahora bien, sería fácil demostrar, por medio de una comparación razonada entre las ruinas de Yucatán y las de Palenque, que los monumentos, cuyo recuerdo perpetúan, tenían un mismo carácter arquitectónico: estaban ordenados según los mismos principios y construidos según las mismas reglas de arte. La estructura de los edificios, su base piramidal, la ausencia de bóvedas, la forma particular de los techos, la manera de cubrirlos, el uso del estuco y de la pintura en el decorado, los bajorrelieves esculpidos en el lugar<sup>257</sup> y la semejanza de los símbolos jeroglíficos denotan en los arquitectos, hasta en los menores detalles, una conformidad de ideas, de gusto y de origen cuya expresión ha podido variar según la época y la necesidad, sin perder su carácter primitivo y eminentemente nacional. No puede dudarse de la analogía existente entre estos restos y los de los monumentos de México atribuidos por la tradición a los toltecas.<sup>258</sup> Este estudio comparativo, imposible de llevar más lejos, pone de manifiesto la acción y el predominio de una misma raza en todo el territorio comprendido entre el cabo Catoche y la planicie mexicana.

Queda resuelta así la cuestión del origen y es posible emitir algunas conjeturas sobre la antigüedad de Palenque. Vemos efectivamente a los toltecas, a mediados del siglo VII, en posesión del Anáhuac, donde su civilización se desarrolla pacíficamente; más adelante, hacia el año 1052,

---

<sup>255</sup> La ciudad de Mérida, para limitarme a un ejemplo, ha sido construida en parte a expensas de los antiguos monumentos indígenas, y el convento actual de los franciscanos ocupa el lugar de uno de los adoratorios de la antigua Tihoó [N. del A.].

<sup>256</sup> “En todas las provincias se han hallado tantos y tan grandes edificios de cantería que espanta”. Antonio de Herrera. *Historia general. Década V. L. X.* cap. II [N. del A.].

La cita anterior aparece en español en el texto original [N. del T.].

<sup>257</sup> Ruinas de *Labphak*, Palenque, *Xochicalco* [N. del A.].

<sup>258</sup> Si se comparan los templos de Mitla, por ejemplo, las ruinas de Zayi, de Tulum y de Chunchum, se encontrará no sólo el carácter sencillo y noble de la arquitectura tolteca, sino hasta las columnas que han maravillado a los sabios (John Lloyd Stephens. *Incidents of travels in Yucatan*. T. II: 17, 21, 132, 413.) [N. del A.].

abandonan aquella posición y se extienden hacia el sureste, es decir en las provincias actuales de Oaxaca y de Chiapas: parece bastante natural asociar con aquel periodo la fundación de la ciudad que nos ocupa y considerarla contemporánea de Mitla.

Es sabido que la emigración tolteca se adentró hasta Guatemala y Yucatán, donde con su cultura introdujo su arquitectura nacional y su gusto por los monumentos piramidales, unas construcciones gigantescas llenas de una grandeza indígena y sin analogía con las del Egipto. La historia nada dice sobre el estado de la península en aquella época; ignoramos si ya estaba habitada; como no se encuentra indicio alguno al respecto, es lícito suponer que la nacionalidad tolteca absorbió, si existían, los elementos ajenos. Así, la ciudad de Mayapán, dos siglos más tarde la capital de una sociedad bien notable por la dulzura de sus costumbres y por la sabiduría de sus instituciones, fue verosíblemente la obra del pueblo inteligente al cual se atribuyen los monumentos del Anáhuac.

Aquí es oportuno citar un relato de Herrera, con el objetivo de añadir algunas conjeturas a los escasos datos ofrecidos por la tradición: “Mientras los habitantes de Mayapán —dice— vivían en perfecta armonía, llegó de la parte del Sur, de las alturas del *Lacandón*, una población numerosa posiblemente originaria de Chiapas, después de vagar cuarenta años en la soledad, acabó por establecerse a diez leguas de Mayapán, en la base de las montañas, donde construyó edificios muy bellos, sometiéndose a las leyes y costumbres del país.<sup>259</sup> ¿Quiénes podrían ser aquellos extranjeros, cuya invasión tiene un carácter pacífico, que practican las artes de la paz, se propagan sin obstáculo y se confunden finalmente con la población de la comarca? Evidentemente pertenecían a una tribu culta, sin duda con lazos de parentesco con la de Yucatán. ¿Quién sabe si aquellos emigrados, en busca de una nueva patria, originarios de las montañas en donde yacen hoy las ruinas de Palenque, no eran los habitantes de aquella misma ciudad, destruida por una catástrofe, como Mayapán lo fue más tarde? El acontecimiento podría entonces situarse entre los años 1250 y 1420, fechas de la fundación y de la ruina de Mayapán.

Estas últimas inducciones son hipotéticas, de eso no existe duda. Sólo pretendo atribuirles un valor extraído de una comparación curiosa; no sucede así con las conclusiones, cuyas bases he planteado y en breve

---

<sup>259</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década IV.* L. X, cap. II [N. del A.].

deduciré: si se considera la analogía incontestable existente entre los antiguos monumentos de México y las ruinas de Palenque y entre éstas y las de Yucatán; la posición geográfica de estos restos escalonados en el camino de la emigración tolteca y revestidos de un carácter de antigüedad tanto más pronunciado cuanto menos distantes se hallan de su punto de partida, se llegará a la conclusión de que aquellos diferentes trabajos fueron la obra de un mismo pueblo que sucesivamente fundó Tula, Mitla, Palenque, Mayapán y todos los edificios hoy en ruinas de la península. Los indios de Yucatán, los mayas, no hubieran tenido otros antepasados;<sup>260</sup> esta suposición se ve fortalecida por la antigua cultura del país, en la cual la dulzura de las costumbres y de la religión no se alteró sino con el tiempo y bajo la influencia de los aztecas.<sup>261</sup> Por lo demás, la raza tolteca no se ha extinguido en Guatemala, donde constituye en la región montañosa una población trabajadora, emprendedora y orgullosa, capaz de jactarse de su antiguo origen.<sup>262</sup>

La ubicación de la antigua Palenque fue admirablemente elegida. Desde aquellas alturas hoy cubiertas de una selva impenetrable, pero coronadas en el pasado de edificios cuya magnificencia no es imaginaria, la vista abarcaba la llanura y se extraviaba en una serie interminable de pendientes y selvas hasta la lejana playa de Catazajá; el príncipe, desde la torre de su palacio, dominaba la ciudad y descubría aquel vasto horizonte; podía vigilar los movimientos del enemigo y los progresos de la prosperidad pública desarrollados en torno a él; nadie duda que en aquellas soledades hayan resonado todos los ruidos capaces de expresar la vida; que aquellos templos arruinados hayan sido testigos de la pompa de los sacrificios; que los guerreros hayan pisado aquellas gradas vestidos con su fantástica indumentaria, tales como nos los representan los bajorrelieves de aquella época; de que hayan pasado por allí los cortesanos y las beldades quienes ejercieron cierta influencia y conocieron la fama; que aquellos lugares, por último, tan completamente devueltos a la naturaleza hoy día, estuviesen antaño animados por el movimiento de una civilización naciente. Evitemos, sin embargo, un entusiasmo exagerado y no vayamos

---

<sup>260</sup> La destrucción de Mayapán precedió en setenta años solamente la llegada de los españoles [N. del A.].

<sup>261</sup> Antonio de Herrera. *Historia general. Década IV.* L. X, cap. II [N. del A.].

<sup>262</sup> Ver el capítulo VIII [N. del A.].

a deducir de los monumentos de Palenque una perfección demasiado elevada en los arquitectos; no podemos imaginar, salvo si pecamos por exceso de credulidad, que un pueblo ignorante del arte de descomponer los sonidos y reproducirlos por medio de la escritura, desconocedor del uso del hierro, y carente de rebaños y bestias de carga, haya podido llegar jamás a un grado de cultura comparable al de las sociedades modernas. Añadamos que quizá se hayan ensalzado en demasía las ruinas de Palenque: aquellos restos son hermosos, sin duda, en su antigua rudeza; de ellos emana en medio de la soledad cierta grandeza imponente, pero se puede afirmar, sin poner en duda su valor arquitectónico, que no justifican en sus detalles el entusiasmo de los arqueólogos. Las líneas ornamentales adolecen de un exceso de rectitud; el dibujo, de excesiva simetría; la escultura, de un acabado deficiente: descarto, sin embargo, las tablas simbólicas, cuyo grabado me pareció muy correcto. En cuanto a las figuras, revelan en su ejecución bárbara los primeros pasos de un arte en el inicio de su desarrollo. El bajorrelieve conocido con el nombre de piedra de la cruz merece ser citado como uno de los mejor tratados; arrancado por manos profanas del santuario que cubría y abandonado al pie de la colina donde se completa silenciosamente su destrucción, aquel fragmento histórico ha preocupado durante mucho tiempo a los sabios con su enigma; su imaginación ha creído reconocer alternativamente, entre los objetos representados, los símbolos del culto de Menfis y los de la religión cristiana, pero es prudente, a la espera de que un nuevo Champollion nos dé la clave de los jeroglíficos americanos, ver en él sólo una alegoría indígena inspirada en las producciones del clima.

Las ruinas de Palenque nos presentan, por el misterio impenetrable en el cual están envueltas, un ejemplo palpable de la vacuidad de la humanidad. Nos encontramos frente a frente con aquellos antiguos personajes cuyos simulacros han sobrevivido sin poder asignarles una edad, sin conocer su origen, su pasado, ni lo que ha sido de ellos. Dentro de algunos años, estos testimonios mudos habrán desaparecido también; los viajeros se apresuran en completar la destrucción, como si las fuerzas disolventes de la naturaleza no fuesen suficientes. ¿Dónde están los bajorrelieves de estuco que estimularon la admiración de Dupaix? ¿Y aquellos grabados alegóricos motivo de tantas disertaciones sabias? ¿Qué ha sido de aquellos medallones, adorno del peristilo del gran palacio? Unos han

sido destruidos para siempre; otros han sido mutilados o arrancados de los muros; si existen algunos vestigios todavía, es a causa de las injurias del tiempo gracias al cual se han preservado de las de los viajeros: es verdad que para compensarnos, han inscrito su nombre en el lugar de aquellos viejos recuerdos.

¡Pasamos en aquel sitio solitario quince días que difícilmente se borrarán de mi memoria, junto con tantas otras impresiones! Cazábamos, tendíamos trampas a los animales salvajes, recogíamos plantas, conchas y mariposas cuyas variedades eran infinitas, sin cansarnos de admirar aquella espléndida naturaleza y de vagar a través de aquellas ruinas con un secreto guardado. Morin, cuya inteligencia, un poco descuidada hasta entonces, empezaba a distinguir nuevos horizontes, se había apasionado por la historia natural y hacía provisión de *cocuyos*<sup>263</sup> con la intención de llevárselos a Francia y convencido de que los ojos fosforescentes de aquellos insectos brillarían eternamente con la misma intensidad. Al salir el sol, los colibríes y pájaros moscas zumbaban alrededor de las lianas que cubrían los muros del antiguo palacio; las libélulas de color púrpura o esmeralda pasaban con vuelo rápido y caprichoso; nubes de mosquitos subían en columnas cerradas desde la espesura de la selva; el pájaro carpintero hacía resonar los troncos de los árboles; todo se despertaba en el bosque: era un canto grandioso y continuo. Al mediodía se instalaban el silencio y la inmovilidad; ni una hoja se agitaba en las ramas seculares, ni un sonido turbaba el recogimiento de la naturaleza; el movimiento de la vida parecía interrumpido por el ardor de los rayos solares; a pesar de la bóveda impenetrable que interceptaba su brillo, se oía sólo el murmullo monótono del arroyo corriendo al pie de las ruinas. Pero al anochecer, aquel edificio antiguo se transformaba en un palacio encantado, y comprendo el terror supersticioso de los indígenas, quienes se niegan a pasar allí la noche. Están convencidos de que en aquellos lugares habitan los espíritus antiguos, los bajorrelieves cobran vida a la luz de la luna y los guerreros descienden de sus cuadros de piedra y recorren las sombrías galerías... Por mi parte, sin temer a aquellos visitantes nocturnos, no podía evitar sentir cierta emoción: en primer lugar flotaba en la atmósfera una multitud de luces aladas, unas veces con el brillo de una chispa y otras como un resplandor fugitivo perdido en polvaredas luminosas; al

---

<sup>263</sup> *Elater noctilucus* Fabr. [N. del A.].

mismo tiempo, salían voces indefinibles de todos los puntos del bosque; aquellos ruidos no eran aterradores en comparación con los de las orillas del Usumacinta; eran suaves como cantos de aves y misteriosos como una lengua desconocida. En torno a mí veía la vida por todas partes; era como si las plantas, los árboles y los muros viejos se animaran y hablaran su lenguaje; mi oído seguía con ansiedad aquella extraña armonía y mis ojos interrogaban la oscuridad, pero en vano, para descubrir aquellos seres que manifestaban de esa manera su existencia: era el timbre argentino de una campanilla o una voz lastimera llamando a lo lejos, un roce, un sollozo en el interior de las ruinas; mil agudos silbidos, mil ruidos confusos celebrando en un inmenso concierto el frescor y la magnificencia de la noche. Sorprendí por casualidad, en la escalera, a una rana cuyo canto nos había engañado por su semejanza con el ladrido de un perro; el nuestro se equivocó también y la primera noche no cesó de hacer coro con aquel habitante del arroyo.

En cuanto empezaba a declinar el día encendíamos una gran hoguera debajo del peristilo; Morin se encargaba de hacer los preparativos de la cena y prolongábamos la velada hasta cerrar los ojos por el sueño. Sentados en los escalones en ruinas, respirábamos con delicia el frescor y las emanaciones de la selva, conversando acerca de los incidentes del día o contemplando en silencio las evoluciones de los insectos fosforescentes. Algunas veces pasaba un viento brusco haciendo temblar las elevadas copas de los árboles; el fuego brillaba con mayor resplandor; las sombras móviles temblaban, el perro levantaba perezosamente la cabeza; nosotros escuchábamos, con esa emoción nerviosa producida por la espera de lo desconocido. A una hora más avanzada de la noche, cuando dejábamos la galería para retirarnos a las piezas subterráneas, los últimos resplandores de la hoguera despedían todavía un reflejo rojizo sobre las escaleras que dan a la selva y sobre la vegetación tropical, adorno de los alrededores: más allá de aquella aureola reinaba una oscuridad profunda, pero alzando los ojos se distinguían algunas estrellas brillantes a través del follaje. Aquellos lugares estaban verdaderamente llenos de solemnidad y de misterio; en vano trataría de describir las sensaciones que me asaltaron durante los primeros días de mi estadía; disfrutaba sin darme cuenta de ello; la inquietud inexplicable agitando mi alma en presencia de aquellos restos sin nombre y de aquella naturaleza desconocida se asociaba a una

admiración respetuosa hacia la inteligencia omnipotente, pues parecía sacar de la nada un mundo ignorado por mí.

Un día, un canto cercano llamó mi atención; las notas eran claras, limpias, tales como pudiese producirlas un instrumento armonioso repitiendo invariablemente la misma frase musical. Como las especies cantantes son bastante escasas en aquellos lugares, no dudé en reconocer el ave maravillosa de la cual los indios me habían hablado, vive en solitario alrededor de las ruinas sin que jamás, según sus tradiciones, la haya observado nadie en otra parte. Agarré pues mi escopeta con gran satisfacción y salí del viejo palacio; después de algunos minutos de espera, cuando noté que la voz aérea provenía de las orillas del arroyo, me deslicé a lo largo de la escarpadura con todo el cuidado necesario; pero el ave había cambiado de sitio y preludiaba en un montículo cercano; trepé hasta la cima sin desanimarme: desde el montículo, descendí hasta el valle, insensible ante los aspectos nuevos desarrollados por la selva ante mi vista, dejé atrás los túmulos y los restos antiguos, puntos habituales de orientación, siguiendo siempre de arbusto en arbusto, de claro en claro y de matorral en matorral el objeto de mis ardientes deseos. Frecuentemente, las notas sonaban junto a mi oído, distintas y vibrantes como un canto de triunfo; sentía aquella emoción febril conocida por los cazadores y, más aún, por los naturalistas; interrogaba ardientemente las ramas; mi dedo apretaba ya el gatillo de la escopeta, de repente una melodía lejana me dejaba confundido, pero no menos determinado. Sin embargo, los cantos se alejaron poco a poco, y pronto sólo llegaron a mí como un eco débil; finalmente, cesaron por completo y me encontré solo, extraviado en la inmensidad de la selva. Al principio no cruzó por mi mente el sentimiento del peligro; escuché inmóvil durante un largo rato, y cuando estuve seguro de haber perdido cualquier posibilidad de esperanza y de que el ave burlona me había abandonado, retrocedí orientándome arbitrariamente con base en mis impresiones recientes. Anduve algún tiempo sin preocuparme, distraído por las plantas y por los insectos recogidos en el camino; sin embargo, no tardé en advertir que el aspecto de los lugares por donde pasaba no despertaba en mí ningún recuerdo: la selva, desprovista ahora de su maleza sólo presentaba ahora árboles altos en un suelo accidentado; grandes árboles de base piramidal proyectaban a lo lejos su vegetación secular y desde el mantillo formado por sus despojos se erigía una

multitud de palmeras enanas, de la altura de nuestros helechos. Un estremecimiento corrió por mis venas; escalé con ansiedad la cuesta por cuya pendiente caminaba y desde aquel punto al parecer culminante, dirigí la vista hacia todas las direcciones; pero sólo vi el denso follaje de la selva; mi corazón latía violentamente; corrí hacia un árbol y abrazándolo con toda la energía de la desesperación, logré trepar de rama en rama hasta la cima. Por desgracia, mi vista se detuvo con espanto en un océano de verdor extendido hasta el horizonte sin límites.

Descendí: sonidos confusos susurraban en mis oídos; llamé a gritos a mi compañero; después, me senté al pie de un árbol y apreté mi frente con las dos manos, como para atraer una idea salvadora; pero en realidad no pensaba; experimentaba el vértigo capaz de paralizar las facultades cuando nos hallamos suspendidos sobre el vacío; toda mi sangre afluía al cerebro; moralmente estaba aniquilado. La situación de un hombre perdido en la selva es más cruelmente dramática de lo imaginable; para formarse una idea justa de ello, se necesitaría haber experimentado todas las angustias. Ignoro cuánto duró la postración de mi inteligencia; finalmente me levanté, aún embargado por la ansiedad, pero capaz de ordenar mis ideas y de tomar alguna determinación. El día podía durar cuatro horas más, lo cual era suficiente para encontrar mi camino; y he aquí lo que hice: tomé como base de operaciones el mismo lugar donde el azar me había colocado y resolví desde un principio no perderlo de vista pasara lo que pasara. Un árbol colosal al cual blanqueé la corteza y algunas piedras amontonadas lo señalaban a lo lejos, a través de los claros de la selva; mi plan consistía en partir desde aquel punto central hacia todas las direcciones, hasta encontrar algunos indicios para orientarme.

Convencido de que me había descarriado al este de las ruinas, marché en primer lugar en la dirección opuesta, marcando mi itinerario sobre la corteza de los árboles y rompiendo las ramas alrededor de mí; llegué, tras haber dado media vuelta muchas veces para determinar mi orientación, a un terreno cenagoso, poblado de aros y de escitamíneas. Las plantas leñosas habían desaparecido; me creí en el límite de la selva y lanzándome a través de bajos fondos, donde los tallos cortados conservaban la marca de mis pasos, contemplé con regocijo la azulada bóveda del firmamento, ésta parecía sonreírme inundándome de aire puro y de luz. Pero avanzaba en vano, ningún cambio se manifestaba; era siempre la misma

vegetación movediza; las mismas lustrosas hojas, anchas como las del plátano, llenando el espacio con su exuberancia silvestre e interceptando el horizonte. Al no encontrar nada similar en mi memoria, juzgué inútil continuar y volví hacia atrás, tristemente. En el momento de mi llegada al linde de la selva, una nota clara, musical, sonora, resonó en la calma de la soledad como el tono irónico de un genio malvado; la sensación experimentada por mí con aquella provocación inesperada jamás podré olvidarla, pues jamás volveré a vivir algo así. No sé qué idea supersticiosa atravesó mi mente y aceleró en mis venas el movimiento de la circulación; no me preocupé por desviarme y continué mi camino sin pensar siquiera en mi escopeta, mientras el invisible pájaro parecía querer abarcar todo el espacio, despertando en puntos diferentes ecos jamás turbados por la voz humana.

Volví, después de pensarlo, al puesto de donde me había alejado; muy lejos de desanimarme por el fracaso de mi primera tentativa, me sentía más tranquilo y más lúcido que al principio; la reflexión había fortificado mi valor, inspirándome una confianza saludable a mi plan trazado; las ruinas no podían estar a una distancia muy apartada y el día siguiente supliría la insuficiencia de quien tocaba a su fin. Animado por la esperanza del éxito y por la determinación generada por el alma de una resolución firme, me dirigí hacia el norte sin olvidar las precauciones que me garantizaban con certeza mi retorno. La selva, por aquel lado, se extendía por un suelo montuoso y revestido de una capa espesa de hojas secas; subí sucesivamente varias pendientes separadas por cañadas estrechas; un silencio espantoso reinaba en aquellas soledades donde todo permanecía inmóvil y mudo. Sin embargo, la vegetación había reaparecido y se hacía cada vez más espesa; pronto hallé dificultades excesivas para avanzar por medio de aquella maraña de malezas y de lianas enlazándose con sus sarmientos; el sudor bañaba mi frente; sangraban mis manos y mi rostro; pero ningún obstáculo podía desviarme; un sentimiento único absorbía todas mis facultades, el temor de dejar escapar el hilo que podía salvarme. Por fin logré salir de aquel zarzal enmarañado y vi delante de mí una colina escarpada, donde la vegetación se hacía más escasa. Fue al subir aquellas cuestas cuando sufrí una caída cuyas consecuencias fueron tan graves que estuve a punto de perecer. Mi pierna izquierda fue a dar contra la angulosidad de una roca y me hirió

ligeramente en la cara interna de la tibia; hablaré con frecuencia de este accidente, insignificante en su origen, y del cual no hice caso cuando me sucedió.

Desde las alturas donde acababa de llegar descubrí únicamente un panorama perfectamente desconocido. El día tocaba a su fin; era preciso pensar en la retirada y regresar una vez más a mi puesto para esperar allí con resignación la aurora del día siguiente. Ya no sentía el mismo valor. La sombra creciente, la perspectiva de una noche llena de ansiedad, la sed cada vez más intolerable, el silencio de la selva donde había esperado oír la voz de Morin llamándome, la esperanza frustrada de volver a hallar mi camino, todo contribuía a abatirme y a entristecerme; atravesé penosamente el monte encargado de obstruir la cañada y cuando estuve al otro lado, ya sea por distracción o por error, ¡observé con espanto que me había extraviado otra vez! Entonces, un escalofrío mortal se apoderó de mí; el sudor humedecía mi frente y mi pecho se comprimía; pero aquella impresión dolorosa no se parecía de ninguna manera al sentimiento de estupor que me había abrumado cuando por primera vez tuve conocimiento de mi terrible posición. Mi espíritu estaba libre y conservaba el suficiente control como para dirigirme.

Resolví sin dudar, después de varias tentativas infructuosas por volver a encontrar el hilo perdido con tanta desdicha, mantenerme en aquel sitio como el ahogado se aferra al último objeto a su mano. Sin embargo, me alejé de la espesura por temor a los reptiles y a las fieras; subí pues la pendiente frente a mí, la cual ya había ascendido, sin duda desde otra dirección. Entonces atisbé entre los árboles una eminencia que, por su aislamiento y su forma cónica, me llamó mucho la atención. Me acerqué: las piedras dispersas en los alrededores parecían conservar la marca de la industria humana, aunque su forma había sido alterada por el tiempo; la naturaleza no podría haberlas labrado de aquella forma; eran evidentemente los elementos de una construcción antigua enterrados por los siglos en el polvo. No intentaré describir la sorpresa, la dicha y el reconocimiento que inundaron mi alma con aquella revelación inesperada; caí de rodillas, y en lo más profundo de mi corazón, di gracias a la Providencia por haberme tendido una mano caritativa y volverme a colocar en la senda correcta en el momento en el cual dudaba de su bondad y perdía la esperanza.

Sin embargo, importaba obrar con prudencia; aquel túmulo formaba probablemente parte del conjunto de las ruinas, sin embargo me era

desconocido; mi memoria no conservaba de él ningún recuerdo, aunque había explorado todos los edificios de la avenida principal. Tomé pues el partido de seguir el mismo procedimiento adoptado anteriormente, es decir, sondear el terreno trazando radios del centro hacia la circunferencia. La indecisión no duró mucho tiempo: mis primeros pasos dieron con nuevos vestigios impulsándome a seguir mi camino; pronto apareció un segundo montículo cuya cima se veía coronada de ruinas; las formas y los aspectos me resultaban poco a poco más familiares y sin darme cuenta de los detalles, que la oscuridad por otra parte comenzaba a cubrir, sentí de una manera instintiva que aquellos lugares no me eran desconocidos. Así fue como de argolla en argolla logré recomponer la cadena rota con tanta imprudencia. Con las últimas luces del día, llegué a la fachada septentrional del palacio, exhausto, magullado, ensangrentado, pero fortalecido por una experiencia, gracias a la cual me he transformado desde entonces en un ser extremadamente circunspecto. Morin, preocupado, había olvidado la cena, y para colmo de desgracia, Fida, cuyo estómago no se acomodaba a un largo ayuno, devoraba con ansia los víveres que tanto me habían costado.

He referido esta aventura detalladamente para dar mejor a entender un peligro equivalente a una amenaza incesante para el viajero en las selvas del Nuevo Mundo, el cual, sin embargo, yo no había medido correctamente; a este propósito he oído contar leyendas más desdichadas, y he conocido a un mulero que, habiéndose extraviado en parajes conocidos por él, experimentó todas las sensaciones que yo he tratado de describir; como en mi caso, sólo debió su salvación al azar. En cuanto al ave maravillosa, causa de mi desventura, no la volví a oír y hasta olvidé la tradición recogida acerca de ella en las orillas del Usumacinta. Además, me desquité al día siguiente del mal éxito de mi caza matando un hoco estupendo, primer ave galliforme de gran tamaño vista hasta entonces.<sup>264</sup> Se sabe que las aves de esa familia reemplazan, en los trópicos, al pavo del norte en particular.

Las ruinas de Palenque se transforman al llegar la primavera en un lugar de recreo donde los ociosos de Santo Domingo vienen en familia, causando graves deterioros a los monumentos que conservan la huella imborrable de su paso. Suspenden sus hamacas a la sombra de los majestuosos

---

<sup>264</sup> *Crax alector*. L. [N. del A.].

árboles, se mecen indolentemente gracias al murmullo de los arroyos y saborean un marisco abundante en ese lugar. Es una especie de *melanoide* cuya carne es análoga a la de nuestros caracoles.<sup>265</sup> A los indios les gusta mucho y no dejan de recogerla en gran cantidad cuando se les presenta la ocasión. A menudo he podido observar su presteza para extraer el molusco de su envoltura testácea; golpean sin dejar de caminar dos de esas conchas una contra la otra con tanta fuerza y precisión, a pesar de su dureza termina rompiéndose una de los dos por su extremidad; después chupan la sustancia y pasan a la segunda sin perder el tiempo en contarlas. Aquella *melanoide* da una cal de excelente calidad, la única usada en los alrededores. Probablemente formaba parte de la composición del estuco que revestía los edificios de la antigua ciudad.

Abandonamos con pesar aquellos lugares cargados no tanto de recuerdos sino de una incontestable poesía; ¿será preciso confesar cuáles fueron los vulgares motivos por los cuales decidimos nuestra retirada? La provisión de arroz y de frijoles negros con la cual vivíamos desde hacía dos días se había agotado. Echábamos de menos la caza, la selva no daba frutos, el único alimento disponible eran los caracoles del río; el hambre nos hizo desertar y regresamos sin más remedio a la aldea. Ya había salido el sol cuando bajamos las escaleras del viejo palacio; el eco repetía las mismas notas que resonaban cada mañana al despertarnos; el pájaro carpintero golpeaba con su pico los troncos huecos y sonoros; los colibríes zumbaban a lo largo de los frisos y de las cornisas; grandes mariposas azules cruzaban el peristilo desierto. Me despedí de todos aquellos compañeros que habían alegrado nuestra vida solitaria, después volteé la mirada por última vez pero las ruinas habían desaparecido ya bajo la bóveda impenetrable de la selva.

Santo Domingo puede ser considerada una parada llena de interés para el naturalista. Las selvas de su alrededor están pobladas de pájaros; la flora completamente tropical ofrece un campo de estudio extremadamente variado: entre los vegetales curiosos que no tuve la oportunidad de examinar citaré el *asta*,<sup>266</sup> famosa por su inflexible dureza; la *casarilla* (*colpaché* de los indios), empleada en el país como febrífuga; y el *estoraque*

<sup>265</sup> *M. levissima*. Sow [N. del A.].

<sup>266</sup> Esta palabra y las siguientes en cursiva aparecen en español, o en el término indígena correspondiente, en el texto original [N. del T.].

(*nabá*) cuya resina goza de un agradable perfume. Los indígenas, en vez de recoger aquella sustancia por los procedimientos ordinarios, mutilan el árbol productor provocando con grandes incisiones el levantamiento de la corteza; la cubierta leñosa, impregnada de principios aromáticos, se quema en las ceremonias religiosas, después de haberla reducido a polvo. No he encontrado muchas conchas terrestres en aquellos parajes demasiado umbríos donde, sin embargo, el género *cylindrella* está representado por la especie más grande;<sup>267</sup> sin embargo, lo que se ve allí es una multitud de mariposas diurnas, nocturnas y crepusculares. El suelo se ve cubierto de una capa espesa de detritus de vegetales y de una profusión de plantas y de arbustos por lo cual es muy difícil reconocer su naturaleza; el único recurso disponible para el geólogo es el de seguir el curso de los ríos; así fue como descubrí por casualidad a una legua y media al sureste de la aldea, casi en el lecho del río Chacamax, un banco de ostras y de erizos de mar petrificados. El paraje era pintoresco: imagínese un torrente de los Alpes circundado por la vegetación de los trópicos. El estrépito de las aguas arrastradas por una pendiente rápida, la espuma deslumbrante y contrastante con la oscura y lustrosa vegetación de las orillas, la soledad, el ardor de la temperatura, todo contribuye en aquellos lugares a impresionar la imaginación. Un poco más arriba de la catarata, el río se estrecha entre dos rocas perpendiculares de una caliza muy compacta y apenas mide cuatro metros de orilla a orilla, aunque la profundidad es extrema. Los indios aseguran que se ven relucir en el fondo del abismo, cuando está el sol en el cenit, las escamas de un cocodrilo de oro; nosotros no pudimos disfrutar de aquel espectáculo.

Más abajo, las orillas del río Chacamax sombreadas de piperáceas dominan aproximadamente tres metros el nivel común de las aguas. Las paredes, en su base, están formadas de una brecha conchífera que constituye un depósito bien marcado; después, se ve aparecer un banco de ostras muy gruesas, mezcladas con erizos de mar de forma deprimida y algunas conchas, la mayor parte bivalvos; los erizos de mar yacen horizontalmente, tal y como han sido depositados. Aquellos restos orgánicos están ligados entre sí por una marga calcárea y reposan bajo una capa de tierra vegetal de un metro de espesor. Al parecer, pertenecen a la época jurásica e indican la permanencia de las aguas durante aquel periodo en

---

<sup>267</sup> *Cyl. decollata* Nyst [N. del A.].

toda la extensión de Tabasco. Efectivamente, he vuelto a encontrar el mismo banco y los mismos fósiles quince leguas al sur, al pie de la misma sierra, en Tenosique, el pueblo más meridional del Estado.

Concluyo con una anécdota indirectamente relacionada con mi viaje, pero, desde mi punto de vista, útil de conservar en una época en la cual nuestro egoísmo escéptico posterga fácilmente al campo de la ficción el heroísmo de los tiempos pasados. En 1834, un joven polaco desterrado de su país y, por así decirlo, perdido en el globo terrestre, se detuvo en el pueblo de Santo Domingo. Estaba dotado de cualidades apreciables y parecía ser de buena cuna. Los habitantes, de quienes se ganó la simpatía, trataron de casarlo con la intención de hacerlo fijar su residencia entre ellos. Al principio rechazó aquella idea; insistieron, y en breve acabó por ceder; la desposada era una hermosa joven, perteneciente a una familia de las más honradas de la ciudad. En aquel intervalo llegó de Tabasco, por no sé qué funesto azar, un periódico antiguo que al circular de mano en mano llegó hasta las del extranjero y le instruyó acerca de la suerte de la revolución polaca. ¿Qué sintió en el alma? Nadie lo supo entonces, pues guardó cuidadosamente el secreto; pero por la noche puso fin a su existencia. Algunas líneas tristemente poéticas halladas cerca de su lecho de muerte resumían todo su destino: después de dar las gracias a los habitantes por las muestras de interés recibidas de ellos, aludía melancólicamente al avasallamiento de su país, después, añadía, su corazón estaba cerrado a todo afecto y en adelante su vida sin sentido podía volver sin culpa a la eternidad.

Sin aprobar un acto condenado por la religión y la moral, no se puede dejar de sentir admiración: ¿cuál sería la religión de la patria, en un alma heroica que no respiraba sino por ella, para que ni el tiempo, ni la distancia, ni el espectáculo de un nuevo mundo, ni la descuidada quietud de aquellas montañas hubiesen podido enfriar ni un solo día el fuego sagrado capaz de consumirlo! Aquel desafortunado se llamaba Alejandro Lukinsky: a los habitantes de Santo Domingo les gusta hablar de él y honran su memoria; con mucha probabilidad su familia jamás supo cuál fue su destino.



## Capítulo XI

### El palo de Campeche

El viajero cuyo trayecto parte de Santo Domingo y se dirige hacia el distrito del Petén puede llegar al Usumacinta caminando directamente hacia el este. Aquel camino, interrumpido por numerosos arroyos, se imponía naturalmente pues era el más corto y el más agradable; preferimos, sin embargo, retroceder con el fin de visitar las grandes explotaciones de palo de tinte que habíamos dejado atrás, pues aquel tipo de industria pertenece a la llanura y no existe, por falta de alimento, en las montañas. La hacienda de San Jerónimo, una propiedad célebre por su extensión, su fertilidad y los inagotables recursos de la selva, parecía perfectamente situada para cumplir con nuestro objetivo fijado; por otra parte, había recibido durante mi estancia en La Palizada una insistente invitación por parte de los dueños de la hacienda y no podía desaprovecharla.

Volvimos pues a tomar el camino de Las Playas y el fangoso canal del río Chiquito; rebasamos sin detenernos el promontorio en donde habíamos pasado una noche tan agitada, y remontando a partir de aquel punto el brazo principal del Usumacinta, que corre en dirección noroeste, llegamos un poco antes del anochecer a la Boca de San Jerónimo. Las aguas habían descendido durante nuestra excursión a las ruinas y dejaban al descubierto los bancos de arena, muy numerosos en las dos orillas; sin embargo, en la mitad del río conservaban una gran profundidad. Recogí, aprovechando aquella circunstancia favorable, dos especies de bivalvos de género *unio*, cuya parte interior, de nácar, lucía un hermoso color carmesí con reflejos cobrizos. Es más difícil de lo pensado hacerse con conchas en aquellos ríos acanalados, fangosos e infestados de caimanes; a menos que

se disponga de una draga, sólo se consiguen en la época de menor estiaje, desde mediados de abril hasta mediados de mayo.

Boca de San Jerónimo es una especie de puerto formado por el Usumacinta en la desembocadura de un pequeño río alimentado por las lagunas cercanas; los botes de cierto tonelaje esperan allí su cargamento cuando el nivel de las aguas no les permite navegar por los afluentes del río. Algunas chozas de miserable apariencia, habitadas por gente sospechosa, se encuentran agrupadas en el lugar más alto de la orilla: la *hacienda* está situada a dos leguas tierra adentro, cerca del río que pasa en medio de los bosques y facilita mucho el transporte. En aquel lugar despedimos a nuestros barqueros y al día siguiente por la mañana, después de pasar una noche horrible, aprovechamos el paso de un *cayuco* para continuar nuestro camino hacia el interior. Al mediodía, llegamos al embarcadero y diez minutos después fuimos recibidos en la *hacienda*, donde pensaba pasar una semana, a pesar del aspecto siniestro de la zona, con la intención de estudiar a fondo todas las particularidades de la explotación.

El palo de Campeche, denominado por los españoles *palo de tinte*<sup>268</sup> y designado por los sabios con el nombre dos veces bárbaro de *haematoxylon Campechianum*, es un árbol de mediana magnitud y de aspecto bastante particular que puede alcanzar doce o trece metros de altura cuando ha crecido en condiciones favorables. El tronco del vegetal es bastante irregular, constantemente acribillado de cavidades desiguales; sus hojas son pinadas y los folíolos persistentes, lisos y en forma de corazón; las flores pequeñas y amarillentas cuelgan en racimos en la extremidad de las ramas; el fruto es una vaina lanceolada muy comprimida cuyas semillas son apetecidas por las aves de corral, como en general las de todas las leguminosas. El *haematoxylon* está extraordinariamente cargado de madera; su follaje es de un verde sombrío; en el primer período de su desarrollo forma matorrales bastante parecidos a los del espino albar, durante su crecimiento se le ve redondearse y condensarse en masas impenetrables. En la selva se apodera exclusivamente del suelo, el cual se queda sin vegetación a su sombra; se encuentra en las montañas pedregosas y también en los aluviones de la llanura, pero donde crece mejor es en terreno húmedo y profundo, inundado periódicamente por las riadas. Singularmente vivaz, el árbol resiste la explotación más mortífera; por eso los leñadores suelen decir que

---

<sup>268</sup> En español en el texto original [N. del T.].

se enfrenta con éxito a todo, menos al fuego. Su crecimiento es rápido, sin embargo, su madera es dura, compacta y se puede conservar en la tierra mucho tiempo. A los diez años se corta; al quedar libre el suelo de la sombra antes proyectada, no tarda en cubrirse de un semillero de plantíos nuevos en espera de la ayuda del aire y de la luz para nacer. En este caso, la industria no sabría imitar los procedimientos de la naturaleza; en vano han intentado los ingleses propagar en las islas Lucayas y en varias posesiones transatlánticas el valioso vegetal poco delicado en estado salvaje a la hora de elegir su terreno.

La corteza del *haematoxylon* es oscura; la albura, delgada y amarillenta, contrasta por su color con la tinta roja del palo que ennegrece rápidamente con la acción del aire, sobre todo en contacto con la humedad; pero la alteración es sólo superficial: cuando los maderos se han empañado por un almacenamiento prolongado, el vendedor, para restaurarlos, sólo debe raerlos un poco con un hacha antes de hacer la entrega. Aclararé que el principio colorante no es rojo como en el *palo de Brasil* (*caesalpinia*), con el cual se confunde algunas veces el de Campeche, es de color negro cercano al violeta. El árbol segrega además una sustancia rojiza y transparente, análoga a la goma arábiga con la capacidad, según dicen, de fijar el elemento del tinte.

Las selvas de Tabasco y de Yucatán, donde crece abundantemente el *haematoxylon*, están bañadas por lagunas, éstas comunican casi siempre con algún río en la temporada de las riadas; por consiguiente, el transporte de los maderos se efectúa a bajo costo; pero nada puede dar una idea de la ignorancia y negligencia características de su explotación. No existe planificación alguna; el propietario da carta blanca a sus leñadores, quienes reciben un real por cada quintal de madera cortada, descortezada y entregada en el lugar de embarque. Aquellos hombres se desparraman por el bosque, escogen y derriban a la buena de Dios, su único impulso es su capricho y su única regla, su comodidad. Un agente, llamado *mayoral*,<sup>269</sup> vigila los trabajos y examina cada noche los resultados del día: tiene cuidado, al recibir las piezas, de separar las marcadas con manchas anaranjadas, pues es indicio de un principio de podredumbre; después hace pesar la madera estando él presente, apunta la cantidad entregada a cada leñador. La vigilancia de la tala es responsabilidad de este mismo

---

<sup>269</sup> En español en el texto original [N. del T.].

personaje; él no aspira a ser popular, se conforma con inspirar en sus subordinados un temor considerado conveniente. Los obreros, reunidos bajo sus órdenes, casi todos deudores de su patrón, trabajan para pagar sus deudas y rara vez se sienten motivados por un ardor generoso; aficionados a la bebida hasta el punto de emborracharse y dispuestos, si la ocasión se presenta, a huir de las miserias de su condición, el interés de su amo requiere su vigilancia con el debido rigor: el *mayoral* les inflige castigos corporales, a pesar de estar prohibidas por la legislación del país tales manifestaciones de violencia y de castigarlas despojando de sus derechos al acreedor. Pero la ley, en aquellos parajes lejanos y aislados, sólo se le aplica al débil. De hecho, el Código de Indias, redactado con un sentimiento verdaderamente filantrópico, sólo era antaño letra muerta sin ninguna aplicación. Los honorarios del *mayoral* son proporcionales a la cantidad de madera despachada durante el año, de esta manera, sus intereses están ligados a los de la explotación dirigida por él. En San Jerónimo, aquel agente recibía 15 céntimos por quintal y alcanzaba, con 250 000 o 300 000 quintales, una renta media de 8000 piastras.

La madera se corta y se descortezca con el hacha. Se ha intentado en vano sustituir dicha herramienta por la sierra, para abreviar el trabajo y conseguir un resultado más regular: la aversión de los indígenas por un procedimiento nuevo, cuya práctica sería preciso aprender, les hace rechazar dicha innovación; prefieren también, por espíritu de independencia, el trabajo solitario al colectivo, pues así son dueños de emprender y dirigir la faena a su gusto. Su método tiene el inconveniente de dar productos con dificultades para la estiba debido a su forma irregular. Además, en lugar de atacar el árbol por su base, según las reglas admitidas, escogen a un metro del suelo la parte menos accidentada del tronco, con el fin de ahorrarse el trabajo y evitar los nudos o protuberancias susceptibles de dificultar el descortezamiento. Nada resulta más penoso al aspecto de las talas con sus troncos mutilados, además, la porción más valiosa del vegetal es la desechada por una negligencia vergonzosa; por otra parte, los tocones elevados no producen nunca retoños vigorosos. Ya es hora de que un propietario instruido ponga el ejemplo iniciando la reforma; una dirección inteligente duplicaría el producto de los bosques y los preservaría de la ruina que puede abatirse sobre ellos en cualquier momento.

Dicho lo anterior, para nadie es extraño confirmar en el leñador el desconocimiento de las fases de la vegetación cuando se dedica a la tala. Ésta comienza con la decrecida; cuando vuelven a subir las aguas, se procede al acondicionamiento y a la saca de la madera; tales son las reglas absolutas, y por lo tanto, base de la explotación. Cuando el lugar cuenta con un sistema de flotación o de navegación perenne, la tala se ejecuta sin interrupción todo el año y los árboles, cortados allí mismo, se acarrean hasta el embarcadero más cercano. Pero estas condiciones no se dan frecuentemente; la saca se hace generalmente a través de las lagunas, aprovechando las variaciones periódicas de su nivel. En enero, cuando empiezan a bajar las aguas, el hacha resuena en los bosques, y el lugar donde se van derribando los árboles señala, sobre el terreno, la progresión del estiaje; allí esperan las lluvias del equinoccio, éstas permitirán conducirlos por agua hasta el depósito y, finalmente, hasta el puerto de embarque, donde permanecen almacenados hasta su venta. Este sistema, basado en la hidrografía del país, se aplica en toda la América meridional, donde la ausencia de carreteras, la escasez de población y el alto costo de los salarios harían dispendiosa cualquier forma de transporte no proporcionado gratuitamente por la naturaleza. Los prospectos que fomentan la colonización evitan abordar estas consideraciones; en esos programas interesados se ensalza el valor incontestable de la selva virgen sin hacer mención de los obstáculos y evitando explicar la dificultad y el alto costo para generar algún beneficio del negocio, al cual se debería considerar, en la mayoría de los casos, un proyecto ilusorio.

Las mejores explotaciones de *haematoxylon* se encuentran en las llanuras cenagosas de Yucatán y Tabasco y se extienden desde el litoral del golfo hasta la base de las montañas. Los productos salen por la isla del Carmen y por Frontera, donde los buques europeos recogen el cargamento. El valor de la madera cargada a bordo varía entre tres y diez reales por un quintal; en diez reales el vendedor realiza enormes ganancias, pero es un precio rara vez alcanzado. Cuando un propietario carece de capitales para emprender por su cuenta la explotación, vende la madera negociando una tercera parte en especie. Las condiciones de los contratos difieren también de nuestros usos: no aluden a una superficie determinada, sino al derecho de establecer, durante un tiempo determinado, cierto número de leñadores en la propiedad.

En otra parte he mencionado un tipo de especulación encargada de complementar, por así decirlo, en todas las explotaciones forestales la operación principal y cuyo abuso debe ser denunciado con fuerza. Sería imposible sacar partido de los bosques sin el auxilio de los indígenas; ahora bien, para obtenerlo a vil precio, resulta imprescindible forzarlos por medio de una obligación pecuniaria. Éste es un principio nunca descartado por el especulador y que intenta aplicar de antemano. Por consiguiente, los obreros, cuyos brazos emplea, dependen casi siempre de él; se establecen en el lugar de la explotación, con sus mujeres e hijos cuando están casados; se les entrega una choza y un hacha y enseguida se les vende todo lo necesario para subsistir, pues la *hacienda* generalmente se encuentra a una distancia considerable de los mercados. ¿Se creará que la venta al por menor de los suministros comprados al por mayor y con rebaja producen a menudo el mayor beneficio del negocio de la tala? El balance de ese vergonzoso tráfico se eleva a veces entre el 150% y el 300% en favor del vendedor, en función de su rapacidad o la de sus agentes. Un pobre leñador con una deuda de 50 piastras deberá 100 al finalizar el primer año y perderá al cabo del segundo la esperanza de librarse algún día de la deuda. Nadie en el país, al cual puede llamarse con justicia un país de iniquidad, tiene escrúpulos para enriquecerse de esta manera; es decir, robando a unos obreros desdichados una parte de su subsistencia diaria.

La tierra de San Jerónimo fue concedida por la corona de España, que no regateaba la extensión, mucho tiempo antes de la fundación de la aldea La Palizada, cuyo libre desarrollo impide hoy día. Aquella propiedad, limitada por el Usumacinta, se compone aproximadamente de 175 leguas cuadradas; contiene magníficos bosques poblados de *haematoxylon*, *caesalpinia*, caobas y otras maderas preciosas, arroyos, lagunas, praderas y con buenos pastos propicios a la ganadería. La industria pastoral siempre ha sido del gusto de los colonos españoles;<sup>270</sup> por otra parte va a la par con las condiciones de un lugar donde la propiedad se mide en leguas cuadradas; los rebaños forman pues, en San Jerónimo, un ramo de especulación y de administración distinto. Todas las mañanas los pastores de la estancia montan a caballo y recorren el territorio para buscar las becerras que han parido y en necesidad de atenciones particulares; observan si algún

---

<sup>270</sup> "Crianza quita labranza" es el refrán favorito y característico del país [N. del A.].

animal ha sido atacado por los *gusanos*<sup>271</sup> (larvas de insectos, se introducen en los tejidos y provocan una desorganización mortal); visitan a los cerdos que viven libremente en los bosques; persiguen a galope a los caballos huidos y dan cuenta exacta del estado y situación de los rebaños. Endurecidos por todas las fatigas y todas las privaciones a las cuales se someten, aquellos gallardos jinetes cruzan sin tregua las ciénagas, los bosques menos practicables y las ardientes soledades sin cansarse de un penoso estilo de vida, pero cuya independencia se corresponde con sus inclinaciones naturales.

Pocas veces he visto un paisaje tan profundamente melancólico como el de San Jerónimo; nada en la región recrea la vista o regocija el corazón; negros bosques de *beamatoxylon* interrumpidos por ciénagas y focos de exhalaciones mortales limitan circularmente el horizonte; con su sombra cubren lagunas y estanques verdosos cuyas aguas se enturbian al menor ruido a causa de la precipitada huida de los caimanes; los cráneos indestructibles de aquellos reptiles blanquean como rocas en la playa. En otras partes, una sabana inculta despliega su monotonía entre la inmensidad de los bosques; la tierra es negra como la pólvora de cañón; algunas malvas de tallos leñosos y una mimosa sensitiva de color rosado pálido son las únicas producciones agradables que de vez en cuando deleitan la vista. La brisa de la noche, esperada con gran impaciencia, se impregna de emanaciones fétidas: será el esqueleto de un caballo o de una ternera devorada viva por los gusanos; una bandada de buitres de pardo plumaje y de cuello desplumado se ha arrojado sobre la presa, desgarrándola a picotazos y disputándose las vísceras con famélica avidez. Por otra parte, esos pájaros prestan eminentes servicios al devorar las sustancias animales que el calor no tardaría en descomponer, agravando de esa manera la malignidad del clima. Cuando el sol poniente apaga sus reflejos cobrizos en la ciénaga, hay en aquella naturaleza al mismo tiempo algo sombrío y ardiente capaz de producir en la imaginación una impresión siniestra. Cuando renace la vida, se ven por el sendero de la hacienda grupos de mujeres de tez cobriza y cabellera suelta, semidesnudas y adornadas con joyas, yendo a sacar el agua estancada de las lagunas. Entonan un canto melancólico y soñoliento, inspirado sin duda en aquellas regiones, aunque las palabras pareciesen evocar una tierra más feliz:

---

<sup>271</sup> En español en el texto original [N. del T.].

¡Qué bonito es el mundo!  
¡Lástima es que yo me muera!<sup>272</sup>

La falta de compás al final mantiene en suspenso el oído y conlleva la repetición indefinida de la misma frase musical. El viajero que ha pasado por Tabasco no podría olvidar la quejumbrosa poesía de aquellos acentos ondeando continuamente en torno a los lugares habitados.<sup>273</sup>

La *hacienda* se sitúa con sus dependencias en un pliegue del terreno, por lo cual casi no domina el nivel de las aguas; las viviendas son húmedas, insalubres y construidas con un gusto primitivo. El dueño de aquella gran propiedad apenas disfruta de un mejor alojamiento al de sus esclavos. Es preciso ir a la América meridional para sentir cuán superfluas son las necesidades multiplicadas que ocupan todos los instantes de nuestra existencia; allí el hombre sólo vive con lo estrictamente necesario; su condición se aproxima mucho a la forma sencilla y original, admirada por los filósofos de los tiempos pasados. No creo que sea más feliz en esas condiciones y seguramente no lo convierte en mejor persona. Un ejemplo entre mil ayudará a entender cómo aquella indiferencia convierte en superfluos hasta los favores más valiosos de la naturaleza: el suelo de San Jerónimo es productivo; en él fructifica el cocotero al cabo de cuatro años; el mango desde el primer año; el *almendro*<sup>274</sup> malabar eleva su follaje verticilado a cincuenta pies de altura dos años después de sembrado; plantar allí es un deleite, sin embargo, en vano se buscaría en la propiedad un pie de árbol frutal, una sola planta comestible. La pequeña cantidad de papas, batatas y plátanos consumida allí se trae de la Palizada; comen abadejo cuando pulula el pescado en los ríos y lagunas; consumen carne salada cuando tienen mucho ganado y beben el agua insalubre de las ciénagas cuando la perforación de un pozo costaría tan pocos esfuerzos; tal es la abnegación de los habitantes; su vida transcurre en una rigurosa abstinencia de todo lo que denominamos bienestar. Si los indios de aquellas comarcas han alcanzado un estado de degeneración, permitiéndonos de esa manera dudar de que hayan podido disfrutar de mejores condiciones en el pasado, tampoco se reconoce en los criollos españoles a los descendientes de los conquistadores, aquellos hombres fundadores de

<sup>272</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>273</sup> Véase nota G número 1, en el segundo volumen [N. del A.].

<sup>274</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Campeche y Mérida, encargados de complementar las riquezas naturales de América con los vegetales útiles del antiguo continente. Sin embargo, se encuentran allí apellidos ilustres gracias a los cuales se despiertan grandes recuerdos: en San Jerónimo había un Balboa, simple pastor de la *hacienda*, no había olvidado su origen pero limitaba su ambición, en un país ilustrado por sus antepasados, a recorrer libremente los bosques, persiguiendo caballos salvajes y cuidando de los rebaños.

La historia natural de las bajas regiones cenagosas y generalmente cubiertas, donde se explota el palo de Campeche, es poco variada; en las lagunas crecen ampularias, enormes anodontes y muchos *unios*, entre los cuales sólo uno resulta verdaderamente extraño.<sup>275</sup> Se encuentran diversas especies de tortugas pertenecientes a los géneros *emys*, *cinosternon* y *staurotypus*; sin embargo, esa familia es menos variada y mucho menos notable en ese lugar que en la ribera opuesta de la Luisiana y de las Floridas. He oído hablar de boas de prodigiosa magnitud, pero no las he visto; dudo incluso de que esos ofidios, a no ser en circunstancias excepcionales, adquieran una talla importante en América central. No he observado una gran variedad de pájaros; sucede lo mismo con los insectos, aunque las casas se ven infestadas de monstruosas cucarachas y por dos clases de arácnidos muy feos vistos siempre inmóviles en las paredes. Un animal mucho más interesante hallado por primera vez en aquellos parajes es el *rhinophrynus*,<sup>276</sup> un anfibio clasificado por los naturalistas, hace pocos años, como un género particular.<sup>277</sup> Debido a su descripción incompleta, hecha a partir de un ejemplar conservado en alcohol, aprovecharé esta oportunidad para dar a conocer mejor sus características exteriores.

El *rhinophrynus* es de un color pardo aceitunado, su dorso es oscuro, más claro en la región cervical, azulado hacia el ano y el nacimiento de las patas; sobre ese tono general se observa un efecto marmolado poco aparente, de color azul verdoso, además otras manchas distintas, de un color de cinabrio pálido, dibujan una línea estrecha y casi continua en la parte media del dorso. Toda la parte inferior es de un azul lapislázuli algo empañado. Este sapo resulta extraordinario debido a su cabecilla cónica que se confunde con la masa globulosa del cuerpo, en donde se

---

<sup>275</sup> *U. delphinulus* Morlt [N. del A.].

<sup>276</sup> El autor se refiere al sapo mexicano o sapo cavador [N. del E.].

<sup>277</sup> *R. dorsalis* Dum y Bib., *Erpét. gén.*, t. VIII: 757 [N. del A.].

distinguen dos ojitos salientes; también es digno de mencionar el orificio apenas visible de la cavidad bucal, así como la pequeñez de los miembros metidos en el saco que contiene el tronco; finalmente, cabe señalar el tono azul del abdomen. Rara vez se le puede observar a la luz del día, pues vive en el fondo de un agujero cavado en lugares húmedos. Cuando quiere proceder con esa operación, se hincha como un globo, después se apoya en las patas anteriores y trabaja activamente con las traseras que toman, al separar los dedos, la forma de dos paletas. De esa misma manera se dilata cuando se le intenta atrapar y quiere huir. Nadie sospecharía, al ver la pequeña estatura del animal y la poca resistencia muscular de la cual parece dotado, el vigor demostrado en tales ocasiones. Conseguí con mucho trabajo capturar dos ejemplares, los cuales encerré en un tarro de vidrio y durante todo el día intentaron cavar un agujero, sin desconcertarse por la ausencia de éxito a pesar de sus esfuerzos.

Mi permanencia en San Jerónimo se prolongó a causa de una desventura de viaje inspirada al parecer, por su banalidad, en los recuerdos de nuestro hemisferio. Había perdido mi pasaporte en el camino de Las Playas a Santo Domingo y no había podido obtener otro, pues el alcalde de Santo Domingo me orientaba hacia el subprefecto (así se le llama a ese funcionario), y el subprefecto hacia el alcalde; los dos magistrados expresaban con énfasis su voluntad de servirme pero declinaban el honor de responder por mi persona; por último, el subprefecto, la persona más interesada por el asunto al ser el jefe político del distrito, eludió los inconvenientes desapareciendo un día. Tal es la autoridad que asumen los mandatarios del gobierno en la provincia de Chiapas, pues cualquier arrebato de espontaneidad lo tienen formalmente prohibido; el impulso parte de un pequeño centro despótico encargado de arreglar arbitrariamente los menores detalles; fuera de allí sólo se encuentran instrumentos pasivos que tiemblan continuamente por su fragilidad.

Me decidí pues a despachar a Morin a La Palizada con el encargo de regularizar nuestra situación, acordándome de la aventura del capitán Dupaix, quien a su regreso de Palenque fue registrado en Tabasco, detenido, molestado y apesado por un defecto de forma, en nombre del gobierno al cual servía.<sup>278</sup> Morin recorrió a caballo en ocho horas aquel

---

<sup>278</sup> Véase la desventura de Dupaix en su tercera memoria, página 36 de *Colección de antigüedades mexicanas* [N. del A.].

trayecto que nos había costado dos días y medio de navegación y se encontró con unas autoridades de Yucatán más seguras de sus atribuciones en comparación con las del estado de Chiapas.



## Capítulo XII

### El río Usumacinta

Nuestros tres últimos días en San Jerónimo estuvieron marcados por fenómenos atmosféricos que me inspiraron cierta inquietud: el cielo se cubría de nubes después del mediodía y poco a poco se extendían los vapores rozando la tierra; se veía cómo los pájaros huían en dirección a la selva, despidiendo gritos lastimeros; luego soplabla de repente el viento con violencia: gemían los árboles, temblaban las casas hasta los cimientos, caía la lluvia a cántaros y se oían explosiones espantosas; en resumen, era un espectáculo de tristeza y desolación indefinibles. Por la mañana, la naturaleza despertaba con toda la serenidad habitual, pero el suelo fangoso y entrecortado por charcas de agua daba testimonio de la tormenta del día anterior. Aquellas perturbaciones de la atmósfera, cuyo equilibrio se veía evidentemente alterado, parecían anunciar un cambio de estación. En vano se esforzaban mis huéspedes por tranquilizarme, oponiendo su experiencia a mis aprensiones; yo temía la lluvia, pues en las regiones bajas y cenagosas en las cuales iba a adentrarme podía provocar serios obstáculos. Por otra parte, si es que he de confesarlo, estaba cansado de tan triste estancia. Resistiendo pues a todas las solicitudes, determiné definitivamente mi partida; se nos proporcionaron caballos y un guía; además se puso a nuestra disposición un *cayuco* para transportar nuestro equipaje hasta la aldea de Balancán mientras nosotros, sin apresurarnos, seguiríamos el camino directo; por último, nos entregaron unas cartas de recomendación para las localidades en donde pensábamos detenernos. Me complace mencionar que aquellas costumbres hospitalarias se observan religiosamente en los lugares más abandonados de la América española; pero dicha tradición, he observado, no logra mantenerse en la civilización, tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo.

Perdimos un tiempo valioso la mañana de nuestra partida buscando a nuestra perra Fida, ocultada por los habitantes de la alquería, difícilmente conseguimos recuperarla. Aquel contratiempo nos obligó, viendo venir la tormenta, a limitar nuestra primera jornada hasta Chablay, una finca considerable situada 3 leguas hacia el sur. Primero fue preciso atravesar el arroyo fangoso de San Jerónimo, cuyas orillas son muy abruptas; el vado estaba guardado por caimanes durmiendo con la boca entreabierta en los sedimentos vecinos; contamos hasta 7, todos aproximadamente del mismo tamaño, unos 10 o 12 pies de longitud. Aquellos reptiles, sorprendidos en su sueño, se agitaron confusamente al acercarnos y se deslizaron en el agua turbia, donde desaparecieron; estaba libre el paso, aunque muy arriesgado porque la lluvia había convertido las orillas en embalsaderos. Morin colocó a Fida en el arzón de su silla, temiendo ser atisbada por los caimanes, y esperamos la llegada de nuestro guía a la otra orilla para ajustar nuestros pasos a los suyos. Lo logró como buen conocedor del terreno en el cual se movía y nosotros le seguimos, apoyándonos en los estribos; nuestros caballos se hundieron en el barro, dudaron y estuvieron a punto de perder el equilibrio; pero un golpe de espolón dado en el momento decisivo nos sacó sin accidente de aquel mal paso. Según he leído, en ciertas partes los caimanes son de carácter pacífico y toleran las familiaridades del hombre sin que éste tenga nada que temer en sus territorios; no sucede lo mismo en Tabasco, donde aquellos reptiles devoran nuestra especie sin el menor escrúpulo y con la mayor frecuencia posible. La hacienda de San Jerónimo presenta, de vez en cuando, algunos ejemplos; recientemente, un indio que atravesaba el vado montado en un caballo joven y fogoso cayó en el agua, entonces fue víctima de esos monstruos; dos días después se halló el cadáver cuidadosamente guardado en el barro, con las piernas, el pecho y cuello destrozados por los dientes de los temibles anfibios. El caimán, al igual que la zorra y el perro, tiene el instinto de enterrar su presa para preservarla de una descomposición demasiado rápida.

El camino elegido para alejarnos de aquel funesto arroyo sólo es conocido por los nativos, quienes transitan por él por tradición. Es el camino de la paloma mensajera y de la golondrina, especies orientadas por instinto en las soledades aéreas. Vimos por primera vez unos ciervos muy parecidos a los de nuestras tierras por su estatura y pelaje. Su naturaleza

parece ser igualmente sociable, porque más adelante, en una choza solitaria, nos mostraron una cierva que recorría libremente la selva, volviendo a su refugio periódicamente: aquel animal acababa de parir justamente dos cervatillos. Su pelaje era pardo con manchas blancas dispuestas hacia la mitad del lomo en dos bandas longitudinales. La llanura hasta Balancán, aldea situada a once leguas, es ligeramente ondulada y en aquella época del año se ve entrecortada por lagunas cubiertas en toda su circunferencia de un limo negro cuyo radio equivale a un cuarto de legua. Aquellas aguas estancadas reflejan el verdor de los bosques que alternan con las sabanas. Entre las numerosas palmeras del entorno, ninguna produce tanto efecto como el *cocoyol*<sup>279</sup> (*cocos butyracea*, L.) cuando aún no se ha desarrollado su estípite y sus hojas de cinco a seis metros de longitud se inclinan a manera de penacho hacia el suelo. La semilla de aquella especie de cocotero da una materia mantecosa, empleada para los usos domésticos en algunos lugares de América; basta con aplastar el fruto en vasijas llenas de agua; la sustancia grasa flota y se recoge en la superficie. Reconocí la casia medicinal con sus vainas enormes y cilíndricas y el taparo cuya presencia sólo había notado hasta entonces cerca de las viviendas. Las sabanas también están plantadas de palmeras aisladas o por grupos resistentes a la quema anual de los pastores. Transitar por ellas es penoso porque las aguas han cavado por toda su superficie surcos estrechos y profundos que dividen toda su extensión en pequeños compartimentos regulares, parecidos a los de un molde de gofres. En aquellos solitarios parajes, de vez en cuando se puede observar un rebaño dependiente de alguna *hacienda*;<sup>280</sup> a veces aparece un *rancho*,<sup>281</sup> es decir, una miserable choza habitada por pastores o leñadores y a larga distancia se encuentra una granja o la sede de alguna explotación forestal. El dueño construye su casa en una altura y las dependencias se disponen en su alrededor según el plano trazado por él mismo. Desde la desembocadura del Usumacinta hasta Balancán, siguiendo una línea sinuosa de sesenta leguas aproximadamente, sólo existen dos poblados: La Palizada, cuya creación es reciente y Monte Cristo, ésta apenas cuenta con una docena de familias. Se echa de menos, al ver serpentear aquel hermoso río por las llanuras

---

<sup>279</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>280</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>281</sup> En español en el texto original [N. del T.].

más fértiles del mundo, que el movimiento, la actividad y la vida no vieran su encanto en sus orillas: si acaso, de vez en cuando, se ve la lánguida vela de una *canoa* cargada de sal o de palo de tinte y el viajero debe conformarse con avanzar largo tiempo junto a la silenciosa orilla, dejando atrás grandes espacios sin cultivar y desiertos, hasta cruzar por fin con un ser humano, una cabaña o un campo para el regocijo de su vista.<sup>282</sup>

Padecí mucho durante el viaje, a causa de una erisipela flegmonosa contraída en las ciénagas de San Jerónimo, pescando un día de mucho sol. Al principio la descuidé; sin embargo, por el color rojo vivo de la piel, por la tensión y dureza de los tegumentos y por el penetrante dolor experimentado en los dos brazos, comprendí que el mal era de cierta gravedad. Toda la parte dolorida adquirió un color escarlata; se me entumecieron las manos, me acometió la fiebre y perdí el sueño completamente. Al llegar a Balancán, intenté conjurar el mal con lociones emolientes y fricciones de manteca de cacao, cuyo empleo me habían recomendado; únicamente al sexto día, después de haber llegado a su apogeo, empezó a disminuir la intensidad de los fenómenos inflamatorios. Se levantó la epidermis, empezó la supuración como después de una quemadura y la erisipela desapareció con la inflamación. Sin embargo, mis brazos conservaron cierto color rojo y algo de sensibilidad durante un mes.

Balancán es una aldea compuesta de unas ochenta familias, muy bien situada sobre la escarpada orilla del Usumacinta, cuyo lecho está formado en aquel lugar de arena y grava. Comienza a elevarse el suelo y a purificarse la atmósfera de los miasmas de la llanura. Los españoles arraigados en aquella localidad mantienen su preeminencia sobre los indios y viven mejor que ellos, comerciando con algunas bagatelas compradas

---

<sup>282</sup> Los españoles tienen otra perspectiva: “En Tabasco —dijo un escritor nacional— las riberas de los ríos están embellecidas por simples chozas cubiertas de hojas de palmeras, se han plantado árboles frutales o de adorno y el pasto siempre verde da una sensación de alegría. La felicidad habita aquellas chozas donde viven inocentemente una o dos familias trabajadoras, etcétera”, D. Manuel Zavala. *Apéndice a la Historia de Cogolludo*. Uno no se espera encontrar en aquellos lugares materia para una égloga; es bueno amar a su país y alabarlo a propósito, pero sin confrontar tan abiertamente el buen sentido y la verdad [N. del A.].

En esta nota, el autor transcribe un fragmento de Manuel Zapata y Zavala traducido al francés. Aquí ofrecemos “una traducción de la traducción”, la cual probablemente no coincida exactamente con la versión original [N. del T.].

en La Palizada; las ganancias realizadas en el curso inferior del río ocupan incesantemente su imaginación y sueñan noche y día con la manera de obtener semejantes ventajas sin arriesgarse ni trabajar. En cuanto a los indios, todavía más renuentes a las fatigas de la mente que a las del cuerpo, no toman parte alguna ni interés en sus especulaciones.

El *haematoxylon* crece en los bosques cercanos junto con el *mora*<sup>283</sup> (*caesalpinia?*), llamada en el comercio *brasilete*, el cual da un tinte amarillo. Se había planteado la fabricación de una máquina para la tala de aquellos bosques, con el fin de obtener mayores beneficios; pero las revoluciones que asolan la provincia dieron al traste con ese proyecto.

Se nos dio alojamiento en el ayuntamiento, una casucha arruinada y dividida en dos habitaciones de las cuales una servía de escuela. La arcilla, de la cual estaban revestidos los muros de cañas, había desaparecido en muchos sitios de suerte que, desde nuestras hamacas, disfrutábamos del espectáculo del campo donde la vegetación salvaje disputaba el terreno al labrador. No he visto en ningún punto de las orillas del Usumacinta tierras cultivadas de alguna importancia con fines comerciales; cada quien siembra únicamente para su consumo y el de los obreros empleados. En ciertas explotaciones como la de San Jerónimo, se prefiere comprar el grano y emplear todos los brazos para la tala, un sistema nada favorable para la prosperidad de la región.

El nombre de Balancán, como la mayor parte de los pertenecientes a la geografía primitiva, tiene su origen en los elementos más notables de la localidad: *balan*, jaguar, y *can*, serpiente, responden en lengua *maya* a una idea de esta naturaleza. Los desbroces parciales y la explotación de la selva han desplazado el territorio de los jaguares; pero los reptiles no abandonan con tanta facilidad el terreno. Mi huésped, al explicarme la etimología referida, se ofreció un día, para confirmar sus dichos, mostrarme en menos de media hora cualquier especie de serpiente que le designase; acepté la oferta y elegí la serpiente de cascabel. Sin más tardar, obedeciendo una orden suya, un criado salió corriendo, armado con un lazo y un bambú. Aún no habían pasado veinte minutos cuando aquel hombre regresaba con una hembra viva del *crotalus horridus*, amarrada a su palo. Naturalmente se ofrecía la ocasión de experimentar la virtud

---

<sup>283</sup> En español en el texto original [N. del T.].

del *platanillo*,<sup>284</sup> de la cual oía hablar desde hacía tanto tiempo. Según los nativos, como ya lo he mencionado, aquella aroidea tiene la propiedad de privar de sus colmillos a la serpiente, solamente con su contacto. No bien manifesté el deseo de hacer el experimento, fueron a buscar a un indio con la reputación de ser hombre hábil. Se improvisó una reunión de mirones y nadie dudaba del buen éxito de la prueba. Al aflojar los lazos que oprimían el cuello del crótalo, éste abrió una boca espantosa y mordió furiosamente la planta; pero no se quebraron sus dientes: por fin, después de varias tentativas infructuosas, durante las cuales el operador demostró toda su destreza, los colmillos acabaron por ceder y el reptil quedó desarmado. El misterio me pareció estaba resuelto; siendo esos colmillos delgados y débiles en su base, se comprende que al entrar entre las fibras rígidas y tenaces del vegetal era fácil su rompimiento. Los espectadores no admitieron mi explicación y, a pesar de la evidencia del hecho, aplaudieron de buena fe las virtudes maravillosas del *platanillo*.

El mismo día vi en la frondosidad de la selva una víbora cabeza de lanza de gran tamaño. Ésta atravesaba un claro por el cual yo caminaba descuidadamente, armado únicamente con un paraguas que me servía de sombrilla. Distráido por la belleza del lugar, estuve a punto de tocarla con el pie, felizmente bajé la mirada al oír el roce con las hojas secas y tuve tiempo para echarme hacia atrás en un movimiento ejecutado con rapidez. La serpiente continuó su camino acelerando la marcha, sin manifestar una gran inquietud. Cuando desapareció en la espesura, medí el espacio que había ocupado y conté siete pies. Esa especie inspira un temor particular entre los criollos, quienes hacen el elogio de la serpiente de cascabel cuando la comparan con ésta. “La *víbora de cascabel*”<sup>285</sup> —dicen ellos— es generosa pues previene a los transeúntes, pero la *nabuyaca* carece de piedad.” Por mi parte, me sería difícil elegir porque el veneno de los dos reptiles es igualmente funesto. Rara vez, cuando están furiosos, se limitan a una sola mordedura; sus ataques, al contrario, se multiplican con espantosa rapidez y como sus colmillos son muy finos, las lesiones producidas son casi imperceptibles. Según cuentan, frotando la piel con corteza de limón se enrojecen los puntos tocados, lo cual permite reconocer todas las heridas con exactitud.

<sup>284</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>285</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Hay cerca de Balancán túmulos y otros vestigios materiales pertenecientes al período indígena; algunas excavaciones realizadas en la base de aquellos monumentos han revelado objetos análogos a los descubiertos en Yucatán, como figuritas toscas, vasijas, fragmentos de obsidiana, piedras cóncavas con sus cilindros para moler el maíz, etcétera. Estos últimos utensilios no difieren en nada de los empleados hoy en día; pero son de un granito verde de grano muy fino, cuya procedencia se ignora.

Nos costó trabajo encontrar a unos barqueros para continuar nuestro viaje, no porque faltasen brazos en la localidad sino porque el beneficio no debía de parecerles suficiente. En aquellas tierras tan distintas de las nuestras, no he visto a nadie vivir tranquilamente con una renta segura; todo es aleatorio, todo es inestable e incierto. En ocasiones, una especulación con la madera produce beneficios considerables; ese capital se malgasta de manera insensata sin dejar, por así decirlo, rastro alguno. La cantidad de cien piastras, nada despreciable para nosotros, es una bagatela para aquella gente cuya alimentación consiste en maíz y frijoles, vive en una miserable choza y anda descalza todo el año.

Finalmente, nuestro anfitrión pudo conseguir a unos remeros y nos dispusimos a navegar hasta la aldea de Usumacinta, quince leguas distante, mejor conocida con el nombre de Cabecera, nombre elegido hace algunos años cuando fue designada momentáneamente capital de la circunscripción política. A partir de Balancán la navegación se hace excesivamente lenta; se debe luchar contra la rapidez de la corriente pues aumenta a medida que uno se aproxima a las montañas; el lecho del río es siempre profundo. Las paredes de la ribera muestran en su base una arcilla azul muy fina, coronada de diversas capas de arena y grava: estos últimos elementos se agregan y solidifican en la parte superior hasta el punto de formar una roca bastante dura y escarpada. En los bancos de arena dejados al descubierto por las aguas, observamos una gran cantidad de mejillones fluviales, según nos informaron habían sido acumulados allí por las mujeres del lugar para recogerlos durante el verano con el objetivo de buscar perlas.<sup>286</sup> Nos dijeron que en ocasiones hallaban algunas de notable valor. Al oír la noticia Morin creyó estar a punto de hacer una fortuna; pero por más que pescase y volviese a pescar, todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Es necesario abrir

---

<sup>286</sup> *Unio explicatus*, Morlt [N. del A.].

y sacrificar centenares de conchas antes de encontrar una con aquella concreción preciosa cuyo origen, hasta ahora, sigue siendo un misterio.<sup>287</sup>

A cuatro leguas de Balancán, reconocimos a nuestra izquierda la desembocadura del *río San Pedro*,<sup>288</sup> uno de los principales afluentes del Usumacinta, éste nace en Petén y fluye a través de una sucesión de rápidos por la comarca más salvaje y pintoresca del mundo. Las aguas de aquel río están dotadas en alto grado de virtudes petrificantes y los escollos con los cuales está obstruido su curso, sobre todo cerca de *Nojmactún*,<sup>289</sup> no tienen otro origen sino las costras depositadas y solidificadas después sobre los troncos de los árboles caídos en él. Se cita el pequeño número de aventureros que se adentraron por aquel peligroso camino para ir a buscar en lejanos bosques los colosos del reino vegetal con los cuales se hacen los grandes *cayucos*; más tarde se presentó una ocasión excelente de explorarlo por mí mismo, pero el triste estado de mi salud no me permitió aprovecharla. Más allá del punto en el cual el Usumacinta recibe el *San Pedro*, se descubre una isla plana que toma el nombre del pueblo de Santa Anna, situado a cierta distancia sobre la orilla izquierda. Perdimos un tiempo valioso buscando provisiones en aquella localidad; una hora más tarde era de noche y la luna, velada por nubes amenazantes, nos privaba de su claridad. Como aquella región, cubierta por la espesura, no ofrecía ninguna seguridad durante la noche, seguimos bogando con precaución y chocando en medio de las tinieblas con los obstáculos que obstruían el río. Nuestros remeros levantaban de vez en cuando la vista para observar el estado del cielo; nosotros mismos escuchábamos con un sentimiento difuso de inquietud los rugidos aún lejanos del trueno y el murmullo de los rápidos. Por fin divisamos una playa, nos apresuramos a abordarla y varamos la barca en la arena. Todo estaba oscuro y silencioso: no era la calma habitual de la noche sino el estupor y la expectación generadas por las perturbaciones de la naturaleza. Los relámpagos abrazaban el horizonte y se veía a intervalos el resplandor rojizo de una selva incendiada en dirección de Balancán. Muy pronto se oyó el ruido de la lluvia cayendo en pesadas gotas sobre la tierra y nos refugiamos entonces debajo de una

<sup>287</sup> Las perlas, desprovistas de pedículo y de núcleo central, han dado lugar a muchas conjeturas, sin llegar a resolverse de manera satisfactoria el problema de su formación [N. del A.].

<sup>288</sup> En español en el texto original [N. del T.].

<sup>289</sup> ¿Mactún? [N. del T.]

estera donde esperamos ansiosamente; al cabo de algunos instantes sopló con violencia el viento del sureste y un inmenso estremecimiento se propagó a través de la frondosidad; gemían los árboles seculares; la arena de la playa se elevaba por los aires formando torbellinos y la tormenta se dirigió al norte de una manera tan repentina como inesperada. Cuando salimos de nuestro refugio notamos con gran satisfacción que el huracán había barrido los mosquitos y las nubes.

Continuamos nuestro viaje sin incidentes notables, al cabo de tres días llegamos al poblado de La Cabecera. Estaba cansado de navegar de manera tan penosa en una embarcación de pie y medio de anchura, en la cual todas las posturas eran insoportables, asediados por los tábanos, mosquitos y sabandijas, sin contar con un calor horrible fulgente al mismo tiempo desde las aguas, el cielo y la orilla. Las aldeas situadas en el camino, Santa Anna, Multé y Estapilla no nos habían ofrecido, por alimento, sino media docena de huevos y un racimo de plátanos; me regocijaba la idea de emprender un nuevo estilo de vida, de renovar mis fuerzas en un ambiente más saludable y, finalmente, de poder desplegar toda mi energía física conservada. Creía alcanzar en efecto los climas templados, objeto de mis ardientes deseos; pero mi satisfacción duró poco porque al llegar a La Cabecera, experimenté los síntomas precursores de la disentería; además, la herida en mi pierna producida por la caída en la selva de Palenque volvía a molestarme y presentaba cada día un aspecto más inquietante. Morin sufría también de ulceraciones manifestadas en los miembros inferiores y resistentes a todos los remedios. Los viajeros se ven frecuentemente expuestos a este tipo de padecimientos en los trópicos. Aparecen, particularmente en las piernas, granos rojos o pequeños tumores que aumentan de volumen; se hacen dolorosos y se llenan de serosidad. La epidermis se levanta y se desgarrá; el mal se evacúa, se seca y forma costras que mantienen la supuración. Se establecen entonces focos purulentos comunicados a través de los tegumentos, produciendo aquí y allá ulceraciones erisipelatosas muy tenaces y que renacen sin cesar. La dieta, el reposo, los refrescos y los emolientes tópicos constituyen el mejor remedio en estos casos. Por otra parte, las heridas, superficiales en apariencia al principio, tienden a agravarse bajo la influencia del calor húmedo, el cual favorece igualmente la putrefacción; los tejidos se ablandan y mortifican; la sensibilidad se amortigua y

por último, no tarda en manifestarse la gangrena. Resulta por lo tanto importante no descuidar nada desde su origen para prevenir o detener trastornos posiblemente fatales.

Me habían hablado en Balancán de un personaje misterioso cuyo hogar era una casita aislada no lejos de La Cabecera. Era de origen francés; nadie sabía qué le había conducido, desde hacía siete años, a una existencia retirada, viviendo del trabajo de sus manos y evitando, mientras dependiese de él, el trato con sus vecinos. El público, aficionado a lo maravilloso, le atribuía un nacimiento ilustre y explicaba su misantropía por un fracaso amoroso; en cuanto a la opinión de sus pocos conocidos, todos coincidían en elogiar sus cualidades y especialmente su benevolencia. Me había propuesto visitar a aquel hombre solitario y ofrecerle los servicios compatibles con mi propia situación; nos dirigimos, pues, Morin y yo, hacia su morada al desembarcar en La Cabecera. Después de una marcha bastante larga por el bosque, encontramos señales de desbroce las cuales nos condujeron hacia una avenida de plátanos en cuya extremidad se distinguía una cabaña. Aquella era la vivienda que estábamos buscando; la puerta estaba abierta, no dudamos en entrar. Lo primero en llamar nuestra atención fue un hombre tendido en una hamaca y vestido con poca ropa como los indios. Volvió perezosamente la cabeza, su mirada reflejó un asombro profundo. “Somos —dije anticipando su pregunta— viajeros franceses solicitando hospitalidad.” Al oír aquellas palabras se levantó con viveza y nos tendió la mano. Era un hombre de constitución endeble al parecer y de fisonomía meridional, en quien predominaba la energía nerviosa sobre la fuerza muscular. La mitad de su vida quedaba ya detrás de él, pero se intuía perfectamente que la desgracia, más que los años, había emblanquecido su cabello y ajado las facciones de su rostro. “Desde hace siete años vivo en este desierto y es la primera vez que estrecho la mano de un compatriota.” Sus ojos se humedecieron, y nosotros mismos, sin saber a ciencia cierta porqué, nos sentimos casi enternecidos; sin embargo, aquel sentimiento de fragilidad pasó por su frente como una nube, y se apresuró a ofrecernos una colación aceptada por nosotros con gusto. Mientras nos sentábamos en su mesa, más que frugal, le instruimos sobre el propósito de nuestro viaje y le hicimos algunas preguntas acerca del país, con la prudencia impuesta por nuestra calidad de extranjeros. Terminábamos la comida y empezaba a

crearse cierta intimidad, como si nuestras relaciones tuviesen ya algunas raíces, cuando un pequeño ruido atrajo nuestra atención y vimos aparecer en el dintel de la puerta a una joven india con dos niños de la mano. Al vernos dio un paso atrás y dejó escapar una exclamación de espanto: “Es mi pequeña familia —dijo sonriendo el solitario—; no se sorprendan si parece un poco salvaje, como estas tierras”. Enseguida, volviéndose hacia la joven, se expresó en un idioma desconocido para nosotros. Conforme le hablaba, su rostro recobraba cierta serenidad; se aproximó tímidamente; se sentó en el borde de la hamaca, y levantando sus ojos negros con una expresión de sencilla curiosidad, nos contempló alternativamente, esbozando una sonrisa. Se restableció la confianza y aquellos desconocidos de sospechosa apariencia eran huéspedes y casi amigos.

La vida humana puede ser considerada como una comedia por los espíritus fríos y escépticos que se jactan de contemplarla desde arriba; pero para quienes en ella desempeñan un papel con un alma ardiente y apasionada, es un drama a veces melancólico y otras terrible. El solitario del Usumacinta pertenecía a la segunda categoría. Favorecido con los dones de la fortuna, había disfrutado de una sociedad civilizada y, sin embargo, en la condición precaria y casi miserable en la cual se encontraba por su propia voluntad, se consideraba más cercano a la felicidad que nunca. Aquella existencia que, como un meteoro, había brillado de una manera pasajera para apagarse en la oscuridad de un desierto, podía proporcionarme materia para un capítulo novelesco de gran interés; bastaría con reproducir casi literalmente el relato conservado en mi memoria. Pero semejante digresión me arrastraría lejos del objeto de mi estudio y, por otra parte, no me corresponde llevarla a cabo.

Era un acontecimiento considerable para los habitantes de la cabaña la permanencia en ella de dos extranjeros, y sobre todo de dos franceses; ¿cómo hubiésemos podido resistir ante la insistencia de nuestro anfitrión, quien nos suplicaba prolongar nuestra estancia? Todos los días inventaba una nueva diversión: cazábamos boas, numerosas en el bosque; recorríamos las sabanas para cazar corzos y alondras de collar negro (*sturmus Ludovicianus* L.); pescábamos en el río peces extraños y desconocidos; luego, al anochecer, nos reuníamos en torno a una mesa modesta y hablábamos, sobre todo del pasado, con ese abandono que nace tan fácilmente a dos mil leguas de la patria. La joven india, meciendo

a sus hijos, prestaba un oído atento a aquellos acentos incomprensibles; su mirada curiosa seguía nuestros movimientos, y sus sentimientos se reflejaban con divertida vivacidad en su fisonomía. Era bella como una hija de su raza; la naturaleza no la había dotado con las formas puras y armoniosas cuyo tipo pertenece a Europa, pero los rasgos regulares de su rostro, rodeado de cabellos de ébano, inspiraban algo afectuoso, dulcemente triste y despertaban un sentimiento de simpatía.

Sin embargo, llegó el día de la separación; nuestro huésped nos acompañó silenciosamente hasta el río; ya nos esperaba la pequeña familia al borde del agua. Fue un momento doloroso. Estrechamos la mano del pobre solitario y volteó la mirada para ocultar su emoción; entraron los remos en el agua; el bote se separó de la orilla; ¡el lazo que fugazmente nos había unido se rompió! Llevaba conmigo un recuerdo sagrado, pero dejaba una herida abierta inocentemente revivida por mí.

Tenosique, hacia donde nos dirigíamos, se encuentra a tres leguas de La Cabecera; distinguíamos a lo lejos la azulada cima de las montañas, era una visión deleitable, capaz de cautivar toda mi atención y renovar mis fuerzas. Me persuadía de que respirando el aire puro de aquellas alturas iba a reconectarme con una fuente de vida pero enseguida entendí que me había hecho ilusiones; el clima, en aquellas pequeñas sierras, conserva todavía todo el ardor de los trópicos y las soledades encargadas de separar Tabasco de Petén son abrasadas por los mismos fuegos; para atravesarlas, el viajero necesita la energía y el vigor de la salud. Resolví, pues, antes de seguir adelante, esperar a mejorar la mía.

Estábamos en el período más tórrido del año (8 de mayo); el termómetro señalaba 36 grados durante el día y 32 por la noche; ni una brisa, ni un soplo de aire refrescaba la temperatura; el follaje de los árboles permanecía inmóvil; hasta la sombra parecía arder y el agua tibia del río no procuraba ningún alivio a los nadadores. En la mesa, todos traspiraban constantemente; el reposo en la cama tampoco evitaba el sudor y a pesar del cansancio no lográbamos conciliar el sueño. Los indios soportaban estoicamente el exceso de temperatura; pero los criollos gemían y se veían muy abatidos; extendidos sin movimiento en sus hamacas, imploraban con todas sus fuerzas la llegada de la lluvia y bebían descomedidamente, sin poder saciar la sed que los consumía.

Irritado por una rigurosa dieta, experimenté aún más penosamente el peso del calor: veía pasar ante mis ojos mangos dorados, sandías y otras frutas refrescantes prohibidas para mí, limitando mi alimento a algunas tazas de leche. Gracias a aquella dieta y a los medicamentos opiados autoadministrados, la disentería disminuyó; por otra parte, el reposo y la aplicación de cataplasmas emolientes modificaron favorablemente el estado de mi herida; me creí convaleciente, probablemente me hubiese restablecido completamente de haber permanecido en la inacción. En tales circunstancias, tomé una infusión preparada con la hoja de una especie de llantén, muy apreciada en el país; es calmante como la de altea, pero sin otra virtud desde mi perspectiva. Los habitantes del lugar beben también por gusto la infusión de una planta sarmentosa llamada *pimientillo*,<sup>290</sup> ésta crece naturalmente en la selva. Después de quitarle la corteza se reduce la parte leñosa en finas virutas y se hace una infusión añadiéndole azúcar. Es un brebaje agradable: tiene el sabor del té con un ligero perfume de clavo.

El clima y la estancia en Tenosique, en las condiciones en las cuales me hallaba, me resultaban insoportables; entonces me apresuré, aprovechando una ligera mejoría en mi estado, a preparar mi partida. Mientras esperaba a que todo estuviese listo, resolví visitar los rápidos del Usumacinta; se trataba de una excursión de 2 o 3 días por el río. Se requieren 4 horas partiendo de la población para llegar hasta las sierras, cuya confusa masa parece oponer un obstáculo insalvable a la navegación; pero cuando parece no haber salida, como sucede frecuentemente en las montañas, aparece una cavidad estrecha por donde irrumpen las aguas turbulentas. Aquel paso se llama Boca del Cerro.

Cuando nos encontramos entre las paredes de aquel desfiladero asistimos a un espectáculo grandioso. Por ambos lados se elevaban grandes rocas talladas en picado y coronadas de cerros cónicos; el río, encajonado entre aquellas prodigiosas murallas violentamente azotadas por el agua, ganaba en profundidad lo perdido en extensión. Absorto en una admiración silenciosa, no noté que nuestros barqueros habían suspendido el movimiento de sus remos; sin embargo, al emitir uno de ellos ese silbido particular de los indios cuando quieren llamar la atención, desperté de mi éxtasis y vi que estábamos inmóviles.

---

<sup>290</sup> En español en el texto original [N. del T.].

—¿Qué les sucede? —pregunté a Morin, quien sentado al lado de los remeros se interesaba más en la maniobra que en las vistas pintorescas circundantes.

—Hay un barco allá abajo, y parecen estar muy pendientes de él —respondió.

—Hágales bogar, porque de lo contrario no llegaremos antes de la noche —repliqué.

Morin, tras hablar un instante con los barqueros, fue informado, con muchos rodeos, que la barquilla en cuestión, desaparecida recientemente en las sinuosidades del paso, pertenecía a unos indios independientes cuya tribu vivía en las alturas. Mientras me lo explicaba, el objeto de nuestra preocupación salía de las concavidades de la montaña; se distinguía con nitidez a un hombre cuyos brazos se movían con agilidad.

—En verdad —dije observándole—, siento curiosidad por ver de cerca a ese nativo. ¿Qué opina, Morin? ¿Vamos tras él?

Morin, cuya imaginación se enardeció pensando en una aventura casi marítima, no vaciló en respaldar mi propuesta y dirigiéndose a nuestros remeros les gritó con voz de marinero:

—¡Vamos, hijos, manejen aprisa los remos y preparémonos al abordaje!

—¿Acaso es su intención, *señores*,<sup>291</sup> hacerle daño a ese indio? —preguntó José, el más viejo de los dos, manejando el remo con desgana.

—Dios me guarde —respondí—; sólo quiero interrogarle.

—Sus compañeros, *señor*, no deben de estar muy lejos... —murmuró el otro, vacilante.

—¡A bogar! —gritó Morin, quien recordaba sin duda la historia de la conquista—; si los salvajes nos faltan al respeto, les haremos entrar en razón.

—Y si alcanzan aquella barca —añadí—, les prometo un peso de recompensa.

—¡Oh! —respondió José—; eso no es lo más difícil, porque las rocas hasta la cascada son todas tal y como se ven.

Volvió el silencio y empezó la persecución. Nuestros barqueros, algo turbados con la idea de una batalla, mostraron al principio muy poco ardor; sin embargo, como todo estaba en paz y en silencio, cobraron valor y emprendieron seriamente la lucha.

<sup>291</sup> En español en el texto original [N. del T.].

Conforme avanzábamos, el río se hacía más sinuoso y más rápido, las montañas más abruptas y el paso más estrecho. Muy pronto nos vimos apesados entre unas altas rocas grisáceas cuyas aristas se introducían verticalmente en el agua; algunas parecían torres almenadas o murallas a medio derribar. Sin darnos cuenta, los despeñaderos se acercaban, el espacio se estrechaba aún más, desaparecía el sol y la sombra de las *sierras*<sup>292</sup> se extendía sobre nosotros como un velo. Sin embargo, le habíamos ganado terreno al indio fugitivo; era evidente que no podía escapar; así lo comprendió sin duda porque se sentó en el fondo de su barca y permaneció inactivo como un hombre resignado a sufrir su suerte. Avanzábamos directamente hacia él cuando una flecha lanzada desde las alturas llegó silbando y cayó en el río: estimulados por la advertencia, nuestros barqueros guiaron a toda prisa el *cayuco* contra los flancos de la montaña, donde nos hallamos a salvo, mientras yo detenía a Morin, quien consideraba abiertas las hostilidades y se disponía a replicar sin calcular las consecuencias de su imprudencia.

La victoria era nuestra; el prisionero pasó a nuestro bote y amarramos su embarcación a la nuestra. Era un hombre de unos cincuenta años, de fisonomía vulgar e inexpresiva; llevaba un paño de algodón y traía cubierta la cabeza con un basto sombrero de paja. Ordené explicarle de inmediato nuestras buenas intenciones; todo lo contrario, nos proponíamos elevarle a la dignidad de piloto, demás, sería recompensado por sus servicios. A mi discurso lisonjero no respondió ni una sílaba; su mirada era sombría y desconfiada; se notaba claramente el descontento inspirado por aquel atentado contra el derecho de las personas. Ordené ofrecerle plátanos, pero los miró con indiferencia; no sucedió lo mismo con un vasito de ron, el cual aceptó tras la insistencia de los remeros y vació con gran satisfacción. Definitivamente era un personaje taciturno y poco inteligente.

Mientras tanto, el ruido de la cascada era cada vez más cercano; la navegación se tornó tan difícil que fue necesario unir nuestros esfuerzos para triunfar sobre los últimos obstáculos. En tres ocasiones se apoderó la corriente de nuestra embarcación y la arrastró hacia unos escollos donde el agua bulliciosa estuvo a punto de hacerla pedazos; impasible y mudo, el prisionero no participaba en la maniobra y quizá hasta deseaba en su

---

<sup>292</sup> En español en el texto original [N. del T.].

interior el naufragio de los vencedores. Finalmente, después de diversas peripecias cuyo relato abrevio, llegamos en medio de los arrecifes, desde donde alcanzamos una ensenada protegida por una saliente de la montaña. Allí instalamos nuestro vivaque. Mientras los indios disponían lo necesario para acampar, me encaramé encima de unas anchas rocas pulimentadas y amontonadas por el río para desde allí abarcar con la mirada la escena que había venido a contemplar; quedé un tanto decepcionado a la vista de un rápido bullicioso, si se quiere, pero de un volumen muy poco considerable como para impresionarme. Convengo en que el espectador queda recompensado por la singularidad del camino y por la magnificencia salvaje encargada de coronar el último cuadro. Tres leguas más allá, existe otro rápido, pero con menos agua y constantemente interrumpido por la navegación. Hubiese querido avanzar hasta aquel límite, pero habíamos olvidado equiparnos de una cuerda, auxiliar indispensable para superar el primer obstáculo. Por lo tanto, debimos renunciar y, como Hércules, limitar allí nuestros trabajos.

El sol se había puesto detrás de los montes arbolados y la noche cayó de repente. Todo alrededor de nosotros revestía el carácter de solemne grandeza impreso por la desaparición del día en las zonas vírgenes; el resplandor concentrado de la hoguera, reflejado por la catarata y por las rocas cortadas en picado, cuya cima se perdía en la oscuridad, el rugido de las aguas precipitándose a través de aquellas profundas gargantas, el gruñido de los monos errantes en la montaña y el grito de los pájaros nocturnos componían un conjunto difícil de describir y de olvidar. Mientras me dejaba llevar por las diversas impresiones sucesivas en mi mente, me percaté de que nuestro prisionero se había reconciliado con su mala fortuna pues tomaba filosóficamente su parte de nuestros víveres. La presencia de nuestros barqueros de origen indio, como él, la excitación del ron y el perfume de aventura que se respiraba en torno a nosotros obraban al mismo tiempo sobre sus facultades cerebrales y los músculos de su lengua cuyas funciones se volvían a ejercitar paulatinamente. Aproveché el momento para interrogarle acerca de los vestigios de construcciones antiguas señaladas, sin duda erróneamente, en aquellos parajes: me dijo algo ya escuchado en Tenosique: nada parecido a lo que yo consideraba cerca de allí. Probablemente las rocas accidentadas, mencionadas anteriormente, habrán causado alguna equivocación y se ha atribuido a la

industria humana un simple juego de la naturaleza.<sup>293</sup> Sería sorprendente, en efecto, verificar la existencia de ruinas de cierta importancia en el curso superior del Usumacinta cuando los anales del Nuevo Mundo no mencionan ninguna civilización ni ningún cultivo en toda la región montañosa extendida hacia el oeste de Petén. En aquella cordillera inexplorada viven errantes los lacandones o caribes, débiles vestigios de la nación india, unos pobres salvajes inofensivos y de carácter pacífico que sólo piden a los españoles un poco de tolerancia en su último refugio. En ocasiones, los más atrevidos se aventuran hacia el recinto de las poblaciones limítrofes con el fin de conseguir en trueque los objetos necesarios para su consumo; aunque, en general, evitan el comercio con los blancos; observan sus movimientos desde las alturas y se ocultan a sus miradas. Armados de arcos y flechas como en los tiempos primitivos, todavía les llena de espanto la detonación de un arma de fuego. Viven como vivían sus padres, en la poligamia y el politeísmo; cada mujer, cuando tienen varias, disfruta de una vivienda distinta y de un campo para satisfacer sus necesidades. Por otra parte, como en todos los pueblos bárbaros, los trabajos más rudos, en el reparto de las cargas domésticas, son el atributo del sexo más débil. Tales fueron los datos escuetos que obtuve de mi prisionero.

—¿Qué piensa, José —pregunté al más anciano de nuestros barqueros—, acerca de nuestros vecinos los caribes? ¿Nos acosarán esta noche?

—¿Quién puede saberlo, *señor*?<sup>294</sup> —respondió lacónicamente el indio.

—Entonces —proseguí—, tendrán alas, porque con las corrientes y las murallas que nos protegen, no veo un camino alternativo al de los pájaros.

—Usted no conoce a los caribes, *señor*; descenderán siguiendo el curso del río.

Aquella solución, tan sencilla como natural, me iluminó como un rayo de luz.

—En efecto —dije volviéndome hacia Morin—, no veo qué podría detenerlos.

Morin, igualmente sorprendido, propuso apagar el fuego.

---

<sup>293</sup> Un documento publicado en la página 68 de la *Recopilación de antigüedades mexicanas* hace mención de “ruinas extraordinarias y magníficas” situadas a dos leguas de Tenosique, a orillas del Usumacinta. Cierta es que el escritor no las describe y confiesa no haberlas visitado [N. del A.].

<sup>294</sup> En español en el texto original [N. del T.].

—Es inútil —observó José—, los caribes saben donde estamos.

—En ese caso —repliqué— es preciso prepararnos para todas las eventualidades.

Nos concertamos pues, Morin y yo, y tomamos algunas disposiciones estratégicas para protegernos de una eventual sorpresa y preparar una retirada si fuese necesario.

—Suceda lo que suceda —dije regresando al vivaque—, el prisionero nos servirá de rehén y de intermediario; es preciso vigilarle, y que se acueste entre nosotros dos.

Así lo hicimos, nos envolvimos en nuestras capas pensando en los incidentes de la jornada y en los anunciados para el día siguiente: poco a poco los pensamientos de mi imaginación se disolvieron y se calmó la agitación de mi mente; el ruido de la catarata sólo llegó a mis oídos como en confuso murmullo, y me quedé, al igual que mi compañero, profundamente dormido.

Al despuntar el día, cuando abrimos los ojos, en vano buscamos al prisionero: había desaparecido con su barquilla.

Nadie en Tenosique conoce el curso del Usumacinta más allá de los rápidos ni posee nociones satisfactorias acerca del punto en donde nace aquel río. Después de las grandes crecidas, se recogen en la orilla troncos de árboles desarraigados de una especie desconocida en la región, perteneciente a la familia de las coníferas. Son verdaderos pinos, arrastrados por el río Machaquilá desde las alturas de Dolores y de Poptún hasta el centro de Petén; los habitantes los recogen como desperdicios y los aplican a sus necesidades sin preocuparse acerca del lugar donde se producen; procuraré suplir su ignorancia proporcionando algunos datos acerca de un río al cual se le debe considerar por su desarrollo, el primero en América central.

El río Usumacinta nace en las montañas del Petén, no muy lejos de la aldea de San Luis; corre al principio en la dirección del suroeste con el nombre de Santa Isabel, describe numerosas sinuosidades dirigiéndose hacia el occidente y se confunde con el río *Lacantún*<sup>295</sup> o Chisoy, cuya importancia es aproximadamente la misma después de haber recibido el Machaquilá, el San Juan, el Cano y el San Pedro, sus principales afluentes hacia la derecha. Entonces es cuando el río, cuyo volumen ha duplicado,

---

<sup>295</sup> En español en el texto original [N. del T.].

se dirige hacia el norte tomando el nombre de río de la Pasión, cambiando otra vez en Tenosique por el de Usumacinta. El gran territorio regado por el río en la parte superior de su curso es una soledad montañosa cubierta de selva cuya posesión jamás se disputó seriamente a los indígenas. Retirados en aquella región de difícil acceso, los últimos vestigios de sus tribus recorren libremente todo el Petén occidental y se concentran particularmente en la confluencia del río Lacantún y del Usumacinta. Aquellos indios, de origen maya, intercambian de vez en cuando con los habitantes de Petén y de Verapaz su cacao y su tabaco por sal, *machetes*, y otros objetos de poco valor.

Después de haber atravesado en Tenosique la cordillera encargada de separar los estados mexicanos de los de América central, el Usumacinta cava un lecho profundo en los aluviones de la llanura y desemboca por tres brazos en el golfo; la rama occidental conserva su nombre indígena, y va a unirse al río de Grijalva<sup>296</sup> encima de la Frontera; el del medio, el San Pedrito, se dirige directamente al mar, donde forma la barra de San Pedro y Pablo; el tercero, por último, es el *río Palizada*, que desemboca en la laguna de Términos.

Desde el rápido de Tenosique hasta la laguna de Las Cruces precedente a la de Términos, el curso del Usumacinta es de 80 leguas aproximadamente; pero describe tantas sinuosidades que el intervalo entre los puntos extremos excede apenas 30 leguas en línea recta. De Estapilla a Tenosique, por ejemplo, se cuentan dos leguas y media por tierra, y 8 siguiendo el río. Los buques que no calan más de 12 pies pueden subir hasta el primer rápido durante 10 meses al año; en abril y mayo, época de estiaje, ya sólo es practicable la navegación para las *canoas*. Con las primeras lluvias el nivel del agua sube 3 metros y continúa elevándose durante toda la invernada; la corriente se torna entonces tan impetuosa y las pequeñas embarcaciones no la afrontan sin peligro.

Una vez franqueados los obstáculos señalados, el río es navegable, por lo menos para los *cayucos*. Sería, sin duda, fácil limpiar su lecho de las rocas calizas, con las cuales está obstruido en algunas partes; ofrecería entonces, con la ayuda de sus afluentes, un sistema de navegación interior

---

<sup>296</sup> O el Tabasco. ¿Por qué no conservar para este río su nombre original, en honor del valeroso aventurero que fue el primero en reconocerlo y pagó aquel descubrimiento con su vida? Por otra parte, el nombre de Tabasco se aplica a la región [N. del A.].

muy útil para Guatemala; de esa manera la provincia de Totonicapán por el río Chisoy y el distrito de Petén por el Cano podrían unirse al golfo de México. “Los indios lacandones —dice el historiador Juarrós—, han poseído hasta 424 *canoas* en el río de la Pasión; si se sacase partido de las ventajas que presenta, se conseguiría en primer lugar someter a aquellos salvajes y establecer además relaciones comerciales con Petén, Tabasco, Campeche, y hasta Veracruz.<sup>297</sup> Las relaciones siguen todavía como las dejó Juarrós y no existen probabilidades de desarrollo a corto plazo, al menos no por el camino señalado por él.

En resumen, el sistema del Usumacinta, cuya extensión es por lo menos de ciento cincuenta leguas, podría adquirir una importancia considerable si la población de las orillas fuese activa y trabajadora; un gobierno interesado en la prosperidad nacional intentaría entonces mejorar una vía de comunicación, no sólo para acercar puntos distantes sino también para enlazar entre sí provincias limítrofes, profundamente separadas por la conformación del suelo. Apresurémonos en aclarar que aquellas consideraciones pierden parte de su interés debido a las actuales condiciones del país, porque el río y sus afluentes sólo riegan soledades en la mayor parte de su curso.

Volví de mi expedición con fuertes dolores estomacales acompañados de fiebre, demostrándome con demasiada claridad el abuso de mis fuerzas. La disentería se manifestó de nuevo y pronto me redujo a un estado de debilidad y aniquilamiento, sólo útil como estímulo del dolor. Tenía demasiados motivos para temer una enfermedad que ya en la costa de África me había conducido a las puertas del sepulcro: la ciencia e infinitos cuidados me mantuvieron entonces en vida; pero esta vez me encontraba solo, entregado a mis propias inspiraciones y con un marinero sin experiencia como única asistencia. En tal estado de postración, cuando todas las facultades restantes luchan por el cuidado de la conservación física, el enfermo todavía se reanima para observar la disminución de sus fuerzas. La noche del tercer día me sentí muy mal, fue necesario llamar a Morin, pues estaba convencido de que iba a morir; lo declaro sin ostentación, aquel sacrificio me hubiese costado poco si el recuerdo de una madre amorosa, quien me había hecho jurar que volvería y quien contaba los días de mi ausencia, no hubiese afectado mi sensibilidad. ¡Ay de mí! ¡Cuánto sentía la inanidad de

---

<sup>297</sup> Juarrós. *Historia. de Guatemala*. T. II., trat. V. c. m.: 130 [N. del A.].

aquella promesa! Por otra parte, morir lejos de su país es menos duro de lo imaginado; cuando los objetos que nos rodean, en lugar de ofrecernos imágenes familiares asociadas a nuestra existencia, nos resultan completamente extraños; cuando ningún afecto, ninguna simpatía nos ayudan a soportar nuestros males; cuando la distancia, por último, cuya influencia es muy parecida a la del tiempo, ha gastado en nuestro corazón los más dulces y los más preciados recuerdos, acabamos por considerarnos como un ser aislado en la creación; la separación se nos hace menos difícil y la mirada dirigida más allá del término fatal es más firme y más resignada. Tales son, por lo menos, las impresiones del enfermo abandonado en su lecho de dolor; pero cuando la salud se recupera, la naturaleza recobra sus derechos.

El cuarto día disminuyó la fiebre y pareció calmarse la crisis. Traído de regreso a la vida de forma casi inesperada, se reanimó mi energía; consideré mi situación de diferente manera; la esperanza se deslizó en mi alma y me inspiró el ardiente deseo de curarme. Desgraciadamente, mis conocimientos médicos no eran extensos y las complicaciones a las cuales me debía enfrentar, me desconcertaban demasiado en la aplicación de los remedios; una equivocación podía serme fatal; preferí abandonarme a la naturaleza. Le tenía horror a Tenosique, cuya ardiente temperatura exasperaba mis males; además, posiblemente el movimiento, y especialmente el cambio, apresurarían mi convalecencia procurándome una excitación saludable. Convencido de ello, no lo pospuse al día siguiente, hice proceder inmediatamente a los preparativos del viaje; se buscaron mulos, caballos y guías; se reunieron las provisiones; Morin consiguió tres libras de harina que se convirtieron en bizcochos y un melón confitado; por último, unos huevos depositados en un barrilito con cal viva completaron los recursos alimenticios destinados a mi uso particular. Dos días después, me instalaron sobre mi caballo en un estado de gran debilidad, así emprendíamos el viaje a Petén, del cual nos separaban ochenta leguas por la selva.

Tenosique, en la dirección del suroeste, es el último lugar habitado de Tabasco; compuesto por un centenar de cabañas y rodeado de inmensos bosques, aquella aldea se parece, en todos los aspectos, a las precedentes; son los mismos rasgos generales, la misma población, las mismas costumbres. Es preciso observar, sin embargo, la progresiva desaparición de la raza española a medida que se avanza hacia el interior, mientras

los indios se van haciendo más numerosos al punto de formar el elemento dominante, e incluso el único, de la población. En ningún lugar del Nuevo Mundo se muestra la naturaleza de una forma tan ardiente y tan vigorosa como en las húmedas llanuras que acabábamos de recorrer; pero en su prodigalidad reparte tantos males como bienes; los árboles de altos troncos y también los vegetales más humildes destilan debajo de su corteza jugos acres y cáusticos; los lagos y los ríos se ven infestados de caimanes; por último, los insectos venenosos pululan junto con los reptiles más peligrosos; la avispa, la araña, la hormiga, hasta los escorpiones de agua, inofensivos en nuestras ciénagas, se encuentran allí dotados de agujijones y mandíbulas impresionantes. En vano se espera gozar de la frescura de las aguas y de la sombra de la selva; el enemigo está en todas partes, sin tregua ni descanso, la especie humana se ve forzada a defenderse. Hasta los rebaños y animales salvajes viven atacados en cierta época del año por himenópteros, los cuales depositan sus huevos en los tejidos; al salir, las larvas se enfurecen; una picazón dolorosa los irrita y exaspera; se desgarran frotándose contra los árboles y las llagas inflamadas degeneran en úlceras incurables y hasta mortales por la malignidad del clima. Finalmente, cuando las lluvias moderan el ardor de la temperatura, se exhalan miasmas deletéreos de los lugares húmedos y suspenden en la atmósfera sus gérmenes destructores. Aquellas plagas se compensan difícilmente con grandes ventajas; ni el sol del estío, ni los rigores del invierno privan jamás a los vegetales de su adorno; la tierra, dotada de un vigor y una juventud eternos, produce sin interrupción y casi sin esfuerzos azúcar, café, tabaco, especias, en una palabra todo lo esperado de su fertilidad por el cultivador.

Desde el punto de vista social, aquel pequeño rincón del globo terrestre tampoco resulta muy atrayente; Tabasco y Chiapas son los dos estados de la Confederación Mexicana que con más dificultades avanzan en el camino hacia el progreso. La juventud, también la de las ciudades, no recibe ninguna educación liberal; el clero es ávido y disoluto; por un acuerdo tristemente concertado, no dispensa los sacramentos, especialmente en las aldeas, hasta después de haber recibido considerables emolumentos cuya cifra se fija arbitrariamente, en proporción a los recursos de las personas. Diré, sin más vacilaciones, que es admirable encontrar todavía algunos vestigios de fe en una región donde los ministros del

culto se muestran tan poco dignos de su misión. El régimen político, por otra parte, presenta en aquellos estados una imagen bastante fiel a la del gobierno federal, pues se debate desde hace tantos años en la anarquía más vergonzosa. Todos tratan de tomar el mando del poder, por fraude o violentamente, para usarlo desvergonzadamente en provecho de sus intereses; las pasiones rivales libran una lucha constante, se suceden las revoluciones, el vínculo social siempre está a punto de romperse sin producir la indignación ni el asombro siquiera de una población, pervertida desde hace ya mucho tiempo, frente a tan deplorables excesos. En una palabra, los ciudadanos honrados pierden toda esperanza, en silencio, acerca del futuro de su país, pues el espíritu de desorden y la improbidad pública se encuentran tan arraigados que el mal les parece irremediable.



## Notas

### A

No puedo resistir el deseo de citar a un escritor cuyo relato del descubrimiento del Nuevo Mundo se inspiró de las mejores fuentes.

11 de octubre de 1492. La brisa continuó fresca todo el día, con más mar de la ordinaria, y habían adelantado mucho. Al transmontar el sol se dirigieron de nuevo al occidente e iban cortando con rapidez las ondas; La Pinta a la cabeza, por ser la más velera: reinaba en la tripulación la mayor alegría y ánimo; y no hubo párpados que se cerraran aquella noche. Después de oscurecido subió al castillo de su alta popa, por risueño y firme que fuese de día su aspecto, eran para él aquellas horas de la más penosa ansiedad; y libre y encubierto de toda observación por las sombras de la noche, registraba con incansable afán el tenebroso horizonte, en busca de las más vagas indicaciones de tierra. Súbito, a eso de las diez, pensó que veía relumbrar una luz lejana. Temiendo que su deseo y la esperanza fueran las únicas causas de aquella aparición, llamó a Pedro Gutiérrez, caballero de cámara del rey, y le preguntó si veía una luz en aquella dirección; la respuesta de éste fue afirmativa. Más dudando aún que fuese ilusión de la fantasía, llamó a Rodrigo Sánchez de Segovia y le hizo la misma pregunta. Cuando Sánchez llegó al castillo, ya la luz había desaparecido. La vieron una o dos veces después pasar repentinamente, como la antorcha de una barca pescadora que se eleva y se sumerge en las olas: o como si la llevase alguno en la mano subiéndola y bajándola por la playa, al pasar de una casa a otra. Tan inciertas y pasajeras eran estas vislumbres, que pocos les dieron importancia. Colón, empero, las tuvo por señales indudables de tierra, y de tierra habitada además.

Continuaron su rumbo hasta las dos de la mañana, en que un cañonazo de La Pinta dio la alegre señal de tierra. La descubrió primero un marinero llamado Rodrigo de Triana; pero el premio se adjudicó al Almirante, por haber previamente percibido la luz. Se empezó a ver con claridad la tierra a unas dos leguas de distancia; por lo cual acortaron velas, y se mantuvieron a la capa, esperando impacientemente la aurora.

¡Cuántos y cuán diversos serían los pensamientos que en aquel momento cruzaron por la mente de Colón! Al fin había cumplido su obra, no obstante todas las dificultades y peligros. El gran misterio del océano estaba ya revelado: su teoría que fue un tiempo la mofa de los sabios, quedaba triunfantemente establecida; y había coronado su frente de tal gloria que no tendría más fin que el fin del mundo.

Es difícil hasta para la imaginación concebir los sentimientos de tal hombre en el instante de tan sublime descubrimiento. ¡Qué maravillosa multitud de conjeturas debió llenar su ánimo, respecto a los países que delante de él estaban cubiertos de tinieblas! Que era fructífero, lo mostraban los vegetales que flotaban en sus orillas. Y creía Colón además respirar en los blandos aires la fragancia de aromáticas arboledas. La luz ambulante que había visto probaba que era también residencia de hombres. Pero ¿Quiénes eran sus habitantes? ¿Se parecían acaso a los de las otras partes del globo? ¿O eran tal vez de alguna extraña y monstruosa raza, cual daba la imaginación en aquellos tiempos a las regiones desconocidas y remotas? ¿Había llegado a alguna isla salvaje del mar Indio, o era aquella por ventura la célebre Cipango, objeto de sus auríferas fantasías?

Mil especulaciones semejantes debieron haberse multiplicado en su mente, mientras que con la impaciente tripulación esperaba que se pasase la noche; dudando si la luz matutina le revelaría algún erial casi desierto o si resplandecerían sobre arboledas odoríferas, levantados y lucientes faros, doradas ciudades, y todo el esplendor y pompa de la civilización oriental.<sup>298</sup>

Fue en una de las islas Lucayas, situada al sur de Ábaco, donde atracó la flotilla en la mañana del 12 de octubre de 1492; aquella isla tenía el

---

<sup>298</sup> W. Irving. *Life and voyages of Christophorus Columbus*. T. I, cap. IV: 230, edit. Galignani. Véase también Martín Fernández de Navarrete. *Colección de viajes*. T. I: 19 [N. del A.].

El autor cita fielmente un fragmento del libro de Washington Irving, traducido al francés. Hemos optado por incluir la traducción del mismo fragmento al español publicada en 1852 en Madrid por Gaspar y Roig, Editores; sólo se han introducido ligeras modificaciones en la puntuación y en la acentuación [N. del T.].

nombre de *Guanahani*; Colón le dio el de San Salvador, consagrado por el uso general, aunque los ingleses, no se sabe bien por qué, lo hayan sustituido por el de *Isla del Gato* (*Cat island*).

## B

El barón de Humboldt señaló hace ya varios años la existencia de coníferas verdaderas en la isla de Cuba y en la de Pinos, pero se confundió en lo tocante a su especie: “Los pinos de Cuba y de la isla de los Pinos son, dice, según informan todos los viajeros, pinos verdaderos, con conos imbricados, semejantes al *P. occidentalis* de Swartz y no, como yo había supuesto, podocarpus”. Y más arriba: “También se encuentran pinos en la pendiente de las Barrancas del cobre [...] Las altiplanicies interiores de México están cubiertas de esa misma especie de coníferas; al menos las muestras que hemos traído no parecen diferenciarse específicamente del *P. occidentalis* de las Antillas descrito por Swartz”.<sup>299</sup>

He visto con mis propios ojos las coníferas de la isla de los Pinos y de las llanuras de Cuba; en cuanto a las de las Barrancas del cobre, las estudié con los especímenes enviados desde Santiago; es así como pude reconocer entre aquellos vegetales tres especies distintas: dos me parecieron nuevas; la última, la de las Barrancas del cobre cuyas muy finas hojas se agrupan por cinco, corresponde al *P. occidentalis* mencionado por el barón de Humboldt, especie hallada en las islas de Haití y de Puerto Rico: he aquí la descripción de las otras dos:

### *P. tropicalis*

*P. foliis geminis, subdecem pollicaribus, glabris, multistriatis, dorso convexis, facie concavis, marginibus tenuissimè serrulatis; vagine membranaceà, brevi, griseo-albescente; rami versùs apicem capitatim patentés; ramuli crassi, rigidi, squammosi, valdè resinosi; gemma squammosa lanceolatis, rubescentibus longissimè ciliatis; strobilus pendulus, parvus, ovoideus, badio-lutescens, squammosis*

<sup>299</sup> *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. T. I: 83ss [N. del A.].

*depresso-pyramidatis.*

*Crescit in insulâ Pinorum nec non in littore meridionali insulæ Cubensis.*

Árbol recto medianamente frondoso, con poca abundancia de hojas, muy resinoso; corteza marrón rojiza, dividida en polígonos irregulares; alcanza los 27 metros de altura.

Dos hojas en una vaina corta y grisácea, de 26 centímetros de largo, convexas por un lado, cóncavas por el otro, muy claramente denticuladas en los bordes; las 2 caras, mirando con lupa, muestran unos puntos blancuzcos en relieve en apariencia y dispuestos por series longitudinales dobles sobre una zona de un verde más oscuro.

Brotes gruesos y alargados, formados por escamas delgadas, acuminadas, rojizas, bordeadas de un color blanco grisáceo; ramos provistos de escamas imbricadas muy prominentes, lisas, de un color marrón amarillo brillante, como las de los conos. La resina, casi incolora, difícilmente se solidifica a la temperatura del lugar; produce, en la proporción de un 33%, una trementina límpida como agua destilada (la de Venecia sólo da un 25%); es tan inflamable que arde a metro y medio de distancia sobre los troncos en los cuales se han hecho incisiones recientemente, cuando se quema la hierba de las sabanas. La madera es dura, colorada y vetada como la del cedro, muy densa y difícil de trabajar a causa de la cantidad de resina impregnada en ella.

El cono es ovalado, de unos 63 milímetros de largo, marrón amarillo y brillante; las escamas tienen la apariencia del espato y forman una pirámide poco prominente.

Este pino crece abundantemente en la parte septentrional de la isla de los Pinos y en las sabanas, al suroeste de Cuba, por lo general es recto y esbelto; de él pueden obtenerse tablas de un metro y cuarto de ancho; habitualmente conserva ramas sólo en la copa, y sus hojas se encuentran al extremo de los ramos. Por el tronco se parece al *P. larix* y por la copa al *P. maritima*. Es tupido. Se le conoce en la isla de Cuba con el nombre de *pino tea*, derivado al parecer de la palabra latina *tæda*; no he conservado esta denominación porque fue aplicada por Lineo a otra especie originaria de la América septentrional. No hay nada más singular que ver a las palmeras reales y las corifas disputarle los terrenos arenosos, uniéndose así el follaje de los trópicos con el verdor característico del norte.

*P. caribea*

*P. foliis ternis, suboccollicaribus, acerosis, triquetris, sub lente seriatim punctulatis, marginibus tenuissimè serrulatis: vagina rufescente, brevì; ramulis cinerascentibus squammæ tenues adnatæ; gemmæ angustæ, elongatæ; strobilus pendulus, parvus, ovoideus, sordidè cinerescens, squammarum umbone valdè depresso.*

*Crescit en insulà Pinorum.*

Este árbol se confunde a primera vista con el anterior: misma elevación, misma fisonomía, mismo color de follaje; sin embargo, el tronco es más grisáceo, la corteza menos rugosa, la madera más blanda, menos pesada y menos resinosa.

Las hojas reunidas en 3 en una corta vaina foliar son de color castaño rojizo y tienen una longitud de 20 centímetros, convexas por un lado, triangulares, afiladas en su extremo, finamente denticuladas en los bordes. Con la lupa se aprecian, sobre cada una de las 3 caras, puntos blancuzcos distribuidos en series longitudinales juntas. Brotes grisáceos, delgados y alargados; ramos cubiertos de escamas delgadas, acuminadas, cuyo color se confunde con el de la madera.

Conos ovalados, grisáceos, deslucidos, de 60 a 63 milímetros de largo, compuestos de escamas con apariencia del espato, con pirámide demasiado deprimida, más anchos y más aplanados en su base en comparación con los de la especie precedente.

Este árbol lo encontré sólo en la isla de los Pinos, donde se le denomina *pino blanco*.<sup>300</sup>

## C

Quizá le pueda interesar al lector encontrar aquí los datos más exactos, más completos y actuales sobre la meteorología de la isla de Cuba; la mayor parte de estos conocimientos se los debo al señor Andrés Poey, hijo del honorable profesor de La Habana, un joven erudito con mucho futuro, quien desde hace años se dedica con una perseverancia excepcional al estudio de los fenómenos atmosféricos de su país y de la física del globo terrestre.

<sup>300</sup> *Revue horticole de la Côte-d'Or*. Octubre de 1854 [N. del A.].

En español en el texto original [N. del T.].

En primer lugar, la situación de Cuba, en el límite extremo de la zona tórrida, explica el reparto desigual del calor en esta isla entre las estaciones y la similitud de su clima al de la zona templada. En La Habana, la temperatura media del año es de 25° 55; la del mes más caluroso (agosto) es de 27° 54; y la del mes más frío (enero), de 21° 87. La temperatura media en Santiago de Cuba (230 leguas al este de La Habana) es de 27°; la media del mes más caluroso, de 23° 4; y la del mes más frío, 23° 2; la mayor elevación de la temperatura que se haya observado en la isla es de 34° 4 (1801); el descenso más grande, de cero. Algunas veces se ha visto hielo, de muy poco espesor, en el campo, en altitud.

Se había creído hasta ahora, conforme a la autoridad del barón de Humboldt, sobre la caída infrecuente de granizo en el radio de La Habana, por ejemplo cada 15 o 20 años; pero resulta, según investigaciones y observaciones directas del señor Poey, que este meteoro es mucho más frecuente.<sup>301</sup> No sólo se manifiesta cada año desde 1844, sino que en 1849 se repitió 9 veces, y 8 veces en 1853. El máximo número de casos de granizo corresponde a los meses de marzo y abril, los cuales representan la temperatura media del año. En cuanto a la nieve, nunca se ha visto en Cuba; pero las escarchas son comunes.

La presión barométrica media anual es de 760 milímetros en La Habana; durante el huracán del 10 de octubre de 1846, las máximas y mínimas fueron de 770.42 y 700. La humedad de la atmósfera corresponde a 85°45 del higrómetro de cabello aproximadamente; la máxima observada es de 400°; la mínima, de 66°.

La cantidad media anual de lluvia en la isla es de 1.029 milímetros; el año menos lluvioso fue de 0.755; y el más lluvioso de 1.171; la mayor cantidad de lluvia precipitada en el intervalo de un mes no excedió 0.255; y la menor, 4 milímetros.

El 18 de julio de 1854, un observador competente, el señor Casaseca, director del Instituto de Investigaciones Químicas, recogió en La Habana, tan sólo en 2 horas y media, la enorme cantidad de 71.5 milímetros, lo que da 28 milímetros por hora;<sup>302</sup> asimismo el señor Poey obtuvo, en el mes de junio de 1853, 59.5 milímetros, desde las 3:30 de la tarde hasta las 8:30 de la noche.<sup>303</sup>

<sup>301</sup> *Anales de química y de física*. 3ème série, t. XLIX, 1855: 226 [N. del A.].

<sup>302</sup> *Informes de la Academia de Ciencias*. T. XL: 363 [N. del A.].

<sup>303</sup> *Anuario de la Sociedad Meteorológica de Francia*. T. III: 40 [N. del A.].

Los vientos dominantes durante las tormentas son los del sur y del suroeste; éstos también soplan más a menudo en las tardes de los meses de verano. Se aprecian brisas casi en todas las temporadas, desde las 9 o las 10 de la mañana hasta la puesta del sol; varían entre el este sureste y el este noreste; son poco frecuentes los vientos del oeste y del noroeste y siempre van acompañados con lluvia.

Los huracanes, menos frecuentes en Cuba en comparación con los del resto de Las Antillas, se presentan desde el mes de agosto hasta finales de octubre. Los de 1844 y 1846 fueron los más violentos desde principios de siglo. Con base en un trabajo serio, respaldado por investigaciones serias, el señor Poey ofrece la siguiente tabla de los huracanes registrados, tanto en las Antillas como en el norte del Atlántico, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo:<sup>304</sup>

Entre	1493 y 1500.....	6 huracanes
	1500 y 1623.....	16
	1623 y 1700.....	32
	1700 y 1800.....	158
	1800 y 1855.....	188
	Total.....	400

Los terremotos no son frecuentes en el radio de La Habana; nuestro autor sólo menciona siete casos comprobados en aquella parte de la isla, en 1678, 1693, 1777, 1810, 1843 (el 21 de febrero y el 8 de marzo) y 1853.<sup>305</sup> Pero en el extremo oriental de Cuba, en los alrededores de Santiago, se experimentan temblores casi todos los años, unas veces durante el solsticio de verano, otras durante el de invierno.

En un trabajo reciente, el señor Poey, llamó la atención de los eruditos en cuanto a la frecuencia de los relámpagos sin trueno observados en La Habana, desde el mes de junio hasta octubre, en los *cumulus stratus* aislados del horizonte, desde la puesta del sol hasta la medianoche y la una de la mañana; se manifiestan con intensidad y sobre una superficie tanto más considerable cuanto más fuerte ha sido el calor durante el día. La región del cielo donde aquellos meteoros aparecen con mayor frecuencia corresponde al sureste y al suroeste; y luego, al noreste y al noroeste. Nuestro observador contó 110 relámpagos sin trueno en un intervalo

<sup>304</sup> *Boletín de la Sociedad Geográfica de Londres*. 1855 [N. del A.].

<sup>305</sup> *Nuevos Anales de viajes*. Junio y diciembre de 1855. [N. del A.].

de 10 minutos: y hasta 44 en el primer minuto. De acuerdo con su opinión, el fenómeno tiene lugar directamente en las nubes visibles en vez de ser, como se creía hasta ahora, un simple reflejo de los relámpagos producidos por una tormenta más alejada. Hizo constar, además, un gran número de casos de trueno sin relámpagos.<sup>306</sup>

El joven meteorólogo también se interesó por la aparición de las estrellas fugaces, en especial durante las noches del 9 al 11 de agosto y del 11 al 15 de noviembre de 1850; pero no pudo contar más de 5 a 6 de esos meteoros por hora, mientras en New Haven, Estados Unidos, 3 observadores, durante la noche del 9 al 10 de agosto, enumeraron hasta 400, en un intervalo de 2 horas y cuarto.<sup>307</sup>

La situación de La Habana, maravillosamente ubicada en los límites de las zonas tórridas y templadas para el estudio de los fenómenos atmosféricos, hizo nacer en la mente del señor Andrés Poey el deseo de fundar en aquella ciudad un observatorio meteorológico; esperemos que los compatriotas del joven erudito comprendan la importancia de los estudios y de los trabajos, pues aunque sean por ahora puramente especulativos (la meteorología es una ciencia completamente nueva), algún día producirán aplicaciones útiles. Asimismo deseamos que la administración colonial, al valorar los esfuerzos y la perseverancia del señor Poey no desalentados por ocho años de contrariedades y rechazos, conceda una ayuda efectiva a su empresa; la creación de un observatorio meteorológico en La Habana sería provechosa para la ciencia y daría distinción a la isla de Cuba, pues aunque sin duda produce buena azúcar y excelente tabaco, se ha quedado hasta la fecha un tanto rezagada con respecto al movimiento intelectual y científico de Europa.

## D

Nadie me tachará de ligereza ni de exageración si lee la descripción de La Habana hecha por el propio general Tacón en un manifiesto publicado en 1838, donde se refiere a su administración.<sup>308</sup>

<sup>306</sup> *Anuario de la Sociedad Meteorológica de Francia*. Sesión del 13 de noviembre de 1855. [N. del A.].

<sup>307</sup> *Anuario de la Sociedad Meteorológica de Francia*. T. III. 1850: 40 [N. del A.].

<sup>308</sup> *Relación del Gobierno superior y capitán general de la isla de Cuba, extendida*

He aquí cómo el gobernador de la colonia entra en materia:

Mucho se habló en los papeles nacionales y extranjeros del estado de desmoralización en que se hallaba la isla antes del 1º de junio de 1834 y no era, a la verdad, exagerado el cuadro que ofrecían los papeles. Un número crecido de asesinos, ladrones y rateros circulaba por las calles de la capital, matando, hiriendo y robando, no sólo durante la noche sino en medio del día, y en las calles más centrales y frecuentadas... Tal era el terror que había excitado la cohorte de forajidos, que los dependientes de las casas de comercio no podían salir a hacer cobros, sin ir escoltados por gente armada.

Existían igualmente compañías de malvados, reputados por tales, que se hallaban dispuestos a quitar la vida bajo precios convencionales, a cualquier persona que se les designase. Muchas veces desde la cárcel misma señalaba el criminal a la víctima y contaba en la calle con los colaboradores necesarios para perpetrar un nuevo atentado.

No bajaban quizá de doce mil las personas que sin bienes ni ocupación honesta se mantenían en la capital de las casas públicas de juego, así de blancos como de individuos de color libres y esclavos. Los vagos eran innumerables y no pocos los que encontraban medio de subsistencia en las estafas de todas especies, y hasta en el mismo foro, ejerciendo unas veces las funciones de testigos falsos y otras las de alterar la paz de las familias, atacando a ciudadanos pacíficos que por no verse envueltos en los males inseparables de un pleito destructor, compraban de los agresores la tranquilidad a un gran precio...

Los alcaldes ordinarios mantenían un número considerable de alguaciles y comisionados comúnmente peligrosos, que diseminados por los campos a título de su comisión, cometían toda clase de vejaciones a su arbitrio. Las circunstancias de tales esbirros no solían ser muy análogas al cargo que ejercían porque a excepción de algunos, todos los demás eran conocidos por pésimos antecedentes, por haber estado en la cárcel o en el presidio.<sup>309</sup>

Algún regidor se creyó autorizado para emplear a discreción aquel mismo género de auxiliares; y éstos, llevando al último extremo la confianza que

---

*por el teniente general don Miguel Tacón. La Habana, 1838 [N. del A.].*

En la versión original, el autor presenta una traducción al francés de fragmentos extraídos de la relación de D. Miguel Tacón reseñada anteriormente. Hemos optado por incluir la versión original correspondiente, publicada en español por Tacón; sólo hemos introducido ligeras modificaciones en la ortografía, la puntuación y la acentuación [N. del T.].

<sup>309</sup> El reclutamiento de las tropas coloniales se efectuaba casi en las mismas condiciones. Véase la nota 5 del Apéndice [N. del A.].

indebidamente se les dispensaba, se introducían en las tiendas, calificaban de buenos o malos los víveres, imponían multas, decomisaban los que querían, hacían arreglos y transacciones y ejercían una especie de magistratura tan opuesta a la libertad como llena de inconvenientes de toda especie.

Los dueños de almacenes y tiendas, persuadidos por una inveterada y triste experiencia de que sus quejas, por más justas que fuesen, no solían producirles otro resultado que costos y nuevas extorsiones, sacaban más partido del silencio y sufrimiento que de hacer valer sus derechos, y sucumbían a las exacciones violentas cuando no podían evitarlas por medio de convenciones privadas.

La primera voz que anunciaba “ladrones” en medio día, era precursora de una porción de medidas y precauciones que daban una triste idea del terror que por desgracia reinaba en esta hermosa ciudad. El vecino pacífico se apresuraba a cerrar las puertas de su casa, el comerciante las de sus establecimientos, y todos permitían al ladrón paso franco, por evitar pesquisas judiciales y por no comprometerse con las pandillas y asociaciones de criminales.

El gobernador general de Cuba se habría abstenido de exponer un cuadro tan lamentable para los ojos de sus conciudadanos si no hubiese podido dar a conocer los resultados obtenidos durante una administración tan inteligente como firme; pero es difícil creer, admitiendo una perseverancia de sus sucesores en la misma dirección, que un lapso de doce años (1834-1846) haya sido suficiente para la regeneración moral de una porción de la población tan profundamente gangrenada.

## E

Las producciones que alimentan el comercio de Yucatán son importantes y variadas, como puede juzgarse por la siguiente enumeración:

Reses vacunas, caballos, mulas, ovejas, cerdos, carne de vaca salada, cueros, sebo, aceite de pescado, cera, miel, cochinilla, lana hilada, escamas de tortuga, maíz, arroz, azúcar en bruto, melaza, ron, tabaco en hojas y en cigarros, cáñamo crudo, algodón, añil, vainilla, zarzaparrilla, aceite de ricino, chile de Tabasco, arruruz, resinas odoríferas, bija, goma de copal, madera para construcción, para ebanistería y para tinte, hilos y cuerdas de agave, sombreros de pecíolos de palma, hamacas, guitarras, sal, piedra caliza, mármoles, ocre, piedras moleñas y pedernales.

## F

El maíz es la base esencial de la alimentación entre los indios: no esperan, como nosotros, a la maduración de este cereal para cosecharlo, lo recogen cuando el grano está lo bastante tierno como para molerlo sin esfuerzo. Las mazorcas se conservan envueltas en su vaina foliácea, es así como se venden en el mercado.

Para preparar unas *tortillas*, se empieza por despojar al grano de su película haciéndolo hervir durante unos instantes con un puñado de cal viva y lavándolo luego con mucha agua; después se tritura entre dos piedras, una de ellas ancha y un poco cóncava, la otra alargada en forma de rodillo; se agrega la cantidad necesaria de agua para obtener una pasta consistente a la cual se le da la forma de pequeñas tortas, éstas se cuecen en el fogón, sobre una plancha de chapa o de arcilla. En las regiones donde el maíz es de calidad y el trabajo cuidadoso, como por ejemplo en Yucatán, son blancas e infinitamente superiores a todas las preparaciones del mismo género fabricadas en Europa, como puede ser la *polenta*.

El *totoposte* es una torta más delgada, al uso de los viajeros, reemplaza las *tortillas*, como la galleta reemplaza el pan. La principal diferencia radica en el modo de cocción; en lugar de presentar alternativamente las dos superficies de la *tortilla* a la acción del fuego, se cuece por un solo lado y se pone cerca del fogón donde acaba de resecarse. En tal estado, es quebradizo y tan duro, por lo que es necesario reblandecerlo en agua y exponerlo al calor para hacerlo comestible. Es un alimento sólo apreciado por la necesidad.

El maíz entra además a formar parte de la elaboración de varias comidas indígenas entre las cuales mencionaré los *tamales*, preparación gastronómica que no carece de mérito y cuya receta transcribo para dar una idea de la cocina india.

Se toman tres libras de cerdo (se prefieren los lechones) escogiendo, en la medida de lo posible, una porción cercana a las costillas; se golpea hasta triturar los huesos, se divide por fragmentos y se lava todo.

Luego se diluyen dos o tres puñados de pasta de maíz, similar a la preparada para las *tortillas*; se agrega canela, algo de clavo, azafrán, chile, tomates, pimienta gruesa y bija para darle color; se le pone sal, se añade un poco de grasa y se pone todo al fuego.

Cuando la preparación ha adquirido la consistencia de un cocido espeso, se retira, se mezcla con la carne, se le agrega manteca de cerdo, se sala de nuevo y amasa durante unos pocos instantes; después se divide esta masa en pequeñas porciones, luego se envuelven con una masa fina de maíz, dándole la forma de un rectángulo. Los *tamales* así confeccionados son envueltos en una hoja de achiras o de plátano, y se meten en una olla medio llena de agua, la cual se cubre con hojas anchas; deben cocerse durante dos horas si el recipiente es de barro y durante una hora y media solamente si es de metal.

La carne de cerdo puede ser sustituida por aves de corral; también se hacen *tamales* de pescado, de legumbres, de mermelada, etcétera.

Independientemente de los alimentos sólidos, los indios obtienen del maíz varias bebidas nutritivas, cada una con un nombre particular. El *pozol* es el más común; así se prepara: después de haber despojado al grano de su película, se expone durante unos instantes en una olla a la acción del fuego; se tritura después hasta hacerlo una masa, tras lo cual se diluye en agua con un poco de azúcar; hay quienes lo dejan agriarse y así obtienen una bebida más refrescante.

El *atole* se fabrica casi de la misma manera; en este caso, el grano se tritura más finamente y se pone a hervir la mezcla.

En el *pinole* se tuesta la harina; en el *istatol* se expone al sol hasta estar perfectamente seca, etcétera.

FIN DEL TOMO PRIMERO

*Viaje a América Central,  
isla de Cuba y Yucatán*

editado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, siendo el jefe de Publicaciones Salvador Tovar Mendoza, se terminó de imprimir el 29 de octubre de 2015 en los talleres de Cromo Editores S. A. de C. V., Miravalle 703, colonia Portales Oriente, C.P. 03570, delegación Benito Juárez, México D.F.. El texto estuvo al cuidado de Jorge Pérez Martínez. La formación (en tipos Caslon Pro, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la llevó a cabo tallerhojarasca.com · Tania Hernández. El diseño de los forros lo realizó Samuel Flores Osorio. El tiraje consta de 250 ejemplares en tapa rústica, impresos en *offset* sobre papel cultural de 90 gramos.

